EL SECRETO DEL DRAGÓN ESCONDIDO



R.J. MCLEAN

superpixel

El Secreto del Dragón Escondido

R.J. McLean

El Secreto del Dragón Escondido

El Secreto del Dragón Escondido
Primer Acto
PACTO DE CABALLEROS
CORAJE
BULLIE ROCKS
LAS BILLIES
AMIGOS
LA BOMBA
IRA
INSTRUCCIONES PARA SEGUIR LEYENDO
HUGO CORAJE (10 AÑOS ANTES)
COVENS
VERSHVINDEN
EL CUERVO
UBICUO
VISITAS INESPERADAS
FLASHBACK
LICKENBRIDGE
PROFANADORES
EL JUICIO Más de 10 años antes
THERESA SOWERS
LA LIBRETA AMARILLA
LOS ZAPATOS DE DOROTHY CLUTTER
LA ESTRIGE VENENOSA
EL NIÑO DEL BRAZO DE HIERRO
PROSPECT PARK
FRAUDE WATSON
EL MATARRATAS
RATAS DE NUEVA YORK
LOS NOVIK
EL SEÑOR X LA SEÑORA Y
NOCHE DE BRUJAS
ANA WILSON
RELATO DE UNA PERSECUCIÓN

DONDE ESCONDEN SU CORAZÓN
EL PLAN DE DRAKAR
EL DUKE PERRO
EL AMULETO
LA MISIÓN DE DRAKAR
SAMUEL VHARIS
PRÓXIMA PARADA HOHENZOLLERN

1. Segundo Acto
    - INFORTUNADO
    - ÚLTIMO DÍA DE CLASES
    - ADIÓS BULLIE ROCKS
    - EL HÁMSTER
    - EL NAUTILUS
    - ASESINATO EN CUBIERTA
    - INFORME MATUTINO
    - LA BÓVEDA
    - DOS VAMPIROS
    - RETORCIJORGES
    - LA BRUJA BUENA
    - TÉ PARA CUATRO
    - EL CLUB DE LISBOA
    - EL CAPITÁN ANDERSON
    - CONSUELO Y LOS JINETES DEL MAR
    - JÖRMUNDGANDER
    - VOLTIER
    - LA BODA
    - TROLLS
    - EN PELIGRO
    - SI TE MUEVES TE MUERES
    - INSOPORTABLE
    - PROFECÍA AUTOCUMPLIDA
    - MURONI
    - VHARIS
    - LA REGLA DE LOS 100 DÍAS
    - UNGÜENTO
    - A PASO FIRME
    - EL ENCANTADOR DE GALLINAS
    - FALSA PISTA
    - DROGLL
    - REENCUENTRO
    - BANQUETE REAL
    - HABITACIÓN REAL
    - LOS CUERNOS DE HOHENZOLLERN
    - EL PLAN DE SIR JULES LE BLANC

1. Tercer Acto
    - DEVORADO
    - LADO B
    - LOS NECIOS
    - MADURANDO
    - LOS CONSAGRADOS
    - LECCIONES DE HOHENZOLLERN
    - LA SALA DE ARMAS
    - CORAZÓN DE HIERRO
    - EL CALABOZO
    - EL SECRETO MEJOR GUARDADO
    - LA PARTIDA DE HOHENZOLLERN
    - EL REGLAMENTO
    - LORD BODELLIER
    - PRIMER CUERNO
    - SEGUNDO CUERNO
    - ENTRE ALFILES
    - LLEGADA
    - HERENCIA FAMILIAR
    - EL ORIGEN DE BENJHAMIN
    - EL MAPA DE LOS INMORTALES
    - LA PARTIDA
    - VIKTOR
    - ORINADO
    - EL FANTASMA DEL MAR DEL NORTE
    - THE MARY BLUE
    - UN PUB EN LONDRES
    - CAMBIO DE RUMBO
    - DICIEMBRE Y KATIA
    - BABE RUTH
    - LAS BRUJAS DE BERWICK
    - LA LEONA DE EDIMBURGO
    - BOGART DE BOEHM
    - CHARLA DISPARATADA
    - JEAN MACKENZIE
    - CÓMO MATAR A UNA WICCA
    - TLON, UKBAR, ORBISTERTIUS
    - LAS TRES LLAVES
    - LA ISLA DE MULL
    - SIR HÉCTOR

EMBOSCADA
LORD ZARACEN
PLAN B
MISS GREENICH
GEORGINA STORMBACK
INSTRUCCIONES PARA ATRAPAR UNA GAVIOTA
THE WHITE HORSE
OTRA VEZ BULLIE ROCKS
SIR ARTHUR
EL ESPEJO DE ARRITZ
EL MISTERIO DEL DUKE PERRO
EL ENTIERRO DE BULLIE ROCKS
EL ANILLO
LAS GOTAS
EN ALGÚN LUGAR EN ISLANDIA
LONDRES 3 meses después del incidente del brazo
EL MORRAL Días después de perder el brazo
REYKJAVIC 1 año más tarde
SABER SOLTAR
GRAN FINAL
EL SECRETO DEL DRAGÓN ESCONDIDO
EL DIARIO DE MADDAM THENESIS

El Secreto del Dragón Escondido

R. J. MCLEAN

El Secreto del Dragón Escondido

© All rights reserved

Mc Lean, Roberto Joaquín

El Secreto del Dragón Escondido / R. J. Mclean - 1a ed. – Bs. As SUPERPIXEL, 2026. 357 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-631-01-7676-5

1. Brujería . 2. Seres Mitológicos. 3. Novelas de Aventuras. I. Título.

CDD 800

Fecha de Catalogación: 11/08/2026

Créditos:

Escrito por Robert J. Mc lean

Editores: despedidos

Correctora: Celina Mc lean

Inspiración: Umbrella Boy – Nicolás A. Pregelj 2009

Más Información:

www.trilogiacoraje.com/secreto-dragon-escondido

Instagram: @secretodragon

© 2026 - Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, sin el permiso previo y escrito del autor.

EL SECRETO DEL DRAGÓN ESCONDIDO

PRIMER ACTO

[BRUJAS DE NUEVA YORK]

PACTO DE CABALLEROS

Los invito a acompañar a Coraje en este pacto sagrado entre lector y narrador. Dos cosas les prometo: la primera, que se van a divertir; y la segunda, la tienen que descubrir.

CORAJE

Si quieren una descripción de Coraje puedo ser muy preciso, y no me refiero a su metro ochenta de altura, o sus ojos color caramelo, ni mucho menos a la forma ondulada de su pelo.

Coraje llegó a su casa con el ojo morado otra vez. Diciembre, el mayordomo, no se atrevió a preguntar.

Esa tarde Bullie Rocks había humillado a los gemelos Double Chuck, a la salida de Old Tower School, frente a todos. Los gemelos eran los dos amigos favoritos de nuestro protagonista. Y una vez más Coraje había salido al cruce. ¿Pero qué chances podía tener contra un tipo con el doble de músculos? Ninguna.

Les dije que si querían una descripción de Coraje podía ser muy preciso: Coraje no tiene miedo porque no tiene nada que perder. Coraje no teme perder porque ya lo perdió todo.

BULLIE ROCKS

La persona que Coraje menos esperaba ese día en la pequeña mansión en el número 16 de la calle 20, en el exclusivo Barrio del Gramercy Park, en Manhattan, era Bullie Rocks.

Su tía Rosie, a pesar de ser ciega, había detectado los nudillos de Bullie Rocks raspados, y lo había obligado, bajo amenaza de no jugar nunca más baseball, a pedirle disculpas.

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué tal patas flacas? ¿Cómo está ese ojazo? Mi tía Rosie me obligó a pasar a pedir disculpas, no sé cómo siempre se entera de todo, siendo ciega.

Bullie dio un paso más y estrechó su mano. Coraje notó que tenía los nudillos rojos, señal de que su rostro al menos le había dolido. Sus dedos ya tenían pelos negros de adulto. Bullie era uno de esos muchachotes que podría parecer mayor de edad. Todo era robusto, manos, brazos, espaldas, y en lugar de piernas tenía dos misiles. Hacía más de un año que Bullie Rocks se afeitaba a diario, mientras que a Coraje apenas se le asomaba un tímido bigote. Bullie se levantó la remera y le enseñó las costillas violeta, —golpeas duro, patas flacas.

—¿Disculpa aceptada? —le preguntó.

—Conmigo no tienes que disculparte; con los gemelos Albert y Charlie sería bueno que lo hicieras.

—¿Crees que puedan aceptarme en el grupo?

—¿Es en serio?

—No soy bueno para pedir ayuda, tus amigos parecen unos bobos, pero tú no, y mi tía Rosie no quiere que me vea más con los vagos del barrio, necesito una oportunidad, prometo no ser un pinche.

—Lo intentaré —respondió Coraje.

Bullie no tenía un solo amigo en la escuela; todos huían al verlo llegar. Ni siquiera las Billies lo querían.

—Gracias, patas flacas, me salvaste la vida.

—No todavía —respondió Coraje.

Bullie Rocks volvió a estrechar su pesada mano. Antes de salir se volteó y dijo algo en voz baja para que Diciembre no lo escuchara — las Billies planean una emboscada, si quieres puedo ayudarte.

Coraje cerró la puerta y se apoyó echando aire por la boca, los gemelos iban a matarlo. Pero eso podía esperar, lo importante ahora era conseguir una rana.

LAS BILLIES

Las Billies eran una pandilla de chicas de entre quince y diecisiete años que se movían en grupo por la ciudad provocando todo tipo de alborotos. Hablaban a los gritos y estaban todo el tiempo hiperexaltadas.

A cada lugar donde entraban causaban caos y descontrol pero sin llegar al delito; se empujaban entre sí constantemente, aturdían a la gente, masticaban goma de mascar con la boca abierta, e incomodaban a los muchachos, acortando el largo de sus túnicas.

En los últimos meses, las Billies habían tomado a Coraje como eje de sus pesadas bromas, y el muchacho no encontraba la forma de defenderse. En especial Gigi Summers, una de sus cabecillas, quien parecía estar obsesionada con él.

Según predicaban las Billies, atormentar a los niños ricos y bien parecidos era su misión, y aparentemente Coraje cumplía con ambos requisitos a la perfección.

Golpear a una niña era inconcebible, hasta ahora solo se le había ocurrido correr cual gallina cada vez que se las encontraba. La última vez lo habían perseguido desde Old Tower School, en el Upper East Side, hasta el extremo Este de la isla, para atraparlo en un callejón a pocos metros del río. Una vez acorralado, lo besuquearon. Algunas se habían colocado lápiz labial, y había tenido que caminar humillantes cuadras hasta la casa en el Gramercy con marcas de besos por toda la cara.

El plan de Bullie Rocks era un asco, pero estaba bien pensado. Coraje se sentó en un banco en Washington Square a esperar. Tenía una mano inquieta en el bolsillo.

Las Billies siempre se instalaban después de clase en Washington Square, molestando a los universitarios que salían del turno tarde. No demoraron en identificar a Coraje en el mismo lugar que Bullie Rocks les había indicado.

—Decidimos que vas a ser nuestro novio hasta fin del semestre —dijo Gigi Summers sentándose junto a él.

—¿Tengo opciones? —preguntó Coraje.

—Claro, Jane, Rosa, Augusta, Vicky, puedes ser el novio de todas —dijo y las que estaban escuchando más atrás comenzaron a reírse —o, puedes contribuir con una módica propina semanal, apuesto que esa alcancía está bien gordita.

Coraje sacó 5 dólares y se los entregó.

—Eso es cachorro —dijo y lo besó en los labios para sellar el trato, hasta que algo empezó a saber movedizo. Gigi Summers se alejó y comenzó a hacer arcadas. Algo verde empezó a salir por su boca: primero una manito, luego la otra. Era una hermosa rana.

A partir de ese día, Gigi Summers y las Billies dejaron de meterse con Coraje, aunque el precio había sido demasiado alto. Katia Novik había estado observando; no había visto toda la secuencia, solo el beso y su corazón no había podido tolerarlo. La chica de la roja cabellera se alejó corriendo; Coraje nunca la vio; de haberlo hecho, hubiera corrido detrás de ella.

Bullie Rocks lo había ayudado a sacarse de encima a las Billies, pero también lo había traicionado. Había puesto a Katia en el lugar perfecto para romper la relación.

AMIGOS

El viernes por la tarde, a la salida de Old Tower School, Coraje invitó a Katia al Gramercy, la muchacha aceptó, pero cuando Coraje intentó tomarle la mano, ella lo soltó.

Katia no le dio explicaciones, simplemente le sugirió que por ahora sería mejor seguir siendo amigos. Coraje era demasiado importante para ella. Haberlo visto con Gigi Summers había abierto una ventana al dolor que no estaba dispuesta a atravesar.

Coraje asintió, evitando mostrar lo que realmente sentía, y el dolor quedó equilibrado. Dos tontos enamorados, estará pensando el lector.

Esa noche Coraje se fue a dormir sin cenar, Diciembre, como ya se imaginan, no preguntó nada. Katia no solo era brillante: Katia brillaba. Coraje hundió su cabeza en la almohada, lo único que deseaba era desaparecer.

LA BOMBA

Perfumado de pies a cabeza, Diciembre, el mayordomo, iba dejando su particular estela a lavanda flotando por la mansión. Se disponía a dar un paseo cuando el cartero lo sorprendió.

No habían tenido noticias de Sir Benjhamin en 10 años, hasta esa mañana, cuando recibieron una extraña carta y su inconfundible paraguas. Diciembre firmó la encomienda cerrando la puerta en sus narices.

El mayordomo le entregó respetuosamente la carta al joven y este supo por su mirada que no se iría a ninguna parte hasta que la leyera.

—¿No piensa salir? —lo provocó.

Cuando a Diciembre se le metía una idea en la cabeza no había forma de hacerlo cambiar de parecer. Coraje tomó la carta con desgano y con un cortapapeles la abrió prolijamente.

La lectura no era el fuerte de Coraje; según el médico de la familia, el joven padecía dislexia. Coraje le devolvió la carta al mayordomo para que la leyera en voz alta por él, sin saber que esa no era una carta, sino una bomba.

IRA

La segunda patología que el médico de la familia había diagnosticado era el enojo desmedido. Antes de que el mayordomo hubiera terminado de leer la carta, la furia de Coraje había alcanzado niveles aquilianos, aunque esta vez parecían justificados.

El muchacho había tardado diez años en construir un muro de cemento para evitar sufrir, y su padre lo había derrumbado con una simple carta. Coraje había perdido a su madre cuando tenía apenas 6 años. Le dijeron que había muerto en un accidente. Él mismo había visto su rostro blanco inerte y su piel helada; la habían sepultado en una bóveda en el Bronx.

El mes pasado, había estado en el cementerio de Woodlawn por el aniversario de su muerte.

—Lo siento —dijo el mayordomo.

—¿Lo sabías? —preguntó levantándose de la silla.

—Sí.

Coraje endureció su rostro. Diciembre, el único ser humano en el cual él había podido confiar, era cómplice de la más cruel simulación que un niño pudiera sufrir.

—¿Hugo también? ¿Y el tío James?

Diciembre asintió —la idea del falso entierro fue un plan de su abuelo, pero tiene una explicación, la hubieran matado si no la hacían desaparecer. Su padre prometió contarle la verdad cuando fuera el momento indicado.

Eran escasos los recuerdos que Coraje tenía sobre su mamá. Sin embargo, recordaba sensaciones, su calor a la mañana, sus besos, sus risas. Su piel blanca como la leche, y su mirada milagrosa. Su madre

se había convertido en un ángel desde su partida, y ahora no era más que una vil bruja.

—¿Quién es Maddam Thenesis? ¿Por qué debo recuperar su diario? ¿Y para qué el paraguas? —preguntó releyendo el resto de la carta.

—A su debido tiempo.

—A su debido tiempo, pueden meterse esta carta en el nombre del padre, del hijo y del…

Diciembre entrecerró los ojos y se tapó las orejas para no escuchar la catarata de insultos encadenados que sucedieron detrás. Siendo que esta novela podría ser leída por menores de edad, la editorial recomendó censurarlos.

INSTRUCCIONES PARA

SEGUIR LEYENDO

Mi primer editor me telefoneó: —Hay demasiados personajes, no va a funcionar.

Trabajé en un segundo y tercer manuscrito donde eliminé decenas de personajes y escenas. Me enfoqué en lo importante, el protagonista.

—Siguen siendo muchos. Lo siento, no vamos a publicarla.

—La piedra filosofal tiene 96 personajes y la saga completa más de 750.

—La única forma de que esta novela pueda tener éxito es que ella te toque con su varita.

Los editores son odiosos, pero algo de razón tienen. Seguí podando muchos años, hasta llegar a un acuerdo conmigo. Sin embargo, si en algún momento el lector siente que son demasiados, esta es mi recomendación, solo sigan a Coraje.

HUGO CORAJE

(10 AÑOS ANTES)

Hugo Coraje, abuelo del muchacho, descansaba en su casa de campo en Vermont cuando golpearon a la puerta. Se levantó gruñendo como perro rabioso y bajó las escaleras con sus pesados borcegos de guerra que dejaba siempre al costado de su cama en caso de emergencias. George, el izquierdo y Washington, el derecho.

Hugo Coraje tenía la obsesión de ponerle nombre a todo. Llevaba una escopeta doble caño, Julieta, en una mano y su bastón, Dickens, en la otra. Tenía 87 años, y no era la primera vez que algún extraño golpeaba la puerta mendigando asilo.

Décadas atrás, Hugo hubiera acogido a cualquiera que se hubiera acercado buscando ayuda, pero en los últimos años su mal humor había aumentado junto con su vejez. En especial desde que su hijo, Sir Benjhamin, había tenido la brillante idea de contraer matrimonio con esa pseudo-periodista, miembro del club de las 100 de Nueva York. No podía culparlo: Ana Wilson, alias Nelly Bly, no solo era inteligente.

Lo único que ponía de buen temple a ese viejo cascarrabias era su único nieto, Timotheo Coraje, fruto del amor entre su hijo, Sir Benjhamin, y Ana Wilson, esa joven aprendiz de bruja llegada recientemente desde Escocia.

Abrió la puerta sin preguntar apuntando al medio del pecho.

—Drakar, ¿qué haces aquí? —lo reconoció de inmediato.

El hombre con aspecto de vikingo no se molestó en entrar para explicar su aparición.

—Es Ana, saben que encontró el Diario de Maddam Thenesis y que va a usarlo en contra del Club de las 100; van por su cabeza.

Hugo Coraje bajó la escopeta. En el fondo, él sabía que esto algún día podía pasar; agradeció a Drakar y lo despidió.

Luego se sentó en su escritorio. El anciano tenía un plan, pero su nieto iba a odiarlo. Primero, necesitaba una abogada adentro del Club de las Cien de Nueva York para negociar. Revisó sus papeles: Bella Abzug era la candidata ideal. Pero para llegar a Bella necesitaba un nexo lo suficientemente sólido; su vieja amiga Jennie, tal vez podía ayudar, pero iba a costar caro.

Segundo debía convocar al Duque Perro para sellar el secreto. Solo el Duke Perro podría garantizar que nadie encontrara el Diario hasta que llegara el momento indicado.

Les podría escribir dos novelas adicionales sobre la historia de Hugo, pero no me quiero desviar, mejor volvamos con nuestro protagonista, pero antes, hay algunas cosas que deben saber.

COVENS

Dicen que las brujas no existen, pero que las hay, las hay. Se agrupan en aquelarres; ellas los llaman Clubes de Cien con la misma formalidad de cualquier Asociación Civil de Lower East Side, la Petite France, o el Albaicín. La diferencia es de membresía, aquí no se ingresa pagando una cuota.

Existe un Club de Cien en cada gran ciudad, aunque los nombres de las afiliadas no figuran en ningún padrón. Desde la chica que reparte el pan, hasta la condesa que preside la misa de los domingos, desde la aprendiz de reportera que escribe en la página dos del *Tribune* hasta la viuda del juez, cualquiera de ellas podría ser bruja y nadie lo notaría, ni siquiera su marido.

La riqueza de los Clubes de Cien es obscena. Si se sumaran los lingotes de oro que tienen escondidos en paredes, sótanos y bóvedas alquiladas con nombres falsos, solamente el Club de Nueva York podría superar las reservas del Tesoro Federal en Washington.

Los clubes o covens como los llaman también entre ellas, fueron creados por la mano de Maddam Thenesis, la primera de todas las brujas, a fin de proteger a la mujer contra el trato desigual del hombre. Lo cual sonaba justo en aquella época.

Muchos siglos después, el propósito sigue vigente, y los medios diversificados. Las wiccas (brujas) tejen acuerdos con cancilleres y gobernadores, con jueces y oficiales, deciden quién firma cuál armisticio, y hasta qué cardenal será el candidato para ser el próximo príncipe del Vaticano. Ejercen su poder invisible detrás de bambalinas, en las propias narices de los hombres, y cuando ellos se enteran, ya es tarde. Es así como las mujeres dominan el planeta. Y aquel hombre que crea que esto no es posible: créanme, ellas desean exactamente que así lo sigan creyendo.

VERSCHWINDEN

La casa en el número 16, ubicada sobre la calle 20, en el exclusivo barrio del Gramercy Park en Manhattan estaba en silencio. Diciembre acababa de salir, su perfume a lavanda aún permanecía en el aire.

De pronto, Coraje escuchó un ruido proveniente de la biblioteca, donde el mayordomo había guardado el inconfundible paraguas que había llegado esa mañana. El muchacho se acercó a la puerta; antes de entrar sintió un revoloteo en la habitación.

Abrió la puerta envalentonado y se encontró con un cuervo negro que sobrevolaba en círculos sobre la biblioteca. Le llamó la atención que la ventana estuviera cerrada. Lejos estaba de comprender que no se trataba de un cuervo, sino de una bruja. Optó por abrir la ventana y el ave salió confundida. Luego el cuervo se posó sobre la chimenea de un vecino y se quedó mirando.

Coraje volvió la mirada al paraguas. Diciembre lo había dejado dentro de una vitrina de cristal. A pesar de los años el artefacto parecía nuevo.

Para ser solamente un paraguas parecía bastante peculiar, en lugar de un mango de madera, tenía una pezuña de reptil desde donde sujetarlo. Evidentemente, era un objeto confeccionado a mano; tras observarlo en detalle, notó que la tela era rugosa, como si estuviera hecha con piel de un dragón y que tenía inscripciones sobre la pezuña, grabadas en metal precioso.

Pasó los dedos sobre él y se le erizó la piel. Luego lo tomó con las dos manos y lo levantó en el aire como si fuera una espada. Tenía ganas de abrirlo, pero no deseaba atraer más mala suerte a la casa del Gramercy Park donde vivía.

Observó que debajo de la pezuña que hacía las veces de mango había una diminuta palabra con la leyenda *verschwinden* borroneada. Sin

saber por qué, Coraje pensó en la tumba de su madre antes de pronunciarla.

—*Verschwinden* —susurró, y simplemente desapareció.

EL CUERVO

Mientras tanto, Doris Bottinghoward, Secretaria General del Club de las 100 de Nueva York tomaba té con leche en su departamento en el Upper West, cuando el mismo cuervo se posó en su balcón.

Se levantó apresurada y abriendo la ventana dejó pasar al ave, de la cual comenzaron a caerse las plumas y a crecer extremidades hasta convertirse en una bella mujer.

La mujer se acercó y besó la mano de Doris en señal de respeto y subordinación.

—Espero tengas un buen motivo para llenar de plumas mi comedor.

—Los rumores son ciertos, el niño tiene el paraguas.

—Entonces, debemos utilizar un veneno suave, uno que lo vaya comiendo por dentro durante meses, hasta llevarlo a una muerte segura, sin que puedan vincularlo con nosotras.

La mujer asintió con la cabeza y en una fracción de segundo se había convertido nuevamente en un cuervo negro y brillante que sobrevolaba las copas de los árboles.

Doris volvió a sentarse en su sofá. Se la notaba incómoda. Una mujer muy mayor entró en la habitación, era una anciana diminuta, su rostro parecía de más de 500 años.

—¿Es realmente necesario, mamá? —se quejó Doris.

—El muchacho debe morir, Maddam Thenesis ha hablado; es su palabra, no la mía.

—¿Maddam Thenesis o Lord Morlocke? Dudo que Maddam Thenesis se haya pronunciado sobre el hijo de Ana Wilson. Nadie sabe nada de Maddam Thenesis desde hace más de mil años, ni de ella, ni de su supuesto diario.

—Deberían cortarte la lengua, ¿Qué fue lo que pasó con Theresa Sowers?

—Apareció descuartizada en su departamento, con las mismas heridas que las otras tres. Alguien nos está cazando, madre.

UBICUO

Nos habíamos quedado en la escena en la que Coraje desaparece usando el paraguas de su padre, lo que no saben es a dónde fue. Bien, el lugar es un tanto tenebroso, el muchacho apareció frente a la bóveda donde supuestamente estaba el cuerpo de su madre. Las flores que había dejado unos días atrás ya empezaban a marchitarse. Intentó entrar, pero la puerta de la bóveda tenía candado.

—Verschwinden —susurró otra vez y volvió a desaparecer. Apareció nuevamente en la sala de la biblioteca de su padre. Estaba transpirado, su respiración iba a cuatrocientos mil.

—¡Wow! —dijo anonadado, —eso fue… sensacional.

—En realidad, fue alemán —lo corrigió Diciembre mientras lo miraba cruzado de brazos bajo el marco de la puerta. El mayordomo no parecía sorprendido, él había visto a Sir Benjhamin aparecer y desaparecer cientos de veces en su biblioteca.

—¡Es mágico! —exclamó.

—Personalmente, no creo en la magia —contestó el mayordomo.

Coraje se imaginó entrando a la clase de historia a cargo del profesor Londres Naranja y saliendo a tomar una malteada al segundo siguiente. ¿Qué cara pondrían los gemelos Doble-Chuck cuando lo supieran?

Todavía mantenía el paraguas en alto, pero su cuerpo se tambaleaba intentando mantener el equilibrio. El paraguas se tornaba cada vez más pesado, como si una fuerza lo empujara hacia abajo. El objeto cayó al suelo y sonó como un yunque. Nada podía borrarle la sonrisa de la cara al muchacho.

—El término correcto es ubicuo —le explicó el mayordomo y agregó —ubicuo es aquel que tiene la habilidad de estar en más de un lugar a la vez.

Es complejo de explicar, ¿no? Tranquilos, para eso está este aprendiz de narrador: a pesar de que el mayordomo no podía verlo, Coraje nunca se había ido por completo de la biblioteca. Su cuerpo estaba allá afuera, pero su espíritu se había quedado en la biblioteca. Su mente, mientras tanto, actuaba como nexo entre ambos.

—Es peligroso, —agregó el mayordomo —si algo llegara a ocurrir en el medio, podrías quebrar el hilo y quedar desdoblado.

—¿Desdoblado? —preguntó Coraje.

—Loco-cucú, chiflado de remate —se rió el mayordomo, —también podrías perder una extremidad.

—¿Cómo es posible? —preguntó frunciendo la nariz.

—El paraguas hace que sea ubicuo, tú eres solo un niño. De todos modos deberías estar orgulloso, tu tío James jamás logró hacerlo. Tu padre, en cambio, podía llevar gente consigo —explicó Diciembre, y se calló; ya había revelado suficiente.

VISITAS INESPERADAS

Algunas personas son gratamente invitadas y otras simplemente pasan sin que las llamen. La puerta de entrada en el número 16 de la calle 20, en el exclusivo barrio del Gramercy Park, se abrió violentamente. La sombra de una bestia de dos metros de altura se asomó, y a Diciembre se le detuvo el corazón. El mayordomo había leído la noticia en los diarios, la prensa sensacionalista no dejaba de publicar notas sobre una bestia peluda, una suerte de roedor gigante que caminaba en dos patas y que atacaba gente inocente al azar.

Diciembre creía que tenía algo que ver con brujería, pero estaba un poco perdido, ya que las víctimas habían sido hasta ahora solamente mujeres. Boomerang, el perro que estaba debajo de la mesa, encogió las orejas y se ocultó temblando entre las piernas de Coraje.

Coraje tenía una extraña manera de reaccionar al peligro, como si su cerebro inhibiera la facultad de sentir miedo, para concentrarse únicamente en enfrentar la adversidad. Si había que saltar, saltaba, si había que pelear, peleaba, si había que poner el cuerpo, iba primero. En sus venas corría sangre de un tal Capitán Alatriste. El muchacho sacó una espada de la pared y se puso en guardia.

Diciembre, más práctico y menos épico, sacó un revólver del bargueño y disparó sin mirar. La bala pegó en el pecho del intruso y rebotó haciendo un ruido a hojalata. La bestia dio un paso al frente, y la casa tembló, la luz de la ventana iluminó su rostro.

—¿Usted? —le reprochó Diciembre.

—Esperaba un mejor recibimiento —contestó Drakar. Llevaba una armadura de acero sobre su pecho y protectores metálicos en codos y rodillas. Sobre su cabeza usaba un casco vikingo con forma de búfalo.

—¿Qué hace aquí? —preguntó el mayordomo.

—Vino rojo por favor, afloja la lengua; algo para comer no estaría mal —agregó el bárbaro sentándose a sus anchas en la mesa.

—A pesar del calor, la comida norteamericana es excelente —festejó mientras se limpiaba la tupida barba.

—Estamos en invierno —afirmó Diciembre.

—Siempre tengo calor.

—¿Perdón? —los interrumpió el joven Coraje bajando la espada y esperando una explicación.

—Lo siento, Drakar, Coraje, Coraje, Drakar —los presentó el mayordomo.

—Hola —sonrió el joven.

—Drakar es amigo de tu padre, y también lo era de tu abuelo, es experto en…

—Brujas, tu padre se enamora de ellas; yo, en cambio, las mato.

—¿Qué hace aquí? No me diga que vino a buscar al muchacho para llevarlo a Hohenzollern porque no voy a permitir que viaje con un borracho. Además, falta un mes para que terminen las clases. El vikingo negó con la cabeza, mientras el vino se le derramaba por la barba.

—Entonces, ¿qué hace aquí?

—No puedo decirlo, es secreto.

—¿Tiene que ver con el Diario de Maddam Thenesis? —adivinó Coraje.

—No, —contestó rascándose la nariz.

—Entonces, ¿qué hace aquí? —se quejó Diciembre.

—Acaso esta no es la casa de mi buen amigo Sir Benjhamin, a propósito, tu padre sí que se pasó de la raya esta vez; presentarse en

el Consejo de *Wilspurg* fue la estupidez más grande que hizo con el paraguas hasta ahora. Tiene suerte de seguir con vida.

—¿Qué es *Wilspurg*? ¿Qué hacía mi papá allá?

—Una pregunta a la vez —advirtió Drakar mientras devoraba como troglodita —es una reunión, se celebra una vez cada diez años en *Wilspurg*, *Bélgica*, asisten wiccas de todas partes del mundo, presentarse allí de imprevisto fue imprudente y pudo haberle costado la vida.

—¿Wiccas? —preguntó sin entender de qué hablaban.

—Brujas de las feas —afirmó el Vikingo.

—¿Nos va a contar a qué debemos su adorable visita? —preguntó Diciembre, poco a gusto con su presencia.

—Ya les dije que es un secreto, solo puedo contarles que han muerto cuatro brujas en Nueva York en el último mes, algún tipo de bestia las está cazando, y no somos nosotros. Estoy aquí para investigar. Algo huele feo en la isla.

—En esta casa, ¿qué hace aquí en esta casa? —le reprochó el mayordomo.

—Buscaba un trago, —dijo con la lengua pastosa —Oigan, ¿cómo es eso de que está prohibido el alcohol en todo Nueva York? —agregó tambaleándose medio borracho, mientras se acercaba hasta la puerta.

—La ley seca —aclaró Diciembre.

—Pues apesta —se quejó Drakar.

FLASHBACK

La cabeza de Coraje era un desastre, en tan solo media mañana había descubierto que su madre no estaba muerta y que tenía la capacidad de transportarse de un lugar a otro con un paraguas.

Aún no había terminado de almorzar cuando llamaron a la puerta por tercera vez en el día. Sus amigos, los Gemelos Doble Chuck, Sussie South Hampton, Bullie Rocks y Katia aguardaban para que los acompañara al partido de Baseball entre los Yankees y los Gigantes por las eliminatorias de la serie mundial.

—Diles que estoy enfermo —le ordenó a Diciembre.

—Coraje estará encantado de ir con ustedes —dijo el mayordomo, empujándolo hacia afuera.

Los diarios pronosticaban una tarde de lluvia y más de 30,000 espectadores en el estadio del equipo local. El adinerado padre de Sussie South Hampton había conseguido entradas para ver el partido. Las ubicaciones eran excelentes, estaban prácticamente sobre el césped, nada mal para un deporte tan divertido para jugar, pero aburrido para ver.

El entrenador de los Yankees se mostraba inquieto y hablaba con sus jugadores. Comenzó a lloviznar y ambos equipos fueron a cambiar sus calzados, a excepción de Ryan Watson, el jardinero de los Gigantes, quien se quedó sentado en las gradas con la mirada perdida. Ryan Watson se había convertido en el jardinero-atrapador estrella de su equipo en la última temporada.

El estadio estaba colmado de caras alegres, salvo por un puñado de fanáticos de los Boston Red Sox, que insultaban a Babe Ruth, por haber dejado a su equipo durante la temporada anterior, para incorporarse a los Yankees.

Albert y Charlie, conocidos como los gemelos Doble-Chuck, llevaban camisetas idénticas, lo que hacía técnicamente imposible

diferenciarlos. Sussie se pintó los labios, y le dio un beso a Albert en la mejilla, dejando la marca del labial grabada en su cachete.

—Ahora podemos distinguirlos.

El partido era lento y aburrido hasta que Babe Ruth conectó uno de los suyos, un terrible home-run. La pelota iba directo a la tribuna, y el estadio se estaba volviendo loco. Sin embargo, Ryan Watson, el jardinero de los Gigantes de Nueva York, dio un salto fantástico y con la punta de los dedos logró atrapar la pelota antes de que saliera del campo de juego. Se había elevado casi dos metros en el aire.

—¡Out! —gritó el referí. Así los Gigantes retomaron la posición, y pasaron al entretiempo con ventaja en el tanteador. Los gemelos, Sussie y Bullie Rocks aprovecharon para ir por burritos.

—¿Estás bien? Parece como si hubieras visto un fantasma —le preguntó Katia rozando su mano, —no has abierto la boca desde que llegamos —agregó.

—Coraje —agregó Katia, pero la mente del muchacho estaba en otro lugar. Se había transportado mentalmente 10 años para atrás. El recuerdo se remontaba a su niñez, si no le fallaba la memoria, estaba volando una cometa con su madre en el Gramercy Park, cuando quedó enredada en un árbol. Su madre había dado un increíble salto para bajar la cometa, demasiado parecido al que Ryan Watson había resuelto en el campo de baseball evitando el home run de Babe Ruth.

LICKENBRIDGE

Cuando Coraje regresó al Gramercy, le sorprendió ver un patrullero con el escudo de la policía de Nueva York detenido en la puerta de la casa.

—¿Qué tal el partido? —le preguntó Diciembre y luego murmuró —el detective Lickenbridge está haciendo preguntas sobre tus padres.

—Hace bien en regresar antes de que anochezca, jovencito, Manhattan está peligrosa.

—Podemos ir al grano de su visita —lo interrumpió el mayordomo.

—Claro, ha habido una serie de asesinatos que tienen al Alcalde Harper Murray incómodo. ¿Qué tipo de bestia podría dejar ese tipo de laceraciones en el cuerpo de una mujer? Tiene a la policía desconcertada.

—¿En qué podemos ayudar? —preguntó Diciembre con una sonrisa forzada.

—El nombre de Sir Benjhamin apareció entre las anotaciones de una de las víctimas —advirtió el detective.

—El señor Benjhamin está de viaje por Europa desde hace ya algunos años —dijo el mayordomo indignado.

—¿Tienen pruebas?

—¿Pruebas? Hay documentos que avalan su partida, todo está a nombre del muchacho.

—Una bonita manera de evadir al fisco. ¿Y la madre?

—Se supone que muerta —dijo Coraje interrumpiendo la conversación mientras Diciembre lo fusilaba con la mirada.

—Todos los bienes de la familia Coraje están declarados, si quiere puedo organizarle una entrevista con el contador —le ofreció el mayordomo.

—No será necesario, me gustaría echar un vistazo a la casa.

—¿Tiene una orden? —replicó el mayordomo.

—Si tuviera una orden no les estaría pidiendo permiso —contestó el detective —a propósito, les comenté que la última víctima es allegada al muchacho.

—¿Quién es? —preguntó Coraje espantado.

—Theresa Sowers, profesora de música en Old Tower School, tenía un amorío con otro profesor, un tal Londres Naranja, nuestro único sospechoso al momento.

Sowers era una profesora despistada, siempre envuelta en sus pensamientos y anotaciones; sus clases eran como una hora libre. Era una mujer joven, bella, esbelta, pero desaliñada.

—La señorita Sowers parecía obsesionada con encontrar un diario personal, el Diario de Maddam Thenesis. ¿Han oído de él?

—No —mintieron al unísono.

—Le haré una recorrida —dijo el mayordomo liberando la tensión.

Empezaron por la biblioteca, el paraguas estaba dentro de su vitrina. El detective se detuvo a mirarlo con curiosidad. Luego posó su mirada en los libros. Revisó los cajones del escritorio y pidió que lo llevaran a ver el resto de las habitaciones.

Luego de la pesquisa el detective se mostró listo para despedirse. Las cortinas de las casas vecinas se abrían para espiar. El Gramercy Park era un barrio donde la llegada de un patrullero no pasaba desapercibida.

—En unos días el Alcalde Harper Murray comunicará una importante noticia, un desfile de brujas, lo llamarán “Halloween”. El Alcalde quiere que los neoyorquinos podamos salir seguros a la calle a festejar, si llegan a saber algo, no duden en avisarme.

—Por supuesto —dijo Diciembre abriéndole.

PROFANADORES

A pesar de la expresa negativa de Diciembre, Coraje decidió que Katia tenía que saberlo. La citó en Gramercy y luego de conversar un buen rato le enseñó el paraguas y sus capacidades. Una parte de Coraje lo hacía para impresionarla, el paraguas era una oportunidad para volver a acercarse. Además necesitaba compartir este secreto con alguien que no fuera su viejo mayordomo o este entrometido narrador.

La historia sobre el falso entierro de su madre la conmovió. Ella también había perdido a su madre antes de migrar desde Rusia a Nueva York junto a su padre, un reconocido científico experto en biomecánica.

Katia conectó con la teoría de las brujas más rápido de lo que Coraje imaginó. A partir de ese momento la biblioteca de Sir Benjhamin pasó a ser su lugar favorito en Manhattan. Entre los cientos de libros detectó algunos que hacían referencias a los tratados de brujas, y a las particularidades de su forma de relacionarse. El *liquen*, una sustancia difícil de conseguir, las mantenía bellas, jóvenes y con la fuerza de hasta 10 hombres.

Lejos estaban de asemejarse a las brujas de los cuentos clásicos, no llevaban sombreros, ni zapatos estirados, mucho menos narices horrorosas. Solamente eran congregaciones de mujeres con un solo objetivo, cuidarse de los hombres. Sus clanes de nunca más de 100 mujeres tenían roles y jerarquías, cazadoras, corredoras, espías, misivas, herbolarias, venenosas, así como también roles de dirección, rectorado, y hasta consejos de economía y guerra. La líder operativa de cada Club era la Secretaria General aunque la líder suprema, la matriarca, era siempre la wicca más antigua. Cuanto mayor su antigüedad, más poderoso el coven.

Katia disfrutaba de la lectura, pero más de las largas charlas con Coraje en la biblioteca del Gramercy, hasta que venía la imagen de Gigi Summers; esa era la alerta para retirarse del juego.

Fue Katia la que insistió para que el lunes, después de clases, Coraje, Bullie Rocks y ella, tomaran un autobús con destino al Bronx. El hombre de seguridad los saludó. Había visto a Coraje unas semanas atrás cuando llevaron flores junto a Diciembre a la cripta de Ana Wilson. Esta vez, Coraje llevaba la llave del candado, la había tomado sin que el mayordomo lo notara.

Cuando Coraje visitaba a su madre solía dejar las flores en la entrada, pero jamás ingresaba en la bóveda. La idea de un cajón y un cuerpo petrificado lo mantenía a raya. Las cadenas del candado hicieron un pesado ruido golpeando contra el suelo. Técnicamente, estaban por profanar una tumba.

El lugar estaba húmedo, bajaron por una escalera espiralada estrecha hasta la cripta. Encendieron las velas para poder ver mejor. El lugar era bastante grande, y había un solo cajón en una suerte de altar. La placa sobre el cajón de madera decía Ana Wilson, amada esposa y madre.

—Hay que abrirlo —afirmó Bullie Rocks.

—¿Y si está allí? —los interrumpió Katia.

La tapa estaba sellada, pero Coraje ya lo había previsto. Apoyó su mochila en el suelo, dejando escuchar el ruido de la llave gancho que había metido dentro. Colocaron la llave en la ranura de la tapa y haciendo palanca junto a Bullie Rocks liberaron las dos tapas. La primera de madera, la segunda de acrílico, para mantener sellado el olor de los muertos.

La suave tela blanca de terciopelo fue lo único que encontraron, efectivamente su madre no estaba allí. Estaban por cerrar el cajón cuando Bullie Rocks encontró una pequeña nota dentro del ataúd.

Si el diario de Maddam Thenesis deseas hallar,

al campo de batalla debes caminar.

Donde guardan los Lenapes su corazón ancestral

y el fin de las flores anuncia su final.

Allí solo florece el violeta amarillo otoñal.

Mas avanza con sigilo al acercarte al portal:

fuerzas oscuras la entrada del bosque han de velar,

para que el secreto del Dragón jamás se logre revelar.

EL JUICIO

Más de 10 años antes

El juicio a Ana Wilson fue controversial. Se reunieron en una construcción clandestina, todas estaban encapuchadas, con largas túnicas negras, menos la acusada, quien llevaba una túnica violeta. Una mujer bajó del estrado, y descubriendo una sonrisa diabólica tomó la palabra.

—Ana Wilson, alias Nelly Bly, se la acusa de máxima traición, no solo al Club de Nueva York del cual forma parte, sino también al Club de Edimburgo, con el que su misión fue pactada, así como también frente a todos los Covens de oriente a occidente. ¿Entiende la gravedad del caso?

Ella apenas levantó la mirada, sabía que cualquier cosa que dijera sería utilizada en su contra. La fiscal la había pillado y hablar solo pondría en peligro a Sir Benjhamin y a su pequeño hijo.

—Su señoría —continuó la mujer, —asumiendo que ya hemos interrogado a la acusada, quien se niega a abrir la boca, llamo al estrado para testificar a Kathleen Bulgen, alias Dafne, miembro reconocida del Club de las Leonas de Edimburgo y pariente directa de Wilson.

Una mujer se acercó al tribunal y retiró su capucha, su rostro irradiaba luz, perfección y astucia. La belleza y el parecido con Ana Wilson eran notables.

—Hermana —dijo la fiscal—, cuéntenos cuál es su relación con la acusada.

—Mis únicas hermanas son mis leonas —respondió con autoridad incomodando a la parte acusadora. Dafne era una destacada wicca en el continente europeo, su edad era desconocida, pero se presumía que en aquel entonces ya superaba los 350 años.

—¿Es cierto que usted recomendó a Ana Wilson? como miembro del Club de Nueva York, a fin de que se infiltrara en la familia de los Coraje con el objetivo último de comprobar la existencia del Diario de Maddam Thenesis.

—Es cierto, mi sobrina fue entrenada personalmente por wiccas expertas en el engaño, fue traída a Nueva York para convertirse en miembro del Club de las 100 de vuestro honorable coven. Su misión era enamorar al hijo de Hugo Coraje, mientras investigaba la existencia del Diario de Maddam Thenesis. Sin embargo, la acusan de la misma misión que ustedes aprobaron y encomendaron en un acuerdo con nuestro Coven de Edimburgo. Este tribunal es una vergüenza.

Dafne fue abucheada y la corte tuvo que ordenar silencio.

—Su sobrina tuvo un hijo con el enemigo.

—Necesario para ganar la confianza de la familia.

—Ana Wilson encontró el Diario de Maddam Thenesis, tenemos una carta escrita por ella, de su puño y letra —dijo acercando al tribunal una carpeta. Asimismo —agregó mirando al jurado, sabemos que pidió asilo en Hohenzollern a la funesta esposa de Sir Jules le Blanc, Mathilda la conversa, pueden revisar la correspondencia ustedes mismas, planea entregarle el Diario a ella.

—Podría ser parte de su plan para conquistar la confianza de nuestros enemigos. A fin de cuentas fue eso lo que se le encomendó.

—Compraron pasajes a Europa, y hasta el Duke Perro ha sido visto entrando a la mansión del Gramercy, mientras tanto, ella todo lo niega. Ha mentido sistemáticamente a quien regentea sus actividades, ¿No es así, Doris?

Doris Bottinghoward, flamante miembro del Club de las 100 de Nueva York, y recientemente nombrada Secretaria General, asintió con la cabeza. Ella y Dafne eran buenas amigas. De hecho, había sido gracias a ese contacto que se había definido la aceptación de Ana Wilson en un Club Americano.

—Ana se niega a cooperar, y miente en sus informes trimestrales, prácticamente cortó comunicaciones con nuestro Coven, —declaró Doris Bottinghoward y agregó —hace más de dos años se ausenta a casi todas las citaciones.

—Más precisamente —dijo la fiscal tomando una carta de la carpeta frente al estrado, —citando textualmente a vuestra sobrina… los covens deben desaparecer, el *liquen* debe dejar de producirse, debemos salir de la clandestinidad y mostrar nuestro rostro al mundo.

—Ana jamás diría eso —protestó Dafne.

—Venga, lea usted misma. ¿Acaso niega que es su puño y letra?; su sobrina es una traidora, una hereje, y merece la pena máxima, —dijo la fiscal y mirando al tribunal agregó — demandamos su cabeza y la de su hijo.

—Un momento —la interrumpió una mujer cercana al estrado, se quitó la capucha, su melena corta y negra le daba un garbo difícil de igualar. Una amistad literaria la unía a Ana Wilson, alias Nelly Bly, y algo en su interior le decía que la vida de sus propios hijos podría llegar a entrelazarse algún día; —me gustaría saber qué opina la matriarca de nuestro preciado coven sobre todo este asunto.

—¿Cómo te atreves a molestarla? —replicó la fiscal, —con razón te llaman Black Jane.

Acostumbrada a ese tipo de bajezas, la mujer de pelo corto se volvió a colocar su capucha, su trabajo estaba terminado, Hugo Coraje ahora le debía un favor.

—Se comportan como un puñado de niñas, —dijo una voz proveniente del fondo de la sala, se puso de pie y avanzó hacia el estrado con lenta elegancia. Era una figura de alta estatura y tenía al igual que las demás, su cabeza cubierta con una capucha. Se trataba de la máxima referente del coven, socia cofundadora del Club de las 100 de Nueva York, y conocedora de las prácticas más antiguas. Su

edad, se presumía en más de 400 años, aunque parecía una adulta de apenas 35.

—Reina madre —dijo la acusadora agachando los hombros.

—Solo llámame Lady Moody, —dijo con falsa humildad; —he revisado las pruebas personalmente, permítame felicitarla, como fiscal ha hecho un excelente trabajo.

La acusadora infló su pecho y miró a su alrededor para saborear su momento de gloria.

—Así es —reforzó la fiscal —y hay más… creemos que Wilson intenta dar un golpe, su cabeza debe rodar.

—Los hombres usan palas kaiser, pero nosotras no somos iguales a ellos. Si bien concuerdo con el veredicto, y entiendo que la pena es la que establece nuestro estatuto —agregó la matriarca —creo que la ejecución podría ser perjudicial para nuestro coven; no queremos entrar en guerra con el Club de Edimburgo, —finalizó mirando a Dafne.

Otra mujer en el estrado la interrumpió —¿Acaso no daríamos señal de debilidad si la dejamos vivir?

—Es una pregunta difícil de responder, reconozco que Ana Wilson es una mujer peligrosa, sin embargo, lo mismo decían de mí; prosigamos a ver qué tiene nuestra flamante abogada, Bella Abzug, que decir.

Una mujer se acercó al estrado y tomó la palabra con seguridad, sus conocimientos en derecho superaban a cualquiera en la sala, alzando su voz dijo —Wilson debe morir, pero no de la manera que la fiscal propone, será enterrada en el Bronx, mas sus restos no yacerán allí. Su memoria será borrada y será enviada a un país nórdico, bajo la custodia de Lord Morlocke con quien sostenemos negocios muy importantes.

—Ana rechazó a Lord Morlocke hace 10 años, mi sobrina preferiría estar muerta a vivir con él, los Coraje no van a permitirlo —exclamó

Dafne.

—De hecho, mi querida Dafne, han sido ellos quienes propusieron el acuerdo, ¿cierto, Jennie?

THERESA SOWERS

El reloj en la pared dio las once en punto. Coraje estaba decidido, Londres Naranja era la llave. Bajó las escaleras con un candelabro en una mano, y un par de zapatos para evitar hacer ruido en la otra. Pasó por la alcoba de Diciembre para asegurarse de que estuviera dormido, abrió la puerta unos centímetros para espiar. Roncaba con dignidad.

Cruzó el living y caminó hasta la biblioteca donde estaba el paraguas de su padre. Visualizó el departamento del profesor Londres Naranja, había estado allí el semestre anterior tomando clases de apoyo de literatura. Coraje imaginó el número 11 en la puerta de entrada del apartamento, la mesa de comedor redonda, el sofá de una plaza gastado, la alfombra de arabescos, y su colección de libros en el living.

—Verschwinden —pronunció en voz baja y desapareció.

—¿Quién anda ahí? —gritó el Profesor, dándole un sartenazo en la cara.

—Coraje —contestó el muchacho agarrándose la nariz.

—Va a matarme del susto, ¿Pero qué hora es? —preguntó. Luego trajo un poco de hielo para contener el hematoma. El rostro de Coraje se había inflamado en forma desproporcionada.

—Será mejor que se vista, profesor.

Londres Naranja llevaba calzoncillos largos y una camiseta rota, sus pocos pelos volaban hacia arriba desafiando la gravedad. Creo que estuvo a punto de echarlo a patadas, pero el sartenazo le daba algo de culpa —tardaré un minuto, más vale que tenga una buena excusa. Unos minutos más tarde volvió alguien bastante más parecido al Profesor, pantalones pinzados, camisa, chaleco y sus anteojos de botella.

—Me pregunto: ¿qué es tan importante que no podía esperar al lunes? ¿Acaso llueve? —agregó al ver el paraguas.

—No hay tiempo, solo deme su mano, será rápido, piense en el departamento de Theresa Sowers.

—Está loco —se quejó el profesor tratando de zafar su mano, —no quiero pensar en su departamento, ni en ella, qué clase de broma…

—Verschwinden —dijo el muchacho quien lo tenía todo planeado y ambos desaparecieron.

El apartamento de Theresa era pequeño, estaba ubicado en los suburbios de Brooklyn y olía a encierro. Se escuchaban las voces de los departamentos vecinos a través de las paredes.

—Tiene que haber alguna pista —dijo el muchacho, sin percatarse que el profesor todavía le sostenía la mano con fiereza mientras leía en la pared el nombre de Maddam Thenesis, escrito con sangre.

—Una libreta amarilla, Theresa anotaba todo allí, jamás me dejaba leerla —le indicó en estado de shock.

—Alto —lo detuvo el profesor, —lo haré yo, después de todo, mis huellas están por todos lados; y luego me vas a explicar cómo diablos llegamos hasta aquí. De pronto, se escuchó un ruido en la alcoba; no estaban solos.

—Salgamos de aquí —dijo apretándole la mano, pero el profesor la soltó un instante antes, cuando vio la libreta amarilla debajo del sofá.

—Verschwinden —dijo Coraje y desapareció, dejando al profesor Londres Naranja en el departamento de Theresa Sowers.

Unos instantes más tarde, Coraje apareció en la casa del Gramercy Park, más precisamente en la sala de la biblioteca de su padre. Acomodó silenciosamente el paraguas en el atril y corroboró que Diciembre aún roncaba con dignidad. Regresó sin hacer ruido hasta su cuarto, donde en vano intentó dormir, girando sobre la almohada lleno de culpa.

Había abandonado al profesor Londres Naranja en el departamento de la Señorita Sowers. Era imposible volver a rescatarlo, no recordaba las calles, ni la puerta, toda esa información estaba en la cabeza del profesor. Había cometido un grave error.

LA LIBRETA AMARILLA

—¿A dónde va tan de prisa? —lo detuvo Diciembre, —¿Pero, qué le pasó en la cara? —le preguntó. Coraje no se molestó en explicarlo, se metió una tostada entera en la boca y salió hecho una saeta de la mansión en el Gramercy.

Tomó el primer tranvía y luego el Ferry hasta Williamsburg donde vivía el profesor Londres Naranja. Subió por las escaleras hasta la puerta Número 11. Golpeó.

—Está abierto —se escuchó. El Profesor estaba preparando un desayuno que olía a buenas noticias.

—Vaya forma de entrar y salir —exclamó Londres Naranja—. ¿Esta vez no trajo el paraguas?

—Lo siento —se disculpó.

—Disculpas aceptadas, aunque creo que en parte me ha hecho un favor —dijo mostrándole la libreta amarilla con una sonrisa.

—He leído la libreta de punta a punta; la profesora Sowers llevaba una doble vida, ¿Café?

—¿Puedo verla? —le preguntó.

—Antes me debe una explicación.

—¿Versión larga o corta? —respondió Coraje.

—Tengo toda la mañana.

Coraje le contó la verdad. La falsa muerte de su madre y la extraña capacidad del paraguas de llevarlo a donde quisiera, siempre y cuando conociera el destino. También le contó sobre los libros en la biblioteca del Gramercy, que describían a los covens y su forma de

organizarse. El profesor estaba absorto. En su estudiosa vida, jamás había escuchado algo así. Estaba por reventar.

—Me llamó la atención que su nombre apareciera en el cuaderno de la señorita Sowers —señaló el profesor abriéndolo—. Parece que también lo estaba espiando a usted: *Timotheo Coraje, calle 16, número 20, Gramercy Park, mayordomo desconfiado, casa protegida imposible acceder salvo en forma de cuervo*.

—Era una espía —soltó Coraje.

—Siempre sospeché que no era una maestra de música ordinaria, pero jamás pensé que viviera del espionaje.

—Profesor, ¿Quién estaba en el departamento de la señorita Sowers anoche?

—No lo sé, un ladrón supongo, no pude ver bien su cara, aunque su rostro me resultó familiar. El muy pillo huyó dando un fenomenal salto por la ventana, solo una persona muy atlética podría saltar desde un primer piso y salir ilesa.

—¿Cree que sea el asesino?

—No lo sé, un departamento vacío es una invitación para cualquier malandra. El profesor abrió una página del cuaderno amarillo al azar, había nombres tachados, decenas de direcciones, mapas, claves, números, fechas de entrega.

A Coraje le llamó la atención un listado de nombres, con una anotación a su lado. No confiar. No mirar a los ojos. Correr si la cruzas. Ladrona. Asesina. Trepadora. Mentirosa. Hueca. Muy astuta. Nunca darle la espalda. También había recortes de diarios de otras mujeres que habían desaparecido recientemente. En sus anotaciones el nombre de Maddam Thenesis y el Secreto del Dragón Escondido volvían una y otra vez, la mujer estaba obsesionada.

Se sorprendieron al ver una fotografía de la Profesora Sowers cuarenta años atrás, estaba idéntica, como si el paso de los años no la hubiera afectado.

—Era una bruja —afirmó Coraje.

—Una muy adorable —contestó el Profesor.

—No lo está entendiendo, ella era una bruja —insistió.

—¿Qué importancia tiene? Está muerta.

El profesor no comprendía lo que Coraje estaba viendo; el cuaderno amarillo estaba lleno de pistas, el muchacho las veía cada vez más claras. La profesora Sowers era una vigía del Club de las Cien de Nueva York. Su trabajo como profesora de música era solo una fachada. Coraje comprendió por qué ella siempre llegaba tan cansada a clase; era falta de sueño.

—Profesor, ¿Alguna vez Theresa mencionó algo sobre ser miembro de un Club?

—Jamás.

—¿No le llama la atención lo joven que se mantenía?

—Ahora que lo menciona.

Desde que Coraje había recibido el paraguas, había estado investigando libros en la biblioteca del Gramercy, con la ayuda de Katia, obviamente, porque a Coraje le costaba leer de corrido. Hasta donde habían llegado, las brujas bebían un líquido conocido con el nombre de *Liquen* para mantenerse más jóvenes.

—Profesor, —dijo el muchacho poniéndose de pie y colocando una mano en su espalda, —su novia era una bruja.

—Me cuesta creerlo, pero el argumento explica muchas cosas —respondió Londres Naranja recordando algunos momentos no aptos para todo público.

—Ryan Watson —murmuró el Profesor.

—¿Quién? —preguntó Coraje.

—El que estaba ayer en su apartamento —dijo el profesor apretando sus dientes.

—¿El jardinero de los gigantes de Nueva York? —preguntó Coraje.

—El mismo. Antes de conocerme, Theresa mantuvo un romance con ese tal Watson, cada tanto el idiota se embriagaba y se presentaba en su apartamento hablando pavadas sobre unos zapatos. Nunca le di demasiada importancia; anoche, cuando lo vi, supe que había sido él.

LOS ZAPATOS

DE DOROTHY CLUTTER

La casa de Rosie Rocks estaba repleta de estatuillas de todos los tamaños, ceniceros que jamás habían sido utilizados, libros, broches, duendes y animalitos.

Era una mujer hermosa, y forrada en dinero. Si bien era ciega, podía desenvolverse con normalidad. A pesar de su aspecto amable y solidario, Rosie Rocks escondía un pequeño y oscuro secreto; era la miembro número 64 del Club de las Cien de Nueva York. Una bruja con todas las letras.

Coraje aún no lo sabía, pero en unos meses se las tendría que ver cara a cara con ella, para dar explicaciones sobre la muerte de Bullie Rocks.

Sonó el timbre, ella se puso de pie como un resorte. Caminó hasta la puerta; no parecía ciega, si no fuera por los ojos blancos agua celeste.

—¿Dorothy? —preguntó acercando su nariz a la puerta.

—No, soy Timotheo Coraje —vengo a ver a William.

—Buenos días —dijo abriendo la puerta con una gran sonrisa fingida. Ella aborrecía a los Coraje, en especial a Sir Benjhamin.

—Williaaaaam —gritó la tía Rosie.

—Ya vooooy —se escuchó desde el otro lado de la casa.

—¿Qué traes en esa caja, muchacho? —preguntó intrigada abriendo sus fosas nasales. Coraje se preguntó cómo podía saber que era una caja, si la mujer era ciega.

—Un hámster —mintió.

—Huele a cuero —dijo Rosie Rocks.

—Es para que lo mastique —volvió a mentir.

—Qué ingenioso, por un segundo el aroma me hizo acordar a una vieja amiga, llamada Dorothy ¿Así que un hámster? ¡Qué simpático! ¿Puedo tocarlo?

—Podría morderla.

Esa mañana Coraje había tomado unos zapatos del armario de su madre. El muchacho tenía una sospecha y Bullie Rocks era ideal para ayudarlo a resolverla.

—Williaaaaaaaam —volvió a gritar su tía—se pasa horas en el baño.

—Hola —los saludó Bullie Rocks.

—Es hora de que comiences a afeitarte mejor esa barba, Willy, a las muchachas no les gusta que las pinchen, imagino que un niño tan guapo como mi Willy debe tener una lista de pretendientes, ¿Cierto?

—Por supuesto, señorita Rocks, la fila más larga de la escuela.

—Si alguna muchacha llegara a lastimar a mi Willy se las tendrá que ver conmigo —sonrió y le dio un billete de un dólar a su sobrino —pórtense bien y tengan cuidado con ese hámster —agregó.

—¿Trajiste un hámster? —le preguntó Bullie Rocks cuando llegaron a la esquina.

—Son los zapatos de los que te hablé.

—No pienso meterme eso en los pies, Coraje —se burló Bullie Rocks —son horribles.

—Cuando veas lo que son capaces de hacer, vas a rogar que te los preste.

LA ESTRIGE

VENENOSA

Caminaron hasta la Estación Central y tomaron el tren a Prospect Park, donde los Gigantes de Nueva York estaban realizando una práctica a puertas abiertas. El plan de Coraje era confrontar a Ryan Watson.

Faltaba poco para llegar a Brooklyn; el vagón se encontraba prácticamente vacío, solamente una mujer mayor sentada un par de asientos detrás.

—¿Cómo vamos a acercarnos? —preguntó Bullie.

—No lo sé.

—Al menos conseguiremos algún autógrafo —protestó Bullie Rocks.

—Es una gran idea —sonrió, y Bullie se sorprendió, sus ideas solían ser rechazadas a menudo.

De pronto, algo extraño le sucedió a Bullie Rocks, una especie de visión. Le pareció ver una figura borrosa, era una especie de reflejo en el aire. Según le explicó más tarde, se trataba de una versión desmejorada de Coraje, estaba más flaco, ojeroso e incluso un poco más alto. Llevaba un extraño paraguas consigo, y tenía aspecto de preocupado. El reflejo de Coraje se le acercó y le dio un abrazo como si fuera el último en su vida. Luego Bullie Rocks pestañeó y volvió a enfocar.

—¿Estás bien? Parece como si hubieras visto un fantasma —le preguntó Coraje.

—Sí. Solo que me pareció verte dos veces. Parecías desesperado —dijo y describió lo que había visto.

—Tal vez necesites anteojos.

—Antes muerto —se rió Bullie Rocks.

La mujer que estaba en el vagón había avanzado lentamente de asiento en asiento hasta sentarse justo detrás de ellos. Era una anciana, tejía sin parar. Coraje giró la cabeza, parecía inofensiva.

—A las viejecillas no nos gusta viajar solas —susurró la anciana.

—¿Desean unas galletas de chocolate? —les ofreció amablemente.

—Claro —aceptó Bullie sin dudarlo y se metió dos en la boca.

—¿Y tú, no pruebas una? —preguntó la mujer mirándolo fijo. Coraje notó un destello rojo en sus ojos que le generó desconfianza, como si pudiera presentir la desgracia. Tomó una por educación. Estaba sabrosa.

—Huele a Dorothy —dijo la anciana señalando la caja.

—No sé quién es Dorothy —respondió Coraje—, es un hámster.

—Me recuerdas a alguien —agregó la anciana, —una mujer que una vez conocí, tenía los mismos ojos.

—Si se refiere a mi madre, dudo que la haya conocido, murió en un accidente varios años atrás —le explicó.

—La mía también, —agregó Bullie Rocks con la boca llena de migas, —ahora vivo con mi tía, está ciega como una tapia pobrecita, pero su olfato es único.

—¿Rosie Rocks? —sugirió la anciana con cara de horror.

—Sí. ¿La conoce? —preguntó Bullie Rocks.

—Aquí es mi parada —dijo y caminando muy lento bajó en la siguiente estación. Sin saberlo, la estrige había envenenado también al sobrino de Rosie Rocks, una respetada wicca del Club de las 100 de Nueva York.

EL NIÑO DEL

BRAZO DE HIERRO

—El trabajo está hecho —dijo la estrige con ojos culposos.

—No me mires así, nunca lo entenderías —suspiró Doris Bottinghoward, Secretaria del Club de las Cien de Nueva York.

—¿Asesinar a un niño?

—No es un niño cualquiera, es el niño que podría provocar que todos los clubes caigan.

—Es solo un niño.

—Nuestra matriarca lo vio en un sueño, el niño del brazo de hierro podría ser él, si el hijo de Ana Wilson encuentra el Diario de Maddam Thenesis, todo el sistema colapsaría.

—Había otro muchacho, tuve que envenenar a ambos, no sabía que se trataba del sobrino de Rosie Rocks.

—¿Puedes ser tan idiota? Si Rosie Rocks se entera de que lo envenenamos, estamos perdidas.

—No tiene por qué saberlo, además, el veneno es indetectable, tardará meses en hacer efecto, el muy glotón se comió dos, será el primero en morir —dijo la estrige bebiendo el té, luego sintió que el aire comenzaba a faltarle.

—Lo lamento, no pueden quedar cabos sueltos —dijo Doris apoyando la taza de té antes de que la anciana cayera muerta al suelo y se desintegrara como la arena en el viento.

PROSPECT PARK

Una tímida multitud miraba desde las gradas que se habían instalado provisoriamente para que la gente pudiera observar el entrenamiento de los Gigantes en Prospect Park.

Los Gigantes de Nueva York tomaban su trabajo en serio; hacía pocos días que habían vencido a los Yankees de Babe Ruth, y a pesar del éxito, entrenaban duro. Uno de los bateadores dio un tremendo hit, que Ryan Watson interceptó dando un increíble salto.

—Bien hecho, Watson —lo felicitó el entrenador.

Cuando Coraje intentó detener a Bullie Rocks, ya era demasiado tarde. Había entrado al campo de juego y se dirigía directo al entrenador, llevaba puestos los zapatos.

—¿Qué edad tienes, hijo?

—Dieciocho —mintió.

—Una bola —dijo el entrenador dándole un guante.

Ryan Watson estaba por retirarse, pero se sentó en las gradas a observar al intrépido niño. El pitcher lanzó la bola. Luigi Costa conectó un batazo que fue a parar al pecho de Bullie Rocks, sin darle tiempo a reaccionar. El niño cayó al suelo y escupió sangre.

—Una más —rogó Bullie.

El pitcher volvió a lanzar y Luigi Costa volvió a batear otro tremendo hit, la pelota estaba comenzando a elevarse por encima de la cabeza de Bullie cuando este dio un espectacular salto elevándose casi un metro del suelo y la atrapó con un chasquido.

El entrenador le colocó una tarjeta en su bolsillo, —ven a verme con una autorización de tus padres —fin de la práctica.

Ryan Watson se despidió de sus compañeros, y tras firmar algunos autógrafos, se alejó caminando al estacionamiento.

—Señor Watson —se acercaron; el auto ya estaba en marcha—. ¿Podría darnos su autógrafo? —le preguntaron, pero Watson aceleró bruscamente.

—Taxi —exclamó Coraje sacudiendo la mano, —siga a ese automóvil. Persiguieron a Watson hasta el centro de Brooklyn hasta que el taxi quedó embotellado; pagaron y continuaron la búsqueda a pie.

—Allá —exclamó Bullie Rocks divisando el auto dos cuadras más abajo. Coraje se lanzó a la carrera, Bullie Rocks a la par. Watson conducía despacio, fumaba y echaba el humo por la ventanilla, no tardó en detectar a dos muchachos corriendo detrás de su automóvil. ¡Lo habían descubierto! Aceleró barranca abajo. Coraje se fue rezagando, en cambio Bullie comenzó a dar zancadas cada vez más largas, con sus zapatos.

Al final de la barranca había un cruce de vías y el tren se aproximaba. El maquinista sonó la bocina para alertar a Watson, que continuó acelerando. El automóvil cruzó un segundo antes de que la locomotora lo estrellara. Bullie Rocks venía descontrolado, frenar no era una posibilidad.

Limpió el sudor de su frente buscando un punto de apoyo; aceleró el paso y haciendo una maniobra que ni él pudo comprender, puso su pie izquierdo sobre un enorme bote de basura y brincó lo más alto que pudo.

El salto de Bullie fue claro, alto y elegante; saltó sobre el techo del tren agazapado; apoyó un pie y la rodilla para amortiguar, y volvió a brincar desde el techo del tren al otro lado de la vía.

Cuando aterrizó se detuvo para mirar hacia atrás, tratando de entender lo que había sucedido, acababa de saltar por encima de un tren en marcha. Pudo ver que el auto verde se alejaba doblando por la esquina, mas no sintió fuerzas para perseguirlo, sus piernas

temblaban y tuvo que sentarse en el cordón de la vereda para calmarse.

Coraje esperó a que la barrera se levantara para alcanzarlo.

—Eso fue la cosa más increíble que vi en mi vida —exclamó —vas a tener que devolverme esos zapatos, me estoy perdiendo toda la diversión. Bullie Rocks se sacó los zapatos y los guardó en su mochila.

—Será mejor que regresemos antes de que mi tía Rosie me dé un sermón.

—¿Dónde estamos? —preguntó Coraje viendo que se trataba de una zona un tanto deshabitada.

—Pero ¿qué tenemos aquí? Dos neoyorquinas —dijo una voz burlona desde atrás. Al darse vuelta vieron que eran seis.

FRAUDE WATSON

Eran seis tipos. Uno tenía el pelo largo y un tatuaje de payaso en su brazo. El segundo llevaba rapada la cabeza, el tercero era gordo y transpiraba sin parar. El cuarto tenía una horrible cicatriz en su cara y el quinto era más feo aún, llevaba una gorra, y le faltaba una oreja, en su lugar solo tenía un agujero. El sexto parecía ser el líder, perfectamente peinado con un jopo húmedo.

—¿Qué miras? —dijo el que le faltaba la oreja al notar que Bullie Rocks no dejaba de observarlo.

—Tal vez podemos cortarle una para reponer la que perdiste —bromeó uno de ellos.

—Demasiado grandes —se rió otro.

—Bien, niñitas —dijo el de pelo más largo que traía el tatuaje —billeteras, monedas, cinturones, zapatos, mochilas y nada de estupideces, si no quieren salir lastimados. Los dos amagaron a correr, pero estaban rodeados.

—Por nada del mundo entregues esa mochila —murmuró Coraje apretando sus puños y bajando la cabeza. La cosa se estaba por poner fea, el más gordo sacó una filosa navaja.

De pronto, llegó un auto a toda velocidad, clavó los frenos, y un hombre bajó del auto. Era Ryan Watson.

—Hey —dijo apagando un cigarrillo sobre el capot de su auto —los estoy buscando hace horas, su madre se pondrá furiosa si no los devuelvo antes de que oscurezca.

—¡Ryan Watson! —exclamó el del tatuaje, conocían al jugador de los Gigantes de Nueva York.

—¿Conoces a estos mocosos? —preguntó uno de los seis.

—Claro, el más flacucho es mi ahijado —dijo pasando la mano sobre el hombro de Coraje —sigue la corriente, muchacho —le susurró.

—No importa si es tu ahijado o el príncipe de Escocia, estábamos por cerrar un negocio —dijo el líder de los seis, quien hasta ahora no había abierto la boca.

Watson sacó de su bolsillo un billete de 50 dólares. —¿Así está bien, Laurence? —lo llamó por su nombre. Ryan Watson los conocía del barrio, había tenido algunos cruces con ellos en el pasado. Laurence se pasó la mano por el jopo, tomó el dinero con una mano y con la otra golpeó a Watson en el estómago.

—Si usaras ese brazo para lanzar, Laurence —se lamentó Watson, sin responder a la agresión; no tenía intenciones de entrar en una pelea.

—Niños, al auto —ordenó y los dos subieron sin emitir sonido, Coraje se sentó adelante, y Bullie detrás. Pasaron varios minutos hasta que Watson abrió la boca.

—¿Por qué me seguían? —preguntó —¿Y cómo consiguieron esos zapatos? —agregó mirando a Bullie Rocks por el espejo retrovisor.

—Theresa Sowers —fue todo lo que Coraje pudo responder.

—En paz descanse, espero me haya perdonado.

—Asesinó a la señorita Sowers y robó sus zapatos —lo acusó manteniendo la calma. Bullie Rocks estaba listo para lanzarse sobre él.

Watson lanzó una carcajada —tienen razón sobre los zapatos, aunque fue ella quien me los prestó, estaba pasando una mala racha. Luego se postergó la devolución, es difícil bajarse de la fama, gracias a estos zapatos volví a tener una oportunidad en el baseball, pero no soy un asesino.

—La asesinó para evitar el fiasco —lo incriminó Bullie Rocks.

—Imposible, ella jamás me hubiera delatado.

—¿Entonces, qué hacía anoche en su departamento?

—¿Y cuántos años dicen que tienen mocosos? —se volvió a reír —estaba buscando otro par de zapatos; desde que Theresa murió, estos están fallando. ¿Cuánto quieren? —dijo abriendo la billetera.

—No están en venta —replicó Coraje.

Estaban llegando a Manhattan, cuando Ryan Watson detuvo el automóvil, debajo del asiento sacó torpemente un revólver.

—Lo voy a preguntar una vez —dijo quitando el seguro del arma. Una bala se disparó accidentalmente agujereando el techo —¿A quién engaño? No puedo matar ni una hormiga, vamos, fuera de mi auto, largo. Watson prendió un cigarrillo y se recostó en el asiento. Luego bebió un trago de whisky de una petaca. Su hombro estaba hecho pedazos. Necesitaba hielo.

—Dáselos, Bullie —ordenó Coraje.

—No esperen que se los devuelva hasta que termine la temporada —aseguró Ryan Watson estudiando los zapatos, luego abrió su bolso y les regaló un guante de baseball —consérvenlo como garantía —dijo y arrancó su auto echando polvo.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó Bullie Rocks.

—Es un fraude, pero tiene buen corazón.

EL MATARRATAS

En la casa de la Señorita Doris Bottinghoward, alias Sirod, en el alto Manhattan, sonó el timbre por segunda vez en el día.

—¿Qué hace aquí? Teníamos un trato; pase rápido, pueden vernos.

—Bonita casa —presumió el hombre haraposo mostrando sus dientes podridos.

—Le juro por Hécate que tiene cinco minutos antes de que lo degüelle —lo amenazó con los ojos rojos encolerizados.

—Tengo información valiosa, pero solo hablaré si promete que no me regresará al cuadro otra vez.

—Tiene mi palabra —contestó Doris esquivando la mirada.

—Las brujas no tienen palabra. Quiero ver el cuadro para asegurarme.

Doris Bottinghoward llevó al hombre a su despacho y destapó un atril cubierto por una manta —¿Lo ve? Está aquí.

El hombre haraposo se acercó a la pintura que retrataba una habitual imagen del año 1800, un hombre harapiento arrastraba una jaula llena de gatos salvajes, un genuino matarratas, que era contratado por nobles y burgueses para acabar con las pestes roedoras en aquellos tiempos.

—¿Quién está ocupando mi lugar? —preguntó señalando el cuadro.

—Aleje sus grasosos dedos, ¿Tiene idea lo que sale un Rembrandt?

—Pobre diablo —sentenció el matarratas.

—Hable —lo amenazó Doris Bottinghoward mientras pensaba que no quería ensuciar con sangre su alfombra de catálogo.

El matarratas sacó un papel de su bolsillo y le entregó una dirección, —aquí pueden encontrarlos, son dos hombres, uno es gordo y el otro flaco, se esconden en el sudoeste de la isla, parecen dos tipos normales hasta que se convierten… en dos ratas gigantes.

—Las bestias —susurró Doris.

—Los llaman *Fat George* y *Ugly Toe*; se transforman de noche, pierden el control por un rato, pero luego parecen dos bichos inteligentes, trabajan en equipo. Algo me dice que saben perfectamente cómo distinguir a una bruja de una mujer común. Si quieren atraparlos deben pillarlos entre varias.

—¿Por qué mejor no caerles de día, cuando están en su forma humana? —preguntó Sirod.

—Porque son intocables, durante el día *Fat George* y *Ugly Toe* son protegidos por una Wicca Nómada.

—Es imposible, no ha habido registros de nómadas en más de 500 años.

—Que se maldiga a Voltaire; que se eleve a Torquemada, y que se convierta en nada: razón, luz, ciencia y saber. Que se destruya en su ser, a la humana inteligencia; que caiga el arte, la ciencia; que el genio se enerve y muera, y que sea una Quimera.

—No estoy para adivinanzas y poemas.

—La Quimera, la nómade de las cuatro caras, está aquí, y viene por todo su clan.

—Es imposible —susurró Doris aterrorizada.

—Una limpieza de sangre —dijo el Matarratas pasando su lengua por sus labios con profunda perversión —algo muy malo deben haber hecho para merecer esta desgracia.

Doris Bottinghoward no pudo evitar pensar en Ana Wilson. ¿Tendría algún vínculo con todo esto? ¿Una venganza por haberla desterrado?

Era imposible, eso había sucedido hace más de 10 años. Enrojecida en cólera, hubiera sido capaz de eliminar a ese malviviente con un chasquido, pero se contuvo acompañándole hasta la entrada.

—Nos contactaremos cuando sea oportuno —dijo Doris y agregó —procure no hablar de este tema con nadie; y termine de una vez su trabajo, si no bajamos el índice de ratas en la ciudad, el Alcalde dejará de hacer sus donaciones.

—Miladi —contestó el matarratas haciendo una reverencia antes de salir.

—¿Quién era? —preguntó una voz decrépita desde la sala de living.

—Nadie, madre —respondió la señorita Bottinghoward.

—Puedo oler el miedo en ti —respondió la anciana.

—No voy a permitir que nadie te haga daño, madre.

—¿Cuál es tu plan? —le preguntó.

—Primero acabaremos con esas dos ratas gigantes, luego iremos tras la Quimera, la atraparemos.

—No seas tonta, ninguna bruja en el Club de Nueva York puede hacerle frente a una nómade, debemos averiguar qué hace aquí, quién la envió y por qué nos ataca. Piensa, Doris; eres buena con la mente.

—Donde no hay señales, es donde hay que mirar, la Quimera puede estar desviando la atención mientras hace otra cosa en Nueva York —respondió Doris.

—Bien pensado muchacha —le contestó la anciana aunque Doris ya era una mujer bien mayor —¿Qué otra cosa hay en Nueva York, aparte de liquen y de nuestro oro, que pueda interesarle a una nómade?

—¡El Diario de Maddam Thenesis!

—Me alegra que aún puedas pensar con la cabeza, querida —dijo la voz al otro lado del armario.

—Las brujas que fueron asesinadas estuvieron relacionadas con la búsqueda del diario, ¿Cómo no lo observé antes? Theresa Sowers, ella creía que el diario estaba en casa de los Coraje y quería convencer a un profesor para que lo obtuviera por ella.

—Debes alertar al Rectorado ahora mismo, no podemos tener más bajas, un aquelarre débil es una invitación al desastre.

—Ana Wilson, ¿Crees que pueda tener algo que ver?

—No querida, esto es mucho más grande que esa pobre wicca.

Doris Bottinghoward abrió la ventana de su habitación. Unas plumas negras y brillantes empezaron a crecer en su cuerpo, en unos segundos aleteaba por la ciudad. Debía alertar al Rectorado del Club de Nueva York sobre la llegada de la Quimera.

RATAS DE

NUEVA YORK

A la mañana siguiente, Coraje se despertó con los escobazos de Diciembre retumbando por toda la casa, el mayordomo daba golpes contra todo lo que encontraba a su paso.

—¡Vamos, arriba! —dijo sacudiendo la puerta de su habitación.

—¿Desde cuándo se encierra con llave? —le cuestionó.

—¡¿Desde cuándo te importa?! —contestó mientras se tapaba la cabeza con la almohada.

—Sería aconsejable que se levantara, necesito ayuda; largo de aquí —gritó, y dio un fuerte escobazo contra el suelo.

—¿Se puede saber qué es tan importante? —contestó —son apenas las siete de la mañana.

—¡No hay tiempo, toma esto, maldita! —se escuchó seguido de otro golpe.

Boomerang también estaba alterado, pedía a ladridos salir de la habitación. Cuando Coraje destrabó el cerrojo el perro comenzó a correr por la mansión en forma disparatada.

—¿Qué pasa? —preguntó semidormido.

—¿Es un mal chiste? —contestó exasperado el mayordomo moviendo la escoba en el aire como si fuera una espada samurái. Coraje todavía tenía los ojos pegados y no se había percatado del desastre.

—Ratas, señor, es una plaga napoleónica.

Coraje se refregó la cara, y cuando volvió a abrir los ojos alcanzó a ver una rata que caminaba por la cornisa de su ropero, y otras dos

que se escondían debajo de la cama.

—¿De dónde salieron? —preguntó sonriendo, todo el asunto parecía una gran broma.

—No entiendo qué le causa gracia, jovencito, espero que usted no tenga nada que ver.

—Juro que no —contestó mientras el mayordomo acertaba otro golpe de escoba sobre una laucha.

—Entran por las tuberías; si no las echamos acabarán derrumbando la casa, mastican todo, parecen termitas —explicó, —algo debe andar muy mal allá abajo para que hayan salido todas juntas.

Coraje abrió un cajón para sacar un par de calcetines y se encontró con una rata masticando sus cosas. Boomerang volvió a entrar en la habitación y saltó sobre una rata que logró escapar.

—Ni para cazar ratones nos ha servido este perro —se quejó Diciembre. Coraje terminó de vestirse como pudo, tomó el bate de baseball y el guante de Ryan Watson.

—Cuidado con esa cosa muchachito —le advirtió el mayordomo.

Después de luchar cuerpo a cuerpo durante unas horas contra los roedores, lograron expulsarlos de la casa. Habían atrapado más de treinta, algunas de ellas todavía se movían dentro de una bolsa arpillera donde Diciembre las había metido. Agotados se sentaron en silencio en el living para recuperar el aliento, entonces pudieron escuchar que afuera, en la calle, la gente se agrupaba.

Al salir se asombraron. Había decenas de ratas escabulléndose a lo largo de la calle, y los vecinos las corrían con palos y escobas echándolas de sus casas. Los roedores salían de los agujeros de las alcantarillas y corrían calle abajo. En un abrir y cerrar de ojos Coraje contó más de doscientas ratas cruzando Gramercy Park.

—Están por todo Manhattan —dijo un vecino que estacionó su auto en la acera, pisando un roedor —salen desde las napas, se dirigen a la

costa oeste, parecería como si las ratas estuvieran evacuando la ciudad.

—¿Evacuando? —gritó alterada la señora Foster, una vieja vecina del Gramercy.

—Fuerzas policiales bloquearon el puente de Brooklyn, para evitar que salgan por allí, la policía les dispara balas de sal para no gastar municiones; a las que quedan vivas las atrapan con redes, y jaulas —agregó el hombre mientras bajaba del auto, —en Jersey las están esperando armados para que no entren a la ciudad; todos los municipios vecinos están en estado de alarma.

—Ratas, crimen organizado, bestias monstruosas que atacan mujeres, estamos condenados, esta ciudad se está hundiendo —insistió la Señora Foster, al borde de un ataque de nervios.

—¿Alguien sabe qué sucedió? —preguntó Diciembre quien empezaba a sospechar si la Señora Foster no tendría razón y toda Nueva York se estaba sumergiendo en su esplendorosa miseria.

—No están seguros —dijo otro vecino, mientras aplastaba una rata con una pala — solo que decidieron salir a pasear todas juntas.

—Espeluznante —suspiró Diciembre.

—¿Qué se supone que debamos hacer? —preguntó la señora Foster.

—Aconsejan no hacer nada, simplemente abrir las puertas de las casas y dejarlas salir, las ratas están huyendo en grupo hacia la costa, intentan salir nadando.

—Detenerlas solo empeora las cosas —dijo otro vecino que se sumó a la conversación.

—Es el fin del mundo —exclamó la Señora Foster, la mujer ya no razonaba, sus piernas se aflojaron y tuvieron que atajarla antes de que cayera desmayada.

Llegaron tres patrulleros con policías uniformados quienes se pusieron a ayudar a los vecinos. Poco a poco las calles del Gramercy fueron volviendo a la normalidad, las ratas se habían ido; y las que quedaban muertas, estaban siendo recolectadas por los servicios de barrido y limpieza.

—Diciembre, ¿me ayudaría a revisar mi casa? Tengo miedo de que quede alguna merodeando. —rogó la Señora Foster.

—Claro, vamos muchacho —dijo con pesadumbre el mayordomo, la Señora Foster podía tenerlos horas y horas revisando su mansión.

—Me encantaría acompañarlos, pero me esperan en casa de los Novik —se excusó con una mueca burlona.

LOS NOVIK

Coraje le dio una palmada a Diciembre en la espalda y partió a ver a Katia. Tenía ganas de contarle todo lo que había sucedido el día anterior, los zapatos de Bullie Rocks, la conversación con Ryan Watson. Además, la extrañaba.

Las veladas en la casa de los Novik eran divertidas, el Dr. Novik era un hombre gracioso lleno de inventiva que hacía lo imposible por mantener feliz a su hija. A pesar de estar limitado por el uso de una silla de ruedas se las ingeniaba para que no se notara. El Dr. Novik era un científico, trabajaba para el gobierno de los Estados Unidos. Un hombre de ciencia, exiliado de la vieja Rusia junto con su hija.

Cuando Coraje llegó había dos patrulleros en la entrada.

—Es papá, se lo llevaron —dijo Katia envuelta en llanto —salí a hacer unos mandados y cuando regresé ya no estaba.

Un tercer auto arribó, el detective Lickenbridge bajó de su automóvil, olía a alcohol. El departamento estaba en perfectas condiciones, no había señales de que alguien hubiera forzado la cerradura, ni signos de violencia. Solamente faltaban algunos trajes del ropero y sus carpetas de trabajo. Los peritos comenzaron a registrar la casa, tomando muestras de huellas digitales y evidencias que pudieran ser útiles.

—No será fácil de encuadrarlo como secuestro, no hay señales de violación a la propiedad, ¿Le pareció ver algún comportamiento extraño en su padre? —le preguntó el detective.

—Últimamente estaba un poco nervioso, casi no quería salir de la casa.

—Bien, vamos a darle algo de tiempo al asunto, no sería la primera vez que alguien desaparece unos días. Si no tenemos noticias en las próximas cuarenta y ocho horas, tendremos que comenzar una investigación.

—¿A dónde podría haber ido en una silla de ruedas? Cuarenta y ocho horas es una eternidad, detective —contestó Katia indignada.

—¿Qué tipo de secuestrador se lleva a un rehén y le da tiempo para hacer su valija? —sugirió el detective Lickenbridge mientras se acomodaba el sombrero y miraba un punto fijo en el suelo. Se agachó para mirar más de cerca y humedeciendo la yema del dedo índice levantó un pelo. Le llamó la atención su color; era azul.

—La casa permanecerá clausurada mientras revisemos cada rincón, ¿Tiene dónde hospedarse, jovencita?

—La señorita Novik se hospedará en el Gramercy —afirmó en voz alta.

—Será mejor que prepare sus cosas, esto puede tomar varias semanas.

—Necesito usar el teléfono —dijo Coraje y marcó al Gramercy para poner a Diciembre al tanto de la situación. Unos minutos más tarde el mayordomo pasó a recogerlos.

Diciembre conducía pensativo. Coraje se mantenía en silencio, si había algo en lo que el muchacho era experto, era en sufrir la ausencia de ambos padres; gentilmente tomó la mano de Katia, y ella se recostó en su hombro. Cuando llegaron, le prepararon una de las habitaciones de huéspedes, y un té caliente al que Diciembre le colocó su toque de ingredientes para el sueño.

Cuando Katia despertó, deseó con su corazón que todo fuera parte de una pesadilla, al abrir sus ojos estaría en su casa junto a su padre. Contó uno, dos, tres, y abrió los ojos; pero aún estaba en el Gramercy. Intentó concentrarse en pensamientos positivos, si bien ella no sabía dónde estaba su padre, él, en cambio, sabía su paradero. Seguramente intentaría comunicarse.

Diciembre y Coraje conversaban en el comedor cuando ella se presentó, Boomerang estaba acostado debajo de la mesa, —señorita Novik, su presencia no hace más que iluminar esta casa —exclamó Diciembre para levantarle el ánimo.

—Adulador —contestó haciendo una mueca. Boomerang se acercó y la saludó estirándole su mano.

—Achís —estornudó Katia.

—No se preocupe, señorita —sonrió Diciembre, mañana por la mañana pasarán a buscarlo, el perro se irá a pasar una temporada a la casa de campo en Vermont.

—Estoy apenada, Boomerang, por culpa de mi estúpida alergia te enviarán al campo, no es justo.

—El viaje del perro ya estaba planeado, no se apene; a propósito, un hombre pasó a verla mientras dormía, intenté retenerlo, pero no tenía intenciones de pasar, solo dijo que el Doctor Novik estará bien.

—¿Quién era? —preguntó Katia con los ojos brillosos.

—No se identificó, pero su aspecto era inconfundible, tenía el pelo de color azul.

El resto del día intentaron mantener a Katia entretenida con juegos de cartas, ingenio, y comidas deliciosas, mientras tanto, a no muchos kilómetros, un barco se aproximaba a Manhattan, en él, una hermosa mujer, cuyo verdadero nombre ni ella recordaba, viajaba en un camarote de primera clase.

EL SEÑOR X

LA SEÑORA Y

El Señor X entró al camarote como era su estilo; indetectable. Su mujer estaba tan concentrada escribiendo notas en su cuaderno que tampoco lo oyó entrar. Se detuvo inmóvil para mirarla, encontraba un placer inusual en observarla sin que ella lo notara.

La Señora Y escribía con una mano, con la otra se acariciaba la nuca. Una taza de té humeante, una pluma y un cuaderno eran todo lo que ella necesitaba.

El camarote de lujo estaba finamente decorado con muebles de roble esloveno, herrajes fundidos y objetos de porcelana china, que los ayudantes de la marina venían a reemplazar cada vez que el barco se movía. Eran doce los jarrones rotos desde que, hacía más de un mes, habían salido del puerto de *Oslo-Tromsöe* en Noruega. Si bien la pareja vivía en una fortaleza en *Reykjavic*, habían estado en la Kristiania, actualmente Oslo, cerrando un importante acuerdo de negocios con el monarca de Noruega.

Descalza, la Señora Y jugaba con los dedos de sus pies. Lo que hacía con ellos, a él no le dejaba de asombrar. Movía el dedo gordo en forma circular y luego lo apoyaba sobre el dedo siguiente del pie, haciendo una suerte de nudo marinero. Hacía tiempo que no la notaba tan animada, tanto de hecho, que en las últimas semanas había dejado de tomar las pastillas para estar contenta, que su médico le recetaba regularmente.

El barco se movió, ella no lo notó, seguía sumergida, nada podía afectarla. Uno de los jarrones se tambaleó y se partió en trizas contra el suelo.

—Van catorce —dijo el Señor X.

Ella seguía nadando en su imaginación, pero ya había notado la presencia de su marido en la habitación, de hecho, ella también

disfrutaba la excitante complicidad de saberse observada.

—Contaste mal, van trece, querido, mala suerte.

—Catorce —contestó el Señor X, quien era demasiado supersticioso, empujando otro al piso. Ella lo ignoró y siguió escribiendo.

El Señor X era una eminencia en el mundo de los negocios, se codeaba con la realeza. No era alguien a quien se pudiera ignorar de la manera que ella lo hacía. Su padre también lo había ignorado cuando él era joven. Tal vez ese era el motivo por el cual el Señor X se irritaba tanto cuando ella no le contestaba. En esos instantes, cuando la Señora Y simplemente lo ignoraba, él sentía arrebatos poco cristianos, como ganas de clavarle un hacha en la cabeza a su esposa.

—¿Qué estás haciendo, querida? —preguntó disimulando su enojo.

—Cuando escribo el mundo se detiene, milord.

—Detener el mundo escribiendo, eso es imposible, las bombas en cambio —se burló el Señor X.

—Si todos nos detuviéramos a leer la misma línea, ¿acaso no habríamos detenido al mundo, milord? —le preguntó su mujer.

—Ni el mejor escritor del mundo podría lograrlo, princesa —a ella le encantaba que él la llamara así, —escribes demasiado, jamás me has dejado leer una línea, qué utilidad tiene escribir para nadie —se quejó el Señor X.

—Cuando escribo dejo de envejecer —contestó ella en forma burlona.

—Esa no es la causa por la que no envejeces, cuando tengas ochenta, parecerás mi hija. ¿No te asusta pensar que algún día ya no estaré para ti, princesa?

—No —dijo y lo besó tiernamente, —¿Cuánto falta?

—Por la madrugada arribaremos a Manhattan —contestó.

El hombre todavía no estaba convencido de si había sido una buena idea traer a su mujer en este viaje de negocios. La Señora Y estaba encinta de tres meses, sin embargo, había sido imposible resistirse. Ella estaba decidida a acompañarlo, mejor no oponerse para evitar sospechas. El Señor X había inventado sin éxito cientos de excusas para evitar viajar a Nueva York.

La idea de que ella pusiera un pie en Manhattan le provocaba escalofríos. Si alguien llegara a reconocerla, sería un problema. Las posibilidades de que eso sucediera eran bajas, la Señora Y, estaba cambiada. No obstante, perder a la Señora Y no era algo que el Señor X pudiera afrontar en este momento de su carrera; ella era la llave de su alianza con los covens de Europa. La protección que ellas le brindaban lo hacía intocable, pero sin la Señora Y, ese beneficio desaparecería en un abrir y cerrar de ojos.

El Señor X estaba en el negocio armamentístico, su fortuna se duplicaba a diario, estaba creando la fábrica de armas tecnológicas más grande de la historia. Armas que garantizaban guerras, y guerras que garantizaban más armas. La sed de grandeza y el deseo desmedido de poder aclaraban su mente.

—Odiarás Nueva York, máximo exponente de la podredumbre —murmuró.

—¿Cómo podría odiar el lugar donde nos conocimos, milord?— preguntó ella.

Hacía muchos años que la Señora Y no visitaba Nueva York, de hecho, había pasado tanto tiempo que ni ella recordaba cuándo había sido aquella visita. Solamente sabía que allí se había enamorado de su actual esposo, el resto eran recuerdos nublosos.

—Están tan podridos, que ellos mismos han aplicado leyes para prohibir el alcohol, —dijo sirviéndose un vaso de whisky.

—¿Por qué lo sabes todo?

—Porque tú preguntas tanto, princesa —respondió y la besó.

—¿Y cuándo dejaremos estos tontos apodos?, ¿Por qué no pueden llamarnos por nuestros nombres en Norte América? —se quejó arrojando su vaso contra la pared. La Señora Y era bipolar.

—Es por seguridad, princesa.

—¿Cuánto tiempo estaremos? —preguntó bajando un poco los decibeles.

—Menos de una semana.

—Un mes en barco, para una semana en Nueva York; no es justo —se quejó.

—Te lo advertí antes de venir, pero tú tenías que insistir, además, el que sufre de mareos soy yo —le recordó su marido.

—Dime algo bello en japonés —le rogó su mujer.

—*Saki-do*.

—Me gustaría aprender más idiomas.

—Las mujeres no necesitan saber idiomas —sentenció el Señor X.

—Eres un arrogante —se mofó la Señora Y.

—Latín para dominar a los ancianos, alemán para ordenar a las fieras, inglés para robar a los ricos, mandarín para disfrazarnos de amables, y soviético para pasar el invierno.

—¿Y el español?

—Para la poesía, princesa.

—¿Cuándo me llevarás a bailar otra vez? —preguntó la Señora Y dando un giro.

—Eres pésima bailando —se tentó de la risa su marido.

—Algún día te voy a cortar la lengua —bromeó, pero al Señor X no le causó gracia, a las brujas en general les gustaba cortar lenguas.

—Si es mujer, se llamará Dafne como mi tía, si es varón Timotheo, sueño con ese nombre desde que tengo recuerdos —soltó tocándose la panza.

El Señor X se retorció. Pensó en lo que sería capaz de hacerle su mujer si se enterara de que ella ya tenía un hijo, y que el mismo vivía en Nueva York, la sola idea de que se llegaran a cruzar le generaba estupor. Golpearon la puerta, el Señor X salió. Un oficial lo saludó haciendo una seña militar.

—Milord, recibimos un cable, el objetivo fue localizado, sin embargo tenemos malas noticias, un oficial soviético lo interceptó antes.

—Puede retirarse —contestó cerrando la puerta. El Señor X se sentó en su escritorio, abrió uno de los cajones con una llave que colgaba de su cuello y sacó un guante con forma de garra de león que acarició pensativo.

Su misión en Nueva York era breve, entrar y salir sin llamar la atención. Su objetivo era capturar al Doctor Nero Novik, un científico clave para el futuro de su negocio armamentístico. Sabía que un espía soviético buscaba adelantársele para regresar al Dr. Novik a Moscú. Lo llamaban Cresta Azul. Era un ex-soldado ruso, rápido y peligroso aunque al lado del Señor X, todos eran lentos como elefantes e inofensivos como cabritos.

NOCHE DE

BRUJAS

La Ciudad estaba revolucionada, afiches anunciaban lo que parecía ser el festival del año, en todos lados se hablaba sobre la Noche de Brujas, el primer Halloween Neoyorquino. La gente se mostraba entusiasmada; los niños hostigaban a sus padres para que los disfrazaran. La mayor atracción sería el desfile de carruajes por la 5ta Avenida, con la puesta del sol.

En la calle, cuando no hablaban de Halloween, lo hacían sobre el Alcalde Harper Murray, el nuevo héroe de la ciudad gracias a quien Manhattan era una ciudad libre de ratas.

El Alcalde se había atribuido la huida de las ratas como una estrategia cívico-sanitaria. Pronto la Alcaldía de Nueva York recibiría un premio nacional.

Lejos había quedado el sentimiento de inseguridad que amenazaba a los ciudadanos unas semanas atrás. El asunto de los misteriosos asesinatos había dejado de aparecer en las primeras planas, de lo único que se hablaba era del fin de la era de las ratas, y del desfile de Halloween. Solo pequeños recortes al final de las páginas seguían advirtiendo sobre la desaparición de algunas mujeres.

Llegó el gran día. Fue el 31 de octubre. El sol acariciaba los techos de los edificios, y una suave brisa movía las ropas colgadas en las terrazas. Hacía décadas que la ciudad no se vestía de fiesta; Halloween tenía a todos los neoyorquinos expectantes, en especial a los niños, que arrastraban a sus padres para que los acompañaran a ver el desfile. Nadie quería perderse el espectáculo; la gente comenzaba a apiñarse en las veredas de la 5ta avenida por donde pasarían las comparsas con sus carruajes.

Los más osados acompañaban a sus hijos también disfrazados. Los atuendos más avispados estaban entre los adolescentes, vestidos con forma de esqueletos, hombres lobos, vampiros, momias y muertos

vivos. El disfraz que predominaba entre niñas, madres, y abuelas era obviamente el de bruja, con largos sombreros negros, túnicas oscuras, escobas, zapatos negros en punta, y narices postizas. Nada más lejos de cómo se ve realmente una bruja. Los cuentos de hadas nunca las entendieron. Ada Van Hemstra, alias Audrey Hepburn, jamás actuó en una película de brujas.

La ambientación de la ciudad era espectacular; una perfecta combinación entre fantástica y tenebrosa. A lo largo de diez cuadras, en la 5ta avenida, habían estado trabajando los decoradores bajo los diseños del excéntrico *Goggo Clark*. Habían colgado telas negras entre los edificios en forma de alas de murciélago, que tapaban el cielo, dándole a Manhattan un encanto gótico perverso.

Para el Alcalde Harper, todo marchaba a la perfección, la ciudad estaba libre de ratas, su desfile de *Noche de Brujas* iba camino al éxito, y por sobre todo, la gente lo amaba. Estaba en una racha ganadora. Si todo continuaba así, a fin de año se postularía para el Senado Nacional con el apoyo de la Señora Bottinghoward y un séquito de multimillonarios que apoyarían su candidatura.

Pero el Alcalde no era ningún tonto, Nueva York seguía repleta de delincuentes, debía estar doblemente atento para evitar un desastre. Lo último que quería oír en los diarios era ”Masacre en Halloween”. Cada oficial del departamento de policía estaba dispuesto en las calles, algunos iban uniformados, otros de incógnito; la seguridad era su prioridad, nada podía salir mal esa noche. Tenían orden de arrestar a quienquiera que pudiera representar una amenaza. Todo posible alborotador debía ser reprimido.

El desfile, tal como anunciaban los panfletos y pósteres pegados por toda la ciudad, comenzaría con una ópera en vivo *Madame Butterfly* que daría inicio con el último rayo de luz; entre la 5ta y la 38. El sol comenzó a descender detrás del Hudson, la 5ta avenida empezaba a oscurecer bajo los telares instalados entre los edificios. La gente se agolpaba en las veredas para conseguir un lugar en primera fila. Las vallas de seguridad eran el único obstáculo entre la multitud y el desfile.

Los espectadores más privilegiados, se reunían en los balcones de los edificios aledaños, desde donde conseguían una imagen más teatral. Los porteros de los edificios más bajos, ofrecían a los niños la posibilidad de subir a sus terrazas, a cambio de alguna moneda.

A las 6:03 el sol desapareció. Se encendieron cientos de antorchas que colgaban de los edificios, provocando un efecto lumínico en dominó, seguido por una ovación y aplausos.

Comenzaron a sonar los tambores, dando golpes ensordecedores, que hacían temblar el suelo asustando a los más pequeños. Un coro fue subiendo al escenario, seguido de músicos con sus instrumentos. Los coristas vestían ropas negras y antifaces venecianos, generando un impacto sicodélico. El último en subir fue el director, llevaba una máscara de emperador romano con forma de mariposa. La gente comenzaba a excitarse, los hombres subían a los más bajitos en sus hombros para que no se perdieran el espectáculo. Los tambores redoblaron sus esfuerzos para tocar su gran final y sobrevino un silencio espacial.

Una guapa mujer avanzó hasta el centro del escenario, llevaba alas de mariposa en su espalda, tejidas con alambres coloridos; el público aplaudió con vehemencia y ella comenzó a cantar con voz celestial; sonaron violines, flautas y oboes, dando comienzo al primer acto. Al terminar la ópera, comenzaría el desfile de carruajes, luego correrían las vallas para que todos los que quisieran pudieran desfilar por la Quinta Avenida con sus familias.

—¡Terrorífico! —dijo un niño a su madre al ver caminar a un anciano con largos pelos blancos y harapos. Llevaba jaulas con ruedas, cubiertas por un telón rojo.

—¿No le parece un poco alevoso, milord, aparecerse así en medio de esta celebración? —dijo la Señora Bottinghoward al ver pasar al matarratas entre medio de la multitud.

—Señora Bottinghoward —la saludó el matarratas.

—No me llame por mi nombre, imbécil.

—Miladi —respondió bajando la cabeza —no esperaba encontrarme con una bruja de verdad —bromeó.

—Cierre la boca, lo hemos estado buscando, ¿Habíamos acordado una emboscada?

—Miladi, la emboscada está por suceder.

—A propósito lo felicito, no ha quedado una sola rata en la ciudad, salvo por esas dos bestias que prometió entregarme, el Alcalde está feliz, van a darnos un premio.

—Es un placer servirla —respondió el matarratas, luego levantando su podrida nariz y abriendo sus horrorosas fosas nasales agregó —están aquí, puedo olerlas.

—Estamos preparadas, la fuerza de Maddam Thenesis está de nuestro lado —sonrió Doris Bottinghoward mientras hacía una señal a otra bruja para que estuviera alerta.

ANA WILSON

Con la última nota de la Ópera se escuchó una tremenda ovación y dieron comienzo al desfile. Estaban invitados a presenciar el evento desde un privilegiado balcón en la propiedad de la familia South Hampton, sobre la 5ta Avenida desde donde la vista era preferencial.

—Vamos, muchacho lobo —se burló Katia cuando Coraje se detuvo para atarse los cordones —estamos llegando tardísimo —insistió.

—Con estas uñas es más difícil de lo que parece.

El disfraz de Coraje era gracioso, pero elegante. Tenía pelo pegado al rostro y los dedos con largas uñas postizas que le complicaban utilizar las manos. El sastre había sido Diciembre. Katia se agachó para atarle los zapatos, aunque a ella también se le complicaba.

Katia y Sussie habían acordado vestirse de momias egipcias; Diciembre le había conseguido metros de vendas blancas para enroscarse. Estaban a pocas cuadras de la casa de los South Hampton, cuando Coraje se volvió a detener.

—Timotheo Coraje, ¿ahora qué? —suspiró Katia.

—Vuelvo enseguida.

—¿Qué sucede? —preguntó fastidiada.

—Me pareció ver a alguien —contestó achinando los ojos.

Se trataba de Drakar, el amigo de Sir Benjhamin, que atravesaba el desfile.

—¡Lo siento, permiso, cuidado! Coraje no quería perder de vista a Drakar, hasta que su cabeza golpeó con el trasero de la Señora Bottinghoward.

—Perdón.

Ella lo miró con los ojos rojos encolerizados —Maldición, podría haberme roto la cadera, otra vez —se quejó.

—Lo siento —dijo y continuó corriendo.

Coraje logró pasar entre las vallas que separaban a los espectadores del desfile, se mezcló entre las comparsas, tratando de alcanzar a Drakar. Lo llamó gritando por su nombre, pero lo ignoró.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó; llevaba puesta su armadura y saludaba a la gente como si fuera parte del desfile.

—¿Lo conozco? —dijo el vikingo haciéndose el tonto.

—Vamos, es usted, estuvo en mi casa tomando vino como un animal, lo he estado buscando, tengo muchas preguntas.

—Generalmente soy yo quien las hace, ¿Encontró el diario?

—No tengo la menor idea de dónde está.

—Debe salir de aquí, la cosa está por ponerse fea —fue lo único que dijo antes de dejar a Coraje atrás.

De pronto, en pleno desfile se escuchó una mujer gritar en forma horrorosa, seguido de apretujones y corridas. La gente se hizo a un lado dejando un espacio vacío donde yacía una muchacha. Llevaba túnica negra y un manto de sangre corría por el suelo. A la mujer le faltaba la cabeza entera, metros más adelante una rata monstruosa que caminaba en dos patas, arrastraba la cabeza salpicando el suelo.

Más atrás se oyó otro grito desgarrador, otro roedor gigante un poco más gordo, estaba devorando el torso de otra mujer. Debido al bullicio del desfile, la gente en las calles aún no se percataba de la situación, sin embargo, la estampida no tardó en aparecer.

La gente corría sin dirección y, en el afán por alejarse, pisoteaba a los que iban cayendo. Entraron ambulancias, los bomberos y la policía; la escena era pura confusión, los policías no sabían a quién arrestar, todo el mundo llevaba disfraces. Entre tantas corridas, el escenario

montado para la Ópera de *Madame Butterfly* se desmoronó, y los bomberos tuvieron que prestar toda su atención en rescatar a los músicos que quedaron atrapados.

El detective Clifford Lickenbridge miraba la escena indiferente desde una azotea. Dejó a un lado su cerveza y se puso a disparar dando en el ojo de una de las bestias. Si hubiera estado sobrio posiblemente hubiera errado.

La Señora Y, recientemente llegada a Nueva York, le había insistido al Señor X en que la llevara al desfile de Brujas. Lo último que la pareja había imaginado era que iban a quedar atrapados entre la multitud. La ola de gente los fue empujando hacia un callejón. Cuando una de las dos bestias vio a la Señora Y levantó el hocico y sin dudarlo detectó su cualidad de bruja e inmediatamente arremetió contra ella.

La bestia bramaba espuma por la boca como bicho rabioso. Se detuvo frente a la pareja y los acorraló. Enceguecida de ira, la criatura se abalanzó con sus dientes y garras, dispuesta a asesinar a la Señora Y, cuando fue embestida por una mole de acero. ¡Era Drakar!

La bestia y Drakar se abrazaron en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Su armadura lo ayudó a soportar las primeras mordidas, finalmente, Drakar logró herir a la feroz criatura con su corta hacha. La rata huyó corriendo en cuatro patas, dejando un hilo de sangre a su paso. Drakar se detuvo, miró al Señor X y a la Señora Y con sus ojos tormentosos. Le hubiera gustado ver a esos dos acribillados, pero Benjhamin hubiera hecho lo mismo por ella.

Coraje miraba la escena sin pestañear, Drakar era una máquina de combate. De pronto, los ojos de Drakar se atrajeron como un imán con los de la mujer. La sensación fue similar a la del *Titanic* al chocar contra el iceberg. Se le erizó la piel. Las piernas se le aflojaron y su cabeza empezó a dar vueltas. Al muchacho le faltaba el aire, y creyó que iba a morir aplastado por la sensación.

—¿Mamá? —balbució y le subieron truculentas ganas de vomitar. Si la pérdida de su madre había sido desgarradora, recuperarla así era aún peor.

—Lo siento, muchacho, no tengo hijos, por ahora —le contestó la mujer tomándose el estómago.

Debajo de su disfraz de hombre lobo, debió haber sido difícil reconocerlo, pero él estaba seguro de haberla reconocido a ella, era su madre, Ana Wilson, la misma que diez años atrás había enterrado bajo una falsa lápida.

Inmediatamente después, llegó el séquito de guardaespaldas del Señor X —¿Dónde están cuando los necesito? —reclamó cerrando su mandíbula.

—Casi nos matan —les recriminó la Señora Y.

—Milord, no es seguro, los escoltaremos hasta el puerto —dijo uno de los escoltas.

—¿Y el Doctor Novik? —preguntó El Señor X.

—Todavía no pudimos ubicarlo.

—¿Todo tengo que hacerlo yo? Lleven a mi mujer al barco —ordenó.

El señor X miró a Coraje a los ojos y supo que era el hijo de Ana Wilson. Abrazó a su mujer por la cintura y, dándole la espalda, se alejó.

RELATO DE

UNA PERSECUCIÓN

La Señora Bottinghoward entró a su casa ensangrentada, tenía heridas profundas que no sanaban rápidamente como solían curarse siempre sus cicatrices. Se trataba de alguna especie de brujería antigua que contrarrestaba el efecto regenerativo del liquen.

Subió las escaleras hasta su habitación y se metió adentro del ropero. El armario tenía otra puerta falsa detrás, que daba a una habitación secreta, donde una mujer descansaba. Era una viejita escuálida; se trataba de la matriarca del Club de las Cien de Nueva York a quien la Señora Bottinghoward protegía con su vida.

—Doris —dijo sin alterar su tono de voz cuando la vio entrar, la mujer sabía que no traía buenas noticias.

—Perdimos a trece hermanas, dos en el desfile y once más en combate cuerpo a cuerpo, es curioso madre, de no haber sido por el pretoriano de la Guardia de Hohenzollern, esas ratas nos hubieran matado a todas.

—Cuéntamelo —dijo la anciana dándole la mano para leer sus recuerdos, con solo tocarla las cicatrices de Doris sanaron. Los ojos de la Señora Bottinghoward se corrieron hacia atrás y su madre, la matriarca del Club de Nueva York, se metió dentro de su mente.

Corrían detrás de las dos bestias por las alcantarillas de Nueva York, Drakar, un soldado de la guardia pretoriana de Hohenzollern proveniente de la Casa de Norte de Europa, iba delante de ellas. Doris, el matarratas y un séquito de 11 brujas más la acompañaban.

El rastro era fácil de seguir porque ambas bestias estaban heridas, una en un ojo y la otra perdía sangre por el abdomen, dejando un surco rojo por las tuberías subterráneas de la ciudad.

De pronto, perdieron el rastro misteriosamente, por sus cálculos debían estar debajo de las alcantarillas del Zoológico de Nueva York en el *Upper East*, cuando fueron atacadas desde la retaguardia por los dos roedores gigantes. Las bestias parecían expertas en asesinar brujas, y rápidamente destriparon al grupo de élite que acompañaba a la Señora Bottinghoward. El matarratas huyó entre las tuberías dejándola a merced de las dos monstruosas bestias.

De no haber sido por Drakar, el pretoriano de la Guardia de Hohenzollern, la hubieran acribillado también. El gigante de acero las interceptó violentamente y se montó a las dos bestias con su hacha vikinga abriéndole el pecho de par en par a una y cortándole la cabeza a la otra. Inmediatamente las dos bestias asumieron sus formas humanas, eran los delincuentes *Fat George* y *Ugly Toe*, de quienes el matarratas les había advertido.

La señora Bottinghoward estaba confundida ante el enemigo que la había salvado, cuando su cuerpo súbitamente empezó a entumecerse. Drakar, el soldado pretoriano, también se quedó inmovilizado sin poder mover nada más allá de sus dos ojos. Entonces, caminando en dos pies con asquerosa elegancia la Quimera se presentó. Llevaba una túnica roja debajo de la cual podían verse sus pies de cabra y su cola de serpiente. Su cabeza estaba cubierta por una capucha, solamente podían verse sus ojos amarillos de león. La cosa pasó por al lado del pretoriano y gruñó. Luego se acercó a la señora Bottinghoward y susurró unas palabras acariciándole el rostro con sus garras filosas.

La matriarca del Club de las Cien de Nueva York se mordió la lengua, la presencia de la Quimera en la mente de su más preciada súbdita y la hizo volver del trance.

—Está buscando el Diario de Maddam Thenesis, quieren proteger su secreto —dijo la anciana —sabe que lo movieron de lugar y está aquí para encontrarlo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Doris preocupada.

—Nada querida, nadie puede interponerse en su camino.

—¿Por qué nos ataca, madre?

—No estoy segura, tal vez fue solo para despistarnos.

—Una bruja no puede atentar contra otra, solo para despistar.

—La Quimera no es una wicca cualquiera, es una nómade, nuestras reglas no aplican con ella, su procedencia es ley superior.

—Debemos vengar a nuestras hermanas —afirmó Doris apretando los puños.

—No —dijo con voz rotunda su madre.

—Pero, madre.

—Pero nada. A propósito, querida, ¿en el acto de apertura del desfile de Halloween, tocaron *Madame Butterfly*?

—¿Qué importancia tiene eso, madre? —se quejó Doris.

—Es una ópera hermosa.

—Así es —asintió la señora Bottinghoward mordiéndose la lengua; una nómade estaba masacrando al Club de Nueva York, y en lo único que su madre superiora podía pensar, era en títulos de operetas musicales.

DONDE ESCONDEN

SU CORAZÓN

El siguiente fue un día peculiar: las calles estaban vacías. La alcaldía presidida por Harper Murray había sido intervenida de la noche a la mañana por el gobierno federal. Como consecuencia de los episodios de terrorismo de la noche anterior, se había decretado un estado de sitio con toque de queda.

La ciudad estaba deshabitada, la gente se amuchaba en sus casas y tanques del ejército patrullaban. No había medios de transporte público habilitados, y los que circulaban en sus automóviles eran detenidos para una pesada inspección.

En la cabeza de Coraje aún retumbaba el encuentro con su madre, aunque empezaba a dudar de si realmente era cierto, o si el hecho de saber que ella estaba con vida le había jugado una mala pasada. Necesitaba volver a ver a Drakar para averiguar por qué había decidido defenderla.

A pesar de la prohibición de circular libremente, Coraje se dirigió a la casa del profesor Londres Naranja evitando al máximo a Katia. Si lo que había escuchado era real, tendría que explicarle que su propia madre y su nuevo esposo estaban detrás del secuestro del Dr. Novik.

—Verschwinden —dijo tomando el paraguas en la biblioteca del Gramercy Park.

El profesor Londres Naranja derramó su café al ser sorprendido en la comodidad de su hogar, —demonios, va a matarme de un susto —se quejó levantando el periódico para que no se le manchara.

En primera plana aparecían las dos bestias fotografiadas durante el desfile. La nota explicaba que la policía de Nueva York las había seguido hasta las alcantarillas y las había emboscado. La nota no hacía mención sobre Drakar, *Fat George*, *Ugly Toe* ni la Señora Bottinghoward.

—No me fío de los tabloides —admitió el profesor.

—Lo sé, pero al menos se ha arrojado luz sobre el asesinato de Theresa Sowers, las heridas son idénticas a las que sufrieron las víctimas durante el desfile. El rostro del profesor se relajó y pude ver un dejo de alivio.

—Pobre Theresa, espero que no sigas insistiendo con esa tontería conspiratoria sobre brujería.

—Profesor —dijo Coraje, pero se detuvo, no era momento de confrontarlo.

—Si vino por el asunto del acertijo —agregó Londres Naranja mientras ordenaba la casa —creo que ya lo resolví. En el campo de batalla, donde esconden su corazón los Lenapes, el fin de las flores, el violeta amarillo, y las fuerzas oscuras que vigilan en la entrada del bosque —recitó de memoria.

Luego buscó un libro de su estantería, y trajo la colección completa de poemas de William Cullen Bryant.

—En el campo de batalla, el fin de las flores, el violeta amarillo, la entrada del bosque, son todos extractos de poemas de este escritor —señaló el profesor.

—¿Poemas? —preguntó desilusionado.

—Creo que es un mapa, es sencillo si dispones de toda la información. Los Lenapes eran una tribu de aborígenes que habitaban Manhattan antes de la llegada de los primeros europeos. Su origen era asiático, y se cree que migraron a Norte América hace unos 25.000 años. Los Lenapes ocuparon Pensilvania, Nueva Jersey, Delaware y Nueva York. Donde esconden su corazón los Lenapes es una metáfora, creo que significa el corazón de Manhattan. William Cullen Bryant era un gran poeta y editor, fue el primero en escribir sobre la necesidad de tener un corazón verde que le diera vida a la ciudad. *Donde guardan los Lenapes su corazón ancestral*, se refiere al corazón de la isla.

—Central Park —acertó Coraje.

—Sí, pero el Central Park es enorme —afirmó el profesor, —el violeta amarillo es un musgo poco común, aunque estoy seguro de haber visto alguno en el lado este del parque en otoño. Se nutre de las flores para vivir, absorbiendo todos sus nutrientes hasta sofocarlas, *y el fin de las flores anuncia su hora final* —sugirió.

—Respecto a la entrada del bosque —pensó el profesor achinando sus ojos.

—La rambla —exclamó Coraje, —la entrada del bosque es la rambla; mi abuelo siempre me contaba que a mamá le encantaba llevarme allí, cuando era un niño. El diario que buscamos es posible que esté escondido en ese lugar.

—De ser así, y si no me equivoco, la entrada del bosque podría ser ni más ni menos que el famoso Arco de la Rambla —observó el profesor; —de lo que no tengo idea es de a qué se refiere con *fuerzas oscuras la entrada del bosque han de velar* —agregó.

—Brujas, profesor —le insinuó y Londres Naranja negó con la cabeza, el hombre todavía no estaba dispuesto a aceptar que había estado enamorado de una de ellas.

El reloj cucú en la pared dio las 11 de la mañana —gracias, profesor, verschwinden —dijo Coraje y desapareció con el paraguas.

EL PLAN

DE DRAKAR

Cuando Coraje regresó al Gramercy, se encontró a Drakar sentado en el living conversando junto a Diciembre y Katia. El vikingo tenía cicatrices recientes y una mano vendada producto del enfrentamiento con las bestias. Diciembre tenía esa cara de desaprobación que Coraje conocía de memoria.

—Señorita Novik, será mejor que nos permita unos minutos a solas —le solicitó el mayordomo.

—Cualquier cosa que tengas para decirme, Katia puede escucharla —interpuso Coraje con tono desafiante.

—Si quieren me retiro —sugirió incómoda.

—Quédese, señorita Novik —dijo Diciembre y agregó —¿Se puede saber dónde estabas?

—Salí temprano a ver al profesor Londres Naranja.

—Anoche fue un horror, el Alcalde decretó toque de queda, no se permite salir ni entrar, ¿qué parte de la palabra “obedecer” no está entendiendo? —lo retó el mayordomo

—Pero…

—Pero nada, además, ¿Qué pretendías anoche cuando perseguías a esas dos bestias? ¿En qué estabas pensando? ¿Te volviste loco? Drakar me lo contó todo. Coraje no pudo evitar hacer una mueca.

—No es gracioso —lo calló Diciembre.

—En eso el mayordomo tiene razón, si bien las dos bestias han muerto, quien las lideraba es realmente una amenaza. Jamás había visto una wicca nómade cara a cara. Podría haberme asesinado sin el

menor esfuerzo, pero algo me dice que no le gusta matar; por algo transformó a esos dos ineptos para hacer el trabajo que ella podría haber hecho.

—Leímos sobre ellas en la biblioteca del Gramercy —dijo Katia.

—Es extraño, hace siglos que no tenemos señales de las nómades, pensábamos que se habían replegado, al igual que Maddam Thenesis. Las nómades son las primeras brujas que Maddam Thenesis convirtió; son poderosas y muy indisciplinadas. Son su primer intento fallido de doblegar al hombre. Luego Maddam Thenesis se volvió un tanto más política, creando a los Clubes de Brujas, para diseminar por el mundo su poder en forma secreta.

—¿Y qué hace esa cosa acá en Manhattan? —preguntó Diciembre.

—Ha estado cazando brujas del Club de las Cien de Nueva York, pero no a cualquier bruja, solamente aquellas que estaban rastreando el diario que Ana y Hugo escondieron. La Quimera ha ido atacando a una por una, y algo me dice que el joven Coraje está en la lista de espera si no hacemos algo. Se trata del Diario de Maddam Thenesis, la nómade lo busca con desesperación, leyó mi mente cuando estábamos abajo en los túneles, mi cuerpo no podía mover un solo músculo, no pude resistirme, ahora sabe que los Coraje esconden el diario.

—Creo saber dónde encontrarlo —soltó Coraje.

—Olvidemos el diario, hay que desaparecer de inmediato —ordenó Diciembre.

—No puedes esconderte de ella —dijo Drakar.

—¡Huir! Eso es lo que haremos —exclamó Diciembre.

—No tiene sentido, iría detrás de nosotros pensando que tenemos el diario.

—Entonces, ¿qué?

—No lo sé, si hubiera querido venir al Gramercy, ya lo habría hecho. Evidentemente, el diario no está escondido en esta casa —afirmó Drakar.

—Yo sé dónde está el diario —dijo una vez más y esta vez Drakar levantó la vista sorprendido.

—Está en Central Park, bajo el Arco de la Rambla. El profesor Londres Naranja me ayudó a descifrar el acertijo, que encontramos en el ataúd de Ana Wilson.

Diciembre lanzó una mirada desconcertada, —¿Abriste el ataúd de tu madre?

—Yo insistí — dijo Katia levantando la mano con timidez.

—Debes llevarme a esa Rambla antes de que oscurezca, la Quimera no suele mostrarse de día —ordenó Drakar.

—No —se opuso Diciembre —además, hay toque de queda.

—Hay una sola forma de llegar al Central Park en un abrir y cerrar de ojos sin que nadie nos descubra —sugirió Drakar.

—Es muy peligroso —se encogió de hombros el mayordomo, —mi deber es velar por el cuidado del niño.

—No soy un niño, ... y la carta y el paraguas, si papá no hubiera querido que ayudara, no los habría enviado —Coraje protestó.

—Tu padre es capaz de cualquier cosa con tal de obtener lo que necesita —lo descalificó Diciembre.

—En eso debo admitir que Diciembre tiene la razón —afirmó Drakar, mientras se acomodaba la armadura dispuesto a salir por sus propios medios en busca del diario, —Desde el episodio con tu madre su criterio ha empeorado.

—¿Supongo que no piensan traer ese diario aquí? —preguntó Katia.

—Me llevaré el diario conmigo. La Quimera vendrá detrás de mí, si embarco esta noche le llevaré la delantera, es lo mejor para todos.

—Solo hay que entrar y salir, —insistió Coraje llevando a Drakar hasta la biblioteca donde estaba el paraguas. Inconscientemente pensaba que su padre por fin estaría orgulloso por haber resuelto el enigma del Diario.

—Verschwinden —pronunció dándole la mano a Drakar y ambos desaparecieron. Un segundo más tarde aparecieron en medio del bosque próximo a la rambla en el Central Park, a pesar de ser apenas el mediodía el cielo se cerró entre nubes cargadas de negrura.

—Algo anda mal —dijo el vikingo mirando el cielo.

—¡Drakar! —lo alertó Coraje. Al girar vieron dos mujeres encapuchadas completamente paralizadas detrás de ellos.

—Está aquí, es obra de La Quimera —dijo Drakar —de prisa —indicó y se adentraron en el bosque mientras el cielo se seguía oscureciendo. Tardaron poco en llegar al Arco de la Rambla.

—¿En dónde lo escondería tu abuelo? —se preguntó Drakar mientras tocaba una a una las piedras del arco buscando alguna pista.

Coraje comenzó a sentir que sus piernas pesaban, quiso decir algo, pero su lengua estaba atontada. Su cuerpo se estaba poniendo tieso como una piedra. Sus músculos se tensaron, generando pequeños desgarros en los brazos y muslos. Solamente podía mover los ojos.

Se escucharon pisadas, seguidas de una silueta roja encapuchada debajo de la cual dos ojos amarillos brillaban con maldad. Una cola de serpiente se asomaba debajo de su túnica. La criatura pasó cual poste por delante de ellos como si no existieran y comenzó a tocar una a una las piedras del Arco de la Rambla con sus garras peludas. Se detuvo en una y sin más esfuerzo que una señal con sus manos removió la piedra. Escondida dentro del Arco, había una pequeña caja metálica.

La Quimera estaba a punto de abrir la caja, cuando algo que salió de la nada la sorprendió. No hicieron falta presentaciones, las dos se conocían bien. Se trataba de Hidra de Lerna, otra wicca nómade que también estaba en Nueva York detrás de la misma pista. Aparentemente, los rumores sobre el diario secreto de Maddam Thenesis ya habían comenzado a generar interés entre sus pares.

Se sentía un clima de hostilidad entre ellas. Ambas se gruñeron. Drakar y Coraje seguían paralizados. En sus largos años de combate, Drakar jamás había visto dos wiccas nómades juntas.

La Quimera sonrió vilmente y abrió la caja, pero estaba vacía. Alguien se les había adelantado a las dos. La Quimera olfateó la caja metálica, luego la arrojó con desprecio al suelo y se esfumó. Hidra de Lerna desapareció detrás de ella.

Lentamente, Drakar comenzó a recuperar la movilidad. Sin embargo, Coraje permanecía tieso; solamente podía oír y mover las pupilas. Drakar tomó la caja vacía y la guardó en su morral. Ya se escuchaban voces y corridas en el bosque: era un grupo de brujas del Club de Nueva York, que también habían seguido la pista de la Quimera.

—Vamos, niño, muévete —rogó Drakar frotándolo con sus manos.

Pero el dolor muscular se tornaba insoportable para Coraje, y su respiración disminuía a cada segundo. Un frío jamás experimentado recorría cada rincón de su cuerpo. Drakar colocó su cabeza contra el pecho del muchacho para corroborar que el corazón aún latía. El vikingo intentó tomar el paraguas de entre sus manos, pero los dedos estaban tan rígidos que no podía separarlos.

Se escuchaban pisadas cada vez más cerca, finalmente, Drakar lo cargó en sus espaldas y se escabulló entre los árboles.

EL DUKE PERRO

Drakar derribó la puerta del Gramercy; cargaba al joven Coraje en brazos. El vikingo estaba ensangrentado. Había tenido que esquivar los puestos militares debido al toque de queda y había recibido un disparo en una pierna.

—Mantas y toallas calientes —ordenó.

Diciembre y Katia se desesperaron al ver la sangre del vikingo sobre la ropa de Coraje. El rostro del muchacho estaba azulado, y su cuerpo mostraba escasos signos vitales. Coraje ya no los escuchaba.

El vikingo lo frotó con las sábanas mientras maldecía en su lengua natal. ¿Cómo iba a explicarle a Sir Benjhamin que su hijo había sido atacado por una nómade, bajo sus propios ojos? Nunca se lo perdonaría. Luego se enjuagó las barbas, y le practicó respiración boca a boca.

Cuando los pulmones de Coraje se llenaron de aire, abrió grandes los ojos y un poco desorientado recobró el conocimiento.

—Maldición —dijo escupiendo los pelos de la barba de Drakar que sabían a mostaza rancia. Coraje intentó levantarse, pero su cuerpo estaba entumecido y se quejó por el dolor. El costado derecho de su rostro presentaba una graciosa parálisis facial.

—Vivirá —sonrió Drakar aliviado.

—Tendré que cambiar la cerradura —se quejó Diciembre al ver que la puerta de entrada estaba rota por el empujón que el bruto vikingo le había dado.

—¿Qué pasó? —preguntó Katia.

—Alguien se nos adelantó a todos; cuando llegamos al Arco de la Rambla, la caja donde Ana había escondido el Diario de Maddam

Thenesis, estaba vacía —les explicó Drakar, evitando detenerse en algunos detalles para que Diciembre no se alarmara.

—¿Coraje casi se muere y lo único que conseguimos fue una caja? —se quejó Diciembre abriéndola y a Katia comenzó a picarle la nariz.

—Achís —estornudó.

—Achís —volvió a estornudar—. Lo lamento —se disculpó.

Diciembre la miró extrañado, los cachetes de Katia Novik estaban rojos, y unas ampollas empezaron a brotar en su garganta.

—Achís, achís, achiiiiis —no se detenía. Su mano se hinchó de golpe, mientras su glotis comenzaba a cerrarse.

—Es la caja, huele a perro —exclamó Katia casi afónica.

Drakar la cerró y la metió en su morral otra vez —¿Dónde hay agua? —preguntó.

—Fuente, patio —Coraje señaló con debilidad.

Drakar salió al patio interno del Gramercy, y sumergió su morral junto con la caja en el agua. Poco a poco, Katia volvió a respirar.

—¡Se nos adelantó! El maldito perro se nos adelantó —protestó Drakar entrando a la casa.

—¿Qué perro? ¿De qué está hablando? —preguntó Coraje con la lengua pegada al paladar.

—El Duke Perro —sentenció Drakar —debo irme y reportarlo de inmediato.

—¿A dónde? ¿Quién es el Perro Duke? —Coraje no quería que Drakar se marchara así.

—A Europa.

—Voy contigo —dijo sin titubear.

—Nadie sale de esta casa —gritó el mayordomo.

—Pero… —se quejó Coraje.

—Pero nada; cuando cumpla dieciocho puede largarse, hasta entonces, su padre dejó órdenes expresas de que se quedara aquí.

—Pero podría ayudar.

—Tienes 16 años —lo reprendió Diciembre.

—Lo lamento, hijo —agregó Drakar con una fría palmada y se marchó. Diciembre acompañó al vikingo a la salida, y luego de una breve conversación, lo despidió.

Coraje subió a su habitación indignado, arrastrando una aguda renguera, tenía lágrimas. Katia corrió detrás; unos minutos más tarde, ella volvió a bajar al living; Diciembre, agotado, tenía una bolsa de agua en la cabeza, y jugaba con un amuleto que Drakar les había dejado.

—Está imposible —dijo la muchacha desplomándose en el sillón —su rostro aún está raro, se le pasará, ¿verdad?

—Espero que sí, —respondió el mayordomo. Un par de horas más tarde Diciembre subió las escaleras con un emparedado de los que más le gustaban.

—Permiso —dijo golpeando suavemente. Coraje no le contestó, estaba acostado boca abajo, aunque el emparedado lo había olfateado desde la escalera.

—Le traigo algo para cenar, señor.

—No gracias —contestó; su estómago indicaba lo contrario.

—Bien, lo dejaré por aquí.

—¿Drakar se fue? —preguntó dándose vuelta.

—Sí, se marchó; pero dejó este amuleto, dijo que podría servirle para encontrarlo cuando lo necesitara, —luego de una larga pausa agregó —Sir Benjhamin estaría orgulloso.

—¡Mi padre, mi padre! Siempre hay que adivinar lo que mi padre desea; estoy harto.

El mayordomo calló, esta vez el joven tenía toda la razón.

—Diciembre —dijo antes de que se retirara.

—¿Sí, señor?

—Anoche, en el desfile de brujas, cuando todos corrían en medio del caos, Drakar ayudó a una mujer, estoy seguro de que era mamá.

El mayordomo puso cara de póker, sin más palabras cerró la puerta y respiró resignado.

EL AMULETO

Dieron las doce de la noche en el Gramercy; Coraje se levantó de la cama. No podía conciliar el sueño. Bajó las escaleras a oscuras, Diciembre y Katia dormían; caminó sigilosamente hasta la biblioteca de su padre. Se acercó a la vitrina donde Diciembre había guardado una vez más el paraguas. Lo levantó con una mano, y con la otra tomó el amuleto que Drakar les había obsequiado.

—Verschwinden —pronunció y desapareció.

Coraje apareció adentro de un contenedor en un barco, Drakar estaba sentado lustrando su armadura. Le sorprendió ver que su pierna ya hubiera prácticamente sanado.

—¿Qué hace aquí? —preguntó el vikingo.

—Quiero ir contigo —exclamó Coraje.

—Imposible —refutó Drakar.

—Ya estoy aquí —protestó sentándose en el piso.

—No estás aquí realmente, es peligroso usar ese paraguas si aún no sabes dominarlo, tu padre quedó atrapado más de una vez, puede volverte loco, ¿Lo sabías?

—No tengo miedo —contestó.

—Haces bien, el miedo solo genera dudas.

—Me iré, pero antes me vas a contar quién era la mujer.

—No sé de qué hablas. —contestó esquivando la pregunta.

—La mujer que ayudaste en el desfile.

—No tengo idea, debes irte, niño, estamos lejos de la costa —mintió rascándose la nariz.

—Era mi madre, ¿cierto?

—Sí —le reveló el vikingo.

—¿Y es una bruja? Si no, ¿por qué las bestias la habrían atacado?

—Algo así —respondió Drakar—. Vamos, debes largarte; es peligroso.

—Hay algo que no me has contado, ¿Por qué es tan importante ese diario? No me marcharé hasta que me lo cuentes.

Drakar sacó de su morral una pequeña bolsita de cuero, dentro de la cual había unas hierbas y se la entregó.

—¿Qué es esto?

—Mi misión.

—¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Es un té. Bébelo.

—No entiendo.

—Bébelo cuando llegues a tu casa y lo entenderás; es sobre la misión que Mathilda, la mujer de Sir Jules Le Blanc, quien está cuidando de tu padre en Hohenzollern, me encargó.

—¿Cómo sé que no me estás engañando y es un simple té?

—¿Te mentí sobre tu madre? —lo cuestionó el vikingo.

—Verschwinden —exclamó y volvió a aparecer en la biblioteca de la pequeña mansión en el número 16 de la calle 20, en el exclusivo barrio del Gramercy Park, en Manhattan.

LA MISIÓN DE DRAKAR

Coraje colocó las hierbas que Drakar le había dado en una taza de agua caliente y se encerró en su habitación. La infusión tenía un color grisáceo y sabor a tierra. Se sentó a esperar a que la pócima hiciera efecto, aguardó varios minutos hasta que se aburrió. Comenzó a caminar en círculos por la habitación, esperando; hasta que cayó en la cuenta de que Drakar lo había engañado.

Finalmente, se recostó. Y empezó a soñar, caminaba por un castillo ubicado en medio de una montaña, en el sueño Coraje era Drakar. Veía a través de sus ojos y hasta podía sentir la vigorosidad que el vikingo tenía en sus manos; sentía que tenía setecientos años.

En el sueño, una mujer entraba a una sala y le hablaba como si Coraje fuera Drakar, sin reconocer que se trataba de él. La conversación parecía tan real que hasta podía oler su perfume.

—Sospechamos que el Diario de Maddam Thenesis sigue escondido en Manhattan. Fuerzas oscuras se dirigen hacia él. Fuerzas de las que hacía siglos que no teníamos registro, wiccas nómades, las primeras creaciones de Maddam Thenesis. No sabemos qué las guía, pero sabemos que quieren el diario.

—¿Por qué? —preguntó el vikingo.

—El secreto que guarda ese diario es más peligroso que cualquier bruja o criatura con la que te hayas enfrentado hasta ahora. Harán lo que sea para dar con el diario, incluso asesinar al niño, si es necesario.

—¿Qué tiene que ver el hijo de Sir Benjhamin?

—Coraje podría ser el jinete del caballo blanco, en la profecía de Maddam Thenesis.

—Salgo de inmediato.

—El diario, Drakar; es crucial que lo traigas.

—¿Importante para quién? Pensé que lo importante era proteger la vida del hijo de Sir Benjhamin —contestó Drakar.

Mathilda era una bruja conversa, quien se había exiliado en Hohenzollern bajo la protección de Sir Jules Le Blanc, líder máximo del Consejo de la Alianza de las Diez Casas. Tras algunos años de prisión y exilio en el castillo, Sir Jules terminó enamorándose de Mathilda y proponiéndole matrimonio.

La unión entre uno de los máximos representantes de la resistencia y una exbruja, había generado revuelo entre los líderes de las casas aliadas, que desde hacía siglos trabajaban combatiendo la brujería. Desde entonces la posición de Sir Jules se había ido debilitando y se tramaba una conspiración para derrocarlo.

—El diario es importante para todas las wiccas que queremos dejar de ser brujas —le confesó Mathilda.

—¿Y un diario puede hacer que eso suceda? —le preguntó Drakar incrédulo en el sueño.

—La información que allí se esconde podría.

Coraje se despertó mareado. La visión que acababa de presenciar había sido demasiado realista, por unos momentos siguió pensando que era Drakar, hasta que le subieron unas terribles ganas de vomitar. Corrió al baño y lentamente fue recobrando el sentido mientras expulsaba a arcadas los residuos del té que Drakar le había suministrado.

SAMUEL VHARIS

Las semanas que siguieron no fueron las mejores. Coraje sentía un malestar estomacal crónico, y comenzó a perder kilos, a pesar de que su apetito se mantenía intacto.

Producto de las molestias, se la pasó faltando a clases, y estudiando de los apuntes que Katia le traía todos los días.

Aparentemente, Bullie Rocks padecía el mismo mal. Los médicos ignoraban la causa del problema, atribuyéndolo a empacho, virus o traumas de crecimiento.

Inesperadamente, volvieron a tener noticias de Sir Benjhamin, en una medianoche típica en el Gramercy. Coraje se había despertado hambriento pasadas las doce y había bajado a prepararse un sándwich, cuando fue sorprendido por un peculiar intruso.

—Hola, mi nombre es Sam —se escuchó una voz en las penumbras.

Coraje se quedó mirando boquiabierto, jamás había escuchado esa ronca voz. Lo sorprendió volviendo de la cocina, llevaba calzoncillos largos agujereados, el torso desnudo y un emparedado triple en su boca; no esperaba ser interceptado de tan vergonzosa manera.

—Mi nombre es Sam —se presentó otra vez. El hombre estaba sentado plácidamente en el living de la mansión.

Coraje no había oído hablar de nadie llamado Sam en la familia. Se mantuvo inmóvil, mientras pensaba sus opciones. La primera era atacar, la segunda correr. No eligió ninguna de las dos. Estaba oscuro y no llegaba a ver con exactitud quién era el personaje sacado de quién sabe qué libro de aventuras, sentado a sus anchas en el living de su casa. Si la vista no le fallaba, el hombre aparentaba estar sonriente.

Le pareció que alguien más balbuceaba algo y al achinar la mirada notó que Diciembre estaba tirado en el suelo con las manos y pies atados. Un pedazo de tela tapaba su boca.

—Niños, siempre con apetito, mi nombre es Sam —dijo quejoso, poniéndose de pie con extrema vagancia, como un muerto que se levanta de su tumba después de mil años.

Coraje analizaba inerte, ¿Correr o atacar? Tic, tac, tic, tac. Definitivamente no pensaba abandonar a Diciembre con ese maniático. Tic, tac, tic, tac, seguía buscando una salida en su cabeza.

—Tu esclavo habla demasiado —dijo el intruso y removió el pedazo de tela de la boca de Diciembre, luego le soltó las manos y pies.

—No soy el esclavo de nadie, soy el tutor legal del muchacho, Diciembre Bouquet, canadiense de corazón, pura sangre francesa —protestó indignado.

Coraje cerró los puños y se puso en guardia.

—Tranquilo, corazón valiente, —aclaró el extraño —si hubiera querido lastimarte no seguirías ahí parado con esa cara de tonto.

—¿Ya les mencioné que mi nombre es Sam? —volvió a presentarse por cuarta oportunidad —dicen que hay que repetir un nombre más de tres veces para que los demás lo recuerden, espero a esta altura ya todos sepan que me llamo Sam.

PRÓXIMA PARADA

HOHENZOLLERN

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Diciembre arreglándose las ropas.

El hombre misterioso dio un paso al frente, la luz de luna por la ventana les permitió verlo bien. Extremadamente alto y delgado, vestía botas de cuero, pantalones ajustados, camisa y un chaleco. De su cinturón colgaba un enorme cuchillo. Se acercó caminando lentamente mientras silbaba bajo. Avanzaba moviendo los hombros y la cabeza, como si estuviera bailando en cámara lenta.

—Dile a tu sirviente que no haga lo que está por hacer —advirtió sin mirar hacia atrás; Diciembre le partió una silla por la espalda que se rompió en pedazos, sin hacerle un rasguño.

—Son tan predecibles —se quejó sacudiéndose las ropas.

El intruso continuó caminando suavemente; mientras Coraje pensaba qué maniobra evasiva podría improvisar.

—Mi nombre es Samuel Vharis, pero mis amigos me llaman Sam, tienes la misma mirada que tu padre, encantado de conocerte —agregó y extendió su mano amablemente. Coraje dudó, luego extendió su mano para comprobar que su cuerpo estaba frío como cadáver.

—¡Ya, viejo! —se quejó sin mirar, mientras Diciembre se preparaba para golpearlo con una lámpara de pie.

—¿Cómo lo hace? —preguntó el joven Coraje sonriendo.

—Soy rápido —explicó.

—¿Qué busca, además de matarnos de un susto? —preguntó Diciembre resignado.

—¿Dónde quedó vuestra hospitalidad? —la familia Coraje siempre ha sido amable conmigo, —reclamó con una sonrisa filosa.

—No estamos acostumbrados a mostrar buenos modales ante los intrusos —replicó Diciembre.

—Benjhamin me advirtió sobre usted, hizo especial hincapié en algo, —dijo abriendo sus amarillas pupilas tratando de recordar —no te comas al mayordomo, ¿O cómete al mayordomo? —dudó pensativo y luego rió al ver la cara de espanto de Diciembre.

—Supe que Hugo pasó a mejor vida, lo lamento —agregó el extraño.

—¿Conocías a mi abuelo? — preguntó Coraje haciendo cálculos matemáticos sobre su edad, parecía un hombre de apenas treinta años, ¿Cómo era posible que hubiera conocido a Hugo y se mantuviera tan joven?

—Con permiso —dijo Diciembre y pasó a la cocina dejándolos a solas, se escucharon algunos ruidos, cacerolas que se golpeaban, y un gracioso grito. Al cabo de unos minutos, Diciembre apareció en la sala con un collar de ajo colgando de su cuello y una cruz.

—Suficiente, buen hombre —soltó Vharis entre risas, —jamás me comería un viejo mayordomo, además, cené antes de llegar a Nueva York, no volveré a sentir hambre hasta dentro de cien días.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Diciembre desesperado.

—Un poco de cortesía no estaría mal, además, toqué su puerta dos veces y nadie contestó, escuchen atentamente, será mejor que hagamos esto rápido, tengo que volver a mi hotel antes de que me atrape el día, ¿Salvo que quieran tener a un vampiro durmiendo en vuestra casa?

—¡Vampiro! —gritó asustado el mayordomo y volvió a colgarse el collar de ajo alrededor de su cuello —¿Desea una taza de té? —le ofreció nervioso.

—Tranquilos, no muerdo —rió Vharis —una taza de té no estaría mal.

A los pocos minutos Diciembre volvió con tres tazas de té gris en una bandeja y las apoyó sobre la mesa del comedor. Vharis hizo un corte en uno de sus dedos dejando caer unas gotas de sangre dentro de la taza.

—Entonces, señor Vharis, trae novedades sobre Sir Benjhamin —lo interrogó el mayordomo, mientras que Coraje no dejaba de inspeccionarlo fascinado. Algo le había leído Katia acerca de los sangre-frías en la biblioteca de su padre, pero conocer a uno en persona no era algo que tuviera planeado.

—Dos cosas me trajeron a Nueva York, pero antes de entrar en detalles, díganme si es verdad lo que dicen sobre el padre del muchacho. ¿Es cierto que murió en Wilspurg?

—¡No! —exclamó Diciembre, —solamente está malherido, Sir Jules Le Blanc cuida de él, en Hohenzollern —explicó y luego se arrepintió de haber revelado semejante dato.

—Veo que es bueno para guardar secretos —se burló Vharis.

—Aunque no lo parezca, Diciembre es bastante bueno para esconder secretos —agregó Coraje con tono sarcástico.

—¿Cómo te llevas con el paraguas? —preguntó Vharis, pero Coraje se negó a contestar.

—Son pésimos para engañar, por su silencio intuyo que es verdad, que el paraguas está aquí; de todos modos no tienen que preocuparse, su secreto está a salvo conmigo, ¿Qué novedades de tu madre, niño? —preguntó.

—Señor Vharis, son más de las doce de la noche, mañana es el último día del semestre, el joven Coraje tiene que levantarse temprano —protestó el mayordomo.

—Momento —comentó Vharis poniéndose de pie, levantó su cogote y olfateó algo —huele a pelirroja —dijo y sus ojos amarillentos brillaron.

Con un para nada agraciado salto hacia atrás, Coraje tomó la espada de la armadura que decoraba el living, y se plantó de pie frente a Vharis dispuesto a todo —Ni lo pienses —lo amenazó frunciendo el rostro.

El sangre-fría mostró sus colmillos y sus pelos se erizaron. En un abrir y cerrar de ojos, Vharis le quitó la espada, la colocó nuevamente en la armadura donde estaba y puso sobre la mano de Coraje una taza de té. Luego el sangre fría se sentó en la mesa.

Cuando Coraje abrió los ojos, se sintió ridículo, —te lo advierto —dijo listo para atacar, pero ya no tenía a nadie enfrente.

—No huelo miedo en ti, muchacho, en Hohenzollern estarán encantados de conocerte.

—¿De qué está hablando? —preguntó Diciembre comiéndose los guantes.

—Lo voy a decir una vez más, mi nombre es Samuel Vharis, y soy su guía, mañana a medianoche partiremos; próxima parada: Hohenzollern.

Coraje miró a su fiel mayordomo a los ojos —Esta vez no aceptaré un no, voy a fugarme con el sangre fría sin importar lo que prohíbas.

EL SECRETO DEL DRAGÓN ESCONDIDO

SEGUNDO ACTO

[EL INFORTUNADO VIAJE A HOHENZOLLERN]

INFORTUNADO

Desgraciado, infausto, trágico, desastroso, funesto, calamitoso y muchos adjetivos más que harán de este viaje el infortunado viaje a Hohenzollern.

ÚLTIMO DÍA DE CLASES

Era el último día de clases en Old Tower School; se avecinaban vacaciones. El profesor Londres Naranja llegaba tarde cuando sorprendió a Coraje en las escalinatas.

—Me alegra que haya venido, pensé que se excusaría una vez más detrás de ese problemita que han venido acusando tanto usted como el joven Rocks.

—Me siento mejor —contestó.

—Si necesita flatular, solo tiene que levantar la mano.

—No son flatulencias.

—Como prefiera llamarlas, ventiscas, terremotos, fugas de aire, torpedos —dijo haciendo ademanes con sus manos y Coraje no pudo evitar reírse. Luego se acercó y le dio una palmada en la espalda —es bueno verlo.

Tras el episodio de Theresa Sowers, el Profesor Londres Naranja había desarrollado una extraña debilidad por su nuevo mejor alumno.

—¿Qué aventura le depara el verano? —le preguntó antes de entrar.

—Hohenzollern, partimos esta noche.

Como todo último día de clases, la excitación general era galopante. Las aulas parecían un recreo permanente y hasta la Directora West estaba de buen semblante por el receso. Para los directivos de Old Tower School había sido un año complicado; la muerte de Theresa Sowers y el chismerío acerca de su romance con Londres Naranja habían conmocionado a la comunidad de padres.

Para hacer homenaje a un día tan especial, Bullie Rocks se comportaba particularmente estúpido; abofeteó a media escuela,

solo para que no lo olvidaran hasta el año entrante. Aunque no lo admitiera, Bullie Rocks era quien más sufría el fin de curso. Durante el receso, su tía Rosie solía enviarlo a una colonia de vacaciones que él aborrecía.

Sussie South Hampton se ocupó de hacerle saber a toda la escuela que sus padres la llevarían por tres meses a Italia a visitar familiares. En cambio, los gemelos Doble Chuck partirían a Nuevo México, donde su padre intercambiaba vacaciones con trabajo, en un nuevo contrato de importación de tabaco.

Releyendo la libreta amarilla de Theresa Sowers, Coraje había podido descubrir la identidad de más de una docena de miembros del Club de las Cien de Nueva York. Le sorprendió que su entorno más íntimo de amigos estuviera tan vinculado.

La señora Whitman, madre de los Gemelos Double Chuck, era la miembro número 77. Eso explicaba por qué lo aborrecía tanto. Flaminga South Hampton era la miembro número 12, y, por último, la Tía Rosie estaba entre los miembros más antiguos del Club. Eran llamativamente hermosas, y las tres lo trataban con absoluto desprecio, lo cual le parecía injusto, siendo que su madre, Ana Wilson, alias Nelly Bly, era una de ellas.

Katia era la más entusiasmada con el fin de curso. Recientemente había recibido una breve postal de su padre, el Dr. Nero Novik, desde Inglaterra, donde le informaba que estaba bien y que deseaba que ella fuera a visitarlo. Es por ello que habían resuelto que Katia viajara con ellos. Diciembre se había comprometido a llevarla hasta Londres después de dejar a Coraje en Hohenzollern.

ADIÓS BULLIE ROCKS

El resto de la tarde la pasaron en Central Park conversando y lanzando pelotas de baseball.

—Adiós Bullie —dijo Coraje extendiendo su mano al finalizar el encuentro.

—La próxima vez que te vea, pienso golpearte —bromeó y se tomó el estómago disimuladamente.

—¡Hey! ¿Estás bien?

—Es solo una molestia, ya pasará.

—Ten —dijo Bullie Rocks sacándose su anillo plateado con sus iniciales—, cuídalo como si mi vida dependiera de él.

Esa era la forma de pedirle perdón por haber llevado a Katia Novik a Washington Square en el momento justo en que él y Gigi Summers se besaban.

—Si puedes, escríbenos —dijo Katia.

—¿Sabe escribir? —preguntó Charlie y todos rieron a carcajadas. Luego, Bullie Rocks besó a Sussie en los labios.

—No vuelvas a hacerlo en público —murmuró. Ya todos sospechaban que entre Bullie Rocks y Sussie South Hampton algo estaba sucediendo.

—Adiós bobos —remató y se alejó caminando con su paso típico de bravucón, el cual se podía distinguir a un kilómetro de distancia. Pecho inflado, hombros rectos y un caminar lento, mientras se arreglaba el pelo entre paso y paso. Un macabro plan estaba en marcha; el infortunado viaje a Hohenzollern ya había comenzado.

EL HÁMSTER

¿Recuerdan el capítulo en el que Coraje le dijo a Rosie Rocks que tenía un hámster en una caja, pero en realidad había un par de zapatos? Bien, aquí una recompensa para el lector.

Aún no anochecía cuando tocaron timbre en el Gramercy. Diciembre estaba histérica, digo histérico; el asunto del viaje lo tenía estresado. Temía que la casa se viniera abajo en su ausencia o que el contador de la familia olvidara pagar alguno de los tantos vencimientos que él solía controlar minuciosamente cada mes.

—Coraje, ¿puedes atender? Debe ser la Nana Von Montpellier —sugirió el mayordomo.

La visita tomó a Coraje por sorpresa; no se trataba de la Nana, sino de Ryan Watson, el jardinero de los Gigantes de Nueva York. El hombre vestía una camisa de manga corta y un pantalón caqui elegante. Se lo notaba relajado, a pesar de que su equipo había sido derrotado en las eliminatorias por la serie mundial.

—Le dije que iba a ser imposible detener a los Yankees de Nueva York —bromeó Coraje invitándolo a pasar.

—Solo he venido a devolverlos tal como lo prometí. Ya no voy a necesitarlos; me retiro del juego profesional —dijo entregando el par de zapatos que le había prestado.

—Pensé que jamás los devolvería.

—Un gigante siempre cumple sus promesas.

—¿Quién es? —preguntó Diciembre desde el garaje.

—Nadie —respondió despidiendo a Ryan Watson.

Volvió a sonar el timbre. Esta vez no se trataba de Ryan Watson sino de una hermosa mujer. Coraje la miró de arriba abajo, llevaba los

pies descalzos y no tardó en comprender que se trataba de una bruja y que venía a buscar algo que le pertenecía.

—Dorothy Clutter, miembro número 87 del Club de las Cien de Londres y dueña de esos zapatos —se presentó.

Dorothy Clutter había esperado más de veinte veranos para recuperar los zapatos que Sir Benjhamin y su hermano James le habían quitado en una emboscada en las afueras de Londres.

Estaba a solo medio metro de distancia de ellos, pero conservaba la calma de quien sabe esperar. La bruja no podía entrar al Nro. 16 de calle 20 del Gramercy Park; la casa estaba protegida.

—Podemos hacer esto por las buenas —dijo— o por las feas.

Coraje estiró su mano y se los entregó; la wicca no tardó en tomarlos y su rostro se relajó. —Gracias —soltó y luego dijo—: tarde o temprano, el sangre-fría va a traicionarte.

EL NAUTILUS

Al mediodía, después de haber conducido cuatro horas en *La Escafandra*, así se llamaba el auto de viaje de los Coraje, llegaron al puerto de Baltimore (Maryland). Samuel Vharis había insistido en tomar el buque desde allí en lugar de Nueva York por motivos que no dieron lugar a discusión.

Para el traslado diurno del vampiro, habían colocado un ataúd sellado lleno de tierra adentro de un tráiler, atado a *La Escafandra* con enganche tipo tortuga. El tráiler estaba cerrado con candado y cadenas para evitar que nadie entrara ni saliera.

El *Nautilus* tenía proporciones descomunales, su casco se hundía más de veinte metros bajo el agua y tenía diez pisos de altura. Se rumoreaba en los círculos navales que Sir Thomas Andrews se había inspirado en este modelo cuando había construido el Titanic.

En el piso más alto estaba la cabina del Capitán Richard Anderson, un viejo marinero, acompañado por su tripulación de mayor confianza. En el quinto, el buque contaba con tres restaurantes, un gran salón, dos salas de juego y una terraza para tomar cócteles de la cual Diciembre no dejaba de hablar.

El cuarto era el piso de los camarotes súper lujosos con habitaciones costosas, servicio puerta a puerta a toda hora y muebles de categoría. En el tercer piso estaban los camarotes ejecutivos donde Diciembre había reservado dos habitaciones. En el segundo y primer piso estaban los camarotes de clase media; en la planta baja, valga la redundancia, las habitaciones de clase baja, con su propio restaurante para que la gente no se mezclara. La diferencia de clases era algo con lo que ni Coraje ni quien les cuenta esta historia se sentían cómodos.

Por debajo de la planta baja, el *Nautilus* contaba con otros cuatro subsuelos, donde estaban toda la maquinaria y los operarios que trabajaban las 24 horas del día para mantener en marcha la brutal embarcación. En el último, estaba la oscura bodega, donde viajaba el

equipaje pesado: automóviles, carrozas, muebles, baúles y animales. A estos últimos los llevaban por unas rampas hasta la planta baja para que vieran la luz del sol día de por medio.

La clase ejecutiva que Diciembre había contratado ofrecía algunos beneficios, como, por ejemplo, no tener que cargar las maletas. Un marinero prolijamente uniformado los guio hasta la bóveda repleta de automóviles, donde dejaron el auto y el tráiler con Vharis en su interior. El vampiro les había encomendado viajar en un tráiler lleno de tierra, traída especialmente desde Egipto.

En uno de los camarotes se ubicaron Coraje y Diciembre. En el otro, la señorita Novik, la cual se mostró aliviada cuando les informaron que compartiría su camarote con otra pasajera. A Katia le aterraba la idea de dormir sola durante las tres semanas que les tomaría cruzar el océano.

Diciembre, agotado tras haber conducido, se recostó a descansar con una bolsa de hielo en la cabeza y un improvisado Martini, mientras que Coraje y Katia se disponían a salir de gira por el *Nautilus*.

—No se metan en problemas —dijo el mayordomo con los ojos casi cerrados sabiendo que su pedido era imposible.

En la cubierta, la gente se amontonaba para presenciar la partida. Podían apreciarse cientos de luces de colores intermitentes desde las costas de Baltimore. Hacia el otro lado de la cubierta, el desierto Atlántico los separaba de Europa.

Se escuchó una aturdidora bocina que sonó dos veces, señal de que el barco estaba pronto a zarpar. Se encendieron las calderas a todo motor y un humo blanco comenzó a salir por las altísimas chimeneas que terminaban de darle a la embarcación un parecido a una fábrica de carbón flotante. Los pasajeros aplaudieron y festejaron levantando las manos en alto.

La población a bordo estaba compuesta en su mayoría por familias que volvían a Europa después de una larga estadía en América; la gran guerra había terminado y muchos regresaban a reencontrarse

con los suyos, aunque no faltaban hombres de negocios y trabajadores que marchaban al viejo continente en busca de hazañas comerciales.

Lentamente el *Nautilus* comenzó a alejarse y, al cabo de unos minutos solamente se divisaban diminutas luces que parecían luciérnagas volando sobre la costa. Empezó a refrescar y los pasajeros fueron abandonando la cubierta. El *Nautilus* era un barco formidable: tenía una sala de juegos, tres restaurantes y un exclusivo salón, ubicado justo en el centro del barco donde se llevaban a cabo las galas.

El salón principal parecía una mansión, con candelabros de cristal, sillas de bronce y madera tallada. Una orquesta en vivo les dio la recepción.

Entre risas y empujones que anticipaban un beso pasaron por una puerta giratoria y corrieron escaleras abajo para seguir inspeccionando la nave, sin notar un letrero que decía: “Prohibido Pasar”.

Un hombre con una gorra azul, pantalón blanco y un saco cruzado los detuvo: —No se vayan a resbalar, el *Nautilus* se ha llevado el pescuezo de más de un niño escurridizo. A Katia le pareció que los orificios nasales del extraño se movían en forma curiosa.

—Es área restringida. Solo para personal del barco y ustedes no parecen marineros —les advirtió.

—Lo sentimos —contestó Katia.

El hombre respiró hondo, como saboreando las palabras y el aliento fresco de la muchacha. —Por ser el primer día, voy a perdonarles la vida. Mi nombre es Richard Anderson; soy el capitán del *Nautilus*, el responsable de llevarlos sanos y a salvo a través de mi océano.

—Timotheo Coraje —contestó el muchacho.

—Coraje… ¿de dónde… me suena…? —preguntó intrigado moviendo su pipa—. Ya lo tengo: James Coraje, infante de marina, año 1888,

sin dudas el peor de los alumnos que he tenido, No me digas que eres su hijo.

—Es mi tío.

—Bien, dígale a su tío que el Capitán Anderson no se ha olvidado de él.

—Sí, capitán —respondió Coraje.

—Ahora largo de aquí, esto no es un barco cualquiera, señoritos: es el *Nautilus*, una ciudad flotante que atraviesa el océano. Hay más de cuatrocientas personas trabajando día y noche para que esta cosa funcione.

—Sí, señor —respondió Katia.

—Y no se involucren con el personal; la mayoría no está aquí por ser un buen ciudadano, ya conocen el dicho: ¡serás lo que debas ser o serás marinero! —dijo orgulloso.

—Señor capitán —lo interrumpió Katia —¿Acaso el *Nautilus* no es el mismo nombre del submarino en el libro de Julio Verne?

—Escritores, se creen que lo inventan todo. El mío es Nautilus, de antes de que ese holgazán aprendiera a escribir.

—Submarinistas, esos no son marineros: cobardes que se esconden bajo el agua, igual que los escritores, que se esconden detrás de su pluma —se quejó el capitán. De no haber sido crucial para que Coraje continuara su viaje, hubiera borrado las acusaciones del Capitán Anderson de mi ordenador.

—No quise molestarlo —dijo Katia.

—Pero ya lo ha hecho —respondió y dio media vuelta mientras protestaba—: holgazanes, manden a ese tal Verne a trabajar a mi *Nautilus*, no aguantaría ni un solo día en cubierta.

Cuando regresaron a sus habitaciones del cuarto piso, Diciembre charlaba con la vecina del camarote de al lado. Se trataba de una señora mayor; era regordeta y su sonrisa, generosa. Tomaban té en fina vajilla.

—Señorita Novik, le presento a su compañera de habitación, la encantadora Miss Greenich —anunció Diciembre poniéndose de pie.

—Ay, pero qué preciosura, con esos ojos, querida, podrías ser el centro de atención de cualquier teatro. ¿Sabes bailar o cantar?

—Poco —respondió Katia encogiendo los hombros.

—Miss Greenich es una vieja, digo… una legendaria estrella de teatro —les explicó Diciembre.

—Como pocas veces se ha visto, aunque los años no llegan solos; ya nadie quiere a una anciana en un papel principal, pero jamás aceptaré un rol secundario, no señor, nací estrella y moriré en el espacio —dijo la anciana bebiendo su té.

—Y tú debes ser el guapetón del que tanto me han hablado, añoro la primavera en los jóvenes. Bueno, será mejor que las damas nos retiremos a descansar —dijo con una risita y guardó dentro de un maletín de cuero sus tazas de té de porcelana china.

—El té inglés se toma en todo el mundo, pero solo es inglés cuando se sirve una de estas tazas —sentenció.

El camarote de Katia tenía dos camas, una arriba de la otra, la señora Greenich se acomodó en la de abajo y en pocos minutos ya estaba roncando. A Katia le generaba algo de claustrofobia tener el techo tan cerca de su nariz, y tardó varios pensamientos en conciliar el sueño. Se hacía difícil abstraerse con los ronquidos de la Señora Greenich. A medianoche Katia abrió los ojos harta, el ronquido todavía estaba ahí; no pudo soportarlo más y salió del camarote buscando silencio.

El camarote de los varones era más espacioso y las camas estaban separadas, dispuestas una contra cada pared. Diciembre parecía

tener una noche romántica; sonreía dormido mientras balbuceaba piropos en francés.

Coraje, en cambio, no gozaba de su mismo semblante, no lograba conciliar el sueño. Le ardía la garganta como si un regimiento de caballería galopara por su faringe. Levantó la vista y sostuvo la respiración. Coraje vio una enorme babosa pegada en el techo, como si fuera una lombriz gigante, con un solo ojo que lo miraba fijamente.

Se despertó transpirado, solo había sido una pesadilla. Salió de puntillas para no despertar a Diciembre, sin imaginarse que se encontraría a Katia acostada en el pasillo.

—La señorita Greenich ronca más que la Nana Von Montpellier —susurró Katia poniéndose de pie y luego chequeó su aliento disimuladamente. Se escuchó un calamitoso ronquido y ambos se rieron. —Es imposible dormir con esa mujer, lo juro.

—¿Qué hora es? —preguntó Coraje.

—Son las 3:03 —contestó chequeando el reloj que su padre le había obsequiado. Entonces escucharon un grito desgarrador en la cubierta.

ASESINATO

EN CUBIERTA

Cuando llegaron a la cubierta, una mujer yacía muerta en el suelo. Su rostro era de horror, estaba como petrificada y tenía una mordedura feroz en el cuello. Dos marineros trataban de animarla, pero no tenía sentido: había fallecido.

El Capitán Richard Anderson, seguido de una decena de marineros, apareció en escena. El capitán vestía un ridículo pijama rojo y llevaba los pelos despeinados bajo su gorra de mando, como si lo acabaran de levantar.

—Ustedes otra vez —dijo—. No es lugar para niños, sáquenlos de aquí —ordenó y agregó—: al cadáver envíenlo a la morgue para que lo revisen y limpien todo antes de que amanezca.

—Capitán —dijo uno de los marineros—, creo que se trata de la Condesa de Lotti; viajaba en el piso de lujo.

—Maldita sea. Esto va a provocarme muchas preguntas al tocar puerto. Realicen una inspección por todos los camarotes, desde la planta baja hasta el piso más alto. Quiero un informe detallado sobre la causa de su muerte y una lista de sospechosos por la mañana.

Estaba por amanecer. Primero fue una pequeña luz naranja que parpadeaba a lo lejos y, en cuestión de minutos, era una bola de fuego enceguecedora que resplandecía en el horizonte.

Un marinero los escoltó hasta sus camarotes. Diciembre aún dormía y la señora Greenich roncaba sin piedad. Se besaron por primera vez. Luego ella se alejó y dijo: —Apuesto que Gigi Summers lo hace mejor.

Coraje le explicó el episodio completo de aquel día, rana incluida. —¿Qué hacías justo ese día en Washington Square? —le preguntó.

Katia pasó su dedo por la mano de Coraje hasta el anillo plateado con las iniciales de Bullie Rocks. Esa noche, antes de acostarse, Coraje se quitó el anillo y lo guardó en su morral.

INFORME MATUTINO

Cuando Coraje se despertó sintió una puntada en la boca del estómago y tuvo que quedarse quieto hasta que el dolor cesara. Diciembre había salido a recorrer la embarcación. Se había puesto el perfume de los sábados; el intenso aroma a lavanda todavía estaba en el aire. Se aseó rápidamente, pero antes de salir, alguien deslizó una nota por debajo de la puerta. Se trataba de un comunicado oficial.

Richard Anderson, Capitán del Nautilus, tiene la triste misión de informar a sus pasajeros que, desafortunadamente, anoche, en la madrugada del 2 de diciembre, una dama de origen europeo tropezó en cubierta y se golpeó el cuello, lo cual provocó su muerte inmediata. Se trataba de la Condesa de Lotti. La mujer, quien viajaba sola, fue atendida por el cuerpo médico del Nautilus, el cual nada pudo hacer para salvarla. Un sacerdote dio la unción a las 6,30 de la madrugada. En paz descanse.

Se les recuerda a los señores pasajeros que está prohibido circular por la cubierta de noche sin la compañía de un marinero y recomendamos limitarse al área de recreación permitida en horario nocturno en el restaurante, el gran salón de baile y la sala de juegos. Sin más, los saluda,

C. R. A. – Capitán Richard Anderson.

En ninguna parte del informe se hacía referencia a la mordedura en el cuello de la víctima. El Capitán Anderson había optado por omitir el burdo detalle.

LA BÓVEDA

Coraje se inventó una excusa para no desayunar con Katia y los demás, en cambio decidió que haría una breve visita a Vharis, quien descansaba en la oscura bóveda del Nautilus lejos de la luz del sol. Descendió más de seis pisos por las escaleras, colándose detrás del personal a bordo para pasar por donde solo la tripulación tenía acceso.

El camino lo guio hasta un portón sin acceso con un letrero en rojo que decía, “Espacio de Carga – Prohibido el acceso a toda persona ajena al personal.”

Después de esperar un buen rato la puerta se abrió y dos hombres salieron caminando con una caja de herramientas, y linternas. Se trataba del personal de mantenimiento. Coraje se escondió atrás de la puerta, y sin que se dieran cuenta y entró en la oscura bóveda. Sintió como detrás suyo volvían a cerrar el portón con llaves. Estaba atrapado.

Hubiera sido ideal traer el paraguas, pero había acordado con Diciembre que el paraguas no se utilizaría más. El mismo estaba embalado en una de las maletas.

La bóveda era como una noche sin estrellas. Coraje caminaba con las manos por delante para no chocarse con nada; había automóviles, carruajes, contenedores cerrados y hasta animales. Le pareció ver una luz que se prendía y se apagaba. La luz se movía de un lugar a otro.

Coraje se escondió detrás de unas cajas mientras la luz se acercaba. Si sus oídos no le fallaban, parecían unos tacos de mujer. Sintió los pasos cerca y un calor en la frente. Era algo grande. Se trataba de un caballo que andaba deambulando por la bóveda. Tenía una pequeña linterna en su boca que apagaba y prendía con los dientes.

Coraje tomó al caballo por el bozal e intentó quitarle la linterna, pero el cuadrúpedo no pensaba soltarla. Lo llevó a tiro por los pasillos de

la bóveda mientras el equino prendía y apagaba la luz.

Cuando la luz de la linterna se encendía veía muebles, carros, cajas, automóviles por doquier. Pudo ver un rincón con heno. Llevó el caballo hasta allí y, a cambio de un puñado de alfalfa, intercambiaron linterna por alimento.

Había más de 600 vehículos en la bóveda. Dar con *La Escafandra*, como había apodado Hugo al auto de viaje de la familia, requeriría mucha suerte. Coraje recordó unas palabras que su abuelo le había enseñado cuando era pequeño sobre la fortuna: la buena suerte es el resultado de la insistencia, le había enseñado.

Comenzó a buscar el automóvil sin éxito, revisando los vehículos uno por uno. Los automóviles en 1922 eran muy parecidos entre sí. La suerte también es el resultado de la paciencia, le había dicho su abuelo.

Coraje se detuvo a pensar y apagó la linterna ya que la batería parecía estar agotándose. Respiró profundo, hacía calor por la cercanía con las calderas. Secó la transpiración con la camisa y comenzó a observar sin mirar, como su abuelo le había enseñado: para tener suerte, debes aprender a mirar sin mirar.

Coraje recordó el episodio en el que su abuelo le enseñaba a encontrar una rana entre los matorrales de la casa de campo en Vermont años atrás. Debes abrir los ojos y mirar todo, pero sin mirar nada en especial. Primero debes detenerte en todos los detalles; luego debes olvidarte de todos los objetos y simplemente mirar sin prestar atención. De pronto, notarás que algo se sale de la escena.

En aquel entonces, en Vermont y siendo apenas un niño, Coraje se había detenido a mirar sin mirar; estaba el matorral verde-marrón, ramas y hojas que el viento movía suavemente. También había un grupo de hormigas que caminaba prolijamente en fila, una detrás de la otra. La tierra estaba húmeda y hasta había notado un grillo que no había visto antes. Entonces dejó de mirar con atención para mirar sin mirar como su abuelo le proponía, y allí, sentada sobre sus ancas,

una simpática rana de campo movía su garganta en forma agitada detrás de una pequeña rama.

Lamentablemente Hugo ya no estaba allí para aconsejarlo; estaba solo, encerrado en una oscura bóveda, varios metros bajo el agua a bordo de un transatlántico.

—Te extraño —murmuró.

El último halo de luz de la linterna comenzaba a extinguirse. Con poca esperanza de dar con el automóvil decidió que sería mejor aprovechar lo que quedaba de batería para regresar hasta la puerta de ingreso cuando recordó otra frase de su abuelo: a veces, para conseguir mucha suerte, hay que conseguir un poco de buena suerte en alguna otra parte.

—Un poco de suerte, vamos un poco de suerte —repetía mientras la transpiración bajaba por la espalda. Hasta que lo vi: un faro de querosén y una caja de fósforos, a solo dos metros de su nariz.

—Un poco de suerte, eso es —murmuró. Coraje tomó el farol, lo encendió y la suerte llegó como por obra de magia. Su automóvil, *La Escafandra,* como la había apodado Hugo, estaba frente a él, junto al tráiler donde escondían el ataúd de Vharis.

DOS VAMPIROS

El candado del tráiler estaba perfectamente cerrado. No había señales de que alguien lo hubiera roto o forzado. Las llaves del tráiler estaban en la guantera; Diciembre las había dejado allí. Con un barrote de acero que habían dejado en el baúl, Coraje removió la tapa del ataúd. Vharis yacía acostado con los ojos abiertos, pálido, con mirada de piedra escalofriante.

—Vharis —dijo, pero el vampiro no contestó. Coraje aplaudió sobre el rostro del sangre-fría. El vampiro no reaccionaba; parecía una estatua. Se animó a tocarlo. Estaba helado. También trató de cerrarle los ojos como a los cadáveres, pero se volvían a abrir.

Vharis estaba durmiendo en un estado catatónico, que le permitía pasar largos días sin prácticamente consumir energía. Entonces, si Vharis no había sido el asesino, eso solo podía significar una cosa, y es que había otro vampiro a bordo del Nautilus.

RETORCIJORGES

Cuando estaba regresando a su camarote, sin ningún tipo de aviso previo, las pupilas de Coraje se dilataron y gotas de sudor comenzaron a salpicar su rostro. Sintió un dolor agudo recorrer su espalda hasta que el síntoma se develó. El muchacho se tumbó al suelo doblado en dos. Sentía que se le salían las tripas y sus músculos abdominales se endurecían. Era su estómago. Estaba por estallar.

Katia estaba saliendo de su camarote cuando lo encontró tirado en el suelo retorciéndose como un gusano. Con la asistencia de Katia, llegaron a regañadientes hasta la sala de primeros auxilios en el segundo piso del *Nautilus*. Coraje se oponía a recibir atención médica y estaba más preocupado por contener el gas en su interior para que Katia no lo escuchara que por sobrevivir.

—¿Quién es? —preguntó una voz aguda al otro lado de la puerta de la enfermería.

—Es una emergencia —respondió Katia.

—¿Alguien muerto? ¿O a punto de morir? —respondió la aguda voz.

—No —replicó la muchacha.

—Entonces no es una emergencia —respondió la voz. Se escucharon cortos pasos acercarse hasta la puerta.

—¿Hay sangre? —preguntó la misma voz.

—No —contestó Katia.

—Bien, adelante. Odio la sangre, los muertos y los moribundos —dijo abriendo el cerrojo. Un hombre de graciosa estatura y guardapolvo blanco los recibió.

—Ya me siento mejor, vamos —sugirió Coraje.

—Luces fatal —contestó el doctor —A ver, abre la boca y di hmmm —dijo inspeccionando la garganta. Luego examinó sus ojos. —Nada bien.

—¿Usted es el doctor que atendió a la Condesa de Lotti? —preguntó Katia—. ¿La que apareció muerta en la cubierta la primera noche? El doctor de baja estatura acomodó sus anteojos y observó a Katia de arriba abajo. —¿Siempre es tan discreta? —se mofó.

—Lo siento —se sonrojó Katia.

—La Condesa de Lotti fue directo a la morgue, no había nada que hacer; pobre chica —sugirió mientras seguía examinando a Coraje.

—Nosotros escuchamos un grito —dijo Katia—. La mujer tenía una mordida en el cuello.

El doctor se puso un poco nervioso —Si fueran ustedes, no repetiría eso, podrían terminar resbalando igual que esa muchacha. No sé con qué lustran esa cubierta. Yo mismo inspeccioné el cadáver, no existió tal mordedura.

—Patrañas —replicó Katia enojada.

—Shhh, bajen la voz, niños —el hombre se sentó en su escritorio sirviéndose un vaso de whisky. —La Condesa fue asesinada.

—Lo sabía —acertó Katia excitada.

—He dicho que bajen la voz, niños —susurró bebiendo un fuerte trago y luego confesó—: es la maldición del *Nautilus*.

En todos los viajes muere una mujer de la misma manera. Es una maldición. Tenemos Orden del capitán de dar una versión oficial sobre estas muertes, un tanto diferente de la realidad. El Capitán Anderson prefiere que nadie sepa la verdad sobre su buque, con tal de mantener a los pasajeros felices y a la Compañía naviera con los bolsillos repletos.

—Les aconsejo que no se entrometan en este asunto.

—¿Por qué el Capitán Anderson encubre los asesinatos? —preguntó Katia indignada.

—¿Tienen idea de cuánto cuesta un buque de estos? El Capitán Anderson es dueño de una parte; miren, Anderson tiene las manos sucias con sangre, encubriendo una y otra vez los crímenes a bordo del Nautilus, para beneficio de la firma mercantil, pero no hay nada que podamos hacer.

—¿Por qué nos cuenta todo esto? —preguntó Coraje desconfiado.

—Porque los niños se creen cualquier patraña —se burló sirviéndose otro whisky. Lo que sí me preocupa, muchachito, es que tienes un severo problema gastroenterológico. ¿Sufres gases?

—No —respondió avergonzado; solo retorcijones.

—¡Retorci-Jorges! —exclamó el médico sonriendo.

—¿Retorci-qué? —preguntó Katia divertida.

—Retorci-Jorges, así los llamamos aquí, en honor a Jorge II, Rey de Inglaterra, quien murió sentado en su retrete, debido a un tremendo retorcijón.

—¿Puedo morir en un retrete? —preguntó Coraje aterrorizado.

—Describa los síntomas.

—Es un dolor cambiante, a veces en la boca del estómago, otras veces abajo e incluso en los riñones, pareciera como si el dolor fuera moviéndose de un lado a otro.

—Será mejor que tu amiga espere afuera —interpuso el doctor —voy a necesitar que te quites la ropa. Katia salió disparada, lo último que quería era ver a Coraje desnudo.

Tras una larga inspección, el doctor, con una sonrisa, explicó: —Bien, pequeño, por suerte has dado con la persona indicada, soy una experta, digo, un experto en remedios caseros.

El médico de baja estatura buscó un banquito de madera sobre el cual pararse para llegar a lo más alto de una repisa. Comenzó a mezclar botellas de diferentes tamaños y colores, agregando algunos polvos aquí y allá. Luego vertió todo en un recipiente de vidrio al que le prendió fuego con un calentador, dejando evaporar parte de la sustancia.

Tomó lo que quedó en un recipiente de cristal y lo vertió en un gotero que sacó de su botiquín. Luego obligó a Coraje a abrir la boca mientras volvía a apoyar el estetoscopio sobre su panza. Colocó dos diminutas gotas en su garganta y súbitamente los ruidos en los intestinos cesaron. El alivio fue inmediato.

—Eso lo detendrá por un buen tiempo, te aconsejo llevar este gotero contigo a todos lados. Cuando sientas dolor, solo una gota bastará para frenar la molestia. Lo que tienes es severo y no tengo las medicinas correctas ni el tiempo para curarte. Para empezar, en este buque no hay gaviotas.

—¿Gaviotas? —respondió cerrando un ojo.

—Sí, gaviotas, ya lo verás —murmuró amablemente el doctor.

Afuera de la sala de emergencias, Katia esperaba cuando un hombre con una incómoda picazón se acercó. El hombre intentó abrir la puerta, pero Katia lo interceptó.

—Está ocupado.

—Maldición —contestó. Vestía un fino traje azul y corbata ajustada; se movía en forma extraña como si algo le picara en su espalda. La puerta de la enfermería se abrió. Coraje lucía genial, el color había regresado a su rostro y se veía más saludable que nunca.

LA BRUJA BUENA

Cuando el hombre del elegante traje azul abrió la puerta del consultorio, le sorprendió que, en lugar del doctor, hubiera una mujer regordeta sentada en la camilla.

—¿Quién es usted? ¿Dónde está el doctor? —preguntó confundido.

—Soy la Señora Greenich. ¿Y usted?

—Roger Kierg.

—Bien, señor Kierg. ¿Por qué no espera su turno afuera como todo el mundo?

—Pero ¿el niño que acaba de salir?

—De ninguna manera, estoy esperando al doctor aquí desde hace más de media hora. Vamos, afuera antes de que grite; soy una dama.

La Señora Greenich se había hecho pasar por el Doctor Patterson, embrujando a Coraje y a Katia para que no la reconocieran.

Esa misma tarde la mujer golpeó la puerta del camarote de Diciembre. El mayordomo tenía la falsa sensación de que la Señora Greenich estaba emocionalmente interesada en él.

—Diciembre, tenemos que hablar —dijo la anciana respirando pesado.

—Ahora estoy algo apurado.

—Diciembre —replicó la mujer elevando la voz—, estoy harta de sus respuestas evasivas, deje de jugar a la estrella de cine y hágase el favor de comportarse como un caballero.

—Señora Greenich, soy un hombre sin futuro.

—En eso coincido.

—Señora Greenich, lo nuestro nunca funcionaría.

La mujer estalló en carcajadas y dio una fuerte palmada a Diciembre en la espalda. —Usted, jajá, ¿Un viejo verde deshuesado? Me va a matar de un infarto, Diciembre. No voy a negar que su sonrisa es encantadora, pero no.

—Escúcheme bien, a las 9 en punto, en mi camarote, traiga a los niños. Es un asunto de vida o muerte.

A las 9 menos cinco minutos, Coraje y Diciembre golpearon a la puerta de su camarote. Katia ya estaba allí. Les sorprendió que no hubiera nada para comer ni beber. Tenían la falsa idea de que la Señora Greenich quería armar una pequeña reunión de despedida. Faltaba poco para tocar puerto en Portugal.

—Tomen asiento —les indicó señalando una diminuta mesa redonda en el apretado camarote—. Bien, seré franca; sé perfectamente quiénes son. Tú eres el pequeño Coraje, hijo de Sir Benjhamin y Ana Wilson. Viajan a Europa a visitar a tu padre que está malherido. Llevan consigo un objeto precioso, un paraguas muy especial. Oh, no se preocupen, no me interesa tomarlo.

—También sé que no viajan solos. Llevan un vampiro con ustedes, no me gustan los sangre-fría, me dan urticaria; él los guiará a través de la Selva Negra hasta el castillo de Hohenzollern, ¿Cierto? Oh, no tienen que contestarme; lo sé todo.

—¿Es una bruja, verdad? —preguntó la señorita Novik.

Diciembre y Coraje se levantaron de la mesa de un salto, mientras que Katia permaneció sentada sin alterarse.

—Las chicas siempre somos más inteligentes. ¿Cómo supo de mi condición, jovencita?

—Las primeras veces pensé que era por casualidad, pero luego empecé a observarla. Usted está siempre un paso adelante.

—Interesante —dijo la Señora Greenich—. Continúe.

—La primera noche me preguntó si tenía novedades de mi padre. Creí que tal vez Diciembre le había contado sobre su desaparición, pero luego le pregunté y esa información no había salido de su boca.

—Y en el restaurante, cuando accidentalmente derramé mi café hirviendo, usted ya había corrido su silla antes de que sucediera o cuando se abrió una puerta intempestivamente en uno de los pasillos y se echó hacia atrás antes de que la golpeara. Debo confesar que me tenía fascinada: una mujer de su edad, con todo el respeto, Señora Greenich, no puede tener tales reflejos —sentenció Katia en forma soberbia.

—Encima de pelirroja, irreverente —señaló la Señora Greenich con desenfado—. Serías una excelente aprendiz.

—También predijo el clima con exactitud todos los días y se ha anticipado a todas las caídas y resbalones de los marineros —agregó Katia.

—¿Qué les puedo decir? El Capitán Anderson se empeña en poner cera por todos lados —se congració la anciana—. En fin, es imperioso que hablemos. Algo terrible está por suceder. ¿Por qué no bebemos un té y escuchan lo que tengo para decirles?

TÉ PARA CUATRO

Diciembre levantó la taza de té y bebió sin saber que eso no era una simple taza de té.

—Puaaaaj —se quejó el mayordomo.

—Rápido, beban o se perderán la visión —insistió la Señora Greenich.

Katia levantó la taza y bebió sin pensar. Coraje se vio obligado a repetir la misma acción. A los pocos segundos los tres habían entrado en trance.

—Será divertido —prometió la Señora Greenich.

Los ojos de Coraje se sintieron pesados y el sueño se tornó insoportable. Cuando los abrió ya no estaba en el camarote. Estaba agitado, corriendo en la oscuridad, rodeado de una tupida maleza. Se abría paso entre ramas y hojas que golpeaban su cara. Corrió hasta un claro, donde la luz del sol le permitió ver a su alrededor. Estaba en un bosque. Se escuchaban pisadas detrás de él y se lanzó a la carrera nuevamente abriéndose camino, hasta que tropezó cayendo en una suerte de trampa que lo elevó varios metros en el aire. Se trataba de una jaula aérea hecha con sogas.

Coraje lo veía todo desde su jaula colgante. Katia estaba en el suelo; no se movía; estaba muerta. A pocos metros, Diciembre se desangraba y algo grande se acercaba.

La primera en volver del trance fue Katia. Por más que lo intentó, no pudo retener las ganas de vomitar ese horrible té. Luego Diciembre abrió los ojos y lo primero que hizo fue tocarse las piernas, suspiró aliviado y, al igual que Katia, vomitó.

La Señora Greenich mojó sus labios con la lengua, se la notaba satisfecha.

—¿Qué sucede con él? —preguntó Katia al ver que Coraje seguía en un profundo trance con sus ojos ennegrecidos.

—Todavía sigue con vida, por eso no ha despertado —le explicó la Señora Greenich y luego pellizcó con fuerza el brazo de Coraje, quien abrió los ojos desorientado y al igual que los demás, vomitó.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó Diciembre intrigado.

—Nada de lo que pasó fue real, pero es lo que va a sucederles si deciden tomar el camino a Hohenzollern juntos.

—¿Cómo puede estar tan segura? —preguntó Coraje.

—Hagan lo que quieran, mi tarea era advertirles.

—¿Qué es lo que sugiere, Señora Greenich? —inquirió el mayordomo.

—El niño y el vampiro deben viajar solos. Es imposible que un grupo de cuatro pueda cruzar la Selva Negra sin ser vistos. La visión fue clara, el único que tiene chances es el muchacho; ustedes solo lo demorarían.

—La bruja tiene razón —afirmó Katia.

—Prefiero que me llamen Señora Greenich, si no es mucha molestia, querida.

—¿Cómo sabemos que no nos engaña? —preguntó Coraje.

—No tienen más remedio que confiar —dijo sacando una bolsita de cuero de su bolsillo y se la entregó a Coraje—. Cuando llegue el momento, deberás entregar estas semillas a una vieja amiga, ella sabrá qué hacer.

—¿Para qué quiero semillas? —preguntó Coraje.

—Georgina te lo explicará llegado el momento.

—¿Quién es Georgina? —preguntó Diciembre.

—Georgina Stormback. Cuando la veas, lo sabrás; creo que tocaremos puerto en la madrugada. ¿Más té? —les ofreció encantada de tenerlos allí.

EL CLUB

DE LISBOA

Antes del amanecer el buque había anclado en el puerto de Lisboa. Coraje y Diciembre habían discutido sobre la visión de la Señora Greenich; finalmente, Coraje había logrado convencerlos de que desistieran de acompañarlo. Acordaron que Diciembre adelantaría el viaje a Londres junto a Katia a fin de ayudarla a reencontrarse con su padre; en cambio, Coraje marcharía a Hohenzollern con Vharis.

Condujeron por la ciudad buscando un hotel con estacionamiento. Consiguieron una habitación en el Palace Hotel Lisboa; tomaron una suite para tres personas, con cochera privada donde dejar el auto junto al tráiler.

Era la primera vez que Coraje y Katia dormirían en una misma habitación. Inconscientemente, Diciembre tomó la cama del medio.

De pronto, la puerta de la habitación se abrió intempestivamente. Era Samuel Vharis. Su cuerpo estaba lleno de tierra, se sacudió las ropas enérgico llenando el aire de polvo.

—¿Alguien me puede explicar qué diablos hacemos en Lisboa? —preguntó—. Este no era el plan. Deberíamos estar todos en un barco rumbo a Alemania. Vharis se acercó a la ventana. —Estamos perdidos. Ya están aquí. Me pregunto cómo se enteraron tan rápido. Las pupilas de Vharis tomaban un aspecto felino cuando se ponía en estado de alerta.

—¿Qué sucede? —exclamó Diciembre empavorecido.

—Brujas. El Club de Lisboa es un club acéfalo. La matriarca fue asesinada hace más de 20 años; desde entonces solo ha habido enfrentamientos entre diferentes bandos para ver quién toma el control. Capturar al hijo de Sir Benjhamin, miembro honorable de la orden de Hohenzollern, discípulo directo de Sir Le Blanc, hijo de la desterrada Ana Wilson. ¡Vaya trofeo!

—Debemos separarnos —sugirió el vampiro—. Solamente irán detrás del muchacho.

—¿Cómo haremos para reencontrarnos? —preguntó Katia preocupada.

—Londres, los veré allá después de Hohenzollern —prometió Coraje tomando su morral y el paraguas.

EL CAPITÁN ANDERSON

Vharis y Coraje se movieron sigilosamente por la ciudad, evitando a las wiccas descabezadas del Club de Lisboa, hasta regresar al Nautilus. El Capitán Anderson caminaba por la cubierta del brazo de la condesa de Lotti. La mujer estaba pálida.

A Coraje le llamaron la atención sus ojos grises-amarillos con un dejo de rojo en el centro de sus pupilas. Cuando la mujer lo vio, mostró sus colmillos, pero el Capitán Anderson la contuvo.

—Todavía está aprendiendo a controlarse —dijo extendiendo su mano para saludar a Vharis—. ¿Qué los trae de nuevo por aquí?

—Necesitamos una embarcación rápida y una tripulación de confianza que no tema llevarme con ellos. Tenemos que estar en Berlín en menos de una semana.

—Consuelo y los Jinetes del Mar los escoltarán hasta París. La paga pueden resolverla con ella. ¿Cierto, Consuelo? Considéralo un regalo de bodas.

—¿París? —se quejó Vharis.

—Es lo único que tengo para ofrecer.

Un momento. Seguramente el lector esté pensando: ¿cómo? ¿El Capitán Anderson era el vampiro a bordo del Nautilus? ¿Qué vínculo existía entre Vharis y Anderson? Si no lo dedujeron todavía no se preocupen, Watson tampoco lo vio.

Vharis había elegido ese buque por sus vínculos con el Capitán Anderson, otro vampiro y colega con quien compartía una historia pasada. Viajar a bordo del Nautilus era garantía de tranquilidad.

Respecto a Consuelo y los Jinetes del Mar, se trataba de un grupo comandado por una mujer y 3 marineros que trabajaban para el Capitán Anderson a cambio de asilo. Unos meses atrás, Consuelo se

había enamorado de un pasajero, un principito francés fanático de la aviación quien le había propuesto matrimonio. Luego de una ardua negociación con el Capitán Anderson, el vampiro había cedido a la petición, teniendo en cuenta la aristocrática posición que el candidato ofrecía.

CONSUELO Y LOS

JINETES DEL MAR

La embarcación que les asignaron era un velero de 60 pies, con tres mástiles en su eje. Según Consuelo, su capitana, se trataba de una nave veloz aunque algo inestable.

El camarote de Vharis estaba en el fondo del velero; trabaron la puerta con robustas cadenas y seis candados. Nada de eso detendría a Vharis en un ataque de hambruna, pero al menos les daría tiempo para saltar por la borda si la cosa se ponía fea. A los vampiros no les gusta el agua.

No era la primera vez que Consuelo tenía que encerrar a un sangre-fría como medida de precaución. El mismísimo Capitán Richard Anderson había sufrido los encierros y encadenamientos a bordo del *Nautilus*, cuando se resistía a alimentarse. Consuelo y los Jinetes del Mar habían permanecido unidos por más de una década, ayudando al Capitán Anderson a pasar desapercibido y encubriendo sus asesinatos a cambio de asilo. Convengamos que el pasado de Consuelo y los Jinetes del Mar era algo borrascoso.

—Oye, muchacho —sugirió uno de los tripulantes—, podemos deshacernos del sangre-fría si lo deseas y echarlo al agua en plena luz de sol.

—Lo necesito para llegar a Hohenzollern.

—¿No te da escalofríos? —insistió el marinero.

—Un poco.

—Esa mirada helada y que no respiren me ponen los pelos de punta —confesó Gurca.

Se levantó una ventisca marítima; un puño de amuro se zafó y la botavara se disparó directo a la cabeza de Coraje, quien pudo

arrodillarse justo a tiempo para esquivarla.

—¡Muévete! —le gritó Consuelo—. El que no trabaja estorba; toma esa soga, jala a babor.

Coraje tomó la soga y jaló a la derecha.

—A babor —lo corrigió Consuelo.

—A la izquierda, niño —le explicó otro tripulante mientras bajaba como mono del mástil más alto. Babor es izquierda. Cuidado —le advirtió.

Una vela menor lo golpeó en el pecho arrojándolo al océano. Todavía no había tocado el agua cuando Coraje vio saltar a Consuelo desde la proa para rescatarlo. Gurca les arrojó una soga para jalarlos a bordo otra vez.

—Tienes suerte de que las aguas estén calmas. En plena tormenta, nadie se arrojaría a rescatarte —lo regañó.

—Lo siento.

—Sería más seguro si te quedaras en tu camarote.

—¿Podrías enseñarme? —preguntó tímidamente.

—Babor es izquierda y cuando alguien grita que bajes la cabeza, solo bájala.

JÖRMUNDGANDER

En medio de la noche Coraje sintió una puntada en el estómago que no pudo disimular. Torpemente, abrió su morral y tomó dos gotas como el Dr. Patterson le había indicado. El dolor cesó de inmediato.

—¿Estás bien? —le preguntó Consuelo semidormida y Coraje asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Quieres ir a ver el amanecer? —le ofreció y ambos subieron a cubierta. A lo lejos el mar parecía tornarse dorado debido al reflejo del sol, que generaba un espejo de luz que les encandilaba los ojos.

—Mi padre nació en Islandia, él solía contarme historias de marineros nórdicos que eran embrujados por la Jörmundgander, una serpiente marina, que enloquece a los tripulantes. La Jörmundgander, también conocida como *Midgarthormr*, está impregnada de escamas doradas que le dan al mar un aspecto de oro líquido. Los marineros —agregó haciendo una pausa— se lanzan al agua para tratar de recoger el oro, mientras son devorados por ella. Cuenta la leyenda que *Midgarthormr* busca comerse su propia cola y cuando lo consiga desatará el Ragnarok, el fin del mundo. Según el mito, cuando el Ragnarok se desate, la Jörmundgander será controlada por el capitán del barco malnacido, el Naglfar. —Pero es solo un fenómeno meteorológico —dijo sonriendo—. Aunque si el agua está dorada, yo no me arrojaría a comprobarlo.

Luego de tres días de navegación divisaron faros en la costa, señal de que en pocas horas llegarían a Francia. Tocaron amarra en el puerto de Trouville, desde allí continuarían por el Sena hasta París. La policía portuaria la obligó a anclar y detenerse para una inspección ocular del velero.

—Bienvenidos a La France —dijo sonriendo el oficial—. ¿Motivo de la visita? —preguntó firmando los documentos.

—Boda —respondió Consuelo. Luego pagó los impuestos y continuó navegando por el Sena hasta el atardecer.

El sol se estaba poniendo cuando Coraje salió a la cubierta. Consuelo estaba aferrada al timón.

—Estamos entrando en París. Hay un motel en la *Rue Lagrange*, es fácil llegar si sabes algo de francés.

—Croissant —respondió Coraje sonriendo.

—Vas a necesitar esconder esa sonrisa de Donjuán por unos días, ese motel hospeda a lo peor de la ciudad, desde asesinos hasta escritores; el servicio es pésimo, no limpian las habitaciones, pero no te molestarán mientras pagues por anticipado. A nadie le importará que te presentes con un sangre-fría.

Esperaron a que oscureciera para soltar a Vharis. Cortaron las cadenas que lo tenían atrapado y allí estaba acostado inerte. Consuelo lo apuntó con un arpón directo al corazón.

—¿A qué se debe tanta hostilidad? —se quejó.

—¿Estás seguro que deseas irte con este imbécil? —le preguntó a Coraje.

—Me gustan las mujeres rudas, no gritan hasta el final —dijo Vharis mostrando sus colmillos con arrogancia; Consuelo escupió sobre el suelo en señal de desprecio.

—Hey, muchacho, si mañana siguen por aquí, estás invitado a la boda, el vampiro también puede venir —dijo antes de dejarlos bajar.

La embarcación se detuvo en un muelle semiabandonado en las afueras de París. Coraje y Vharis se escabulleron entre los árboles adentrándose por el extremo noreste. Se movían rápido. Vharis se notaba más cauteloso que de costumbre, la capital de la moda no era su ciudad predilecta y lo último que deseaba era cruzarse con su viejo colega Simón.

Antes del amanecer habían llegado al hotel en la *Rue Lagrange*. Se trataba de la típica construcción parisina, con una puerta grande en forma de arco, ventanas de hierro altas y techos de doble altura. El

hotelucho, tal como Consuelo lo había indicado, era una pocilga y nadie les prestó atención al llegar.

—Son 5 francos la noche, solo quedan dos habitaciones —advirtió la mujer detrás del mostrador.

—Tomaremos la que tenga menos luz —afirmó Vharis.

—Ambas son una porquería —contestó la mujer tomando el dinero—. Las reglas de la casa son claras, no hay desayuno, ni servicio de limpieza; mucho menos se admiten quejas.

—Excelente —respondió Vharis, dándole una propina adicional.

—Si lo que busca es oscuridad, la habitación del contrafrente en el primer piso es la indicada, hay que tener la luz encendida a la mañana si uno se quiere atar los zapatos.

Cuando entraron, una rata caminaba por la ventana. La habitación estaba llena de polvo y olía a rancio. Las paredes estaban descascaradas.

Antes de quedarse dormido Coraje recordó la cómoda habitación en el Gramercy Park en Manhattan. Eso era una cama, siempre fresca, con resortes firmes y Diciembre al pie del cañón para lo que necesitara.

VOLTIER

Pasaron el resto del día encerrados en la apestosa habitación. Cuando el sol terminó de caer, Vharis lo despertó.

Coraje bajó de la cama y sintió una terrible punzada en el abdomen. El estómago se puso duro como roca y pensó que las tripas saldrían por su boca. Se arrastró en la oscuridad hasta su morral y echó unas gotas debajo de su lengua. Pocos segundos después, estaba de pie como si nada hubiera pasado.

—¿Siempre te levantas así?

—Solo cuando tengo hambre.

Entraron en un restaurante parisino. Ordenaron dos bifes con patatas; Vharis no probó bocado.

—¿Algún problema con su plato, señor? —le preguntó la camarera.

—Ninguno —respondió el sangre-fría mirando el cuello de la muchacha, mientras que Coraje le cambiaba su plato para seguir comiendo. Últimamente, Coraje sentía que tenía que comer por dos para saciar su apetito.

Luego cogieron un taxi hasta el centro. Se detuvieron frente a una mansión racionalista con rejas negras altas. Vharis llamó tocando una pequeña campana.

Un joven increíblemente apuesto salió a su encuentro. —¿Quién llama?

—Samuel Vharis —contestó con tono engreído.

—El señor Voltier descansa, no puede atenderlos ahora —les explicó el joven.

—Vamos, gordo, sé que estás ahí mirándome desde algún escondite, abre de una vez las rejas —gritó Vharis.

El joven miró hacia una de las ventanas en busca de aprobación. Luego, moviendo las llaves nervioso, abrió. Observó preocupado a Coraje. —Será mejor que el niño espere afuera.

—Viene conmigo —lo cortó en seco Vharis.

La casa estaba oscura; casi todas las ventanas estaban tapiadas. El ambiente estaba húmedo y apenas iluminado por algunos candelabros. El joven los guio hasta una sala donde les pidió que tomaran asiento. Se escucharon pesados pasos, un hombre obeso se presentó en la sala. Su panza era dos veces la de un cerdo.

—Vharis —dijo con una voz gruesa mostrando todos sus colmillos. No parecía muy contento de verlo. Luego miró a Coraje y sus fosas nasales se abrieron.

—Gordo bello —respondió Vharis.

—¿Qué problema traes a *Lutecia*? —preguntó Voltier. Cuando se trataba de Vharis, siempre había desorden.

—Diablos, gordo, ¿qué te ha pasado? Estás peor que nunca —se burló Vharis al ver el tamaño de su abdomen.

—Acabo de cenar. ¿Entiendes lo inoportuno de tu visita? ¿Simón sabe que estás en la ciudad?

—Simón, Simón, todos le temen hoy día.

—Tengo poca paciencia, dime por qué me molestas a estas horas.

—¿Estás respetando la Regla? —preguntó Vharis aunque ya conocía la respuesta. La Regla de los 100 días era una tradición entre la comunidad de los sangre-fría, que establecía una dieta para alimentarse cada 100 días.

Vharis era un vampiro de la vieja estirpe y estaba acostumbrado a cumplir con La Regla. Sin embargo, algunos chupasangres más afrancesados, como Voltier, se alimentaban en forma desordenada.

—100 días, una vez por semana... ¿qué más da? ¿Has venido a sermonearme sobre viejos hábitos, Vharis? ¿Quién es esta hermosura? —preguntó mirando a Coraje con ojos saltones.

—Timotheo Coraje —lo presentó Vharis.

—Witchhunter —respondió el vampiro con simpatía.

Voltier despreciaba a la comunidad de brujas, y si bien se mantenía neutral, simpatizaba más con los adeptos a la Orden de Hohenzollern. Es por eso que Vharis había acudido a él.

—Necesito un auto y un chofer que nos lleve hasta la frontera con Alemania.

—Vienes a mi casa, pones en peligro mi relación con Simón, te burlas de mi gordura. ¿Y pides favores?

—Pobre Simón, tan acartonado —sonrió Vharis y ambos se rieron a carcajadas.

—Te saldrá caro, tendré que taparle la boca a varios.

—Lo sé, gordo —respondió Vharis y arrojó una bolsa repleta de monedas de oro.

Voltier chasqueó los dedos y el apuesto jovencito que les había abierto la puerta entró en la oscura sala.

—Les presento a Julio. Él los llevará a la frontera. El auto es una maravilla; está diseñado para que no entre un rayo de sol.

—¿A qué hora desean salir? —preguntó el sirviente en forma educada.

—Todos vienen a Voltier cuando están en apuros, sería lindo que alguna vez solo vinieran a visitarme.

—Prometo hacerlo, pero tú debes prometerme que harás un esfuerzo por ponerte a dieta —dijo Vharis y agregó—: mañana, tres horas después de la medianoche.

—A propósito —continuó Vharis con un aire picaresco —¿De casualidad no tendrás dos trajes? Tenemos una fiesta a la que asistir.

—Han venido al lugar correcto —respondió Voltier, quien era un amante de la ropa fina y compraba trajes para todos sus sirvientes.

LA BODA

La boda se celebraba en la Capilla Expiatoria de París. Luego los invitados se trasladarían a un palacete, propiedad de la familia del novio, para el banquete y baile. Bien vestidos y en elegante carruaje, llegaron Coraje y Vharis. La novia ya había entrado y la capilla estaba repleta.

Vharis, por cuestiones obvias, esperó afuera. Los sangre-frías y las iglesias no son buenos compañeros. Coraje se acomodó en el ala derecha de la capilla desde donde tenía una buena visual. La novia estaba radiante, aunque para la alta clase aristócrata parisina estaba un tanto, cómo decirlo, bronceada.

Consuelo llevaba un encorsetado vestido y sobre su cabeza habían armado un peinado, digno de una princesa de Disney. Se escuchaban halagos también sobre el novio, un atleta con un cuerpo escultural.

Consuelo se volteó para dar un último vistazo a su vida de soltera. Se alegró al ver a Coraje a un costado de la iglesia con su elegante smoking. Respiró con una sonrisa y le dio su mano al apuesto novio.

La pareja se había conocido en un accidentado episodio a bordo del Nautilus, cuando un pasajero había caído por la cubierta y Consuelo había saltado al mar para salvarlo. El resto del viaje, Consuelo y el joven francés se la pasaron paseando por cubierta; el romance fue instantáneo. A pesar de ser hijo de una adinerada familia aristócrata, el muchacho era sencillo y aventurero. Antes de terminar el viaje, le había propuesto matrimonio a la flamante marinera, quien aceptó entusiasmada sin saber que el joven provenía de una acaudalada familia.

Faltaba poco para que terminara la ceremonia cuando, al otro lado de la capilla a Coraje le pareció ver a Diciembre. Sentada a su lado, Katia, con su pelirroja cabellera, miraba en forma solemne al altar.

Le llamó la atención la rigidez con la que tanto Diciembre como Katia observaban la ceremonia. Estaban sentados, con las manos a

sus costados, la mirada enfocada en el altar y el único indicio de vitalidad era un extraño pestañeo.

De pronto, Diciembre volteó su cabeza y le clavó los ojos. Coraje le devolvió una sonrisa, pero el mayordomo no se inmutó. Entonces Diciembre susurró algo al oído de Katia y ella también se volteó bruscamente para mirarlo. Katia tampoco le devolvió la sonrisa y volvió a mirar al frente.

Algo andaba mal. Lo primero que Coraje supuso fue que le estaban haciendo una broma, pero al cabo de unos minutos dejó de ser gracioso. Tal vez Diciembre y Katia estaban siendo vigilados, pensó.

Diciembre volvió a voltear para mirarlo, pero esta vez la cara del mayordomo no era la misma. Su rostro comenzó a desfigurarse; parecía un demonio.

Afuera de la capilla, Samuel Vharis fumaba un cigarro mirando a la gente pasar y pensando en su glorioso futuro. Su plan marchaba a la perfección. Necesitaba reunir una considerable suma de oro para completarlo. No le faltaba demasiado. La recompensa por llevar al muchacho hasta Hohenzollern era vital. El vampiro tenía deudas por saldar y el resto lo usaría para comprar un pequeño castillo en Bulgaria, donde pasaría los próximos 100 años durmiendo de día y viviendo de noche. Contrataría, como todo sangre-fría importante, fieles sirvientes, para que le cuidaran las espaldas.

Ya lo había hecho antes de que su fortuna se agotara y estaba cerca de conseguirlo otra vez. Solamente tenía que llevar a Coraje sano y salvo hasta Hohenzollern.

El vampiro estaba por apagar el cigarro cuando un hombre de unos aparentes 35 años se sentó a su lado. Era alto, rubio y muy bien parecido.

—Te iría mejor si dejaras de trabajar para el enemigo —dijo con voz rasposa sin siquiera mover la cabeza.

—Solo trabajo para mí —respondió Vharis enseñando sus colmillos; había reconocido al sujeto cientos de metros antes. Se trataba de

Simón Foix-Grailly, un vampiro parisino interesado en una sola cosa: oro. Aunque de apariencia joven, era casi tan viejo como Vharis.

—¿Para qué quieres el oro de Hohenzollern? No me digas nada: para volverte a esconder los próximos trescientos años, holgazán. Cuando lo recibas, ¿por qué no inviertes tu botín con nosotros? Tus problemas financieros estarían resueltos y también tu pellejo. Un vampiro tan viejo como tú ya debería haber aprendido la lección; vampiros y brujas somos los mejores capitalistas del sistema.

—No me agradan las finanzas, Simón —contestó Vharis.

—¿Por qué eres tan terco?

—Porque puedo —replicó Vharis enseñando sus colmillos.

—Si no gozaras de la protección de la casa de Moethe, estarías muerto —le advirtió Simón.

—Traje tu paga —dijo Vharis y deslizó una bolsa con monedas de oro para ponerle fin a una antigua deuda.

—El Club de París no te quiere aquí, serás un vampiro muerto si no desapareces.

—Pensé que ya estábamos muertos —se burló.

—No es gracioso, Samuel Vharis, las wiccas de París están nerviosas. Hace siglos que no las veía así, el diario de Maddam Thenesis jamás debe ser hallado y, como de costumbre, tú estás involucrado.

—¿Por qué es tan importante? —preguntó Vharis.

—Pensé que solo te interesaba el oro —se mofó Simón esta vez—. El diario de Maddam Thenesis esconde el secreto del dragón. Aquel que lo encuentre tomará el control.

—Esta noche me marcho —replicó Vharis encendiendo otro cigarrillo.

—Esta noche podría ser tarde —replicó Simón—. El mayordomo y la pelirroja fueron troleados por el Club de París, por pedido de Lord Morlocke, deben marcharse ahora.

TROLLS

Sonaron las campanas de la capilla. Coraje salió entre la gente intentando dar con Diciembre y Katia, pero el tumulto lo hacía imposible. Llegó a verlos subir a un automóvil. Antes de cerrar la puerta, Katia se volteó y le dio una mirada asesina.

Coraje sintió la mano helada de Vharis en su espalda.

—Debemos irnos —dijo el vampiro.

—Diciembre y Katia eran ellos —exclamó.

—No lo eran —respondió Vharis.

—Los vi con mis propios ojos —respondió Coraje indignado.

—Lo sé, pero debes confiar en mí. En este momento, ellos no son ellos.

—¿Eh?

—Han sido troleados —murmuró el vampiro.

—No entiendo.

—Las Brujas parisinas los han troleado —explicó Vharis con naturalidad—. Eso quiere decir que se han metido en su cabeza. No son dueños de sus actos. Pueden parecer normales, actuar normalmente, pero no son ellos. Mételo en tu cabeza. Diciembre no es más Diciembre; es una marioneta de una wicca que se divierte con él.

—¿Pueden cambiar de rostro? —preguntó Coraje.

—¿Qué fue lo que viste?

—En la capilla me pareció que el rostro de Diciembre se deformaba; como un demonio.

—Mierda, Simón estaba en lo cierto. Debemos irnos.

—¿Qué sucede? La cara de preocupación del sangre fría no era un buen indicio.

—Wiccas del Club de París van a intentar matarnos y usar a tus amigos como arma —afirmó el vampiro.

EN PELIGRO

Coraje y Vharis discutían en la entrada de la Capilla de Expiación. El vampiro se oponía a que fueran a la boda, pero el joven insistía; Coraje se negaba a creer que Diciembre o Katia pudieran hacerle daño.

—En este momento Diciembre es un títere, podría asaltar un banco o asesinar al primer ministro francés y luego no recordar absolutamente nada.

—No puedo dejarlos así, Vharis. Al menos podría intentar hablar con ellos.

—Es riesgoso —aseguró Vharis—. Si te mostró un rostro de demonio, fue una advertencia.

—No tengo miedo —contestó.

—Diciembre podría intentar matarte —le advirtió Vharis pensando además en no comprometer su paga.

Coraje estaba decidido, cogieron un taxi por Champs Elysées hasta llegar al palacete donde se celebraba el banquete matrimonial.

Tal como Coraje había supuesto, Diciembre y Katia también habían sido invitados a la boda. Pasaron a un salón donde servían bebidas y alimentos. El mayordomo estaba parado en un rincón inerte. Coraje se acercó para conversar con él. Vharis observaba alerta. Si algo le llegaba a pasar, se quedaría sin paga.

—Hola —dijo, pero Diciembre ni se volteó.

—Bonita fiesta —agregó.

—Diciembre, ¿te sientes bien? ¿Dónde está Katia?

—Mátalo —susurró Diciembre como si alguien moviera sus labios. De pronto, alguien los interrumpió. —Hola —los saludó Consuelo.

—¡Qué bueno que encontraste a tus amigos! ¿Dónde está la pelirroja? Espero que no te ofendas, pero serás el primero en bailar el vals conmigo.

Lo tomó de la mano y lo guio hasta la pista de baile.

—Es tiempo de irnos —dijo Vharis acercándose.

—Ni siquiera empezamos a bailar —protestó Consuelo.

Un cuchillo rozó un mechón de la novia y se clavó en la pared a pocos metros más atrás. Había sido Katia. Detrás de ella Diciembre desenfundaba un arma.

Vharis tomó del brazo a Coraje y a la velocidad de la luz se escabulleron de la boda. Subieron al primer auto que encontraron, tenía las llaves puestas. Aceleraron. Se escuchó otro disparo.

Coraje miró por el espejo retrovisor. Diciembre y Katia estaban parados en la entrada del palacete. El personal de seguridad los estaba deteniendo.

—No puedo dejarlos así —dijo intentando abrir la puerta. Coraje estaba listo para saltar con el auto en movimiento.

—Detente; si quieres rescatar a tus amigos, primero hay que llegar a Hohenzollern; no hay nada que hacer ahora.

Coraje miró a Vharis y saltó. Rodó por la calle raspándose las rodillas y corrió de regreso.

—Déjenlos ir —gritó forcejeando con el personal de seguridad. Katia y Diciembre lo observaban sin mostrar emoción alguna, como si fuera un perfecto extraño. En medio de la trifulca, una bala se disparó accidentalmente y Vharis, quien venía corriendo desde atrás para no perder su paga, cayó al suelo tomándose el abdomen.

Coraje se acercó para asistirlo. —Es solo sangre, de hecho, ni siquiera es mía; debemos irnos. Esta no es la forma de rescatar a tus amigos. Tenemos que llegar a Hohenzollern, Sir Jules Le Blanc y su esposa pueden resolver este problema sin daños a terceros.

—No —se negó Coraje—. No voy a dejarlos.

Consuelo y Los Jinetes del Mar se acercaron. —El sangre fría tiene razón. Deben irse; nosotros los vigilaremos, no presentaré cargos.

Coraje miró a Diciembre buscando alguna señal de auxilio, pero este le mostró un rostro diabólico otra vez; ese no era su fiel mayordomo. Golpeando el suelo con las palmas abiertas subió al taxi con el malherido sangre fría.

Pasaron a retirar sus cosas por el motel y telefonearon a Voltier para que Julio, su lazarillo, pasara por ellos de inmediato. Antes de medianoche escucharon el ruido de un motor en la entrada. El coche parecía un automóvil fúnebre, completamente tapiado y oscuro en la parte de atrás para trasladar a Voltier de día en viajes largos.

—Despídanse de *Paname*, o les traerá mala suerte —dijo Julio antes de que subieran.

Al cabo de varias horas de manejo Coraje intuyó que afuera estaba amaneciendo; lo notó por el calor que empezaba a calentar la cajuela del automóvil. El auto hizo un brusco giro y Vharis rodó sobre el baúl. Viajar encerrado en la cajuela de un auto con un vampiro era algo que Coraje jamás había planeado cuando partió de Manhattan.

Julio condujo el resto del día y solo frenó para echar combustible. Estaba por atardecer cuando el auto se detuvo en una colina. Ya habían atravesado Estrasburgo, el último límite con Alemania.

Coraje se despertó acalorado, famélico. Comenzó a patear la puerta del baúl para salir a tomar aire, hasta que Julio le abrió.

El atardecer impregnaba las nubes tiñéndolas de naranja, como anilina al algodón, en una fábrica a cielo abierto. Coraje tuvo que

cerrar los ojos para que el naranja fosforescente no le quemara las pupilas.

—Ten —le ofreció Julio unos anteojos —te servirán hasta que vuelvas a acostumbrarte.

—Gracias.

—Cuando conocí a Voltier, me tuvo encerrado en uno de sus calabozos tres meses sin ver un halo de luz —le confesó.

Se escuchó un golpeteo y un quejido dentro del auto. Era Vharis, quien pedía ayuda para salir de la cajuela. Ya estaba oscuro y solo los faros del auto iluminaban la lomada donde habían estacionado.

—Eres muy joven como para andar con vampiros —agregó Julio—. Si deseas escapar puedo detenerlo para darte ventaja.

—Lo necesito.

—Si necesitas de las fuerzas del mal, para alcanzar el bien, es posible que termines alcanzando el mal también —dijo Julio y abrió la cajuela.

El vampiro lucía terrible, había perdido sangre, se quitó la camisa, mas no tenía cicatriz alguna.

—Voy a necesitar una camisa limpia —soltó Vharis y luego arrojó una moneda en el aire que Julio atrapó como un sapo a una mosca. El cuerpo de Julio estaba repleto de pequeñas cicatrices que las mordidas de Voltier le dejaban cada vez que se alimentaba.

—¿Dónde estamos? —preguntó el vampiro.

—En las afueras de Estrasburgo, bajando la colina, encontrarán un sendero que los llevará al otro lado de la frontera hasta tierras alemanas.

—¿Qué pasará con Katia y Diciembre? —preguntó.

—Estarán bien —dijo Vharis dándole una bolsa de monedas a Julio—. Voltier se ocupará de pagar una buena suma al Club de París a modo de fianza temporal.

—¿Temporal?

—No traigo tanto oro encima. Hay que pedir más en Hohenzollern.

Antes de partir, Julio le ofreció su mano a Vharis y este bebió. Las pupilas de Vharis se abrieron y sus ojos se pusieron rojos. Fue apenas un sorbo, lo suficiente como para no convertir a Julio en vampiro. El pobre muchacho era un lazarillo, su tarea era satisfacer los pequeños antojos de los sangre-frías.

SI TE MUEVES

TE MUERES

Cruzaron la frontera dejando atrás Estrasburgo. Caminaron uno detrás del otro a paso ligero; el claro de la luna generaba todo tipo de sombras bajo el tupido bosque. A la madrugada se detuvieron en un pequeño poblado franco-alemán de unas pocas cabañas. Vharis tomó prestada una pala y se volvieron a adentrar en el denso bosque buscando un lugar seguro donde acampar.

Vharis comenzó a cavar una fosa, mientras maldecía. El trabajo pesado no era su mayor pasión.

—Bien —dijo el vampiro acostándose en el pozo de dos metros de profundidad—. Ahora debes cubrirme, mañana por la noche seguiremos.

—No pienso meterme en ese pozo contigo —se quejó Coraje.

—No estás invitado.

—¿Y dónde duermo?

—El bosque es grande.

Sin alejarse demasiado, encontró unos matorrales donde se acurrucó. Vharis lo había obligado a meter un aislante en su morral antes de salir del Gramercy; ahora entendía que era para no amanecer mojado. Abrió el paraguas armando una suerte de carpa y se abrigó con toda la ropa que pudo.

Intentar dormir de día era peor que una pesadilla de noche. A la precaria carpa le cayó el rocío, luego el sol empezó a asomarse. Se sumaron mosquitos, ranas, caracoles. La temperatura comenzó a elevarse y finalmente, se levantó resignado sin haber pegado un ojo. Coraje no veía la luz del sol desde que había llegado a París dos días atrás.

Coraje metió la mano en su morral y después de revolver un poco, sacó un par de anteojos oscuros que Vharis también le había recomendado llevar. Nota para el lector: este no es el bolso mágico de Mary Poppins, ni la señorita Granger. Es simplemente un pequeño morral bien equipado. Luego se acomodó entre los matorrales y trató de dormitar el resto del día.

Se despertó con la voz de Vharis —Bien, veamos por dónde seguir —dijo sacando un viejo mapa. Coraje abrió un ojo, ya era de noche.

—Creí que conocías la ruta.

El mapa estaba plagado de anotaciones con cruces rojas en todos los pueblos más importantes: Offenburg, Freudenstadt, Rotenburg, Ballingen.

—Debemos bordear todas las aldeas, sin entrar a ninguna. No queremos llamar la atención, podría haber vigías del Club de Berlín vigilando. Tomaremos el desvío a *Rottweil*, es un día más de viaje, pero es lo más seguro.

A Coraje le llamó la atención que en el mapa de Vharis había una señal que tenía una advertencia con la palabra DROGLL, escrita en mayúscula.

—¿Drogll?

—Ni preguntes.

—¿Qué son?

—Hay una sola cosa que debes saber sobre los Droglls, si llegas a toparte con uno; corre.

—¿Cómo sabré si me topo con uno?

—Lo sabrás —dijo y su voz se quebró.

—¿Qué sucede?

—No quieres saberlo.

Vharis había vuelto a perder sangre durante la noche y su aspecto estaba desmejorado. Las gotas que había bebido del brazo de Julio no habían sido suficientes.

Katia le había leído a Coraje algunos pasajes sobre vampiros en la biblioteca de su padre. Si Vharis decidía atacarlo, podría hacerlo de dos maneras: la primera, sorprenderlo hundiendo sus colmillos en su cuello, transformándolo en un joven vampiro. La segunda sería partirle primero el pescuezo y luego succionar su sangre aún caliente después de muerto, evitando de esta manera la abominable conversión.

El resto de la noche Vharis se mantuvo callado, le pidió a Coraje que caminara unos metros detrás de él, por el sinuoso sendero que los sumergía cada vez más en las profundidades de la Selva Negra. De esa manera el olor a sangre fresca era menos potente y su cabeza se volvía a centrar en su misión: llevar al muchacho sano y salvo hasta el castillo de Hohenzollern, cobrar la jugosa recompensa y desaparecer por los próximos 200 años de la faz de la tierra.

Vharis no era el único que había desmejorado; los dolores de panza y la falta de sueño tenían a Coraje a media máquina. La sola idea de pasar los siguientes días viajando de noche y durmiendo de día, lo agotaba.

La tupida selva se ponía a cada paso más oscura y el sendero, menos amistoso. Ya no había señales de la luna y apenas lograba ver a Vharis delante de él. Tras tres horas de silenciosa caminata, se detuvieron a tomar un breve descanso.

—Si te mueves, te mueres —dijo Vharis cuando se volteó.

INSOPORTABLE

Una araña negra y amarilla estaba parada sobre su hombro. Vharis intentó quitársela, pero el insecto se metió debajo de la camisa y comenzó a picarlo en diferentes lugares de la espalda.

Coraje sintió el ardor de los pequeños colmillos incrustándose bajo su piel. Se quitó la camisa como si se estuviera prendiendo fuego.

Vharis revisó la camisa y atrapó a la araña. La examinó con cuidado mientras el insecto seguía clavando sus dientes en el brazo de Vharis. Sin embargo, el sangre-fría se mostraba inmune a los sarpullidos. No parecía una araña intimidante, pero tenía las patas largas y puntitos amarillos sobre el lomo. Se trataba de una araña avispa muy peculiar. El vampiro apretó los colmillos del insecto dejando caer una gota del veneno sobre su lengua para saborearlo. Luego, enfadado, apretó la araña con sus dedos hasta explotarla.

—Creo que estoy un poco mareado —dijo Coraje mientras trataba de rascarse la espalda. Vharis le ofreció agua y se puso a inspeccionar las picaduras. La fiebre subió en segundos.

—Hace frío —se quejó Coraje.

—No podemos quedarnos aquí, pronto va a amanecer.

Se adentraron en el bosque. Vharis cavó un pozo, lo cubrió con ramas y plantas y se enterraron juntos. Coraje transpiraba y temblaba; apenas podía respirar. La fiebre seguía subiendo. Le dolían todos los músculos.

De pronto, sintió un pinchazo en la espalda, y otro, y un tercero. Eran los colmillos de Vharis succionando su sangre. Coraje intentó defenderse pero estaba completamente inmovilizado. Sintió un sueño pesado y cuando despertó ya habían pasado más de doce horas. Era de noche otra vez. Vharis lo había arrastrado hasta un arroyo y le estaba lavando las heridas.

—¿Qué me hiciste?

—¿Qué crees?

—¿Soy un vampiro? —preguntó.

—Espero que no, solo succioné el veneno.

—Debes revolcarte en el lodo —le ordenó con los ojos enrojecidos.

—No quiero.

—El olor de tu sangre, no lo soporto, debes suprimirlo —explicó el sangre-fría.

Haber probado su sangre para extraer el veneno de la araña-avispa había sido una jugada riesgosa. La sangre del muchacho era dulce y tierna; Vharis apenas podía tolerarla.

Coraje cubrió su cuerpo con barro. Una vez seco, se vistió encima del lodo, colgó su morral y el paraguas detrás de su espalda. Y continuaron a paso rápido bordeando la ribera del arroyo unos kilómetros para volver a adentrarse en la selva.

Vharis estaba de pésimo humor, a pesar de que el cuerpo de Coraje estaba embadurnado en fango para evitar que su olor emanara por los poros. El sangre fría no podía dejar de pensar en su sangre caliente. Era insoportablemente tentador. Se lo notaba en su mirada.

Coraje intentó sacar algún tema de conversación, pero el vampiro rogó que se limitara a caminar. Su mero aliento le provocaba ganas de devorarlo. Encontraron un sendero. Tenía dos pares de huellas. Lo siguieron durante un tiempo hasta que se dieron cuenta de que se trataba de sus propias huellas. Estaban otra vez junto al mismo arroyo y pronto amanecería.

—Maldición —se quejó Vharis—. Estamos dando vueltas en círculos.

El vampiro rastreó el pozo donde habían pasado la noche anterior, lo cubrió con tierra y ramas.

—Búscate tu propio pozo —gruñó. Vharis sabía que si pasaba otra noche cerca de su cuerpo no lo resistiría.

A Coraje le tomó un buen rato acomodarse, pero imitando la técnica de Vharis pudo armar un pequeño búnker bajo tierra junto al suyo. Estaba tan cansado que esta vez logró dormirse profundamente, hasta que el sol llegó a su máximo esplendor. Se despertó pasado el mediodía producto de unas pisadas cercanas.

—Me informaron que andaban por aquí, un sangre-fría y un niño —dijo la voz de una mujer.

Se escucharon más pasos y voces de mujeres acercándose.

—Acamparemos aquí —sugirió una.

Coraje esperó inerte hasta que cayó la noche. Procurando no estornudar, se arrastró sigilosamente hasta el pozo de Vharis.

—Tenemos compañía —susurró.

—Lo sé. ¿Puedes correr? —susurró el sangre fría y Coraje asintió.

—Bien, será mejor que me des el paraguas.

Coraje dudó unos segundos. —El morral también —ordenó el sangre fría—. Debes ir ligero de pies y manos.

Dieron los primeros pasos suavemente. Un grupo de aprendices de brujas acampaba en el bosque. Había dos centinelas junto a un fuego vigilando. Coraje no tuvo mejor idea que pisar una rama seca revelando su posición.

—Corre —gritó Vharis—. No mires atrás.

Coraje se lanzó a la carrera, se sentía liviano y veloz como una flecha. Trataba de seguir los pasos de Vharis, pero el sangre-fría se movía a una velocidad superior. Comenzó a llover, primero fueron unas gotas gruesas y gordas lanzadas desde el cielo, seguidas de un chaparrón. En pocos minutos estaban corriendo bajo un diluvio universal.

Coraje sentía voces y pisadas veloces detrás. Lo estaban alcanzando. No había señales de Vharis por ninguna parte. De pronto, alguien lo tomó por sorpresa derrumbándolo. Se trataba de Vharis.

—Shhh —ordenó mientras se ocultaban detrás de unos arbustos—. Ni respires.

Un grupo de siete mujeres encapuchadas pasó corriendo a toda velocidad sin notarlos.

La lluvia empeoraba. El viento comenzó a soplar arrancando árboles de cuajo. Vharis decidió buscar un escondite seguro donde pasar el resto de la noche. Pisaban sobre agua y lodo y, sin saber cómo, se vieron arrastrados por una corriente de agua que los escupió en un torrentoso arroyo.

Coraje era un buen nadador, pero vestido era difícil moverse en el agua. La corriente los llevaba cada vez más rápido río abajo. Se escuchaba una caída de agua más adelante. Se trataba de una cascada con una caída de más de seis metros.

PROFECÍA

AUTOCUMPLIDA

Coraje pensó que se ahogaba. El agua de la cascada no lo dejaba sacar la cabeza a flote. Tragó un cuarto de litro con la primera bocanada, hasta que sintió un brazo fuerte que lo sujetaba. Era Vharis, quien una vez más lo rescataba.

Salieron del agua, caminaron ribera arriba hasta encontrar un lugar más protegido. La lluvia comenzaba a amainar. Exhausto, el muchacho solo pensaba en descansar, pero Vharis no opinaba lo mismo.

—Hay que seguir.

El sangre-fría lo obligó a caminar empapado, hasta que prácticamente saliera el sol. Acamparon dentro de una cueva. El mapa de Vharis estaba hecho añicos. Según los cálculos del sangre fría estaban en Friburgo. Vharis puso a secar las cosas del morral e improvisó algo para comer.

—¿Quiénes eran?

—No estoy seguro de a qué Club responden, pero sí de que eran aprendices y que nos estaban buscando.

—Gracias —respondió Coraje.

—No me agradezcas, tú eres la encomienda y yo, el cartero —protestó —. El problema es que ahora todos saben que viajamos de noche, nuestra ventaja es una desventaja.

—Tengo más hambre —dijo Coraje.

—Y yo también, arréglate como puedas —ordenó ofuscado. Vharis estaba de pésimo semblante, el viaje a Hohenzollern se estaba

haciendo más pesado de lo que había planeado. Había alguien que no quería que Coraje llegara a Hohenzollern, y no era una bruja.

—Hace frío —se quejó el muchacho.

A diferencia de Vharis, quien no sentía calor ni frío, el cuerpo de Coraje estaba húmedo. Necesitaba calor.

—Puedes encender un fuego, pero no muy grande, no queremos dar más pistas.

Las cerrillas estaban empapadas, no había caso.

—Vharis —dijo Coraje sabiendo que este iba a enojarse.

—Muchacho, eres un calambre. ¿Ahora qué?

—No puedo encenderlo.

Golpeando dos piedras como en la Edad Media, Vharis generó un chispazo sobre las ramas y hojas que Coraje había juntado. Todo estaba húmedo. Tuvo que renegar un buen rato hasta crear una llama digna. Coraje se quitó casi toda la ropa húmeda; agotado finalmente, se quedó dormido junto al calor del fuego. Casi doce horas más tarde, Coraje abrió un ojo. El fuego se había extinguido. Sus ropas ya estaban secas. Estornudó. Estaba empezando a anochecer. Con la última gota de luz, Vharis se levantó de su improvisada tumba. Estaba de mejor humor. El camino desde Friburgo hasta Hohenzollern no estaba tan lejos. Si se apuraban, en menos de cuatro noches podrían estar en Hohenzollern.

Coraje desayunó un pedazo de pan y bebió agua de lluvia de las hojas. Rápidamente estaban de nuevo caminando bajo la luna. Vharis iba adelante del viento para evitar oler el sabor de su sangre. Caminaron toda la noche sin hablar, solo frenaron para descansar dos veces y continuaron a paso firme por el sendero frondoso. Era la primera noche sin desgracias ni interrupciones.

—Vamos bien —sonrió Vharis.

Llegando la madrugada, el sendero los llevó al primer claro, donde pudieron admirar el resplandor de la luna que seguía allí, acompañándolos, por encima de la impenetrable Selva Negra.

Coraje sintió un escalofrío correr por su pescuezo, aquel lugar le recordaba a la visión de la Señora Greenich a bordo del Nautilus, en la que Katia y Diciembre morían.

De pronto, la luna desapareció, como si algo se la hubiera tragado. Coraje sintió que lo envolvían en una especie de bolsa y lo cargaban.

—¿Muchacho? —lo llamó Vharis, pero nadie respondió. Solamente había quedado su paraguas en el suelo.

MURONI

Cuando Coraje despertó ya había amanecido. El sol le quemaba las pupilas. Estaba en una jaula ubicada en un pequeño claro en medio de la boscosa selva. Unos seis metros de altura lo separaban del suelo. Los barrotes estaban hechos con lianas, que apenas le dejaban sacar su cabeza hacia fuera.

Entrecerró los ojos para poder mirar. La luz del sol era insoportable. Aún tenía su morral colgado, pero no había rastro del paraguas. Sintió que se avecinaba un nuevo ataque abdominal, primero su estómago se endureció, luego todo el cuerpo se retorció como una víbora y apenas llegó a abrir el morral para beber unas gotas de la medicina antes de desmayarse.

Cuando volvió a despertar lloviznaba. Al menos las nubes tapaban el sol. Seguía en esa jaula. Tenía frío. El viento pasaba entre los agujeros de las lianas. Volvió a asomarse. No había rastros de nadie.

Sacó de su morral una capa para cubrirse del viento y un pequeño cuchillo. Temblando de frío comenzó a desgastar las gruesas lianas hasta cortar algunas. Logró pasar la mitad de su torso afuera. Eran varios metros hasta el suelo. Si saltaba podría fracturarse severamente y quedar postrado en el suelo, mas no veía otra opción.

Contó hasta tres en voz alta: —1, 2, 3. Pero antes de saltar fue interrumpido por una voz grave.

—Si fuera tú, no saltaría —dijo una voz trabada.

—¿Quién habla?

—Mi nombre es Muroni —su voz era gruesa.

—¿Dónde estás? ¿Por qué no puedo verte?

La respuesta fue una lenta risa.

—Muéstrate —ordenó Coraje.

—No me estoy ocultando —respondió. Coraje abrió los ojos aún más para ver. Estaba parado junto a un árbol, era tan grande que le pareció estúpido no haberlo visto antes. El hombre lo cuadruplicaba en altura.

—¿Puede ayudarme a bajar?

—Mmm… eso depende, no tengo ganas de correr tras de ti.

—Prometo que no lo haré.

—Todos dicen lo mismo, luego tengo que matarlos.

—Eres tan alto —susurró con admiración.

—Y feo, dilo, soy muy feo. El hombre se acercó unos pasos hasta la jaula. Debía medir al menos tres metros y medio. Llevaba una capa hecha con pasto, barro, ramas, que lo hacían invisible entre la vegetación. Su sombrero estaba hecho con la cabeza de un oso.

—No estás mal —respondió Coraje. Tenía nariz prominente, mandíbula de tiburón y orejas de elefante.

—¿Qué hacían en mi territorio? —le preguntó.

—¿Tu territorio?

—No me gusta que repitan lo que digo —murmuró—. Tú y ese sangre fría caminaban por mi territorio.

Dudó en contestar. —Vamos a Hohenzollern. ¿Dónde está mi compañero?

—Los chupasangres no tienen compañeros, tu sangre está caliente, puedo olerla desde aquí ¿Eras su presa, cierto?

—No, era mi guía —respondió.

—¿Por qué tomaron mi ruta? ¿Quién los envió?

—No sabíamos que era tu ruta, lo lamento.

—Claro que lo lamentarás —respondió el gigante y luego cortó la soga dejando caer la jaula bruscamente. Lo arrastró fuera de la jaula y lo amarró de pies y manos con sogas.

—Oye, no vas a dejarme aquí —exclamó, pero no obtuvo respuesta. El gigante sacó un trapo de su bolsillo y lo colocó en su boca para callarlo.

—Hablas demasiado para ser carnada —murmuró y se escondió detrás de unos matorrales. La capacidad del gigante para mimetizarse y hacerse uno con la selva era increíble. El hombre podía quedarse en la misma posición como una estatua por horas.

Cayó la noche. Coraje estaba helado. Intentó decir algo,

pero el trapo en su boca le hacía imposible modular.

—Si te la quito comenzarás a hablarme y luego seremos amigos; no me gusta usar a mis amigos como carnada —protestó Muroni.

Entonces el gran hombre sacó de su bolsillo un frasco con un pegajoso ungüento que pasó por la nariz de Coraje, provocando el sueño inmediato.

Cuando Coraje abrió los ojos ya había amanecido otra vez. Le dolían los brazos de haber estado tantas horas atados y tenía hambre.

—¿Eres un demonio? —le preguntó Muroni apuntándolo con su lanza. Coraje aún tenía una mordaza en la boca y apenas podía hablar.

—¿Eres un demonio? ¿Igual que esa sanguijuela chupasangres con la que viajabas? No pareces un demonio.

—Agua —fue lo único que atinó a decir, tenía la garganta seca y los labios cortados.

—Responde o tendré que matarte.

—¿Quién eres? —volvió a preguntarle el gigante—. ¿Quién te ha enviado?

El gigante le soltó las manos y luego los pies. Coraje intentó escapar pero estaba tan acalambrado que cayó al suelo.

—Si vuelves a intentar algo así, tendré que matarte.

Exhausto apoyó la espalda contra un árbol mirando frustrado al gigante.

—¿No piensa dejarme ir? —preguntó.

—No —gritó enfurecido Muroni—. Lo siento —agregó. Su carácter era inestable.

Muroni se acercó y volvió a pasar ungüento en su nariz adormeciéndolo en el acto. Cuando volvió a abrir los ojos estaba atado a un árbol.

—Agua —rogó.

Muroni le soltó las sogas de los pies y las manos. Sin embargo, esta vez Coraje no intentó correr; se sentía demasiado débil para arriesgarse. El gigante le dio de beber y le entregó un trozo de pan que devoró.

—¿Debes dejarme ir? Me esperan en Hohenzollern.

Siete días pasaron. Coraje era su rehén y su carnada para atrapar quién sabe qué cosa que Muroni no quería develar.

—Hacemos buen equipo —lo felicitó el gigante. Coraje estaba atado de pies y manos, deshidratado y desnutrido. Lejos estaban de ser un equipo.

—Tengo que irme —rogó.

—Imposible. Tenemos mucho trabajo por delante; tú las atraerás, yo las atraparé. Le liberó las manos y le arrojó otro tanto de pan. Luego le pasó el ungüento por su nariz y Coraje sencillamente se desmayó.

No es que este narrador haya creado semejante personaje horroroso con tal de evitar la llegada de Coraje a Hohenzollern; es que llegar a Hohenzollern es sencillamente difícil. Creo que este es un buen momento para cerrar el libro, buscarse una taza de café caliente y pensar en Hohenzollern. Tal vez en 20 años eso sea lo único que recuerden de esta novela: llegar a Hohenzollern es duro, está lleno de obstáculos e incertidumbres, pero nunca se deben dar por vencidos. Hohenzollern siempre los espera.

Este comentario me costó una pelea con mi segundo editor: «¿Cómo vas a quitar la tensión del cuento y mandar a tus lectores a reflexionar sobre su Hohenzollern? Eres un engreído». El tercer editor lo aprobó.

Volvamos… Muroni era un cazador de wiccas, las odiaba con todo su ser. Los de la clase de Muroni habían sido fieles aliados de las wiccas en tiempos de la Edad Media, pero con el correr de los años y la modernización ellas habían dejado de considerarlos. Grandes, feos y torpes ya no eran de utilidad en la era de la tecnología.

Los de la clase de Muroni eran excelentes cazadores, podían camuflarse con su ambiente y atrapar técnicamente cualquier presa. Asimismo, eran capaces de crear ungüentos y pócimas fabricados con ingredientes naturales para atraer y dormir a sus víctimas. Los gigantes eran muy territoriales y no les gustaba que nadie merodeara dentro de sus límites. Muroni era uno de los últimos de su especie y la soledad lo había vuelto, digamos un tanto antisocial.

VHARIS

Se arrastraba cojeando. Su pelo estaba sucio y su boca seca. Las ropas rotosas le quitaban toda la elegancia que alguna vez había ostentado. Caminaba encorvado. El viaje le había quitado las ganas de todo. Solo podía pensar en un jugoso banquete.

La torre mayor del castillo de Hohenzollern se imponía sobre la cima. Lo había logrado. Había llegado a Hohenzollern. Se detuvo. Encontrarse con Sir Benjhamin podía resultar un tanto incómodo.

Debería descansar antes de seguir hasta la cima. Se levantó aturdido. Un carruaje tirado por nueve caballos de espléndido porte pasó a su lado sin detenerse. El carruaje iba sin lugar a dudas hasta Hohenzollern.

Tomó impulso para realizar el último tramo. Sin pensar demasiado, siguió al carruaje, un pie detrás del otro hasta la entrada del castillo. Debía apurarse si quería evitar que el amanecer lo sorprendiera. Cuanto más se acercaba más lejos quería estar de allí.

Un centinela apostado sobre el primer puesto de guardia dejó pasar el carruaje tirado por los nueve caballos y luego utilizando su telescopio vio que algo más se acercaba a paso lento. No podía distinguir bien, ya que todavía estaba oscuro. El guardia hizo sonar un cuerno advirtiendo la llegada de un extraño.

Sir Benjhamin se lavaba su herida cuando escuchó el cuerno. Podía ser su hijo. Se miró frente al espejo. Debía mostrar un buen aspecto ante la llegada de Timotheo.

Se peinó, afeitó la barba y se puso ropa elegante. Antes de salir de la habitación se volvió a mirar en el espejo para acomodar su camisa. Tenía las palmas sudadas. En su cabeza imaginó un fuerte abrazo.

Bajó las escaleras hasta el gran salón y salió a un pequeño jardín al frente del castillo que prometía una excelente vista a los recién llegados. Drakar se apareció a su lado para darle ánimo.

—Creo que olvidé cómo ser padre.

—¿Hay algo que no quieras controlar? —se mofó Drakar.

—No.

Primero entró el ostentoso carruaje blanco, con sus 9 caballos tirando del coche. Se trataba del carruaje de la Dragonesa de Blanco.

—Tu amiga —se burló Drakar.

Más atrás, a paso lento, una figura se acercaba. Aún no amanecía, a Sir Benjhamin le llamó la atención que fuera solo una figura y salió corriendo a su encuentro seguido de Drakar.

—¿Dónde está mi hijo? —demandó Benjhamin, pero Vharis ni siquiera se animó a devolver la mirada y solamente le ofreció el paraguas.

—¿Dónde está? —gritó Drakar desesperado.

—No lo sé —respondió con voz de ultratumba mostrando sus colmillos filosos dispuesto a dar pelea. Vharis tenía poco que perder.

Benjhamin se abalanzó sobre él y de no haber sido por Drakar el asunto hubiera terminado peor. Se escucharon pasos pesados de soldados. Era la guardia privada de Sir Jules Le Blanc, presidida por Sulhat, uno de sus mejores guerreros. Apresaron a Vharis con pesadas esposas y se lo llevaron.

Sir Benjhamin se quedó parado con el paraguas en la mano y Drakar atontado a su lado.

—Juro que lo mataré.

—Primero tenemos que interrogarlo —respondió Drakar.

LA REGLA

DE LOS 100 DÍAS

Sulhat y sus hombres escoltaron a Benjhamin y a Drakar hasta el ala baja del castillo. El subsuelo era húmedo y repleto de pasadizos; sería fácil perderse con solo dar un giro equivocado.

Los calabozos de Hohenzollern hospedaban a decenas de prisioneros. Benjhamin fue atravesando varias puertas de hierro, detrás de cada portón había una celda escoltada por un soldado. El motivo de los portones de hierro entre celda y celda era evitar motines en caso de fuga.

Sulhat iba saludando a los guardiacárceles y estos le devolvían el saludo con una venia militar perfecta.

—Wen, Hoggis, Helmut, Gardiner, Wolfo, Andersen, Boris, Segismundo, Altun, Jagger, Jordan, Kantor, Li-chan, Groffo, Kobe… ¿Dónde está Kromo? —preguntó Sulhat cuando llegaron a la celda donde Samuel Vharis estaba encerrado.

—Repito: ¿dónde está Kromo? —preguntó enfadado—. Cuando lo encuentren, 100 latigazos limpios en la espalda —rezongó mientras abrían la puerta de la celda a Sir Benjhamin.

—Contrólate —le advirtió Drakar pasándole una antorcha.

La puerta se cerró detrás de Benjhamin. La celda apestaba; estaba sucia y oscura. Apenas llegaba a ver la figura de Vharis ajobachado en un rincón.

—A veces extraño la luz del día, creo que una muerte digna sería ver una vez más la luz del Creador. Cuando era un muchacho en la corte, hace ya no recuerdo cuántos siglos, me agradaba el sol.

Vharis se puso de pie. Estaba hinchado, como un globo inflado. Su rostro estaba tan deformado que apenas se podían ver sus ojos, y sus

ropas se habían prácticamente deshecho dejándole el torso semidesnudo.

—Pobre diablo, lástima que terminara así —agregó Vharis chupándose los dedos y dejando ver en el suelo un cadavérico cuerpo al que parecía que le hubieran succionado hasta los órganos.

—Sulhat va a colgarte por esto.

—De todos modos estoy muerto. ¿Por qué iba a privarme de un banquete? —dijo moviéndose con pesadumbre, sus tobillos tenían el tamaño de una pata de elefante.

—O me matas tú, o luego me matan ellos. Da igual. Sin embargo —agregó limpiándose la sangre de la boca—, técnicamente no infringí ninguna ley, han pasado más de 100 días de abstinencia, tengo derecho a beber, el pacto con el Consejo lo permite; un guardia menos. ¿A quién le importa?

—¿Qué pasó con Timotheo?

—Tu hijo podría ser un buen vampiro.

—Te juro que si has convertido al niño no tendré piedad.

—Tranquilo, yo no lo he convertido.

—¿Quién? Dime quién transformó a mi hijo en un sangre-fría.

—Marco, polo, tierra, nadie —se burló Vharis—. Nadie ha transformado a tu hijo en nada.

—¿Dónde está?

—Ese muchacho puede ser muy escurridizo.

—¿Y Diciembre?

—El mayordomo y la niña que viajaba con ellos son encantadores.

—¿Eh? ¿Una niña?

—La novia del muchachito y Diciembre se quedaron en París, han sido troleados por una wicca. Intentaron matar a tu hijo en una boda, he recibido un balazo por tu muchacho. No tienes idea cuántas veces he tenido que salvarle el pescuezo a tu hijo —eructó en forma desagradable—. ¿Todo para qué? Para perderlo cuando estaba a punto de lograr mi libertad. Ahora el viejo amarrete de Le Blanc no querrá pagar.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Hace poco menos de media luna, en los senderos de Friburgo, íbamos caminando y simplemente desapareció. Lo busqué durante días sin éxito, hasta volví sobre nuestros mismos pasos, no puedo entenderlo.

—¿Sabes exactamente dónde lo perdiste?

—Sí.

—Debes llevarme de inmediato.

—No puedo moverme. ¿No ves lo gordo que estoy? —volvió a eructar —. Me tomará tres días recuperar mi figura.

—No estás en condiciones de negociar —lo amenazó Sir Benjhamin.

—Es un buen muchacho, ni tú eras tan osado a su edad. ¿Cuántos tiene, 17?

—16.

—Tiene potencial Ben, aunque hay algo en su mirada que me desconcierta. Creo que es la mirada de su madre.

—Ni la nombres.

—¿A quién? ¿A Ana? —bromeó Vharis.

Sir Benjhamin estuvo a punto de abofetearlo, pero necesitaba conservar la calma.

—¿Qué hay con mi paga? —protestó Vharis al ver que Benjhamin se disponía a salir de la celda.

—Sulhat. —Sir Benjhamin sonrió—. Creo que el hombre que buscas está ahí adentro, o estaba.

Sir Benjhamin se alejó caminando con paso acelerado mientras se escuchaban gritos desgarradores desde la celda de Vharis, quien recibiría una cruenta golpiza por asesinar a un miembro de la guardia comandada por Sulhat.

Sir Benjhamin volvió a su habitación, se cambió las ropas elegantes por un vestuario más cómodo, pantalón viejo, botas de cuero, camiseta, un chaleco y su pesado sobretodo donde escondía mil y un cuchillos.

Drakar entró en la habitación sin pedir permiso. Él también estaba listo para partir; no había nada que explicar entre ellos.

—Drakar, tú tomarás el camino norte. Debes apresurarte.

—No creo que sea buena idea ir separados, estás flojo de piernas.

—Tomaré un atajo.

Sonaron dos golpes en la puerta y luego se abrió. —Con ustedes, la Dragonesa de Blanco —la presentó Serafín. Una mujer rubia de cabellos eternos, vestida con sedas bordadas en oro y una corona de marfil, entró en la habitación. Su rostro estaba endurecido, no pestañeaba; apenas sus orificios nasales se movían lentamente dando señales de que respiraba.

Sir Benjhamin y Drakar se arquearon hacia delante saludándola con respeto.

—Lord Benjhamin, se rumorea que está muriendo.

—Se rumorean cosas peores de usted —replicó esbozando una diminuta sonrisa con la comisura del labio.

—Rumores. La gente tendría tan poco de qué hablar si no existieran.

—Estamos ocupados miladi —explicó.

—Lo sé. Acaba de llegar a mis oídos. Los rumores dicen que su hijo está extraviado en la selva, vengo a ofrecerle colaboración.

—¿A cambio de qué, Dragonesa?

—Una disculpa por sus dichos no estaría mal.

—Trato hecho —sonrió Benjhamin entregándole una fotografía vieja del muchacho.

—Serafín —ordenó la Dragonesa—, envíe a tres valientes hombres dispuestos a dar la vida para traer a salvo al pequeño.

Drakar golpeó con su codo el estómago de Benjhamin.

—Miladi —exclamó Benjhamin—, lamento haberla llamado “vieja estéril” frente al consejo.

—Está perdonado, tener hijos es una maldición de la que afortunadamente fui librada de joven.

La Dragonesa salía de la habitación cuando Sir Jules Le Blanc entraba.

—Dragonesa.

—Le Blanc —contestó ella haciendo una leve reverencia.

Sir Jules Le Blanc tomó la palabra —una milicia de cinco hombres saldrá hacia el oeste por la mañana.

—Dudo que Timotheo esté en el oeste —aseguró Sir Benjhamin.

—Podría estar en cualquier lado —replicó Le Blanc.

—Voy a necesitar el paraguas.

—Está guardado en la sala de Armas, si lo tocas, será la última vez que lo hagas. El Consejo se expidió sobre este tema. Tu travesura en Wilspurg nos costó muy caro, Benjhamin, el paraguas está prohibido para ti. Además, no estás en condiciones de salir y lo sabes.

—No puedo quedarme de brazos cruzados.

—A veces, no hacer nada es lo único que podemos hacer.

—Maldición —se quejó Sir Benjhamin. Estaba atado de pies y manos una vez más.

UNGÜENTO

Muroni dormía plácidamente cuando Coraje volvió a sufrir uno de sus ataques estomacales. Estaba atado de pies y manos. Comenzó a retorcerse. Era la primera vez que sufría un ataque sin poder tomar su medicina. Comenzó a escupir espuma por la boca, mientras su cuerpo temblaba en el suelo. Los espasmos se volvieron algo violentos. Muroni seguía durmiendo profundamente. El hombre de gigantescas proporciones también se automedicaba con sus ungüentos para dormir.

Una de las sogas que lo mantenían maniatado se zafó debido a las fuertes convulsiones y el muchacho logró arrastrarse hasta su morral donde estaba el gotero. Le había dado uno a Bullie Rocks y cada vez quedaba menos dosis. Con la mano libre pudo volcar unas gotas debajo de su lengua. Unos minutos más tarde el dolor cesó.

Muroni aún dormía. Coraje se las ingenió con la mano libre para aflojar las sogas de sus pies. Con esfuerzo, se puso de pie. Estaba hecho una lacra humana.

Se acercó lo más que pudo a Muroni. El gigante dormía como bebé. Era su única oportunidad. Metió suavemente la mano en el bolsillo de la túnica del gigante y tomó el ungüento. Con una mano juntó una buena cantidad de pasta y lentamente lo fue metiendo dentro de las fosas nasales de su captor.

Muroni se despertó mareado.

—Si te escapas te mato —lo amenazó. El gigante se puso de pie y se tambaleó, dio un paso adelante y cayó boquiabierto al piso. Sus ojos aún estaban abiertos luchando contra el poderoso somnífero, hasta que se desmayó.

Coraje colocó casi todo el pegajoso ungüento que sobraba sobre la nariz del gigante para asegurarse de que la siesta durara varias semanas, luego guardó una pequeña dosis en su morral. Pensó en atarlo, pero no tenía fuerzas para hacerlo. Lo mejor era escapar.

Encontró algo de comida entre las cosas de Muroni: pan y agua. Colgó su morral en la espalda; con las pocas fuerzas que le quedaban se alejó a paso lento, pero seguro.

Muroni abrió los ojos con gran esfuerzo y una lágrima rodó por su mejilla. Se había encariñado con su rehén. Para él, juntos hacían una gran dupla. Muroni había tratado de ser lo más amable posible, pero no conocía otra forma mejor de tratar con la gente. La figura del muchacho alejándose le provocaba una triste bronca. Finalmente, cerró los ojos y cayó dormido. Había ingerido suficiente ungüento como para no levantarse por los próximos tres días.

A medida que Coraje iba recobrando fuerzas sentía más ganas de correr y alejarse lo máximo posible de Muroni. Ramas. Hojas. Lianas. Telas de araña. Maleza. Raíces. Iba chocando contra todo, pero era libre otra vez. Tras unas horas sin detenerse, paró a descansar. Estaba amaneciendo y estaba completamente perdido.

Se recostó entre unos arbustos camuflándose, copiando las técnicas de Muroni, mimetizándose con el entorno como si no existiera.

Su corazón latía demasiado rápido. El gigante era un sabueso para rastrear animales. Dormitó apenas unas horas y volvió a lanzarse a la carrera.

Se detuvo en un arroyo a beber agua fresca y tuvo que alimentarse con hojas y hongos para no desfallecer ante la hambruna. Muroni había sido muy avaro con el alimento. Lo mantenía débil para que nunca escapara.

Tras comer esos hongos, comenzó a sentir una picazón en la mano, como cosquillas. Notó que sus dedos estaban hinchados. Era una mano enorme. Se lavó la cara en el arroyo para despabilarse. Todo le parecía maravilloso.

—Hola, rana —saludó a un batracio—. Hola, Señor Árbol. ¿Hace mucho que vive por acá?

Media docena de duendecillos se cruzaron por su camino. —¿Qué mira? —le pareció que un enano malhumorado le hablaba. Coraje

solo podía sonreír. Estaba completamente alucinado por el efecto distorsionado de los hongos.

El color de los árboles era verde fosforescente. Giraba en círculos extasiado de placer. Se zambulló en un colchón de pajas secas y utilizando el morral como almohada se recostó para descansar. Pasaron las horas y se hizo de noche. El muchacho seguía durmiendo con una sonrisa dibujada de oreja a oreja. Finalmente, abrió los ojos. Entre las ramas de los árboles, el firmamento estrellado se postraba ante él. Era hermoso.

Se quiso levantar, pero algo lo detenía. Lo intentó otra vez. Imposible. El efecto colateral de los hongos era la parálisis. Solamente podía mover los ojos.

Coraje repasó los hechos sucedidos en Nueva York meses atrás. El ataque de la Quimera en Central Park había sido doloroso, como un veneno que entumecía los músculos hasta hacerlos reventar del dolor.

Coraje no se percató de que dos personas lo miraban. Se trataba de un campesino y su esposa, que juntaban leña en el bosque con su carretilla.

—¿Dónde estoy? —preguntó torpemente.

—Memmingen —respondió el hombre.

—Son venenosos —dijo el hombre al ver que Coraje tenía restos de hongos sobre su sweater.

Sin que Coraje pudiera oponer resistencia, la pareja lo ayudó a incorporarse y lo cargó en la carretilla hasta su modesta cabaña, donde le dieron galletas y leche. Incluso le prestaron ropa limpia mientras las suyas eran lavadas y enmendadas. La pareja vivía en una pequeña aldea a las afueras de *Memmingen*, un diminuto poblado alemán en el extremo suroeste del país.

Es posible que, a esta altura, el lector esté pensando que esta es una trampa estilo Hansel y Gretel. Demasiada amabilidad a cambio de

nada en una narrativa donde todo sale mal: es dudoso. Pero mi cuarto editor me obligó a darle una tregua al lector, y ya no podía perder más editores.

Coraje les contó acerca de su destino final en Hohenzollern. Cuando los campesinos le enseñaron un mapa local mostrándole dónde estaba, no podía creer el largo viaje que había recorrido a pie.

Había partido desde la frontera de Estrasburgo hacia Friburgo con Vharis. Luego había viajado largas distancias con Muroni, pero no estaba seguro en qué sentido, ya que la mitad de las veces el gigante lo dormía y cargaba en sus hombros como una bolsa de papas.



A la mañana siguiente la pareja de campesinos partiría hacia el norte rumbo a Ehingen a visitar familiares. Le ofrecieron transporte hasta allí. Según le explicaron, desde Ehingen, Hohenzollern estaba a solo 3 días de marcha.

Esa noche Coraje durmió en una pequeña cama improvisada en el living de la cabaña. Hacía más de diez días que dormía a cielo abierto

ante la hostilidad del rocío y los mosquitos. El mero hecho de cubrirse con sábanas le producía un placer exquisito.

La mañana siguiente fue aún mejor, tostadas calientes, chocolate hirviendo y wafles. Además, le trajeron sus ropas limpias y enmendadas. Era la experiencia más parecida al Gramercy desde que había comenzado el desafortunado viaje a Hohenzollern.

Coraje ayudó a la pareja a cargar las cosas en la carreta. La mujer lo observaba con un dejo de melancolía. Notó que en la cabaña había retratos de un joven. Pero prefirió no preguntar. Antes de media mañana ya estaban rumbo a Ehingen.

—Dicen que en Uberlinguen vieron un gigante —dijo la mujer indignada.

—No existe tal cosa querida, solo existen los hongos.

Así se la pasaron debatiendo los cuatro días en carreta hasta llegar a Ehingen. Coraje prefirió guardar silencio y aprovechar para recuperar energía. Los alemanes sí que sabían darse banquetes. Durante dos días fue merecedor de wafles, cerdo, pescado, todo tipo de verduras asadas y hasta probó cerveza artesanal.

Al cuarto día llegaron a Ehingen, el final del camino juntos. Coraje se había repuesto: había comido, dormido y traía ropa limpia, incluso sus dolores estomacales habían cedido. De hecho, sentía que cuanto más comía menos dolor sentía.

Coraje sacó de su morral papel y lápiz y se los pasó. —Anoten mi dirección, quiero agradecerles de alguna manera cuando regrese; es el número 16 de la calle 20, en el Gramercy Park, Manhattan.

La mujer se apenó. —No sabemos escribir.

Escritores sin tinta, que dejaron sus estantes vacíos en la Biblioteca de Babel.

A PASO FIRME

Desde el poblado de *Ehingen*, Coraje tenía una caminata cuesta arriba de dos a tres días hasta el Castillo de Hohenzollern. Parecía increíble que faltara tan poco. Hacía más de tres meses que había salido del Gramercy.

—Toma —dijo la campesina y le entregó una bolsa con emparedados que había preparado para él—. ¿Estás seguro que no deseas pasar una noche más con nosotros?

—Ya deja al muchacho en paz, mujer —la retó su marido.

—Es que es solo un niño —llorisqueó. Pero un joven decidido vale más que un adulto.

Antes del mediodía Coraje llegó a la primera bifurcación donde se detuvo a almorzar. Había dos flechas, una indicaba a *Stuttgart* en dirección al noreste y la otra solamente decía Hohenzollern.

La mayoría de las carretas y los coches pasaban en dirección a *Stuggart*. El camino a *Stuttgart* era ancho y estaba en buen estado, mientras que el otro parecía abandonado; Coraje tomó el menos transitado. Lo siento, Frost.

Con un pie detrás del otro, Coraje marchó por el pedregoso sendero el resto de la tarde hasta que anocheció. Decidió que aún podía caminar un poco más. Caminó hasta el cansancio. Pasada la medianoche se alejó unos metros del camino y se acomodó detrás de unos árboles para cubrirse de la caída del primer rocío.

Coraje soltó una estúpida sonrisa. Había ganado el doble de camino en la mitad de tiempo. La ansiedad anotó un strike; como un angurriento se comió casi toda la comida para los próximos días. Con la panza llena, se acostó a mirar el cielo.

El infortunado viaje a Hohenzollern había sido largo, pero estaba llegando a su fin. ¿Qué más podía pasarle? Solo faltaba un corto

trayecto para llegar al castillo en la cima de la montaña, donde lo aguardaba su padre.

Coraje pensó que seguramente Sir Benjhamin se enfurecería por haber extraviado el paraguas; sin embargo, su enojo lo tenía sin cuidado. Sus palabras habían dejado de tener valor el día que había decidido irse de casa.

Para Coraje, Sir Benjhamin ya no era su padre, sino solo el recuerdo de un hombre que le había dejado una fortuna, una casa y un mayordomo, pero no significaba nada más que eso. No guardaba rencor contra él o, al menos, creía que no lo guardaba. Tristemente, Coraje pensó que la familia es el lugar que te toca para comenzar tu camino, pero no forja tu futuro.

Cansado, logró conciliar el sueño. Imaginó su propio funeral, el cajón abierto, su rostro blanco maquillado. Coraje podía verlo todo, pero nadie podía verlo a él. Estaba su padre, Diciembre, el Profesor Londres Naranja y hasta Muroni. También sus amigos, Bullie, Katia, Sussie y los gemelos Double-Chuck. Todos en Old Tower School lloraban. Consuelo y los Jinetes del Mar se acercaban a verlo al estrecho ataúd. Incluso Vharis con lentes oscuros estaba presente. Una mujer lloraba desconsoladamente sobre el ataúd. Coraje se acercó para consolarla. Era su madre.

EL ENCANTADOR

DE GALLINAS

Lo despertó un desafinado gallo, cacareando prácticamente en su oreja. Aún no amanecía. Lo espantó con la mano, cogió el morral; todavía estaba en babia. No solo un gallo merodeaba su improvisado campamento debajo de un árbol, sino una docena de gallinas. Con cara de dormido y los pelos despeinados comenzó a caminar de prisa y las aves empezaron a seguirlo.

Las espantó. Hasta les arrojó un manojo de piedras para alejarlas, pero fue en vano. Las aves, lideradas por el gallo, estaban dispuestas a seguirlo por el sinuoso camino hasta Hohenzollern.

La imagen era un tanto ridícula. Coraje iba al frente y un ejército de aves desplumadas marchaba detrás de él como si fuera una gran gallina.

Al mediodía volvió a detenerse para descansar. Coraje decidió tomar una corta siesta antes de seguir adelante. Todavía no había cerrado los ojos cuando sintió un picotazo en la boca. Abrió los ojos; tenía a una gallina intentando meterse en su garganta. Tomando a la gallina de la cola, la revoleó tan lejos como pudo.

—¿Qué rayos? —maldijo escupiendo. Cogió el morral y se echó a caminar a paso rápido, sin embargo las aves lo seguían sin perderlo de vista. Estaban obsesionadas. Coraje amenazó con matar una para el almuerzo.

Se escucharon caballos acercarse, otra vez. Esta vez eran pasos pesados seguidos de un enclanche ruidoso de un carro semidestartalado. Una niña de no más de 10 años de edad viajaba sentada junto al conductor, posiblemente su padre. La niña saludó amistosamente y Coraje devolvió el saludo. La niña miraba asombrada cómo las aves se enfilaban detrás de Coraje como si las tuviera entrenadas. El conductor susurró algo al oído de la niña que le provocó gracia. Luego el carruaje se detuvo.

La niña bajó apresurada —¿Mi padre pregunta si eres un encantador de gallinas?

—Muy gracioso.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la niña. Su padre miraba atento desde el carruaje. Parecían amistosos, pero el hombre miraba con desconfianza.

—Te lo diré si me llevan.

—Bien —dijo la niña—. —Apaaaaa —gritó—. ¿Podemos llevar al encantador de gallinas con nosotros?

El carro comenzó a moverse. Coraje se acomodó entre unas bolsas y se dispuso a disfrutar el resto del camino. Las gallinas los siguieron durante un rato hasta que uno de los dos caballos que arrastraban el carro comenzó a defecar bosta en el camino y las gallinas se detuvieron.

La niña que viajaba adelante pidió permiso para ir atrás con Coraje.

—Bien, vas a decirme —dijo mirándolo fijo.

—Mi nombre es Coraje.

—No tu nombre, tonto. ¿Cómo lo haces? ¿Cómo encantas a las gallinas?

—No lo sé, solo me siguen.

—Las gallinas solo siguen a quien les da de comer. ¿Traes maíz contigo? ¿Lombrices? ¿Migas de pan? —le preguntó revisando sus bolsillos.

—¿A dónde te diriges? —preguntó el conductor.

—Hohenzollern —respondió con seguridad.

—Allí solo viajan los que buscan trabajo o gloria.

—Trabajo, mi padre es uno de los mayordomos del castillo —mintió rascándose la nariz.

El sinuoso camino comenzó a ponerse más tosco y hostil. Una de las ruedas del coche de carga se salió de su eje y la carroza quedó manca.

Los dos viejos caballos se detuvieron, como si ya estuvieran acostumbrados a los desperfectos técnicos y el hombre descendió intentando no insultar en voz alta.

—Siempre hace lo mismo, maldice en voz baja para que yo no lo escuche, luego dirá que la rueda está maldita. Después culpará a los caballos y finalmente buscará un chivo expiatorio, probablemente tú; por último dirá que lo pondrá en venta, mas nunca lo hace.

—Maldita rueda. Creo que está maldita. ¡Y estos torpes caballos, que no pueden esquivar ni un pozo! Maldición, seguramente haya sido el sobrepeso —se quejó el hombre—. Cuando termine esta encomienda, venderé esta tonta carreta.

Coraje bajó del carro y sin preguntar se puso a ayudar al hombre a colocar la rueda de nuevo en su lugar. Les tomó un buen rato hacerla encajar; el rulemán estaba flojo. Lo martillaron con una pesada maza y se pusieron en marcha.

Un par de horas más tarde el carruaje se volvió a detener. Era una nueva bifurcación: un camino seguía hacia el norte y otro, aún más angosto, al este —Hasta aquí llegamos, encantador de gallinas —dijo el hombre—. Nosotros seguimos por el camino norte, Hohenzollern está al este.

—Gracias —contestó bajando de un salto.

—Adiós encantador de gallinas, espero que nos volvamos a ver —gritó la muchacha.

FALSA PISTA

En el extremo sur de la Selva Negra, lejos, pero muy lejos de donde estaba Coraje, Sulhat seguía el rastro de Muroni. Sulhat era un implacable perro de caza; entre sus medallas y hazañas llevaba varias criaturas sobrenaturales en su haber, incluyendo un Drogll.

Al igual que Drakar, era miembro honorable de la Casa de los Guardianes de Hohenzollern y era sin dudas uno de los hombres más rápidos y peligrosos del séquito privado de Sir Jules Le Blanc. Nadie mejor que él para encontrar al muchacho y llevarlo a salvo hasta Hohenzollern.

Vestía una armadura ligera y más de quince cuchillos escondidos en ella. Lo más intimidante en Sulhat era su mirada desafiante y su falta de paciencia. Le costó poco encontrar el rastro de Muroni. Sulhat había tenido que rastrear gigantes en otras oportunidades y conocía sus mañas. Se mueven lentamente, escondiéndose en cualquier terreno volviéndose casi invisibles. Los del tipo de Muroni son expertos en camuflaje y disfraz, pero el ojo de Sulhat estaba entrenado.

Lo descubrió desde arriba. Sulhat estaba trepado a un árbol. Muroni estaba echado en el suelo, casi invisible, si no fuera por una enorme oreja que sobresalía entre los pastizales. Debía ser silencioso. Fue pasando de rama en rama hasta quedar en posición de ataque. Se soltó desde varios metros de altura para caer de lleno sobre Muroni.

Todo fue rápido; en pocos segundos Sulhat había logrado maniatarlo de pies y manos. Le llamó la atención que el gigante no opusiera la más mínima resistencia.

—Te mueves, te mato —lo amenazó Sulhat, pero Muroni ni se inmutó.

—¿Dónde está el muchacho? —preguntó Sulhat, mas la única respuesta que recibió fue un profundo ronquido. Cacheteó al gigante

en la cara, pero no obtuvo más respuesta que un ojo que se abrió y se cerró. ¡Estaba dormido!

—¿Dónde está el muchacho? —volvió a preguntar sin éxito. Luego lo arrastró a lo largo de medio kilómetro hasta un pequeño afluente de agua colina abajo. Sumergió su cabeza hasta que el gigante reaccionó.

—¿Dónde está el muchacho? —lo amenazó Sulhat con un cuchillo en su garganta.

—¿Quién quiere saberlo? —respondió Muroni.

—Sulhat, guardia real de la casa de Hohenzollern, designado por el gobierno Prusiano como el custodio máximo del castillo de Hohenzollern.

—Dos veces Hohenzollern en una oración —se burló el gigante.

—Contesta —lo amenazó Sulhat con uno de sus cuchillos apuntándole en el ojo.

—Graaaa —replicó Muroni largando un manotazo que tumbó a Sulhat al suelo. Muroni intentó correr, pero a los pocos metros cayó al suelo. Sulhat había tomado la precaución de dejar sus dos pies atados con una gruesa soga.

Sulhat cayó sobre Muroni con toda su fuerza. Rodaron colina abajo golpe a golpe.

Muroni todavía estaba atontado. Había estado durmiendo durante días. Sulhat volvió a amarrar al gigante de pies y manos para interrogarlo.

—Voy a preguntarlo una vez más y luego te cortaré la garganta. ¿Dónde está el muchacho?

—Buen muchacho, lástima que…

—¿Qué, qué? —lo abofeteó en la cara.

—Que huyó, se escapó, graaaa —se quejó el gigante. Las sogas le apretaban las manos—. El muchacho me engañó, me puso a dormir; éramos un buen equipo.

—¿Hacia dónde?

—No lo sé, creo que hacia el oeste, pero podría estar en cualquier lado.

—Maldición —se quejó Sulhat.

—Graaa —se quejó Muroni—. ¿Qué hay en el oeste que tanto te preocupa?

DROGLL

Coraje caminaba emocionado a paso seguro hacia el castillo. Cada tanto se detenía para admirar la belleza del paisaje. La montaña le permitía ver toda la planicie oeste de Alemania. Bosques y más bosques, rodeados de caminos sinuosos y pequeños poblados.

Sus músculos empezaban a responderle. Los días de hambruna junto a Muroni habían quedado atrás y también había mejorado la tolerancia al sol. El desafortunado viaje a Hohenzollern estaba llegando a su fin. Ahora que podía pensar en algo más que simplemente sobrevivir, sus dos preocupaciones eran Diciembre y Katia. Una vez en el castillo solicitaría ayuda para salir a buscarlos.

La mañana avanzaba rápidamente. Si sus cálculos no fallaban, estaría golpeando las puertas del castillo a media tarde. El camino dio un giro a la derecha y de pronto, lo vio. Era imponente; Hohenzollern se mostraba soberbio en la cima de la montaña. El sol del atardecer pintaba sus paredes de naranja. Era una construcción enorme, aunque por la distancia aún cabía dentro de la palma de su mano. Su padre probablemente estaba en alguna de esas ventanas mirando el horizonte.

Con uno de los zapatos prácticamente roto y las ampollas empezando a jugarle una mala pasada, Coraje caminó a pesar de las molestias hasta que el dolor en los pies se volvió insoportable. Era momento de frenar, recuperarse y juntar fuerzas para el tramo final.

Cerca de un vado de agua, encontró un pequeño claro donde acampar a unos pocos metros del angosto camino, junto a una cascada. Tuvo la mala suerte de que, apenas se alejó del sendero, un jeep verde militar pasó a toda velocidad sin detenerse. Coraje les gritó, pero no lo escucharon. El vehículo levantó una ola de agua que mojó la mitad de sus ropas. El único destino posible de ese vehículo era Hohenzollern y se había perdido la posibilidad de un aventón final.

Enojado, se refrescó los pies en la cascada y luego toda la cabeza. Llenó su cantimplora con agua helada y arremetió para encarar el tramo final. Al cabo de unos kilómetros llegó a una curva cerrada donde se veían las huellas frescas de un vehículo que se había salido del camino. Se asomó sobre el empinado barranco y le sorprendió ver que el jeep que había cruzado unas horas antes estaba ruedas para arriba, incrustado en la copa de un árbol. Había sangre y el cuerpo de un hombre uniformado asomaba por la ventanilla.

De pronto, Coraje sintió que el suelo comenzaba a vibrar. Algo grande se acercaba. Se puso en modo alerta sin estar seguro hacia dónde disparar. Más abajo los árboles caían de par en par entre la boscosa selva. Algo avanzaba bajo la superficie destruyendo todo a su paso, mientras se tragaba los árboles, las rocas y cuanta cosa se topara. El jeep fue arrastrado hacia abajo y desapareció bajo la tierra.

Coraje ajustó su morral y comenzó a correr por el sendero pendiente abajo sin mirar atrás, mientras el mundo desaparecía a sus espaldas y Hohenzollern se alejaba una vez más. Coraje tuvo que salirse del camino para evitar que la cosa que destruía todo a su paso se lo fagocitara. Tropezó al menos tres veces rodando colina abajo entre ramas y piedras hasta que el monstruoso sonido cesó y se recostó contra un árbol para recuperar el aliento. Sus zapatos eran una miseria.

Tomaba aire abriendo la boca. Se había desviado al menos cinco kilómetros colina abajo. Le costaba pisar. Con pedazos de su camisa improvisó un vendaje para las plantas de sus pies. Dio un paso y sintió un agudo dolor en el tobillo. A ese paso jamás llegaría a Hohenzollern. El solo hecho de pensar en trepar la colina y retomar el camino lo agotaba. Tampoco le quedaba comida.

Coraje ya no aguantaba pasar una sola noche más a la intemperie. Había llegado a su límite. A paso lento, comenzó a retomar colina arriba hasta que encontró un sendero en desuso que tenía pisadas frescas de botas. Las pisadas terminaban en un árbol. Alzó la cabeza. Un hombre estaba trepado en la copa.

—Hey, muchacho, te pagaré bien si me llevas hasta Hohenzollern —dijo el hombre confundiéndolo con un lugareño.

—Capitán Murdon —se presentó bajando ágilmente del árbol. El hombre parecía un atleta—. Sufrimos un accidente. Mi camarada falleció; esa cosa se lo tragó. El sendero a Hohenzollern no es seguro. ¿Conoces algún atajo?

El capitán tenía sangre en el rostro y sus pelos despeinados. Su melena era rubia y los costados rapados. Debería medir al menos un metro noventa; tenía piernas fuertes y brazos bien marcados.

—Hohenzollern —murmuró Coraje y cayó rendido. Ya no podía apoyar los pies. El Capitán Murdon lo ayudó a recostarse. Le curó los pies y los vendó prolijamente.

—No suenas de por aquí.

—¿Qué era esa cosa? —preguntó el muchacho dolorido.

—Drogll: gusano de tierra. ¿Viajas solo?

—Sí, tengo que llegar a Hohenzollern —dijo exhausto.

—Bueno, estás en tu día de suerte —sonrió el soldado; luego lo cargó sobre sus hombros y comenzó a caminar colina arriba.

—¿Desde dónde vienes?

—Nueva York —contestó Coraje.

—Eso está lejos. ¿Y qué viene a hacer un neoyorquino a Hohenzollern? —preguntó el soldado sospechando que no era un niño cualquiera en busca de un trabajo.

—Es complicado —le explicó.

—Con cada palabra, el camino se hace más corto. Cuéntamelo todo —rogó el capitán.

Antes del anochecer llegaron a la entrada oeste del castillo. La guardia hizo sonar dos cuernos, señal de que eran dos los visitantes. Ya nada podía salir peor. Coraje estaba a salvo, el Capitán Murdon lo había rescatado; el infortunado viaje a Hohenzollern había llegado a su fin.

REENCUENTRO

—Llegas tarde —dijo sin darse vuelta.

Parado junto a la entrada de una de las terrazas de Hohenzollern, con el torso semi-desnudo, los pies destruidos, la cara sucia y un morral colgado del hombro, que aferraba a su cuerpo como un tesoro, estaba Coraje, su hijo.

Sir Benjhamin se acercó lentamente. Su mirada era intensa, sus ojos brillantes decían cosas que con sus palabras no lograba expresar. Se respiraba un aire de hostilidad entre los dos.

—El viaje a Hohenzollern puede ser áspero —agregó y le extendió la mano como si fuera un hombre de negocios—. ¿Dónde estabas?

—Tal vez las preguntas debería hacerlas yo —contestó el muchacho sin bajar la mirada.

—Tienes suerte de que el Capitán Murdon te encontrara, dudo que sobrevivieras mucho más allá afuera.

—Hace más de diez años que sobrevivo —replicó.

—Con un mayordomo que te ata los zapatos y una fortuna lo suficientemente grande como para hacer todo mal durante siete vidas; eso no es sobrevivir —dijo su padre.

Mirando a su padre frente a frente, tomó conciencia de que en poco tiempo lo superaría en altura. Coraje cerró uno de sus puños e intentó golpearlo en la cara. Sir Benjhamin lo esquivó y lo abrazó por detrás.

—Estás débil.

—Eres un imbécil —fue todo lo que pudo decir tratando de zafarse.

—Lo siento, Pollito.

—¿Qué padre, en su sano juicio, deja a un niño de seis años con su mayordomo y nunca más regresa?

—Debí haberme quedado en lugar de salir a buscarla. Pensé que si lograba traerla de regreso, podría hacerte feliz.

—¿Por qué nunca me contaste que mamá estaba viva?

—¿Cómo explicarle a un niño de seis años que su madre es una bruja? Ella no tiene la culpa. Tuvimos que simular el entierro, la hubieran matado.

—A ella también la odio.

BANQUETE REAL

Se escucharon pasos de hojalata; Drakar lo levantó en el aire como a una pluma, apretándolo fuerte contra su pecho.

—Vas a matarlo —sonrió Benjhamin aliviado. Su llegada le había quitado tensión al encuentro.

—La última vez que te vi, estabas duro como estatua, jajaja —se rió recordando la encrucijada en el Central Park—. Debo confesarte que creí que íbamos a morir —agregó secándose la transpiración de su frente—. Maldito calor —se quejó.

Coraje se limitó a sonreír. Estaba contento de verlo otra vez.

—Me alegra saber que el joven Coraje llegó a salvo a Hohenzollern —exclamó un tercer hombre que entró caminando en la terraza con aires de realeza—. Bienvenido —dijo estrechando su mano—. Mi nombre es Sir Jules Le Blanc —agregó y le ofreció una suave manta de algodón para tapar su torso.

—Ya me habían dicho que eras bien buenmozo —los interrumpió una mujer que apareció detrás de Le Blanc—. Tienes los ojos de la madre.

—Ella es Mathilda, mi esposa —dijo Le Blanc.

La mujer llamó a una sirviente y ordenó que trajeran comida, bebidas, ropas nuevas y que prepararan una habitación junto a la de Sir Benjhamin.

—Gracias —asintió Coraje satisfecho.

—Además es educado —replicó Mathilda—. Ahora dinos: ¿dónde estabas? Nos tenías preocupados.

En pocos minutos la terraza se llenó de bocadillos de todos los colores y tamaños, acompañados de vino, cerveza, jugos y otros manjares.

—Oh, Dios mío, me retracto. Come peor que Drakar —se horrorizó Mathilda al ver cómo devoraba—. Vamos a tener que trabajar esos modales.

Coraje les relató cada detalle del viaje, desde la aparición de Vharis en Nueva York, los zapatos de Dorothy la descalza, el viaje en el Nautilus, las visiones de la señorita Greenich, el Capitán Anderson, Las Brujas de Portugal, los Jinetes del Mar, el Jörmundgander, las bodas de Consuelo y cómo Diciembre y Katia habían sido manipulados para intentar matarlo. Luego les contó sobre el viaje por la Selva Negra con Vharis, el secuestro de Muroni, los hongos que lo hicieron alucinar y cómo casi era tragado por la tierra al toparse con un Drogll.

—Siento haber perdido el paraguas —dijo mirando a su padre.

—Vharis lo trajo —soltó Drakar quien tenía la boca demasiado grande como para guardar un secreto.

—¿Vharis está aquí? ¿Puedo verlo?

—No por ahora —replicó Le Blanc.

—Debemos solucionar urgentemente el asunto del Drogll —afirmó Mathilda mirando a Drakar.

—No cuenten conmigo —respondió el vikingo.

—No, tú irás a Francia acompañado por Vínina Térmula. Llevarás una buena suma de oro para negociar con el Club de París a fin de que desafecten al mayordomo y a la niña. Luego subirás al primer barco con ellos rumbo a Londres —ordenó Le Blanc.

—¡Me perderé los Juegos de Hohenzollern! —protestó Drakar—. Odio Gran Bretaña, odio viajar con mujeres.

—Los juegos pasados hiciste que descalificaran a tu casa; y no seas machista, estamos en el siglo XX, Vínina Térmula es una acompañante de mi más íntima confianza —se mofó Mathilda.

—Serás de gran ayuda en Gran Bretaña, el misterio del Duke Perro es tu próxima misión —dijo Le Blanc.

—¿Quién es el Duke Perro? —preguntó Coraje.

—Hablemos de otra cosa —sugirió Sir Benjhamin.

—Un viejo amigo —agregó Le Blanc.

—¿Tiene que ver con el diario que el abuelo Hugo escondió? —preguntó.

—Así es, el Duque Perro tomó el diario y se nos adelantó a todos, incluso a las wiccas —dijo Mathilda.

—El Duke Perro desapareció de la faz de la tierra; nadie sabe dónde está.

—Debes partir cuanto antes —insistió Le Blanc, el Gran Consejo pronto ordenará ir detrás de él, preferiría que tú lo encontraras primero y lo hicieras entrar en razón; a pesar de su locura, el Duke Perro sigue siendo uno de los nuestros.

—¿Es necesario Vínina Térmula? —se quejó Drakar.

—Ella se ocupará de negociar con el Club de París —explicó Mathilda.

—Me gustaría partir después de los Juegos —rogó el gigante de hojalata.

—Imposible, confía en mí, Drakar, debes salir cuanto antes —agregó Mathilda y eso bastó para que el vikingo dejara de insistir. Mathilda era una bruja conversa, conservaba sus cualidades de vidente y sus consejos, hasta el momento, habían sido de gran ayuda en Hohenzollern.

—Algunos nacimos para seguir órdenes —se quejó el Vikingo con una leve sonrisa.

—¿Qué son los Juegos de Hohenzollern? —preguntó Coraje con la boca llena y un tanto mareado entre tanta conversación. Tenía un trozo de pan en una mano y un pedazo de carne en la otra.

—Su hijo es un animal, Sir Benjhamin —se quejó Mathilda.

HABITACIÓN REAL

Sir Benjhamin lo acompañó hasta una habitación en el tercer piso del castillo. Las heridas en sus pies lo obligaban a ir lento. Cuando llegaron, su padre llenó una palangana de metal con agua caliente y se los enjuagó. Por orgullo, Coraje evitó quejarse. El agua caliente le generaba un doloroso placer. Luego, su padre colocó un ungüento sobre ambos pies.

—En unos minutos debes quitarte el ungüento. Mañana tus pies volverán a estar nuevos; un buen baño en la tina te vendría bien. Es posible que pasen a verte los médicos de Hohenzollern; también sastres y mayordomos. Estamos en un palacio real.

—Gracias —contestó Coraje en señal de tregua.

—Estaré en la habitación de al lado.

En el momento en que su padre cerró la puerta, Coraje soltó el aire; después de haber pasado más de diez años sin verlo, esas dos horas habían sido cuesta arriba.

La habitación parecía el cuarto de un príncipe, no habían pasado dos minutos cuando un mayordomo y su asistente, una joven muchacha, entraron sin golpear.

—Mi nombre es Ricard —dijo el mayordomo con ojos saltones—. Le presento a la responsable de la limpieza de su habitación, la señorita Ginebra. Cualquier problema con ella, ruego me lo haga saber —agregó arrojándole una mirada criminal.

—Está muy flaco y esos pies... ¡Madre mía! Necesita pedicura —dijo la muchacha.

—Ginebra —la retó el mayordomo. Luego le pidió que se subiera a una antigua balanza.

—57 kilogramos, ni uno más ni uno menos. ¡Qué maravilla! Luego midió la cintura, la espalda y la entrepierna.

—Ginebra, acompañe a Lord Coraje hasta el baño para verificar que la temperatura del agua sea la indicada.

—¿Tibio, frío o caliente? —preguntó la muchacha.

—Gracias, está bien —contestó tocando el agua con la punta de los dedos. La bañera parecía una piscina; todo en Hohenzollern era titánico.

—Ginebra, sea discreta —se escuchó la voz del mayordomo al otro lado de la puerta del baño—. Adiós, Lord Coraje —agregó. El hombre dejó la habitación dejándolo a solas con la muchacha.

Ginebra comenzó a desabrocharle la camisa.

—Yo puedo —la interrumpió Coraje.

—Lo siento —contestó—. Si quiere, puedo voltearme, aunque créame, para mi corta edad he visto más hombres desnudos que mi abuela —presumió —¿Lo ayudo con los pantalones? —agregó.

—No, gracias —contestó.

—Me recuerda al Duke Perro —suspiró antes de cerrar la puerta.

Con una suave bata de algodón, Coraje salió de su largo baño. Había dejado la tina negra de tierra. Desde la ventana que daba al ala norte del castillo, la vista era increíble. El bosque se acostaba en la ladera de la montaña y las aves sobrevolaban el cielo. Desde allí podía ver tres puestos de guardia. El castillo tenía un alto nivel de seguridad con vigías y alertas en todas sus inmediaciones.

Abrió las sábanas, y abrazando una de las almohadas se acomodó en posición fetal. Un sueño pesado lo aplastó; el viaje hasta Hohenzollern había sido agotador.

LOS CUERNOS

DE HOHENZOLLERN

Sir Benjhamin abrió la puerta y se acercó para asegurarse de que su hijo respirara, como lo hacía cuando era un bebé. Concluyó que sería mejor dejarlo descansar. Al salir de la habitación se topó con la Dragonesa de Blanco. —Sir Benjhamin, me gustaría conversar. ¿Me acompaña?

—¿Tengo opción? —respondió ofreciéndole el brazo. Benjhamin estaba en deuda con ella, gracias a las recientes sanaciones de su equipo médico, su salud había mejorado notablemente.

—Mañana llegarán decenas de visitantes para la reunión del Gran Consejo. Aborrezco los Juegos de Hohenzollern, me imagino que en su condición va a abstenerse de participar de la Carrera de las Casas.

—Así es.

—Mis curanderas me afirman que pronto se sentirá joven otra vez, pero tenga cuidado: sentirse joven no es lo mismo que ser joven. ¿Cómo se encuentra el muchacho?

—Está durmiendo.

—Me gustaría tener una entrevista con él.

—¿Podría conocer los motivos?

—No —respondió ella con firmeza.

Sir Benjhamin se distrajo al observar por una ventana al Capitán Murdon que se paseaba fumando un cigarro por uno de los patios del castillo. —Lo siento, Miladi, debo irme. Le prometo que lo pensaré —agregó con una sonrisa inimputable.

—Murdon —lo llamó alcanzándolo—. Lo he estado buscando, no he tenido tiempo de agradecerte por traer a mi hijo a Hohenzollern.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo, además, no tenía idea que era tu hijo. Murdon le ofreció un cigarro y él aceptó gustoso.

—He oído que le han dado duro, pero se lo ve bien.

—Hago lo que puedo —contestó Benjhamin.

—Una herida de esas hubiera aniquilado a cualquiera.

—¿Qué puedo decir? No es mi hora, capitán. Parece ser que tengo temas pendientes.

—Me alegra que así sea —exclamó el capitán con una palmada.

—¿Sin rencores? —dijo Sir Benjhamin estrechando su mano.

—Sin rencores, camarada —respondió Murdon, quien guardaba una histórica rivalidad con Benjhamin—. Pero si llega a toparse con el Duke Perro, dígale que aún lo estoy esperando.

Se escucharon seis cuernos. —Más visitas —se quejó Murdon—. ¿Va a participar de los Juegos?

—No lo creo.

—No me refería a usted, sino al niño.

—Jajajja —se rió—. Claro que no.

Durante los próximos minutos, se escucharon doce cuernos más. Lentamente, el salón principal fue llenándose de invitados, cada Lord que llegaba era precedido por una corte de sirvientes.

EL PLAN DE

SIR JULES LE BLANC

Sirvieron comida y bebidas. Sir Benjhamin estaba inquieto y trató durante toda la noche de acercarse a Sir Jules Le Blanc para conversar con él, pero el máximo representante de Hohenzollern estaba demasiado ocupado dándole la bienvenida a todos.

Durante la velada sintió cómo las personas hablaban a sus espaldas señalándolo. Algunos lo hacían con admiración y otros se burlaban. La desobediente hazaña de Sir Benjhamin había provocado un tremendo revuelo. El hombre había decidido caer de sorpresa en Wilspurg. Solo un demente como él, sin nada que perder, era capaz de presentarse ante centenares de matriarcas y rectoras de todos los clubes de oriente a occidente demandando explicaciones.

De no haber sido por Drakar y su pedido de piedad, ninguno de los dos hubiera salido con vida. Harto del vino, la comida y los formalismos, Sir Benjhamin se retiró a su habitación. Aprovechando su ausencia, Drakar y Sir Jules Le Blanc se reunieron en una pequeña habitación del ala sur del castillo.

—¿Pudiste averiguar algo? —preguntó Le Blanc.

—El paradero del Duke Perro es un misterio —contestó Drakar.

—Se rumorea que ya no está en su fortaleza —explicó Sir Jules.

—¿Dónde se escondería? —se preguntó Drakar—. Estoy seguro que Sir Benjhamin sabe algo.

—El Consejo quiere enviar a Sulhat detrás del Duke Perro —dijo Le Blanc—. Si esos dos se cruzan, uno de los dos no volverá con vida; debes partir esta misma noche.

—Odio Inglaterra —se quejó Drakar.

—No creo que seas el único detrás de los pasos del Duke Perro, hordas de wiccas deben estar rastreando su paradero; cuando lo encuentres, si es que lo haces, quiero que lo hagas recapacitar y que devuelva el documento que robó antes de que desate una guerra, el Diario de Maddam Thenesis debe ser traído a Hohenzollern.

—Pasar por París para negociar el cogote del mayordomo de los Coraje y de la niña, solo va a demorarme.

—Lo sé, por eso quiero que salgas cuanto antes.

—Si el Duke Perro no está en su fortaleza, ¿qué sentido tiene que viaje a Gran Bretaña? —preguntó Drakar—. Podría estar en cualquier lado.

—Alguna pista tuvo que haber dejado, nadie puede desaparecer de la faz de la tierra sin dejar rastro —exclamó Le Blanc y luego bajó la voz.

—¿Podría estar muerto? —sugirió Drakar.

—Es posible.

—¿Qué hacemos con Sir Benjhamin? —preguntó Drakar—. No puedo llegar hasta la fortaleza del Duke Perro sin él.

—¿O el pequeño? —sugirió Le Blanc.

—No creo que su padre lo apruebe —dudó Drakar.

—Benjhamin no está en condiciones de viajar a Gran Bretaña, además tiene prohibido usar el paraguas —dijo Le Blanc.

—¿Y piensas meter a su hijo sin su consentimiento? —preguntó Drakar.

—Mathilda dice que sucederá naturalmente —sonrió Le Blanc.

—Cuando su padre se entere, va a matarte.

—Sir Benjhamin tiene otros planes.

—¿Cómo sabré cuándo el muchacho haya llegado a Gran Bretaña?

—Te lo haremos saber. El niño llegará por el norte, desde Edimburgo; Lord Bogart tiene dos de las llaves para entrar en la fortaleza del Duke Perro.

—¿Y la tercera llave?

—Esa déjamela a mí —sonrió Le Blanc.

Con estas últimas palabras, concluye el segundo acto de esta odisea, en la que nuestro Ulises aún tiene mucho por transitar. El misterio del Duke Perro debe ser descubierto y el joven Coraje será nuestro protagonista principal.

—¿Y el secreto del dragón escondido? —me preguntó mi mujer al pasar, mientras le leía el manuscrito a mis hijos en la cama.

—De eso aún no puedo hablar. A dormir, gusanos. Eso fue todo por hoy.

EL SECRETO DEL DRAGÓN ESCONDIDO

TERCER ACTO

[EL MISTERIO DEL

DUQUE PERRO]

DEVORADO

Algunos dicen que fue devorado por su propia jauría; otros, que se convirtió en perro. Dicen que se trata de un misterio: el misterio del Duque Perro. Con este rumor, comienza el tercer y último acto de esta historia.

LADO B

El muchacho dormía despatarrado, como si hubiera caído desde el cielo. Una pierna para un lado, la otra para el otro costado y los brazos abiertos de par en par con la cabeza hundida boca abajo en la almohada.

Coraje abrió un ojo y le pareció ver a Sir Jules Le Blanc y a su mujer contemplándolo. Se refregó la cara. No había nadie más en la habitación. Había dormido un día y medio. Su estómago dio señales de hambre.

Coraje golpeó la puerta de su padre. Benjhamin se estaba vistiendo. En alguna parte de su cabeza, Coraje tenía guardadas las imágenes tatuadas en el torso de su padre. Lo que no recordaba era la cantidad de heridas en su espalda.

—¿Puedo ver? —preguntó.

Sir Benjhamin se volteó abriendo la camisa y pudo ver la famosa herida en su pecho. Parecía una suerte de quemadura sobre sus pectorales.

—No quiero parecer un pesado, pero creo que deberías pasarte un peine.

—Sí, papá —contestó Coraje columpiando los brazos.

Unos minutos más tarde Coraje bajó al salón. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, zapatos, pantalones ajustados, tiradores y una camisa blanca con cuello angosto. Un elegante saco color azul francia completaba el uniforme. Estaba húmedo y frío; parecía que iba a llover.

Coraje sintió un estrujón en la panza. Un nuevo ataque estaba en camino. Metió la mano en el bolsillo y sacó el gotero disimuladamente. Colocó dos gotitas en su boca para prevenir el dolor.

Las mesas estaban llenas de comensales. Coraje encontró un lugar libre, lejos de su padre, quien sonrió al verlo llegar bien peinado.

Tímidamente se sirvió leche caliente con chocolate y comenzó a diagramar un energético emparedado sin percatarse de las miradas.

—¿Hace cuánto que no alimentan a su hijo? —dijo la Dragonesa de Blanco. Se escuchó una terrible carcajada proveniente de la cocina. —Allí sí que saben pasarla bien —se lamentó la Dragonesa.

—Acompáñeme, Sir Benjhamin —ordenó y se levantó de la mesa obligando a todos los comensales a levantarse para saludarla. Coraje fue el último en ponerse de pie, todavía no estaba familiarizado con ciertos protocolos.

—Por la Dragonesa y su honorable marido el Rey de Europa —soltó una de las damas sentadas en la mesa.

—Por el Duke Perro —dijo otro caballero y comenzaron a discutir todos contra todos.

—Me tienen harta. Llévame donde está la diversión. Vamos a desayunar al lado B del castillo. Benjhamin le hizo una seña a Coraje para que lo siguiera y, tomando del brazo a la Dragonesa se dirigieron hasta la cocina.

—Miladi, no puede entrar allí —le advirtió Serafín, quien custodiaba a la Dragonesa en prácticamente todo momento.

—Estaré bien —contestó haciéndole una señal para que no los siguiera.

—¿No les parece que Lord Benjhamin siempre está donde la Dragonesa? —comentó otra de las mujeres en la mesa.

Entraron a la cocina. Los cocineros corrían de una punta a la otra; asistentes lavaban ollas a todo vapor; los hornos se abrían y cerraban dejando salir aromas jamás olfateados. Meseras y meseros llevaban bandejas haciendo malabares.

De pronto, la cocina se detuvo, como si todos se hubieran quedado petrificados. En años de trabajo en Hohenzollern la realeza jamás había puesto un pie en el ala de servicio.

Atravesaron la cocina a paso ligero sonriendo a los sirvientes que seguían duros como estatuas, pasaron una puerta rotatoria que daba a otro salón donde soldados, escuderos, peones, cocineros, mucamas, personal de limpieza, herreros, obreros, albañiles, carpinteros y todo tipo de proveedores desayunaban. Se respiraba un ambiente jocoso.

—El trabajo es un vínculo poderoso que une a los hombres —afirmó la Dragonesa. Luego se quitó aliviada los zapatos y caminó sin que nadie la reconociera, hasta encontrar un espacio libre donde sentarse.

—Por las barbas del Rey Arturo, La Dragonesa de Blanco —exclamó uno de los hombres en la mesa.

—Solo llámeme Belinda —replicó colocándose una servilleta sobre la cabeza—. ¿Cómo se llama?

—Bobbert de Shiva, primer jefe carpintero en Hohenzollern.

—Cuénteme algún rumor, Bobbert.

—Parece ser que Sulhat puso a dormir a esa cosa que merodeaba el lado Oeste de Hohenzollern. No puedes matar un Drogll, solo ponerlo a dormir y rezar que no despierte —agregó.

Un anciano con ropas haraposas se acercó a la mesa, sentándose frente a la Dragonesa. Llevaba la barba tan larga como sucia. Su pelo estaba revuelto entre canas grises y verdes. El hombre tenía los ojos clavados en un jarrón de leche y, sin levantar la vista, comenzó a tararear una adivinanza.

—Echo fuego por la boca, mato con mi cola… tengo más años que escamas… ojos verdes de serpiente, me gustan las llamas…

—Veo que le gustan las canciones sobre dragones —dijo la Dragonesa de Blanco. El anciano miró a Sir Benjhamin. —De la lluvia me

protege, incluso cuando no llueve.

—Excelente —aplaudió la Dragonesa. Luego el anciano posó la mirada sobre Coraje.

—A este no lo conozco —sonrió.

—Les presento a Gulliver, nuestro trovador —explicó Bobbert—. No le presten atención, está un poco senil —se burló—. Pobre hombre, hubo un tiempo en que Gulliver supo ser alguien importante en Hohenzollern, escribía las adivinanzas y las contraseñas para entrar al castillo. Pero desde la llegada de Sir Jules Le Blanc, todas esas tradiciones dejaron de practicarse.

—Maldito Le Blanc —murmuró Gulliver.

—Tranquilo, anciano —agregó Bobbert dándole una palmada.

—Cuéntenos una adivinanza más —rogó la Dragonesa.

—Al ir parece que vengo y al venir parece que voy.

—Cangrejo —exclamó la Dragonesa encantada—. ¿Y alguna que nadie conozca?

—En un cuadro me escondo, bajo la forma de un dragón, yo no domino con mi fuego —dijo bajando el tono—, yo lo hago con mi voz.

—Ese no lo conozco —contestó la Dragonesa.

—Nunca se puede dejar a un dragón vivo fuera de la ecuación, miladi.

¡Momento! Esa frase no es de Gulliver. Es de uno de los escritores más importantes del género. Esa frase pertenece a… En ese momento tocaron a mi puerta. Era mi editor. Estaba furioso., acabo de leer el capítulo donde introduces Gulliver, te lo advierto, no puedes citar a ese autor, su familia inicia pleitos contra todos los que lo nombran, ni al autor ni a ninguno de sus personajes.

—¿Puedo dejar la frase? —le pregunté bajando los hombros.

—La frase sí, pero debes aclarar que no es de Gulliver o ninguna editorial se va a atrever a publicarnos.

Serafín irrumpió en el comedor, seguido por nueve hombres uniformados. —Miladi, no debería estar aquí.

—Bien, bien —contestó levantándose y quitándose la servilleta de la cabeza. Todo el salón se arrodilló al reconocer a la Dragonesa de Blanco.

—Por la Dragonesa —dijo uno de los hombres poniéndose de pie.

—Por la Dragonesa —repitieron todos.

LOS NECIOS

En este capítulo nos disponemos a comprobar quién es más necio, el joven Coraje o Sir Benjhamin.

—Disculpe —lo interrumpió Gulliver—. No sabía que este era su hijo. Parece tener potencial. Puedo verlo en sus ojos. ¿Podría instruirlo en cuestiones básicas?

—Lo tendremos en cuenta —le agradeció estrechando su mano. Coraje y su padre salieron por una puerta lateral al área de los talleres y espacios de trabajos comunes, pasaron por las habitaciones del personal de servicio y, entre pasadizos, salieron a un hermoso jardín que bordeaba las murallas de Hohenzollern. Se escuchaban las hurras de los soldados aclamando por Sulhat y el cuerno que no dejaba de resonar debido a las decenas de visitas que seguían llegando.

—¿Por qué tanta gente? —preguntó Coraje.

—Mañana se llevará a cabo la reunión del Gran Consejo —le explicó y el muchacho se quedó mirando con la boca semiabierta —Pareces algo preocupado —agregó.

—¿Crees que Katia y Diciembre estén bien?

—Confío en Drakar como en un hermano, apostaría todo a ese caballo.

—Podría ir con él —sugirió Coraje.

—Dejemos que Drakar haga su trabajo. Pensé que querías hablar sobre el paraguas. Me contaron que eres bueno.

—¿Dónde está?

—Después de que Vharis lo trajo, lo guardaron en la sala de las Armas. Sir Jules Le Blanc y Sulhat son los únicos que tienen las

llaves.

—¿Qué piensan hacer con Vharis? Me gustaría verlo.

—Está incomunicado en los calabozos.

—Benjhamin, ¿qué tenemos que ver con todo esto?

A Sir Benjhamin se le iluminaron los ojos. —Es una larga historia. No soy bueno para los cuentos. Nuestra familia ha estado vinculada a Hohenzollern durante siglos, pero no tienes que preocuparte: pronto estaremos liberados de esta carga.

—¿Qué hay de mí? —Coraje quería ser parte de algo más.

Sir Benjhamin achinó sus ojos tratando de encontrar las palabras justas. —Primero, no tienes edad y, segundo, no lo permitiría.

Aunque trató de disimularlo, el rostro de Coraje se puso rojo. Su padre había estado ausente toda su vida, nunca le había prestado atención y ahora que la cosa se ponía interesante pensaba dejarlo afuera.

—Vamos, no me mires con esa cara. Ser parte de esto solo atrae desastres. Mira a tu madre y a Diciembre.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer, volver a mi vida como si nada?

—Exacto, regresas a Manhattan, terminas la escuela, luego la universidad, conoces una linda muchacha y multiplicas tu herencia.

—¿Y Ana? ¿Y el coven de Nueva York? ¿Y la Quimera? La he mirado a los ojos. Esa cosa quiso matarme —dijo acelerado.

—Si la Quimera te hubiera querido matar, lo habría hecho en un abrir y cerrar de ojos. Ella sigue órdenes directas de Maddam Thenesis. Algo me dice que no tiene nada contra ti.

—¿El paraguas? Me he estado transportando de un lugar a otro como por arte de magia. ¿Y Hugo? ¿Qué pensaría de todo esto? —lo increpó.

—Hugo hubiera estado de acuerdo. Lo conversamos docenas de veces. Él tampoco quería que tú tuvieras que ver con todo esto.

—Hugo siempre decía que llegaría un día en el que tendría que tomar una decisión importante.

—Estamos con un pie afuera. Ya no me dejan tocar el paraguas. Nombrarán a otro portador. De pronto, Sir Benjhamin sintió una puntada en el pecho; se llevó los brazos al corazón hasta que el dolor cesó.

—¿Estás bien?

—Estaré mejor cuando dejes de comportarte como un necio —le contestó.

—¿Recuerdas ayer, cuando te dije que eras un imbécil? Lo siento, no quise decir eso; la palabra exacta es “viejo imbécil” —agregó Coraje y se alejó, dejando a su padre hablando solo en medio del jardín.

MADURANDO

Coraje entró corriendo al castillo, subió las escaleras hasta su habitación y se tiró en la cama como cuando se enfadaba con Diciembre. Sintió una nueva punzada en el estómago; una vez más recurrió a las gotas; le preocupaba que cada vez quedaban menos.

La puerta de la habitación se abrió y rápidamente escondió el gotero.

—Con usted la Dragonesa de Blanco —dijo Serafín. El muchacho se puso de pie y luego bajó la cabeza con reverencia.

—Déjenos a solas —ordenó la mujer y luego tomó asiento en el sofá cruzando sus piernas y colocando los codos lentamente sobre los apoyabrazos. Movió sus labios de un lado a otro dudando.

—Debes estar emocionado de volver a ver a tu padre. Sir Benjhamin es una leyenda, uno de los más valientes que he tenido el placer de conocer. Tu abuelo era un gran hombre también.

—Odio a mi padre —soltó sin esconder sus intenciones.

—Yo también odié al mío. No dejes que el odio se devore tu corazón. Es difícil entender a los padres; luego mueren y te aseguro que el enojo es con uno mismo. El mío me envió lejos. Me crió con una institutriz. Me educaron para ser una reina. Me obligaron a casarme con el Barón de Noruega, futuro Rey de Europa, un soberbio diablo casi cuarenta años más viejo que yo.

—¿Hay un Rey de Europa?

—Sí, lo hay, aunque no es de público conocimiento.

—¿O sea que usted es la Reina de Europa?

—Así dicen.

—Los Reyes pueden hacer lo que quieren —dijo el muchacho.

—Al contrario, nos pasamos haciendo cosas que no deseamos.

—¿Mi padre la envió a hablar conmigo? ¿Ustedes son amigos?

—Tu padre me cae bien. ¿Qué harías tú si fueras él? —preguntó la Dragonesa.

—Si yo fuera mi padre, le contaría todos los secretos a mi hijo, lo prepararía para el combate.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que no lo esté haciendo?

—Porque entonces no me habría ocultado la verdad durante dieciséis años. A esta altura dominaría armas, sería…

—Serías un niño enojado que cuestionaría por qué su padre lo obligó a convertirse en un cazador de brujas, serías un rebelde sin causa. Odiarías a tu padre por no haberte dado opciones. Ser cazador es una pésima opción: todos acaban muriendo. Tu abuelo, en cambio, era un liberador, doblemente inteligente.

—¿Usted qué haría? —preguntó Coraje poniéndola a prueba.

—No lo sé, pero si mi difunto padre estuviera vivo, no estaría encerrada en una habitación rezongando porque no me dejan hacer lo que quiero. La reina aplaudió dos veces y Serafín entró en la habitación seguido de dos soldados, que levantaron a la Reina en brazos y la colocaron sobre una silla.

—Serás lo que debas ser —sonrió la Dragonesa mientras era escoltada fuera de la habitación. Coraje se ató bien los zapatos y salió a toda velocidad escaleras abajo.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —preguntó Coraje antes de que saliera—. ¿Por qué todos hablan del Duke Perro?

—Porque el desgraciado tiene el diario de Maddam Thenesis.

—¿Y por qué no se lo entrega? —preguntó.

—Es un misterio —contestó saliendo de la habitación.

LOS CONSAGRADOS

En las escaleras Coraje se topó con Sir Jules Le Blanc. El hombre parecía agotado, pero tenía una sonrisa que transmitía seguridad. —Despacio, más de uno ha tropezado fatalmente en estas escaleras.

—Lo siento, señor.

—¿Dónde vas con tanta prisa?

—Busco a mi padre.

—No tengo idea de dónde puede estar.

—¿Y Vharis? ¿Cuándo van a soltarlo?

—¿Se puede saber por qué tanto interés en el sangre fría?

—Somos amigos —respondió y Sir Jules echó una carcajada. La espontaneidad de los adolescentes no dejaba de sorprenderlo.

—Hey, muchacho —volvió a llamar Le Blanc.

—Sí —respondió impaciente.

—Ten —dijo arrojándole una llave—. Tu padre sabrá de qué se trata. ¿Por qué no pruebas buscarlo en el campo de entrenamiento? Algo me dice que puede estar allí.

—Gracias, señor —contestó guardando la llave en su chaleco y siguió escaleras abajo. De lo que no tenía idea era de dónde quedaba el campo de entrenamiento, salió al patio interno del castillo, pero allí no había señales de ningún entrenamiento. Consultó con uno de los centinelas del castillo, pero no consiguió una sola respuesta entendible.

Gulliver, el anciano de las adivinanzas en la mesa del desayuno, cortaba flores en un cantero, cuando Coraje lo interrumpió.

—El campo de entrenamiento está al otro lado de la muralla. Si quieres, puedo guiarte.

—Excelente.

—Pero me deberás un favor.

—Lo que sea —respondió el muchacho.

—Reconozco el talento, aunque a veces puedo equivocarme. Si quieres incursionar en el mundo de las adivinanzas podría darte algunos consejos.

—Prefiero las espadas —contestó Coraje.

—Las espadas son como las adivinanzas: si las dominas, puedes engañar a tu enemigo. ¿Nunca has entrenado, verdad?

—No puedo esperar —contestó apretando los labios.

Tomaron un angosto sendero pendiente abajo, tras unos minutos de caminata, desembocaron en un claro. Había un cuadrilátero con piso de piedra en el centro y dos hombres sentados enfrentados, uno vestía una túnica negra y el otro amarilla.

Afuera del cuadrilátero, otra docena de hombres también se sentaban con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. Parecían un montón de monjes meditando, vestían túnicas de diferentes colores.

—¿Qué hacen?

—Combaten —respondió el anciano y rió.

—No parecen muy agresivos.

Sir Benjhamin pisó el cuadrilátero de piedra y se sentó en el suelo, formando un triángulo con los otros dos hombres, luego le vendaron los ojos. Pasaron unos minutos sin que nada sucediera. Coraje comenzaba a aburrirse. Había pensado que el campo de

entrenamiento era un lugar donde la gente se golpeaba, pero esto era más lento que un partido de los Mets.

De pronto, se escuchó un grito. Uno de los hombres en el cuadrilátero se levantó. Debajo de su túnica reveló un brillante sable. El hombre comenzó a tomar carrera dispuesto a atacar a Sir Benjhamin.

Apenas unos segundos antes de cortarlo en dos mitades, Sir Benjhamin giró velozmente sobre su cuerpo, rodó hacia un costado y el sable golpeó el suelo, provocando un chillido.

Sir Benjhamin volvió a sentarse en el suelo, mientras que el otro hombre descubría dos catanas. El atacante se acercó a gran velocidad dispuesto a cortar su cabeza, mas él simplemente se recostó sobre el suelo y luego giró, quedando el hombre de espaldas a él. Luego Sir Benjhamin se puso de pie.

Los dos hombres arremetieron en forma simultánea contra él, pero cuando estaban por golpearlo este apareció en la otra punta del cuadrilátero, como si hubiera desaparecido y aparecido de nuevo.

Los dos hombres volvieron a atacar, pero ahora en forma sincronizada, uno atrás del otro y entonces Coraje pudo ver mejor los movimientos de su padre. No había desaparecido; simplemente se movía a gran velocidad, esquivando los filosos golpes de sables y catanas, con una tranquilidad poco convencional.

Dos hombres más subieron al cuadrilátero y entre los cuatro atacaron nuevamente a Sir Benjhamin. Uno a uno, su padre fue esquivando los golpes. Se movía a tal velocidad que parecía como si no se moviera.

Sonó una campana. Sir Benjhamin saludó a sus contrincantes y bajó del cuadrilátero, mientras otro hombre también con túnica púrpura como la de él subía para ocupar su lugar.

Sir Benjhamin volvió a sentarse, cruzando las piernas y los brazos y cerrando los ojos. No se había percatado de que su propio hijo estaba observando.

—Tú y tú —dijo una voz detrás de Coraje y Gulliver—, largo de aquí.

LECCIONES DE

HOHENZOLLERN

—¿Cómo lo hacen? —le preguntó mientras caminaban colina arriba de regreso al castillo.

—Matemáticas.

—En serio, ¿cómo lo hacen? Quiero aprender a moverme así.

—La pelea es un medio, muchacho.

—¿Puede enseñarme?

—Mis tareas en Hohenzollern a casi nadie importan, dudo que alguien vaya a preocuparse si este viejo no se presenta a trabajar por unas horas, podría enseñarte algunos trucos, después de todo fui yo quien le enseñó todo al Duke Perro.

—¿Quién es el Duke Perro? —preguntó por enésima vez.

—Un traidor, un salvador, quién sabe. Es un misterio por ahora.

—¿Usted podría enseñarme? —preguntó dispuesto a comenzar.

—Claro, vamos a mi despacho, allí podrás empezar por la primera tarea de todo gran luchador.

—¿Qué puedo aprender en un despacho?

—Adivinanzas, matemáticas, postura, concentración, respiración, silencio, lectura, pensamiento, si dominas todas ellas, tal vez alguien se interese en entrenarte. He visto centenares de muchachos enérgicos como tú salir en un ataúd de Hohenzollern por impacientes. Los mejores luchadores han aprendido lecciones de este viejo decrépito, hasta el mismísimo Duke Perro —se jactó el anciano.

—Ni me lo diga, debe ser un misterio.

Pasaron al despacho de Gulliver. Básicamente, el lugar consistía en un pequeño establo junto a los caballos, donde el anciano había improvisado una modesta oficina. El lugar, que olía a heno y bosta, era un caos. Estaba repleto de libros, papeles y cuadernos a medio escribir desperdigados por la habitación. Había símbolos escritos en las paredes que Coraje había observado en algunos libros de la biblioteca de su padre.

—Para aprender a pelear, primero hay que aprender a ordenar. Avísame cuando hayas terminado. El hombre cerró la puerta y la trabó desde afuera.

—Hey, ¿no pensará dejarme aquí?

—¿Qué es grande, peludo, parece un oso, pero no lo es?

—No lo sé.

—Una osa.

—¡Viejo estúpido! —protestó Coraje.

—La respuesta más estúpida a veces es la más difícil.

—¿Va a dejarme salir o qué?

—Cuando hayas terminado de ordenar mis cosas, será un placer.

—Maldito.

—La vejez me ha bendecido, para no escuchar, lo que no deseo oír.

—¡Que es un maldito viejo!

—Oh sí, maravilloso día —se burló al otro lado.

—Déjeme salir —ordenó.

—Volveré en un par de horas —dijo asegurando con otra vuelta de llave la puerta.

Coraje se sentó indignado. Podría gritar hasta que alguien viniera a ayudarlo, pero le daba vergüenza. Después de todo el hombre era un viejo indefenso y él había aceptado hacerle un favor a cambio de que lo llevara al campo de entrenamiento.

Coraje se puso a imitar los pasos de pelea de su padre hasta que se aburrió y tras permanecer un largo tiempo sentado, decidió ponerse a ordenar. Al cabo de algunas horas había dejado el lugar en buenas condiciones. Ordenar era aburrido, pero la tarea terminada era satisfactoria.

Comenzó a revisar los rótulos de los libros, *¿Cómo poner a dormir a un Drogll? Siete formas de asesinar una bruja, Mal de ojos, Tratados de Covens y de Brujas, La Leyenda de los 3 magos, El mapa de los Inmortales, Embrujo de amor, De sicarias y asesinas*, entre cientos de títulos. Uno de los estantes tenía diecinueve grandes volúmenes llamados *Tratado sobre las Adivinanzas*. Abrió uno al azar.

LA CAVERNA DEL DRUIDA

Un Druida Curandero vivía en una caverna. Era un hombre sabio y con poderes de curación jamás vistos. Los caballeros malheridos viajaban a través de miles de caminos para llegar a su encuentro. El Druida les hacía una pregunta desde adentro de la caverna antes de dejarlos pasar. Los caballeros debían adivinar la respuesta para acceder a los poderes curativos del excéntrico druida. Los que contestaban mal a su pregunta, en cambio, morían.

La caverna del Druida era un lugar tenebroso. Cuerpos putrefactos y esqueletos se apilaban en la entrada. La leyenda contaba que solo los caballeros con noble corazón eran aceptados.

Cuenta la historia que un hombre que padecía una terrible enfermedad en la piel había viajado millares de kilómetros hasta la caverna del Druida. El hombre que no tenía título de caballero ni

noble corazón, se había escondido debajo de los cuerpos putrefactos que yacían en la entrada, esperando la llegada de algún guerrero. Su objetivo era escuchar las respuestas a las adivinanzas del Curandero para así poder él entrar y ser sanado.

Luego de unos días, llegó un hombre moribundo a caballo. Tenía una de sus piernas prácticamente destruida como producto de innumerables batallas.

—¿Eres diez? —se escuchó la voz del Druida retumbando en la oscura caverna.

—Soy cuatro —contestó el caballero parado en la entrada. Entonces el Druida lo dejó entrar y lo curó. A la mañana siguiente el caballero salió de la caverna con sus piernas sanas.

Ese mismo mediodía llegó un segundo caballero. Tenía los ojos vendados ya que había perdido la vista después de que su castillo, sitiado, fuera incendiado.

—¿Eres once? —preguntó el druida esta vez.

—Soy cuatro —respondió el caballero y entonces el Druida lo dejó entrar y lo sanó. A las pocas horas el caballero salió caminando de la caverna con sus dos ojos azules en perfecto estado.

El hombre que yacía escondido entre los cuerpos putrefactos estaba emocionado. La respuesta a las adivinanzas del Druida Curandero era sencilla: solamente debía decir "cuatro" y lo dejarían pasar. Estaba listo para probar su suerte cuando llegó un tercer caballero. El hombre tenía una flecha incrustada en su pecho y su rostro estaba más cerca del color de los muertos. Apenas le quedaban unos minutos de vida.

—¿Acaso eres trece? —preguntó el Druida curandero desde el interior de la caverna. Su voz retumbaba en las paredes provocando un escalofriante eco.

—Entonces soy cinco —contestó el caballero y el Druida lo dejó pasar. Al cabo de medio día, el hombre salió caminando. Su pecho

estaba intacto; lucía más joven y fuerte que nunca.

Entonces el hombre que yacía escondido entre los cuerpos putrefactos quedó confundido. Hubiera jurado que la respuesta era cuatro, pero no. Ahora la respuesta había cambiado. Hacía ya tres días que se escondía entre los cuerpos y su impaciencia lo dominaba. Creyó tenerlo resuelto y deslizándose entre los cadáveres se paró en la entrada de la caverna cubierto con sus telas haraposas que le protegían la piel de las llagas.

—¿Quién anda ahí? ¿Tú no eres un caballero? —dijo la voz del Druida enfadada.

—Soy un comerciante al que se le pegó la Lepra, vengo a curarme.

—En el reino de los dioses, todos los hombres son caballeros —replicó el Druida.

—Deseo curarme —insistió el hombre.

—Lo sé, has estado escondido en la entrada de mi caverna, me lo han dicho el primer caballero, el segundo y el tercero. Has demostrado tener la astucia del caballero y soportado el hedor de los muertos. Te daré una oportunidad.

—¿Eres Nueve? —preguntó el Druida.

—Soy cinco —contestó el hombre dudando.

—¿Estáis completamente seguro?

—Sí, cinco. Soy cinco —gritó el comerciante.

Entonces el Druida lo dejó pasar y lo sanó. A la mañana siguiente el hombre salió de la caverna con su piel resplandeciente, como cuando era un adolescente. Había soportado el hedor de los muertos y había sido lo suficientemente inteligente como para burlar al Druida Curandero.

Cuando estaba a la salida de la caverna, se despidió del Druida con una enorme sonrisa.

—Como todo caballero, debes enseñarme cómo resolviste el acertijo —dijo el Druida antes de despedirlo.

—De acuerdo —replicó el hombre—. Los primeros dos pasaron con el número cuatro. Luego el tercero dijo cinco. Entonces descubrí que el cuarto hombre solo debía repetir lo mismo que el tercero.

Se escuchó el ruido de un arco y una flecha letal atravesó el corazón del hombre que cayó tendido al suelo. El druida jamás salía de su caverna, pero esta ocasión lo merecía. Se acercó al hombre que yacía casi moribundo con un enorme martillo.

—Te daré una última oportunidad —dijo el Druida—. ¿Soy catorce?

El hombre sentía que se moría. Le faltaba el aire y no podía comprender por qué motivo el Druida había sido tan malvado con él: curarlo de la lepra para luego clavarle una flecha en el corazón. Mientras pensaba, el Druida movía las manos en forma nerviosa sobre el enorme martillo. El hombre pensaba rápido: los primeros dos caballeros respondieron cuatro, luego el tercero y él habían dicho cinco. La respuesta debía ser seis.

—Seis —respondió el hombre y entonces el Druida con su enorme martillo le partió la cabeza.

Fin.

Se escuchó el sonido de la cerradura. El anciano entró en la habitación y sonrió al ver que su establo estaba en orden.

—No me gusta que me encierren —se quejó el muchacho.

—¿Por qué no pediste salir? He estado afuera todo este tiempo; de hecho, estaba empezando a preocuparme. Veo que has hecho tremenda limpieza. Te felicito. Si quieres, puedes irte.

—¿Por qué el druida de la caverna asesinó al leproso?

—La clave está en la cantidad de letras. Debes responder cuántas letras tiene el número. Es un cuento tonto. No existe tal caverna —dijo una voz ronca desde la puerta del despacho de Gulliver—. Te he estado buscando por horas.

—Papá —respondió con una sonrisa.

El cuerno de Hohenzollern comenzó a sonar en forma intermitente aclamando la llegada de cientos de visitantes para la reunión del Gran Consejo.

—¿Tienes hambre?

—Me comería un caballo.

Sir Benjhamin no pudo evitar reírse. —Me contaron que estuviste espiando el entrenamiento.

—Tenés que enseñarme a moverme así.

—Antes de aprender a pelear, debes aprender a dialogar.

—Tú no hablas demasiado —dijo levantando los hombros.

—¿Eso me convierte en un viejo imbécil? —se mofó su padre.

—Lo siento —dijo Coraje de corazón.

—Eres solo un niño y yo un pésimo padre —dijo y luego lo abrazó.

—¿Te estás muriendo? —le preguntó Coraje.

—¿Quién dijo esa pavada?

—La Dragonesa de Blanco lo sugirió. Podemos llevarte a la cueva del Druida para que te curen —dijo el muchacho.

—Es solo una adivinanza, aunque el mapa de los inmortales no estaría mal.

—Me olvidaba —agregó Coraje metiendo la mano en su chaleco —Sir Jules me pidió que te diera esta llave.

LA SALA

DE ARMAS

Coraje y su padre se sentaron sobre unos fardos en el patio de servicio, próximo a las caballerizas; comieron *gulasch* de carne y arroz que había sobrado del almuerzo. El cocinero miraba feliz cómo el muchacho devoraba. Tres platos sin respirar y doble pastel de manzana.

Con el estómago lleno, caminaron rodeando las caballerizas y salieron a un jardín externo con vista a la montaña. El clima estaba mejorando. Se recostaron al sol y dormitaron un rato mientras el cuerno de Hohenzollern seguía sonando.

Volvieron a entrar al castillo y descendieron dos subsuelos. La sala de armas parecía un museo de historia antigua. Se trataba de un salón subterráneo con varias recámaras, repleto de espadas, escudos, lanzas, armaduras, cañones, ballestas y fusiles. Benjhamin se detuvo frente a una colección de cuchillos. Faltaba uno. Se arremangó la bota y sacó uno muy parecido que colocó junto a los demás.

—Lo había tomado prestado hace un tiempo —le explicó.

Pasaron a una recámara rectangular que estaba prácticamente vacía salvo por una espada de más de dos metros de altura clavada en el centro. La espada tenía el emblema del león inglés.

—La espada del león, demasiado ambiciosa para mi gusto, prefiero los cuchillos; son rápidos, livianos y siempre puedes esconderte uno bajo la manga.

Pasaron a la sala principal. Se trataba de una recámara circular donde había una gigantesca mesa de madera redonda en muy mal estado y diecisiete armaduras perfectamente lustradas dispuestas a su alrededor.

—¿Es lo que creo que es? —preguntó Coraje sorprendido.

—Es solo una mesa, el resto es literatura.

Avanzaron por un pasillo hasta otra recámara donde había cañones y catapultas de guerra. Coraje estaba fascinado. Tantas armas juntas parecían una clase de historia medieval del Profesor Londres Naranja.

Sir Benjhamin se concentró en un cuadrito diminuto. Tenía la imagen de un perro gran danés, con una llave colgando de su collar. Lo tomó y lo metió en el morral de su hijo. —Sin preguntas —sentenció.

Hablaremos más adelante de este curioso cuadrito, por ahora digamos que Sir Benjhamin prefería llevarse ese souvenir con él a Manhattan.

Luego de recorrer el resto del lugar, pasaron a un cuartucho desordenado, donde había armas rotas y pedazos de cosas sueltas.

—El paraguas —exclamó Coraje.

—Ubicuos —dijo una voz detrás de ellos.

—Sulhat —soltó Benjhamin, con cara de pelea.

—Sería un placer tener un nuevo participante en la carrera de las Casas este año —dijo mirando a Coraje a los ojos. El físico de Sulhat era impresionante, tenía músculos definidos hasta en los dedos de la mano.

—No habrá Juegos para nosotros, nos marchamos mañana.

—¿Qué? —dijo Coraje indignado.

—Lo que escuchaste, mañana volvemos a Manhattan —sentenció su padre.

—Tal vez tengan que demorar la partida. Sir Jules me mandó a llamarlos. Él dijo que los encontraría aquí.

—¿Qué sucede? —preguntó Benjhamin con mala espina.

—Encontraron una *wicca* en Hohenzollern, estaba haciéndose pasar por sirvienta, la tienen en uno de los calabozos.

—¿Y?

—Van a matarla —afirmó Sulhat—. Será mejor que vengan conmigo, la bruja que atraparon…

—Ya dilo de una vez, Sulhat —ordenó Sir Benjhamin.

—La mujer afirma ser la madre del muchacho.

CORAZÓN

DE HIERRO

Sulhat los guio hasta los calabozos, Benjhamin parecía turbado. Cuando pasaron por la entrada de la celda de Vharis, el vampiro se percató de su presencia. —Niño Coraje —se escuchó una voz infernal.

—Es Vharis —exclamó.

—Ahora no —respondió Benjhamin cortante.

Bajaron por escalones iluminados con antorchas en forma de dragones dispuestas en las paredes, hasta desembocar en una sala donde había objetos de tortura. Olía a ropa sucia y se veían restos de sangre en el suelo.

Atravesaron esa habitación y pasaron a un nuevo recinto donde había una mujer sentada. Tenía las manos y los pies encadenados.

—No es ella —dijo Benjhamin con un simple vistazo.

—Pase lo que pase, venga lo que venga, nuestro amor es nuestro, corazón de hierro —dijo la bruja mirando a Sir Benjhamin a los ojos. Sonnez les matines, Sonnez les matines, Ding dang dong —canturreó con una mirada embriagante mirando al muchacho.

—¿Quién eres? —preguntó Benjhamin.

—Ana Wilson.

Coraje se acercó. No se parecía en nada a su madre, sin embargo había algo en su mirada que lo atraía.

—Agua —rogó con voz dulce.

—No la mires a los ojos —advirtió Benjhamin, pero ya era tarde, el muchacho había caído en su trampa.

—¿Mamá?

Benjhamin sacó un cuchillo.

—No permitas que me lastimen —rogó la wicca y Coraje se abalanzó para protegerla.

—Eso es, buen chico —dijo la mujer.

Sulhat se puso de pie y redujo a Coraje con un simple movimiento. Otro hombre se acercó y con un fierro hirviendo le marcó la frente a la bruja. La mujer gritó provocando un chillido desgarrador seguido de olor a quemado.

—¿Quién eres? —demandó Benjhamin.

—La que tú quieras, corazón de hierro —contestó relamiéndose.

—¿De dónde sacaste eso?

Hace 20 años, cuando Ana y él habían contraído matrimonio en forma secreta, Corazón de Hierro había sido el título de sus votos nupciales: *«Pase lo que pase, venga lo que venga, nuestro amor es nuestro, corazón de hierro»*

Sulhat la amenazó con fiereza. —Revélate o muere —dijo con un cuchillo en la garganta.

—Mi nombre es Eunice Huntor, alias Carter misiva Nro. 33 del Club de las Cien de Nueva York.

—¿Cuántos años tienes?

—193 —reveló dejando ver su rostro repleto de arrugas.

—¿Quién te envió a Hohenzollern?

—Fue él —dijo señalando a Coraje.

El muchacho negó con la cabeza. —Nunca la había visto antes —aseguró.

—Mocoso mentiroso, me pediste que guardara esto como prueba —la mujer abrió su boca y escupió un anillo plateado con las iniciales W.R.

—Es el silbato de Bullie Rocks —exclamó Coraje.

—Estuviste en su funeral hace menos de un mes —dijo la bruja.

—Imposible —afirmó Coraje.

—Está jugando con tu cabeza —explicó Sulhat.

—El muchacho prometió inmunidad si cumplía con mi parte.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Sir Benjhamin.

—Convertirme.

La puerta de la sala de interrogatorios se abrió. Mathilda entró seguida de cinco soldados.

—Lo último que faltaba, la protectora de animales —se quejó Benjhamin.

—Todos fuera —ordenó Mathilda—, excepto tú y tu hijo.

Sulhat y los demás soldados abandonaron la sala de interrogatorios.

—Conversión —dijo la bruja que continuaba maniatada.

—Silencio, idiota —le ordenó Mathilda—. No existe tal cosa. No sé qué te prometieron, pero aquí no puedes quedarte.

—No van a soltarme, ¿cierto? Van a matarme allá afuera.

—Es el precio de la traición, querida.

—El niño prometió que me ayudarían. Ana tendría piedad. Era una buena chica —dijo la bruja y Mathilda miró a Benjhamin confundida.

—Si vuelve a nombrar a Ana voy a matarla.

—¿Cuál es su relación con Ana Wilson? —preguntó Mathilda.

—Fue mi aprendiz —dijo la bruja—. La muchacha vino a verme desesperada. Le advertí que era un grave error enamorarse de un miembro de la orden de Hohenzollern, pero no quiso escucharme.

—Y la delataste —gruñó Benjhamin.

—No, juró que no, pero cuando tuvieron al niño, eso fue demasiado para el Coven de Nueva York.

Benjhamin se acercó con su cuchillo, Mathilda no se interpuso.

—Maldición —murmuró y solo le arrancó un mechón.

—¿Es cierto lo que dice? —preguntó Mathilda disgustada.

—Juro que jamás la había visto. Hace más de dos meses que partimos de Nueva York. Debe ser un error, aunque el silbato… —confesó confundido—. Ese silbato estaba en mi morral.

—Enciérrenla en una celda con agua y comida —ordenó Mathilda.

EL CALABOZO

Sulhat y un séquito de soldados los escoltaron a través de los laberintos de Hohenzollern. Benjhamin parecía agotado.

—Mañana partimos a Londres —dijo apoyando su brazo sobre la espalda de su hijo.

Coraje estaba desilusionado. Había recorrido un largo camino hasta Hohenzollern, solo para volver al día siguiente.

—¿Qué pasará con ella?

—Mathilda la tomará como su protegida.

—Por un momento pensé que era mamá.

—Trata de evitar sus ojos.

—¿Puedo despedirme de Vharis? —preguntó.

Se detuvieron frente a la celda del vampiro. Era una pesada puerta de hierro sin agujeros. Tenía un bruto candado trabando la cerradura. Benjhamin ordenó al centinela que abriera la puerta, pero el acceso les fue negado. Sulhat susurró algo al oído del centinela y los dejaron entrar.

Vharis aún lucía hinchado después del festín que se había dado con uno de los soldados de Hohenzollern. Su rostro resplandecía. Tenía una suave papada y sus brazos no entraban en la camisa. Su cabello brillaba y sus ojos aún denotaban un halo de sangre producto de la comilona.

—Niño tonto, ¿dónde te habías metido?

—¿Por qué te encerraron?

—Por perderte —respondió el vampiro.

—Se comió a uno de nuestros soldados —retrucó su padre.

—¿Qué harán con él? —preguntó Coraje.

—El asesinato cometido por Vharis fue acorde a los términos del tratado de Hohenzollern con los sangre-frías, quienes tienen derecho a alimentarse cada 100 días. Había llegado al castillo con el último aliento. Vharis nos había advertido que estaba famélico. Deberíamos haberlo dejado ir, pero el hecho de que te hubiera extraviado nos obligó a retenerlo —explicó Sulhat con aires de reproche.

—¿Cuándo piensan liberarme? —preguntó Vharis.

—Hay una parva de soldados haciendo fila por verte libre —le advirtió Sulhat.

El sangre fría miró a Coraje y sus fosas nasales se abrieron ampliamente, el aroma del muchacho aún corría por sus papilas gustativas cuando lo liberó del veneno de araña en la Selva Negra.

—Ahora que el niño apareció, ¿cuándo me retiro de este asqueroso castillo y por dónde paso a retirar mi paga?

—Dinero es lo único que esta rata busca —afirmó Sulhat—. Pero no depende de nosotros. El Consejo tratará su caso.

—Cumplí con mi palabra: traje el paraguas y al muchacho —gritó el vampiro indignado.

—El muchacho llegó solo —lo refutó Benjhamin.

—Claro, desde Manhattan a Hohenzollern; apenas le perdí la vista unos kilometritos antes de llegar.

Coraje no pudo evitar sonreír. A pesar de ser un patán, Vharis le caía bien.

—No es gracioso —dijo su padre—. Un soldado murió.

—No pueden dejarme aquí de por vida. En 100 días volveré a matar y lo saben. No hay puerta que pueda detenerme. Sáquenme de aquí. Teníamos un trato —reclamó con una voz infernal.

EL SECRETO MEJOR

GUARDADO

Esta historia está llena de secretos. Algunos los guardo para mí; otros los comparto a discreción. Me pregunto si a esta altura los lectores me quieren como quieren a Coraje o me detestan.

—Sé que estás despierto —afirmó Mathilda.

—¿Ahora qué? —se mofó Le Blanc.

—¿Hasta cuándo? —le recriminó su mujer.

—La respuesta es nunca.

—¿Acaso el hombre no tiene derecho a saber la verdad antes de partir? Es posible que nunca más lo volvamos a ver.

—Ya bastante tiene con su esposa.

—Ex esposa.

—A veces es mejor solo decir lo necesario.

—Si tú fueras él, ¿no preferirías saberlo? —preguntó Mathilda.

—Claro que no —gruñó Le Blanc cerrando los ojos mientras recordaba los hechos sucedidos 50 años atrás, cuando acudió a las puertas de la casa de su buen amigo Hugo Coraje con un niño en brazos.

Recordaba ese día con viveza. Hugo había abierto la puerta de su casa de campo en Vermont con su escopeta de doble caño y sus borcegos de guerra; se sorprendió al ver a Le Blanc con un niño envuelto en sus brazos. Hugo supo de inmediato que el niño necesitaba asilo. Lo llamó Benjhamin y lo crio como a un hijo más.

LA PARTIDA DE

HOHENZOLLERN

Coraje se terminó de vestir y se sentó a mirar por la ventana, pensando en nada. Todavía era temprano para salir de la habitación. Poco a poco comenzaron a escucharse movimientos en el Castillo y le pareció oportuno golpear la puerta de la habitación de su padre. Llamó dos veces antes de abrir. Benjhamin aún dormía.

—Pssst... papá.

Benjhamin abrió los ojos grandes y se incorporó. Tenía la mirada extraviada. Pestañeó unas diez veces, luego levantó los brazos, bostezó y se miró la herida satisfecho.

—Muero de hambre —dijo el muchacho.

—No tardo.

Bajaron a desayunar. Hohenzollern parecía una ciudad. Decenas de personas iban y venían, discutían en voz alta, se reían o se quejaban. Habían llegado al menos cuatro mil personas, entre invitados y sirvientes en los últimos días. El castillo no podía albergar tantas personas, por lo que habían apostado caravanas de carpas en las inmediaciones de los patios internos y los paredones.

Gentes de todas las etnias y con las vestimentas más extrañas circulaban sin prestarles ningún tipo de atención. Vestían túnicas y turbantes, uniformes militares, trajes de etiqueta, largas capas principescas y hasta vieron a un hombre pasar en una brillante armadura plateada.

—¿Quién es? —susurró Coraje tirando de la manga del saco de su padre.

—Sir Godofrid de Shortshire, descendiente de los Pendragon.

—¿Pendragon?

—¿Que no has ido a la escuela? Uther Pendragón era el padre del Rey Arturo, Sir Godofrid es descendiente directo de uno de los tantos hermanos del Rey Arturo.

Coraje se detuvo a mirar al hombre, tenía un físico privilegiado, su armadura era blanco-plateada, llevaba una capa roja colgando del cuello, un escudo con insignias de leones y dragones y una brillante espada colgada de su cintura.

Benjhamin saludó a algunas personas con un leve movimiento de cabeza y luego se sentó en una de las mesas dispuesto a desayunar. Coraje se sirvió un tazón de café y comenzó a seleccionar con la mirada todas las cosas que le pondría a su emparedado.

La Dragonesa de Blanco los interrumpió. —¿Cómo está esa herida, Sir Benjhamin?

—Mejor —contestó poniéndose de pie.

—¿No estará pensando en participar de los Juegos?

—No esta vez, partimos en unas horas.

—¿Y van a perderse los Juegos?

—¿Qué juegos? —preguntó Coraje intrigado.

—¿Acaso tu padre no te lo ha contado? —preguntó decepcionada—. Los Juegos de Hohenzollern son el evento del año. ¿Por qué crees que hemos venido todos al castillo?

—Tal vez veamos la ceremonia de inauguración, luego nos vamos —afirmó su padre.

—¿Y quién va a representar su voto ante el Gran Consejo?

—Le Blanc, los papeles ya están firmados.

—¡Qué decepción! A propósito, el muchacho está un poco pálido —dijo acercando los pechos contra su rostro. La Dragonesa era una mujer con un físico exuberante. A Coraje se le trabó la lengua.

—No me gusta el aura amarilla en sus pupilas —agregó apoyando los dedos sobre sus mejillas y estirando la piel hacia abajo.

—¿Es grave? —preguntó Benjhamin.

—No lo sé, preferiría que lo revisen mis chicas —sentenció la mujer.

—Estoy bien, gracias —afirmó Coraje.

El hombre de la armadura plateada sentado al otro lado de la mesa no le quitaba la mirada de encima al muchacho. Coraje sostuvo la suya y se quedaron como congelados, mirando el uno al otro. Finalmente, Coraje sintió una picazón en la nariz y pestañeó. El caballero no expresó ninguna emoción. Bebió su café, comió un pedazo de tocino y se levantó, haciendo un breve movimiento de cabeza en señal de saludo.

—No debes mirar fijo a los desconocidos, podrías meternos en una pelea, James.

—¿James?

—¿Dije James? —preguntó Benjhamin rápido—. Lo siento. Mi hermano solía mirar fijo a cualquiera buscando pleito. Sonó un cuerno y todos se levantaron apresurados de la mesa.

—Debo dejar unos documentos firmados y resolver algunas cuestiones; si quieres puedes ver la ceremonia de inauguración de los Juegos desde las gradas. Cuando termine con mis pendientes, podemos ver juntos la llegada del ganador de la Carrera de las Casas, te buscaré en las gradas centrales, cerca de la Dragonesa de Blanco. Luego nos marchamos. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Una cosa más —le advirtió antes de retirarse—. No te metas en problemas, muchacho.

EL REGLAMENTO

Como lector, siempre odié leer largos reglamentos de juegos; en cambio, prefiero jugarlos y aprender en el camino. Es por ello que opté por quitar el reglamento formal y pasar al siguiente capítulo, pero antes les dejo algunas ideas fuerza.

La Carrera de las Casas se trataba de un peligroso juego donde participaban diez equipos, compuestos por las diez Casas de Hohenzollern. La carrera se celebraba una vez al año como una antesala a la Junta del Gran Consejo, donde las Casas resolvían por votación la renovación del futuro de sus miembros.

Cada Casa tenía un voto en la junta del Gran Consejo; sin embargo, la Casa que resultaba la ganadora de la Carrera obtenía el privilegio de un voto adicional para desempatar.

LAS CASAS DEL GRAN CONSEJO

CASAS ANTIGUAS	**CASAS RENACIENTES**
CASA DE LOS MINSK	CASA DE PENDRAGON
CASA DE LAS INDIAS	CASA DEL MAR DEL NORTE
CASA DE LOS DRAGONES	CASA DE LOS ARIANOS
CASA DEL SUR	CASA PRUSIANA
CASA DE LOS LORES	CASA DE LOS BORBONES

Las Casas estaban divididas en dos grandes grupos, las Casas Antiguas y las Casas Jóvenes o Renacientes. La Carrera de las Casas tenía un reglamento estricto. Cada Casa debía presentar un equipo compuesto por:

i. 1 retador

ii. 2 alfiles,

iii. 30 defensores

iv. 20 corredores

Si un partido de fútbol de 22 jugadores puede parecer mucho, esto es aún peor. Participaban 53 jugadores por cada Casa y un total de 530 jugadores en escena, a lo que se le sumaba un Capitán General de los Juegos, al cual todos debían vencer. Esto sin contar a los jueces ubicados en posiciones estratégicas para hacer sonar los cuernos según cada fase del juego.

El Capitán General de los juegos era Sulhat, guardián supremo del Castillo de Hohenzollern. Jamás batido. Lo cual otorgaba a la Casa de Sir Jules Le Blanc el voto doble desde hacía años. A pesar de ello, los retadores no perdían la esperanza de vencerlo.

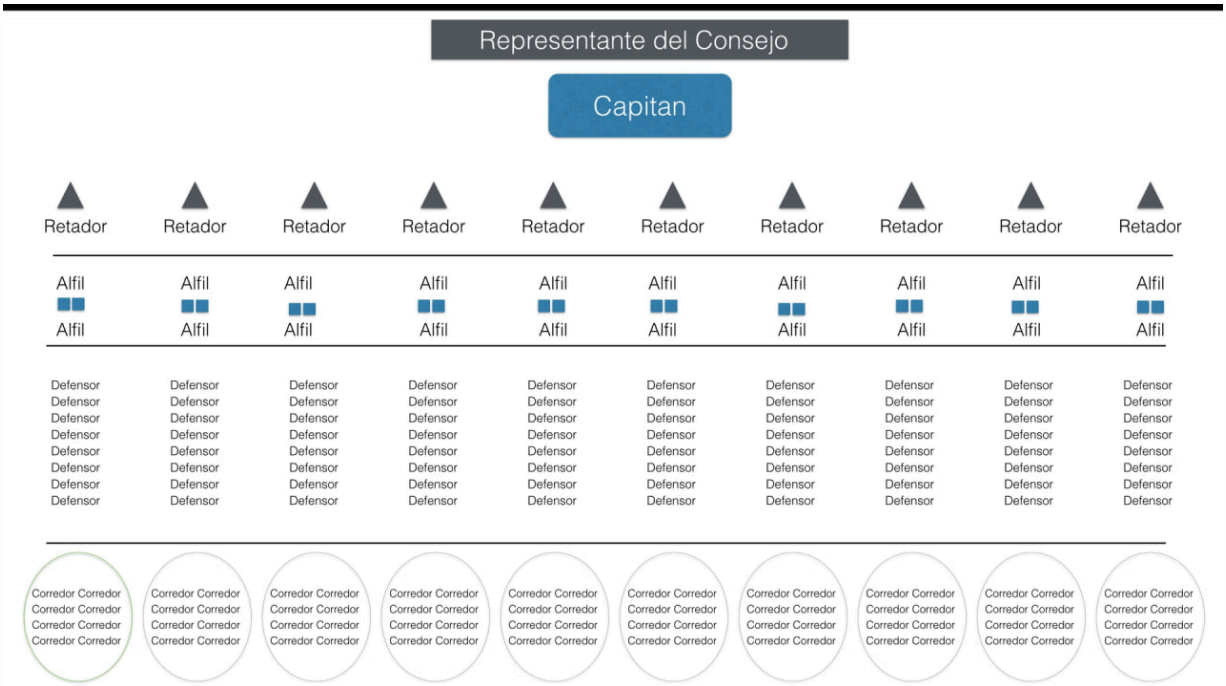
El objetivo del juego, básicamente, era que alguno de los retadores de cualquiera de las Casas venciera al Capitán General de los Juegos. Para que un retador tuviera la chance de retar a Sulhat en un combate, necesitaba que su equipo cumpliera exitosamente con varias fases de la carrera. Allí era donde el rol de los alfiles, corredores y defensores se tornaba crucial.

El objetivo del juego es simple: entregar el estandarte al retador para que este pueda desafiar al Capitán. Para conseguirlo, al menos uno de los corredores debía llegar hasta la posición del retador de su equipo y entregarle el estandarte de su Casa.

Lograr este objetivo no era sencillo. Los corredores debían esquivar y burlar a los defensores de los demás equipos y luego cuidarse del brutal ataque de los alfiles. Para ser descalificado el corredor debe tocar el suelo con ambas manos o con su cara.

La carrera de las Casas es un juego honorable que no permite trampas, cuando un jugador es eliminado, debe retirarse voluntariamente del juego.

Sin embargo, lo que sí está permitido es la política. Las Casas pueden ponerse de acuerdo para intentar disminuir la cantidad de jugadores de las otras. Así y todo, al final solo puede haber una Casa Ganadora, por lo que no hay complot que asegure la victoria.



Luego de las fases de clasificación, llega la parte más difícil. Los corredores deben pasar entre los alfiles, los cuales intentarán evitar por cualquier método que esto suceda. Los alfiles son fuertes, rápidos y letales. Sir Benjhamin había ocupado el Rol de alfil en varias oportunidades.

Hay dos alfiles por cada Casa, los cuales deben detener a todos los corredores clasificados para evitar que entreguen el estandarte a su correspondiente retador.

En la tercera y última etapa del juego, los retadores clasificados deben pelear mano a mano. Es aquí donde comienzan los duelos. Todos los retadores que hubieran recibido su estandarte deben entrar en las arenas y vencer a sus oponentes. Para que un retador quede eliminado, solo hay una regla: que se dé por vencido o que caiga noqueado. Así los retadores se van eliminando entre ellos hasta quedar un único retador que podrá desafiar al Capitán de los Juegos de Hohenzollern: Sulhat.

En los últimos 15 juegos nadie había logrado vencerlo. Sir Godofrid por la casa de Pendragon había estado cerca el año anterior y este año buscaba la gloria.

El único retador que había logrado vencer a Sulhat unos 15 años atrás había sido, ni más ni menos, el Duke Perro; mas su paradero, como ya todos sabemos, era un tanto misterioso.

LORD BODELLIER

Coraje decidió ir en busca de Gulliver, el anciano que vivía cerca de los establos. Tenía la tonta esperanza de que él pudiera ayudarlo a preparar más medicina antes de partir a Nueva York. Sin embargo, lo único que encontró fue un hombre con la insignia de la Casa de los Lores vomitando compulsivamente contra una pared.

Apareció otro hombre igualmente vestido. —Bernard, ¿otra vez con mareos? —se burló—. Maldita sea, todos los años lo mismo.

—Lo lamento Lord Bodellier —replicó el hombre y volvió a vomitar.

—La carrera comienza en menos de una hora —dijo un tercer hombre apresurado—. Era alto y robusto, probablemente un alfil.

—Parece que perdimos otro corredor —se quejó Lord Bodellier—. De todos modos, este no llegaría muy lejos.

—Hey, tú puro-hueso —dijo Lord Bodellier llamando a Coraje —¿Sabes correr?

—Claro —respondió inflando su pecho.

—¿Tienes Coraje?

El muchacho simplemente sonrió, como si hubiera estado esperando esa pregunta desde la primera línea.

—¿Qué tendría que hacer? —preguntó.

—Correr como si tu vida dependiera de ello —sugirió Lord Bodellier.

Le prestaron un uniforme que le quedaba un tanto grande, con el escudo de un lobo en su pecho. Luego siguió a Lord Bodellier hasta la partida, donde había unos 300 corredores de otras Casas que conversaban entre sí y hacían bromas. La Carrera de las Casas era un juego, y si bien los participantes asumían sus roles con seriedad, al

final del día, solo habría un ganador dispuesto a retar a Sulhat, y el resto no tendría más remedio que emborracharse para ver el espectáculo.

—¿Conoces el reglamento, cierto, muchacho? —le preguntó Lord Bodellier.

—Lo acabo de leer —respondió preocupado.

—Eso es bueno, algunos entran a la carrera sin tener la menor idea.

Otro de los hombres se acercó y le pasó un estandarte de la Casa de los Lores. Era un pañuelo azul con el dibujo del mismo lobo en su pecho. Le ordenó que lo guardara en su bolsillo.

La adrenalina previa a la largada comenzó a subir. Algunos corredores estiraban sus piernas y daban saltitos, otros se arrodillaban y oraban. Coraje se había metido en la legendaria Carrera de las Casas de Hohenzollern. Su padre iba a matarlo.

PRIMER CUERNO

Sonó el primer cuerno. Los participantes salieron como un malón de ciervos espantados. Los primeros metros fueron disparatadamente violentos; empujones, metidas de pata y agarradas para abrirse paso barranca abajo, entre risas y burlas.

A pesar de haber leído las reglas, Coraje no tenía la menor pista acerca de lo que debía hacer. Se atrincheró detrás de Lord Bodellier concentrado en no perderlo de vista. A sus costados veía cómo otros corredores eran eliminados y atrapados con redes que eran lanzadas desde lo alto. Cruzaron un pequeño arroyo.

Desde las orillas comenzaron a aparecer hombres con sogas y lazos que intentaban atraparlos. Lord Bodellier esquivó cada uno de los intentos. Coraje iba detrás soplándole la nuca.

Adelante divisaron una cadena de defensores interrumpiendo el camino. Lord Bodellier dobló inesperadamente a la derecha adentrándose en el bosque. La carrera que parecía un gran juego de grandulones empezó a ponerse seria; mientras corrían entre los árboles colina abajo, le pareció que una flecha rozaba su oreja.

—Son somníferas, no están permitidas —dijo Bodellier, al ver cómo la flecha se hundía sobre el tronco de un árbol. Se detuvo para examinarla; miró ajetreado a sus costados, estaba desorientado. Se escucharon pasos cercanos y en pocos segundos se encontraron rodeados por 5 defensores Prusianos.

—Boris, ¿por qué estás tardando tanto? —se lamentó.

De la nada, apareció en escena un hombre grandote y se abalanzó sobre los atacantes dándoles tiempo para escapar.

—¿Qué fue eso? —exclamó el muchacho.

—Es Boris. Defiende para nuestro equipo. Guarda el aire. Nos siguen tres.

—Creo que los perdimos —dijo Bodellier—. Eres rápido, pero no vas a llegar muy lejos en ese estado. Inhala por la nariz, exhala por la boca. Nariz, boca, eso es.

Coraje metió la mano en su bolsillo y sacó el estandarte que le habían dado al comenzar la carrera para secarse el sudor de los ojos.

—Cuida eso, niño —le advirtió.

Sintieron pasos, Lord Bodellier se ajustó los zapatos y se lanzó a correr otra vez. Bodellier era veloz, corría como si quisiera dejarlo atrás, pero Coraje no pensaba darle ese gusto.

—Debemos salir del bosque antes de que se llene de defensores —advirtió.

Aceleraron la marcha y llegaron hasta un claro donde se toparon con todos los corredores de la casa de Pendragon. Se los notaba tranquilos. Charlaban y hacían bromas entre ellos.

La casa de Pendragon solía llegar siempre a las finales. El retador que representaba a la casa era ni más ni menos que Sir Godofrid. Este año buscaba su revancha.

—Lord Bodellier, ¿por qué tan agitado? —se burló uno de ellos.

—Tramposos.

—¿Qué culpa tenemos nosotros de que los demás defensores vayan por las presas fáciles, dejando el camino libre para los más fuertes?

Se escucharon ruidos. Poco a poco fueron llegando corredores de distintas casas, luego sonó el cuerno, señal de que la primera fase de la carrera había terminado. Esto les otorgaba un receso de quince minutos durante los cuales los defensores no podían, en teoría, moverse de su posición ni atacar.

—Bien, esto se está volviendo demasiado popular, corredores de Pendragon. Larguémonos de aquí —ordenó su líder y se marcharon.

—Pueden correr con nosotros —los invitó un hombre de rasgos orientales de la Casa de Minsk, mientras que un grupo de siete corredores de la casa de los Dragones pasó al trote y los saludó con aires de superioridad.

—Buena carrera —dijo uno de ellos.

Más atrás, 5 corredores de la Casa de los Arianos arribaron, bebieron agua y continuaron sin mirar a nadie. Entre los matorrales salió un corredor de la casa de los Cipayos. Estaba herido y escondía sus manos.

—Fue una masacre, todos los cipayos fuimos emboscados por defensores de Pendragon, Dragones y Prusianos —les explicó.

—Enséñame las manos —ordenó Lord Bodellier, pero el corredor se negó y se lanzó a la carrera. Bodellier lo tomó de la camiseta y lo sacudió arrojándolo en el suelo. El Cipayo tenía las dos manos cubiertas con lodo, señal de que había sido derribado con anterioridad.

—No puedes seguir —le advirtió Lord Bodellier.

—Tropecé, lo juro. No fui derribado. Soy el último de mi casa.

Lord Bodellier lo soltó dejándolo ir. —No llegará lejos —sentenció.

Un grupo de diez corredores Prusianos se acercó corriendo con soberbia militar y pasaron de largo.

—Lord Bodellier —lo saludó uno de ellos.

—¿Quedan Lores atrás? —le preguntó.

—No lo creo —contestó el prusiano—. ¿Quiénes van adelante?

—Los Pendragon —respondió Lord Bodellier—. Es extraño, no he visto corredores del Sur, ni del Norte.

—Se emboscaron entre ellos: los del Norte atraparon a todos los corredores de la Casa del Sur y los defensores del Sur, a todos los del Norte. Vaya emboscada.

—¿Y la casa de los Lores? —preguntó Lord Bodellier.

—No he visto Lores —respondió el Prusiano.

—Bien, creo que somos solo tú y yo, muchachito.

—¿Por qué damos tanta ventaja? —protestó Coraje.

—No es ventaja, es estrategia. Estará plagado de defensores allá adelante. Van a quitarse los ojos entre ellos. Nadie va a preocuparse por el viejo Bodellier y un niño. Mejor ir al final. Además, hay que esperar —dijo mirando a su alrededor en busca de alguna señal.

Se escuchó una pisada entre las ramas. Eran diez corredores de la casa de los Lores.

—Lord Magnum —exclamó Lord Bodellier—. Ya estaba empezando a preocuparme.

—¿Quiénes van a la cabeza? —preguntó Lord Magnum.

—La Casa de Uther Pendragon, seguida de la casa de los Dragones, detrás de ellos va un grupo de cinco Arianos, tres Minsk y un cipayo que a mi juicio está descalificado. Los Prusianos acaban de pasar; conté doce al menos.

—¿Y los Borbones?

—Es extraño —dijo Bodellier—. Parece que se los tragó la tierra. El cuerno sonó nuevamente. La carrera estaba en marcha otra vez y los defensores nuevamente al acecho.

SEGUNDO CUERNO

—Debemos correr en dos grupos separados. No deben saber que somos doce. Eso nos dará la ventaja que necesitamos. El niño y yo iremos hasta el segundo lugar seguro, ustedes deben continuar y llegar primeros hasta la zona de los alfiles como acordamos sin pasar por la zona segura.

—A correr —exclamó Lord Magnum.

—A correr —repitieron los demás al unísono.

Los doce corrieron a pierna suelta adentrándose nuevamente en el frondoso bosque. Coraje estaba fascinado. Corría entre los de adelante siguiendo a paso firme a Lord Bodellier. Percibió miradas de apoyo entre sus compañeros y por un segundo le pareció como si corriera dentro de una manada de lobos.

Llegaron hasta un risco, desde lo alto podían divisar a los corredores de las demás casas. Las sospechas de Lord Bodellier se confirmaron cuando divisó que adelante de todos iban los Borbones. Detrás de ellos, la casa de Pendragon les seguía el paso creyendo ser los primeros.

Una batalla campal estaba a punto de suceder. Un arsenal de defensores Prusianos y Arianos se apilaban dispuestos a frenarlos después del cruce del arroyo.

—Bien, la suerte está de nuestro lado. El muchacho y yo iremos hasta el próximo lugar seguro a fin de despistar a las demás Casas. Creerán que somos solo nosotros dos; ustedes van a tomar el atajo a través del monte negro.

Los diez corredores se lanzaron en un descenso vertiginoso por el risco, mientras que Coraje y Bodellier bordearon las escolleras buscando un lugar menos empinado por donde descender.

Se escucharon tres cuernos seguidos.

—¿Qué son? —preguntó Coraje.

—Bajas: son las Casas que han sido eliminadas en su totalidad.

—¿Ves ese claro allá abajo, después de atravesar el monte que se viste de negro?

—Sí.

—Bien, allí es el segundo lugar seguro. La mayoría de los corredores prefieren bordear el Monte ya que es muy fácil perderse allí dentro. Si nuestro equipo logra atravesarlo en la forma correcta, podrán avanzar más allá del segundo puesto sin ser vistos.

Coraje sintió que algo rápido se movía detrás de él. Acto seguido, Lord Bodellier estaba en el suelo; había sido derribado por dos Defensores Borbones.

—Bien, es hora de empezar a beber. Corre, muchacho —le ordenó sujetando a los defensores—. Vamos, no vale la pena seguirlo. Es solo un niño.

—¿Dónde están los diez Lores que corren con usted? —preguntó uno de los Borbones.

—¿Diez Lores? Pensé que éramos solo el niño y yo.

El defensor rió a carcajadas. —Un defensor Ariano nos advirtió sobre los diez Lores, que simularon rezagarse; los están esperando risco abajo antes de la entrada al Monte Negro. Este año solo los Borbones y Arianos lucharán por el voto doble del Gran Consejo, todas las demás casas serán eliminadas. El juego comenzó semanas atrás.

—Malditos.

—En minutos, los Dragones se eliminarán con los Pendragones y viceversa. Por otro lado, los Minsk y Cipayos ya fueron despejados. Los del Norte y los del Sur no llegaron a la primera zona segura.

—Estúpida Carrera —se lamentó Lord Bodellier.

—Mithrad —ordenó el Borbón a su compañero—, sigue al muchachito, no queremos ningún cabo suelto.

ENTRE ALFILES

Coraje casi cae varias veces en el empinado descenso hacia el monte negro. Un despreocupado defensor le seguía los pasos. A lo lejos se escuchaban las voces y gritos de la emboscada de los Borbones para atrapar al resto de los Lores.

Coraje se vio obligado a rodear la entrada al bosque hasta el ala Noreste para evitar ser visto. Se trataba de un paisaje tan tupido que debajo de los árboles parecía de noche. Si seguía las instrucciones de Lord Bodellier y atravesaba el bosque por la mitad, llegaría más adelante del segundo lugar seguro. No tenía la menor idea de qué hacer después.

Se escucharon sonar cuatro cuernos más, señal de que las demás casas habían sido eliminadas. Solo quedaban tres casas en carrera y él era el último corredor por la Casa de los Lores.

Desorientado, decidió trepar a lo alto de un árbol para poder ver más allá. A su izquierda había un pequeño claro. Probablemente aquel era el segundo lugar seguro del que Lord Bodellier le había hablado. A su derecha, en cambio, se abría un camino cuesta arriba de regreso a Hohenzollern.

Sonó otro cuerno y poco a poco comenzaron a aparecer corredores con la insignia de los Borbones y la de los Arianos en el claro. Se los notaba alegres y distendidos. Su plan estratégico de batalla había resultado a la perfección. Coraje estaba demasiado lejos como para oír la conversación, pero veía cómo se estrechaban las manos entre ellos.

Solamente restaba la recta final hasta Hohenzollern. Los corredores debían pasar entre los alfiles para ganar la carrera. Aquel corredor que primero atravesara la barrera de los alfiles y entregara su estandarte ante su retador, otorgaría a su Casa el derecho de desafiar a Sulhat en un duelo, y en caso de vencer, hacerse acreedor del doble voto ante el Consejo anual de Hohenzollern.

Se escucharon pasos. Coraje miró abajo. Era el defensor de la Casa de los Borbones, quien le había seguido el trazo. Al llegar hasta el final de sus huellas, miró hacia arriba y lo descubrió.

Comenzó a trepar. El hombre tenía espaldas grandes y brazos robustos, con poco esfuerzo logró ponerse a pocos metros.

—Es solo un juego, niño, nadie tiene que salir lastimado.

Coraje sacó el estandarte de su bolsillo.

—Eso es, muchacho. Pásalo y podremos ir juntos a ver el final de la carrera.

Se escuchó un cuerno más largo sonar y desde la copa del árbol vieron cómo los corredores emprendían el tramo final al trote hacia Hohenzollern. El defensor se acercó un poco más, estaba parado en la misma rama que Coraje. —El estandarte, niño —insistió.

Ni en los planes de este narrador, ni mucho menos en los del joven Coraje estaba la posibilidad de entregarse. Se deslizó hasta la rama de abajo y comenzó a descender en forma atolondrada. El defensor Borbón lo seguía furiosamente. Apenas tres metros antes de llegar al suelo, Coraje tuvo que saltar para evitar que lo atrapara. El defensor hizo lo mismo, con la mala suerte de torcer su tobillo al aterrizar.

—Estúpido niño —exclamó intentando ponerse de pie.

—Lo lamento —respondió—. Tengo que seguir.

—Los alfiles van a hacerte pedazos.

—Buena carrera —respondió Coraje dándole la espalda.

Aceleró hacia el oeste, Tras correr casi sin pensar durante un rato, salió del espeso bosque y divisó a los corredores Arianos y Borbones quienes trotaban suavemente emprendiendo la recta final hasta Hohenzollern, apenas unos metros más adelante.

—Buena Carrera —los saludó.

—Buena Carrera —devolvió el saludo un corredor ariano sorprendido.

—¿Cómo llegaste tan lejos, mocoso? —le preguntó un corredor—. ¿Tu padre sabe que estás acá?

—El tuyo lo sabe —respondió Coraje y los demás corredores rieron. Otro corredor, quien parecía el mayor de todos, tomó la palabra. —El muchacho está en su derecho de seguir. Niño, ¿estás seguro de querer avanzar? Detrás de esa curva, a solo 300 metros hay veinte alfiles deseosos de aplastarte.

—18 —respondió Coraje.

—Correcto, los dos alfiles de la casa de los Lores tratarán de ayudarte pero, así y todo, los demás van a hacerte comer el suelo.

—Lo he probado antes, no sabe tan mal —dijo otro de los corredores poniéndole la mano en la espalda.

Los corredores se apiñaron codos contra codos y comenzaron a trotar más rápidamente hasta la curva colina arriba. Divisaron una muralla de alfiles bloqueando el camino a unos doscientos metros. Más atrás un segundo cordón de alfiles esperaba para atrapar a los afortunados que lograran atravesar la primera barrera.

El descalabro duró unos pocos segundos. Se lanzaron a máxima velocidad contra la primera columna de alfiles que bloqueaban el camino. Coraje mantenía el paso firme detrás del malón estudiando la situación. Los alfiles fueron brutales: en menos de un santiamén quedaron apenas cinco corredores en pie que lograron atravesar la primera embestida. Para mantenerse en carrera, tuvo que saltar entre dos alfiles que lo acorralaron colándose con un golpe de suerte en la sexta posición.

Los cinco corredores corrían en fila uno detrás del otro. La estrategia de correr en fila les brindaba una mayor oportunidad para atravesar la segunda barrera.

El choque fue nuevamente violento. Los primeros tres de la fila fueron derribados y solo dos corredores, un Ariano y otro Borbón, lograron abrirse paso a través de la barrera humana. Los seguía de cerca Coraje, quien, aprovechando la distracción, se deslizó por debajo de las piernas de un alfil.

Ya no quedaban más obstáculos entre ellos y Hohenzollern. Los tres ya estaban clasificados para que sus casas pudieran batirse a duelo entre ellas y luego retar a Sulhat.

—Buena carrera, niño —lo felicitó el corredor Borbón. El Ariano, en cambio, solo gruñó y aceleró el paso, el hombre corría como un animal salvaje.

De pronto, más adelante, divisaron a un robusto hombre de la Casa de los Dragones, parado en medio del camino. Se trataba de un alfil que no debería haber estado en esa posición. El alfil se abalanzó contra el Ariano que iba en primer lugar derrumbándolo.

—¿Qué haces aquí? —se quejó el corredor fastidiado.

—Me rezagué —dijo el alfil reincorporándose orgulloso de haber descalificado a uno de los tres finalistas.

—Maldita sea —protestó el Ariano golpeando el suelo con su puño mientras Coraje y el Borbón los pasaban a toda velocidad por al lado.

—Buena carrera —los felicitó el alfil poniéndose de pie.

El corredor Borbón y Coraje se pusieron a la par en el tramo final hacia Hohenzollern. El Borbón estaba contento. Hacía varios años que nadie de su Casa llegaba a entregarle el estandarte a su retador.

—Nos vemos en la llegada —se despidió acelerando el paso. Coraje juntó aire y se mantuvo a la par.

—No voy a ser el hazmerreír de Hohenzollern, niñito. Primero entro yo. Tú sigues detrás —ordenó el Borbón apurando el tranco.

Pero Coraje se mantuvo a paso firme sin dejar que se alejara demasiado. Sus piernas estaban tiesas, al borde del calambre.

—¿Qué tal un empate? —sugirió Coraje mirándolo a los ojos.

—Solo uno puede llevarse la gloria de la carrera de las Casas —le respondió y volvió a sacar fuerzas de quién sabe dónde para acelerar su paso, enseñándole su nuca, una vez más.

LLEGADA

Sir Jules Le Blanc y su esposa Mathilda miraban desde una ubicación preferencial la llegada de los corredores. Benjhamin, que estaba parado al lado de ellos, buscaba a Coraje inquieto entre las tribunas y la muchedumbre.

Los retadores estaban parados sobre tarimas, esperanzados de que algún corredor de su casa entrara para entregarles el estandarte que les permitiera entrar a la siguiente etapa del juego: las arenas.

Solo los retadores que recibieran el estandarte podrían batirse a duelo entre ellos. El ganador de los duelos en las arenas tendría derecho de desafiar a Sulhat, el Capitán de los Juegos de Hohenzollern y así disputarse el doble voto ante la Asamblea Anual del Gran Consejo.

Todas las miradas estaban depositadas sobre Sir Godofrid, descendiente de la Casa de Uther Pendragon, que el año anterior casi había logrado vencer a Sulhat. La gente comenzaba a impacientarse cuando, de pronto,, por el medio del camino, a paso de liebre, entró el primer corredor.

—¿Quién es? —preguntó Mathilda, aunque ella ya conocía la respuesta.

¿Recuerdan en el primer capítulo cuando les describí a nuestro protagonista? Bien, creo que omití este detalle: hay algunas personas que creen que el sol les pertenece. Una de ellas se llama Coraje.

—Lleva el uniforme de la Casa de los Lores —respondió Le Blanc sorprendido—. Hacía varias décadas que los Lores llegaban entre las últimas posiciones.

—Pero es apenas un niño —afirmó Mathilda.

—Es… —dijo Le Blanc—. Es tu hijo.

—No puede ser —exclamó Sir Benjhamin apretando los dientes mientras aplaudía disimuladamente.

Coraje cruzó miradas con su padre. En el rostro del muchacho solo podía dibujarse una sonrisa, en el de su padre decepción.

Saludó al público que vitoreaba con naturalidad y luego caminó hasta la tarima de los retadores y entregó el estandarte al Duque de Bedford, Sir Conan Russel, máxima autoridad de la Casa de los Lores.

—Tiene clase —susurró Le Blanc.

—No cuentes con él —respondió Sir Benjhamin.

Apenas unos pasos más atrás entró el Borbón en segundo lugar. Primero saludó a la tribuna, luego entregó el estandarte al retador por su casa, Guillermo, de Orleans. Luego felicitó a Coraje levantando su mano en reconocimiento.

—De dónde vengo, hacer llegar a su majestad en segundo lugar se paga con hierro —sugirió. Coraje lo observó en detalle. El hombre tenía aspecto principesco.

—Si van a recordar que el Rey Alfonso el Borbón fue vencido por un niño, al menos, que sea a lo grande —gritó levantando la mano de Coraje en el aire; —Señores —agregó mirando a los demás retadores que continuaban a la expectativa—, si fueran ustedes, comenzaría a beber, nadie más llegará hoy con su estandarte.

Sir Godofrid de la Casa de Pendragon se quitó el casco de su armadura y bajó furioso de su tarima, al pasar golpeó con el hombro a Coraje sin molestarse en disculparse.

Sonaron trompetas y empezaron los festejos, vino y jabalí en abundancia mientras los retadores de la Casa de los Lores y los Borbones se preparaban para entrar a las arenas a resolver quién sería el afortunado en enfrentar a Sulhat este año.

Sir Benjhamin se acercó para felicitarlo.

—Estaba en los establos cuando un Lord me pidió que lo ayudara con la carrera, no tenía idea que…

—Ya lo creo —soltó su padre apoyando el brazo sobre su hombro—. Deberías haber visto la cara de Sir Godofrid cuando te vio entrar primero.

—Lo felicito, Sir Benjhamin —dijo el Rey Alfonso—. ¡Quién quisiera tener un corredor así en su equipo! Los invito a ver las arenas conmigo.

—Su majestad —dijo Benjhamin bajando la cabeza avergonzado —agradezco el ofrecimiento, mas partimos de inmediato.

—Papá —se quejó Coraje—. ¿No vamos a quedarnos para ver las arenas?

—Sea quien sea, será aplastado por Sulhat.

—No estaría tan seguro —fanfarroneó Alfonso —los Borbones tendremos el voto doble este año, algunas cosas deben cambiar en Hohenzollern.

—Adiós muchacho —dijo Alfonso estrechándole su mano —espero tener revancha el año entrante.

—¿Quién es? —preguntó cuando se alejaron.

—El Rey de España.

—Sí, claro, y yo soy…

—Un gnomo que consiguió que la Casa de los Lores ingleses y españoles, que no se clasificaba desde hacía décadas, lo hiciera —se burló Benjhamin—. ¿Dónde aprendiste a correr así?

—Baseball.

—Tu tío James estaría orgulloso, participó para la Casa de los Lores en dos juegos consecutivos venciendo a Sir Godofrid en las Arenas y

luego a Sulhat. Fue épico.

Sin ningún tipo de aviso, Sir Benjhamin sintió un pinchazo en el pecho y se detuvo. Luego sus piernas se aflojaron y cayó arrodillado a los pies de su hijo. Su rostro se puso violeta y los ojos se le volvieron hacia atrás. Se desplomó como un saco muerto sin interponer sus manos.

HERENCIA FAMILIAR

Tres días más tarde Sir Benjhamin abrió los ojos. Intentó balbucear unas palabras, pero el dolor en el pecho era insoportable. Una enfermera le mojó los labios con un paño húmedo.

—Debemos irnos —apenas murmuró.

—No irás a ningún lugar —intervino Le Blanc.

—¿Qué diablos pasó? —preguntó.

—Te moriste y hace tres días que sigues coqueteando con la idea, postrado en esta cama.

La Dragonesa de Blanco abrió la puerta.

—Sir Benjhamin, me alegra que esté mejor.

—¿Tres días? —protestó.

—Sulhat fue derrotado en las arenas por el Duque de Bedford —exclamó Coraje. Fue lo primero que vino a su mente.

—Vaya desastre —dijo esbozando una sonrisa.

Le Blanc suspiró aliviado. —La Casa de los Prusianos perdió el doble voto en el consejo y con ello el derecho a veto de algunas decisiones; ya era hora de que esa responsabilidad dejara de caer sobre mi cabeza.

—Sulhat se dejó vencer —dijo la Dragonesa de Blanco.

—Lo cierto es que la Casa de los Lores obtuvo el voto doble.

—¿El Duque de Bedford se mudará a Hohenzollern? —preguntó Sir Benjhamin tomándose el pecho.

—No lo hará. Los Lores desean que yo siga a cargo, votaron a mi favor en el Consejo a cambio de algunos favores.

—¿Qué hay que hacer?

—Para empezar, encontrar al Duque Perro y recuperar el Diario de Maddam Thenesis.

—No cuenten conmigo para eso —exclamó Benjhamin—. No pienso ir detrás del Duque Perro otra vez.

—Si los ayudamos a conseguir el Diario de Maddam Thenesis, tú y tu hijo estarían exentos de servir a Hohenzollern para siempre.

—Mi hijo ya está exento —dijo Benjhamin.

—Mientras tú sigas con vida, lo estará.

Sir Benjhamin echó una mirada asesina y ordenó que todos salieran de la habitación, a excepción de Le Blanc.

EL ORIGEN

DE BENJHAMIN

—El mapa de los inmortales, ahora —le reprochó.

—¿Para qué quieres vivir mil años?

—No me interesa vivir mil años, solo un par de años más.

—El mapa tiene un precio demasiado alto, no puedes pagarlo.

—Les traeré ese maldito Diario. Soy el único que puede burlar al Duque Perro. Lo hice una vez y podría hacerlo de nuevo —afirmó Benjhamin.

—¿Y luego qué? ¿Crees que dejaríamos a un inmortal largarse así nomás? No alcanza.

—Serviré eternamente a la guardia de Hohenzollern.

—No lo sé, Benjhamin, aplicaste una vez y el mapa te fue denegado; tu conducta …

Sir Jules Le Blanc cargaba con la cruz de haber mentido a Sir Benjhamin durante años sobre sus orígenes. Le había jurado a Hugo que jamás contaría su secreto, esa había sido la condición de su esposa Sara para aceptar a Benjhamin en su hogar. Una parte oscura de Sir Jules anhelaba que Benjhamin falleciera para acabar con semejante carga. Entregarle el mapa de los inmortales era igual a cargar con esa cruz para siempre. Si iba a ceder, antes debía contarle la verdad.

—Para conocer el mapa de los inmortales debes ser un hombre libre.

—¿Y acaso no lo soy?

—Hacer lo que se te da la gana dista del concepto de libertad que tenemos los inmortales, deberás servir a Hohenzollern para siempre como un hombre libre.

—Bien.

—Eso no es todo, debes renunciar a Ana y olvidarte de Lord Morlocke. ¿Por qué mejor no regresas a Nueva York con tu hijo?, Les diré que fuiste en busca de pistas. Tendrías una vida tranquila y podrías recuperar el tiempo perdido.

—Para morir como una rata en menos de un año o dos y luego vengan a buscarlo para que termine lo que su padre no pudo, jamás.

—Preveré que dejen al muchacho en paz.

—¿Puedes garantizarlo? —preguntó mirándolo a los ojos.

—No.

—Entonces entrégame el maldito mapa.

—Lo haré, pero antes debes conocer la verdad que te hará libre. Debes jurar que la aceptarás como tal y no tomarás cartas en el asunto ni represalias.

—¿Qué puede ser peor? —se mofó.

—Deberás jurar defender a la guardia por siempre, frente a un testigo de sangre.

—Traigan a mi hijo.

Sir Jules mandó a llamar a Coraje. Mathilda entró con él.

—Wiccas —se quejó Benjhamin al verla entrar.

Mathilda ordenó que trajeran un brebaje. Todos bebieron. Al cabo de unos minutos quedaron dormidos y entraron en un trance profundo.

En la visión que Mathilda les compartió, Sir Jules lucía más joven, era de noche. Estaba parado frente a la casa de campo en Vermont y cargaba a un niño en sus brazos. Hugo, el abuelo de Coraje, le abrió la puerta sorprendido y le apuntó con su escopeta de doble caño a la cabeza.

—¿De quién es? —le preguntó al reconocer a su viejo amigo.

—Hijo de Wicca —respondió Le Blanc con tono seco.

—¿Dónde estaba?

—Buenos Aires. Uno de mis hombres lo encontró y no pudo terminar el trabajo. Lo trajo hasta Hohenzollern para que definamos su futuro. Mathilda rogó que nos lo quedáramos, pero ya sabes lo que opino sobre tener hijos.

—Ser vulnerable no es tan grave, Sir Jules —exclamó Hugo.

—Cuando el mundo recae sobre tus hombros lo es —replicó Le Blanc.

Entraron a la casa y tras una fuerte discusión en la que Sir Jules intentó atravesar al niño con un filoso cuchillo, se retiró.

—James necesita un hermano menor. Tal vez esta sea la única manera de lograrlo —fue todo lo que Hugo tuvo que decirle a Sara para convencerla; ella se sentía en deuda eterna con su esposo y no dudó en aceptar a la criatura. Hugo Coraje no podía tener hijos. Su esposa Sara ya estaba embarazada cuando la había conocido; él le había ofrecido matrimonio para salvar su honor.

—Solo una condición —dijo su esposa—. Si va a vivir con nosotros, será criado como un hijo más. Se llamará Benjhamin, llevará nuestro apellido y nunca deberá saber su origen biológico.

Así fue como James y Benjhamin se criaron como hermanos, bajo la supervisión de Hugo, quien los instruyó en la Logia de Hohenzollern, como si fueran sus propios hijos, aunque ninguno de los dos lo era.

EL MAPA DE

LOS INMORTALES

Coraje salió del trance con ganas de vomitar. Si su padre había sido adoptado, entonces Hugo no había sido su verdadero abuelo.

La desilusión era devastadora. Ni siquiera era genuino heredero de la fortuna familiar. Su padre era hijo de wicca, él también lo era; sobre su cabeza pesaban dos generaciones de brujas. Sintió pena por Benjhamin, su vida, al igual que la de él, había sido un engaño.

Sir Benjhamin apenas podía mirar a su hijo a los ojos. —El juramento —ordenó—. Terminemos con esto.

Sir Jules levantó su espada y la apoyó sobre su frente con ambas manos. —Repite después de mí: yo, Benjhamin, hijo de Sir Hugo Coraje y padre del niño frente al cual doy fe, juro que mis palabras serán inquebrantables; acepto el legado de los inmortales y juro defender a la Guardia de Hohenzollern en su eterno combate contra las fuerzas del mal. En este acto solemne, me entrego al cáliz de madera y prometo no volver a sentir ánimo de venganza ni represalia contra ningún otro hombre sobre la faz de la tierra.

—Ahora el mapa —dijo su padre.

Sir Jules levantó la espada y dijo algo en el oído de Sir Benjhamin que nadie más pudo escuchar.

—Quiero a todos fuera de la habitación, ahora —fue lo último que Coraje escucharía de su padre por una larga estación.

LA PARTIDA

A la mañana siguiente Sir Jules convocó a Coraje en su sala de estudio. Era una habitación llena de libros, armas, esculturas; le llamó la atención una suerte de pecera de cristal de proporciones dantescas con una extraña criatura semihumanoide sumergida.

—Rushers. Son rápidos y tienen hambre todo el tiempo. No te gustaría toparte con uno —explicó al observar su rostro.

—¿Qué son?

—Engendros.

Coraje se acercó a la pecera, solo el vidrio separaba a la asquerosa criatura de él.

—¿Son humanos?

—Algo así. Son difíciles de matar. Su cerebro está escondido detrás de su tórax, podrías cortarles la cabeza y seguirían corriendo detrás de ti hasta devorarte.

—¿Brujería? —preguntó.

—Preguntas demasiado —afirmó Sir Jules.

—¿Para qué me citó?

—Tu padre —dijo Le Blanc— tuvo que marcharse.

—¿A dónde se fue?

—Es un secreto.

—Es un idiota.

—Benjhamin se está muriendo y, a su juicio, su misión en esta vida está lejos de ser completada; tal vez sea esa la carga más pesada que cualquier hombre pueda tener.

—¿A dónde se fue?

—En busca del mapa de los inmortales.

—Siempre tiene una excusa para largarse —contestó levantando sus hombros.

—Tu padre solo trata de hacer las cosas bien. En lo que respecta a ti, tienes dos opciones. Puedes marchar a Londres a buscar a tus amigos o bien… puedes quedarte aquí con nosotros y recibir entrenamiento acorde a tus aptitudes. Has logrado captar la atención de más de un guardián después de esa carrera.

La idea de quedarse en el castillo era tentadora, no tendría que ir al colegio por una larga temporada, banquetes diarios y el desafío de convertirse en un experto en artes marciales.

—Londres —respondió Coraje; estaba en deuda con Katia y Diciembre, su deber era encontrarlos.

—Lo supuse —afirmó Le Blanc.

—¿Tal vez cuando los encuentre puedo volver? —preguntó.

—Ya conoces el camino —sonrió—. Bien, muchacho, una comitiva de soldados parte hoy por la noche desde Hohenzollern hacia el norte; tienen órdenes de llevarte hasta el puerto de Hamburgo, allí embarcarás rumbo a Londres. Tu contacto en Hamburgo se llama Viktoria.

—¿Cómo me contacto con él?

—Viktoria lo hará.

Sir Jules se levantó y caminó hasta un rincón de la habitación donde estaba el paraguas de Benjhamin. —Me gustaría que lo conservaras

durante un tiempo. Además, Londres puede ser muy húmedo —bromeó.

—¿Cree que vuelva a ver a mi padre?

—Espero que todos lo hagamos.

—¿Qué hay de Vharis?

—Será liberado en los próximos días.

—¿Puedo despedirme de él?

—No.

—¿Hay noticias de Drakar?

—Tampoco —sentenció Le Blanc.

Coraje tuvo la sensación de que el hombre ya no tenía nada más que hablar con él, y solo trataba de ser amable.

Estrechó su mano y una pregunta impensada salió de su boca.

—Milord —preguntó mirándolo con intensidad—, ¿hay algo que deba hacer?

—¿Algo como qué?

—Siento que se espera algo de mí, pero no estoy seguro de qué.

—Nadie espera nada de nosotros. Eso no quiere decir que nosotros no esperemos nada del mundo. Coraje se quedó mirándolo.

—¿Sientes que debes hacer algo porque otros lo esperan de ti o sientes que debes hacer algo porque lo dicta tu corazón?

—No estoy seguro, ni siquiera sé qué es lo que debo hacer.

—Cuando descubras tu misión, lo sabrás.

—¿Por qué siento que usted ya lo sabe?

—No estoy seguro de cuál sea tu misión, muchacho, pero si logras resolver el misterio del Duke Perro antes que los demás, al menos habrás cumplido la mía.

VIKTOR

A medianoche, Coraje partió en un antiguo carruaje militar hacia el norte. Gulliver, el anciano de los establos, salió encapuchado a despedirlo en las afueras del castillo.

—Es lo mejor que pude hacer —dijo el viejo entregándole un gotero —. Hay algunos ingredientes extraños que no estoy seguro de haber podido descifrar.

Coraje le había dejado a Gulliver una muestra de las gotas que le habían preparado a bordo del Nautilus por el dolor de estómago, para ver si el anciano podía preparar algo similar, como para aguantar hasta regresar a Nueva York.

—Ten —dijo Gulliver entregándole un perro de madera diminuto tallado a mano—. Lo hice para ti. Los perros traen buena suerte.

La carreta anduvo toda la noche por la Ruta de los Castillos, luego tomaron el sendero de la Ruta Romántica en sentido norte. Coraje se mantuvo alerta, dormitando liviano. Al amanecer desayunaron en Wurzburgo, donde cambiaron caballos y continuaron sin parar el resto del día por la Ruta de las Hadas hasta Hamburgo. Llegaron al alba. A Coraje le dolía la espalda de tanto andar por los pedregosos caminos.

—Arriba lagartija —lo despertó un soldado —bienvenido a Hamburgo, hasta aquí llegas, nosotros seguimos viaje hasta Rostock.

—¿Cómo llego hasta el puerto? —preguntó mientras ajustaba su morral al hombro, pero el carruaje ya se había echado a andar.

—Ve hasta la torre, desde allí se ve el mar.

Coraje levantó la vista, una enorme torre con un reloj se levantaba a unos ochocientos metros de distancia. Caminó hasta allí; Sir Jules le había dicho que vendrían a él.

—El arcángel San Miguel victorioso sobre el mal —dijo una voz varonil detrás de él, refiriéndose a la escultura sobre la torre del reloj.

—¿Viktoria? —preguntó Coraje.

—¿Acaso parezco mujer? —se mofó —Viktor es mi nombre y tú debes ser el muchacho que viene de Hohenzollern. Bienvenido a Hamburgo, la Puerta de Alemania. Zarpamos en una hora. Pensábamos que no llegarías a tiempo. ¿Ya has probado las salchichas alemanas?

El hombre sonrió y apoyando su mano en su espalda lo invitó a acompañarlo. Entraron en un pub y ordenaron el desayuno. Viktor era un charlatán agradable, de esos que generan confianza con facilidad. Pero a pesar de hablar por los codos, Viktor parecía intranquilo y movía los ojos de par en par.

—Nos vieron.

—¿Quiénes?

—Wiccas.

Viktor dejó unas monedas sobre la mesa y salieron del pub apurados, caminaron por la costanera y se internaron en el puerto. Devolvió sin demasiada expresividad los saludos a los marineros que se cruzaban y descendieron por un muelle. Tras golpear tres veces el casco de una embarcación venida a menos, les abrieron la escotilla.

Se trataba de un barco pesquero de peso mediano. Estaba sucio y por donde mirabas había algo emparchado, el olor a pescado tumbaba.

—Cuando lleguemos a altamar el olor desaparecerá, bienvenido al *Toro Viejo* —dijo y lo llevó hasta un camarote, ante la mirada poco amistosa de la tripulación.

Coraje se recostó sobre la estrecha cama y una vez más sintió una punzada en un costado de la panza, seguida de otra cerca de las

costillas. El ataque abdominal lo paralizó. Luego su cuerpo comenzó a temblar.

Viktor entró en la habitación y lo encontró temblando sobre el catre. Coraje señaló su morral y Viktor metió la mano sacando uno de los goteros. Cuando Coraje tomó su medicina el dolor cedió.

—No me dijeron nada en Hohenzollern sobre este temita.

—Lo siento —se disculpó.

—Mantén tu medicina contigo —dijo y salió del camarote golpeando la puerta. —Lo que sea por dinero —lo escuchó decir Coraje.

ORINADO

Cuando Coraje se despertó, no recordaba dónde estaba, ni cuánto tiempo había pasado; olfateó algo delicioso, por un instante creyó que estaba en la pequeña mansión en el número 16 de la calle 20, en el exclusivo barrio del Gramercy Park. Diciembre horneaba unos pancakes, hasta que el movimiento ondular le recordó que estaba a bordo de una embarcación. Viktor tenía razón, el olor a pescado podrido había desaparecido en altamar.

Se incorporó con molestias. Se lavó la cara. Estaba pálido y más huesudo que nunca. Entre la odisea a Hohenzollern y la Carrera de las Casas había bajado varios kilos.

Afuera, en la cubierta, hacía frío, la bruma no le permitía ver más allá de unos pocos metros.

—Así que este es el pasajero americano. Vaya forma de dormir. Debes ser alguien importante. Pagaron demasiado oro para traficarte hasta Londres en un inmundo barco pesquero —dijo un marinero mientras intentaba encender un húmedo cigarro.

—¿Por qué alguien querría ir a Londres? Los ingleses tienen pésimo gusto; pescado y patatas fritas, es todo lo que saben hacer; los escoceses, en cambio…

—¿Dónde estamos? —preguntó Coraje.

—Meridiano 53, Mar Báltico… la bañadera de Neptuno, aunque también podríamos decir que estamos parados en la cubierta de un horroroso buque pesquero.

—No se ve nada.

—Hasta que crucemos el Báltico, la bruma será todo lo que verás, estás desabrigado. ¿Quieres un cigarro? ¿Cuántos años tienes? No conozco Norteamérica. Tampoco me interesa hacerlo, Yanquis, hot dogs… ¡Qué basura! ¡Los escoceses, en cambio, ja!

—Gracias, no fumo.

—Haces bien, estos cigarros alemanes saben a flatulencia de gorila, los cigarros escoceses, en cambio…

—¿Apuesto a que usted es Escocés?

—Mis ancestros lo eran, no entiendo por qué se fueron de ese hermoso país. ¡Qué desgracia!

—¿Conoce Escocia, supongo? —preguntó Coraje.

—En mi mente, todo lo que puedo ver es Escocia; sin embargo, nunca me he atrevido a pisarla. Temo jamás poder salir; dicen que las praderas son más verdes, los edificios bajos y las mujeres atrevidas, aquí, en cambio, todo es bruma. Mi nombre es Grey.

—Timotheo Coraje —respondió.

—Vaya apellido, ¿Le haces honor?

—Lo intento.

—Veo que ya ha conocido a Grey, habla mucho, friega poco —los interrumpió Viktor.

—¿Vienes a desayunar? —lo invitó. Entraron a la cocina del barco, los marineros a bordo del *Toro Viejo* eran parcos, ninguno se detuvo para saludar.

—¿Estás mejor? —preguntó Viktor.

—Fue solo un dolor de estómago —respondió.

—Nunca había visto a un muchacho temblar así por un dolor de estómago, espero que esa medicina que traes haga su trabajo, no hay doctor a bordo del Toro Viejo; el que más sabe de medicina es Muriel, el sacamuelas.

—¿Quieres café? —ofreció el cocinero. Era un hombre grande, de origen oriental, estaba transpirado; no tenía pelo y se podían ver los pliegues de grasa en su cuello.

—Gracias —contestó; bebió un sorbo y no pudo evitar sentir la acidez. —Sabe a orina —protestó.

—Lo es —se rió el cocinero y todos en la cocina comenzaron a burlarse.

Ni a Timotheo Coraje ni a quien les cuenta esta historia les importó que el cocinero pesara 114 kilos. El muchacho se abalanzó sobre el cocinero sin pensarlo, mientras los marineros vitoreaban y reían. Le costó varios minutos separar sus manos de su grasienta cara. Finalmente, el cocinero lo tomó del cuello con una sola mano y lo sentó en la silla con fuerza.

—Regla Número 1: Nadie critica mi café. Regla Número 2: Me vuelves a tocar y te parto el cuello. Regla Número 3: No la recuerdo, pero si la rompes te mato.

—Idiota —murmuró.

—En alta mar dicen que la orina es lo mejor para el dolor de estómago —sonrió Viktor—. Nuestro buen amigo solo quería ayudar. Vamos, sirvan un café decente al muchacho —ordenó.

—No, gracias —replicó y se retiró a su camarote, mientras los demás marineros seguían tentados de la risa.

—Son unos imbéciles —se escuchó la voz de Viktor reprendiéndolos, pero luego el mismo Viktor entró a reír a carcajadas. —Orina, je, je, je... Vaya recibimiento.

EL FANTASMA

DEL MAR DEL NORTE

El almuerzo y la cena de los próximos días no fueron mejores. Todas las comidas sabían a trampa, una cola de ratón, un clavo oxidado; el colmo llegó con un trozo de papel dentro de una empanada con la leyenda, “con este pergamino, me limpié el intestino”.

Fue la tercera noche cuando Coraje decidió salir a hacer su primera visita. —Verschwinden —dijo y apareció en la cocina del barco. Un marinero dormía sobre la mesa con una botella de licor en la mano.

Coraje tomó un trozo de pan, galletas, manteca, un chocolate, leche y devoró agazapado en un rincón. Luego dejó los restos sobre la mesa junto al marinero que dormía para incriminarlo.

A la mañana siguiente, cuando el cocinero entró a la cocina y vio al marinero rodeado de toda esa comida, lo tomó de las barbas y se las prendió fuego.

Fue la cuarta noche cuando Coraje se vio tentado a vengarse de aquel asqueroso cocinero. Cambió de lugar absolutamente todos los ingredientes. Intercambió sal con azúcar, miel con mostaza, café molido con pimienta y le echó querosén a uno de los barriles de vino. Por último, mezcló la mermelada con excremento y desapareció usando su paraguas.

Aún no amanecía cuando comenzaron a escucharse insultos y las patadas desde la cocina. Parecía una batalla campal; volaban gritos, ruidos de espadas y golpes. El cocinero se estaba peleando con todos los marineros. Se escuchó la llave de su camarote girar. Coraje se levantó de su litera haciéndose el distraído, Viktor lo miró, gruñó y volvió a echarle llave al cerrojo.

Esa noche Coraje tenía planeada una jugada más. —Verschwinden —susurró y esta vez apareció en la habitación donde los marineros dormían.

Había olor a rancio y flatulencia. Contuvo la respiración unos segundos para evitar la náusea. Los marineros descansaban a sus anchas sobre literas de doble altura. Tomó un puñado de fósforos y encendió unas medias viejas iluminando la habitación.

Una mano tomó su pantalón con fuerza antes de salir.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

—Fuego —respondió tapándose la boca para hacer que su voz sonara más grave y desapareció de regreso a su camarote, donde se acostó y simuló estar dormido, mientras disfrutaba las corridas, golpes y tropezones en el barco. Los marineros gritaban “fuego” sin entender de dónde venía el incendio, hasta que se escuchó “hombre al agua”, “hombre al agua”. Se detuvieron los motores del buque y se escuchó cómo bajaban un barco de emergencia.

Más tarde, el cerrojo de su camarote se abrió. Era Viktor, quien lo obligó a ir a cubierta junto al resto de la tripulación. —Bien, tienen hasta el mediodía para decirme quien hizo la estúpida broma del fuego —los amenazó Viktor.

—Capitán —levantó la mano un tripulante—, creemos saber quién fue. Viktor esbozó una sonrisa y por un momento Coraje pensó que lo habían pillado.

—Es un fantasma, señor; el fantasma del Mar del Norte, capitán.

THE MARY BLUE

En la intersección del Mar Báltico y del Mar del Norte las aguas cambiaban de color. Algunos llamaban a aquel lugar el cruce del fin del mundo. Coraje miraba azorado por la cubierta cómo de un lado el mar era casi negro y del otro celeste, como si alguien desde el cielo hubiera trazado una línea en medio del océano dividiendo el agua en dos.

Según uno de los marineros, en el cruce del mar Báltico con el Mar del Norte, un barco fantasma acosaba las aguas nórdicas. Se trataba de una leyenda sobre un grupo de piratas que habían quedado atrapados en los hielos bálticos, justo en el cruce donde empieza el Mar Nórdico. Desde entonces, su buque, el *Mary Blue,* acosaba a quienes se atrevieran a atravesar sus aguas, claro que hasta ese momento solo se trataba de cuentos poco verosímiles, hasta que el primer proyectil los impactó; una bola de acero había perforado el casco del *Toro Viejo*.

—Nos atacan —gritó un marinero.

—Es el fantasma del mar del norte —gritó otro.

Se oyó un segundo cañonazo y un silbido que cortaba el aire. La bola de acero pasó por encima de la embarcación como un misil e impactó en el agua. La neblina no los dejaba ver de dónde provenía el ataque y la inexperta tripulación entró en pánico. Un arponazo se incrustó en la chimenea de vapor, seguido de un temblor. Un barco envuelto en una nube de polvo brillante colisionó en babor y el abordaje fue imparable. Maniataron a la tripulación y sin necesidad de ejercer violencia tomaron control del *Toro Viejo*.

Luego revisaron la embarcación sustrayendo todo cuanto pudieron: monedas, alcohol, armas. Coraje se escondió en su camarote detrás de la puerta. Tenía el morral colgado y el paraguas en la mano. Estaba listo para desaparecer, pero no tenía claro adónde. Metió su mano en el morral, el amuleto de Drakar fue lo primero que encontró. Lo apretó fuerte. —Verschwinden —susurró y desapareció.

UN PUB EN LONDRES

Coraje apareció sentado en la mesa de un pub en pleno Londres. Drakar bebía alcohol como si fuera la última vez. Se sorprendió al verlo aparecer delante de él.

—Niño, ¿qué haces aquí?

—Estoy en aprietos —le explicó tomando su mano. Luego susurró—: Verschwinden y volvió a aparecer en el *Toro Viejo* junto a Drakar.

Tres piratas saltaron sobre su espalda derrumbándolo al suelo. Drakar estaba completamente ebrio y le costó reaccionar.

Limpiando su barba comenzó a repartir trompadas. Debió haber noqueado más de una docena cuando una voz femenina le llamó la atención.

—¡Drakar!

El vikingo levantó la mirada azorado. Ella se quitó su capucha revelando una cabellera roja enredada hasta la cintura. Estaba vestida en cuero y piel de oso polar.

—¿Viktoria? —preguntó deslumbrado ante la belleza de la corsaria—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Lo mismo me gustaría saber —dijo la mujer. La historia entre Drakar y Viktoria la dejamos para otra novela romántica.

Coraje y Drakar fueron escoltados hasta la cubierta donde Viktoria les contó que el Capitán del *Toro Viejo* no era más que un pobre impostor. Se suponía que ella debía recoger a Coraje en Hamburgo para llevarlo a Gran Bretaña, había recibido la encomienda desde Hohenzollern.

La mujer siguió caminando y colocó su sable sobre el cuello del Capitán —¿A dónde llevaban al muchacho? —preguntó.

—A Londres. Recibimos un pedido cerca de Hamburgo. Una malnacida nos contactó. La paga era buena. No teníamos intención de lastimar al niño. ¿Cierto, muchacho? Solo le cargamos algunas bromas —dijo y se escuchó una risita generalizada de la tripulación.

Viktor era un comerciante del mercado negro, llevaba y traía mercadería por los mares de Europa. Trabajaba a pedido y era contratado generalmente por brujas y contrabandistas. Era un ladronzuelo de baja calaña, seguido por una tripulación de inservibles. Su misión era llevar a Coraje a Londres con Maddam Rodem, una distinguida wicca del Club de las Cien londinense, quien estaba especialmente interesada en conocer al muchacho.

La corsaria deslizó su sable, abriendo las ropas de Viktor y dejando su torso al desnudo, y, metiendo la mano, le sacó tres bolsas con monedas de oro, se llevó una a la boca tratando de doblarla con sus muelas.

—Oro de bruja.

CAMBIO DE RUMBO

Coraje y Drakar abordaron el buque de Viktoria dejando atrás a Viktor y su séquito de maleantes a la deriva.

—¿Qué pasará con ellos? —preguntó.

—Pasarán unas horas antes de que puedan desatarse. Luego volverán a lo suyo: robo, tráfico, más de lo mismo.

—Drakar, ¿nos harás el honor de acompañarnos en el viaje? —preguntó Viktoria con ojos exuberantes.

El vikingo se limpió la barba. —No esta vez —replicó.

—Lamentablemente, es hora de que Coraje me deje en el apestoso pub de donde me sacó. Ya empiezo a sentirme raro. Nos vemos en Londres en unos días.

—Es una pena —se sonrojó—. Bien, escuchen: cambio de rumbo. La entrada a Londres está repleta de wiccas. La cacería del Duke Perro tiene a todos los covens en alerta. Anclaremos en Edimburgo en 3 días. Dejaremos al niño cerca de la escollera sur —dijo Viktoria.

—Allí estaré esperando —afirmó Drakar.

—Verschwinden —dijo sosteniendo el paraguas y volvieron a aparecer en el roñoso pub. Un borracho sentado en una mesa se puso de pie atónito ante la aparición de los dos y luego se desmayó de la curda. Pasó una camarera; Drakar ordenó otra bebida.

—¿Qué pasó con Katia y Diciembre?

—Esos dos sí que me dieron dolor de cabeza. Les seguí el rastro hasta París. Deposité el pago como ordenó Sir Jules, tus amigos ya fueron destroleados.

—¿Dónde están ahora?

—En el motel de enfrente, habitación 9 —explicó Drakar con naturalidad y fondeó el porrón de cerveza. —Otra más —ordenó.

DICIEMBRE Y KATIA

Coraje salió del pub. Todavía no anochecía. La calle estaba atestada de trabajadores regresando a sus hogares. El motel Liverpool era pequeño. Tenía un cartel luminoso descompuesto que brillaba con intermitencia. Cruzó la calle y entró al lobby. La puerta sonó como un cascabel detrás de él. La muchacha en el mostrador miró con cara de desconfiada.

—¿Llueve? —preguntó al notar que llevaba un paraguas en su mano —. El motel está lleno —dijo regresando a su revista.

—Habitación 9 —señaló Coraje.

—¿Lo esperan?

—Solo me gustaría dejarles una nota.

—Un penique el papel, medio penique la pluma.

Coraje sacó un dólar norteamericano de su bolsillo. —No damos cambio en moneda extranjera.

Coraje comenzó a escribir, hasta que le pareció escuchar la voz de Diciembre y Katia bajando al vestíbulo por las escaleras. Cuando la mujer del mostrador levantó la mirada, ya se había marchado.

Diciembre y Katia bajaban por una apretada escalera conversando sobre el clima londinense, a Diciembre se le frenó el corazón cuando lo vio de espaldas. Conocía de memoria esa posición desgarbada, y la curiosa manera de rascarse la cabeza.

—¡Señor! —exclamó el mayordomo, pero ya era tarde, Coraje había salido a la calle y desaparecido en medio de la muchedumbre.

Diciembre salió como un loco, pero solo recibió quejas de peatones que intentaban caminar apurados. Volvió al vestíbulo entusiasmado.

—Parece como si hubiera visto un fantasma —advirtió Katia.

—Acabo de ver a Coraje.

—¿Eh?

—Podría jurarlo por Quebec que estaba parado aquí.

Diciembre se acercó al mostrador, la muchacha le sacaba lustre a la moneda de 1 dólar. —Ese muchacho, ¿qué quería? —la interrogó Diciembre.

—No lo sé, dejó una nota para la 9.

—¿Cómo que dejó una nota? —gritó desesperado—. ¿Dónde?

—Un penique para ver la nota —demandó la mujer.

Katia sacó una moneda de su bolsillo y la apoyó sobre el mostrador de conserjería con fuerza. Luego la mujer sacó una notita y se la entregó.

Diciembre cruzó la calle hasta el Pub de enfrente. Katia lo esperaba afuera. Se encontró con un Drakar prácticamente desmayado de la borrachera, tenía un hematoma en la cabeza producto del garrotazo que había recibido mientras intentaba proteger a Coraje a bordo del *Toro Viejo*.

—Coraje estuvo aquí —exclamó exaltado Diciembre—. Dejó una nota en el vestíbulo del hotel, debemos buscarlo.

—Sí, estuve con él hace unos minutos, ¿Dónde se habrá metido? —dijo Drakar mirando alrededor—. Ah, ya lo recuerdo: desapareció.

—Debemos buscarlo.

—Imposible. Está en altamar. Beba algo —lo animó Drakar—. Coraje los encontrará cuando sea apropiado, mientras tanto, solo podemos beber.

Diciembre pestañeó siete veces mirando el techo, parecía que el vikingo le estaba tomando el pelo; si Coraje estaba en la ciudad era imperioso salir a buscarlo.

—Oiga, hace tres días que se la pasa bebiendo en esta pocilga, no podemos seguir así.

—Verschwinden, pum, se fue, desapareció, estuvo de pasada, ya no está más, como un gas que se te escapa, ¿me entiende?

Diciembre se sentó desganado. —¿A qué vino?

—El muchacho estaba en aprietos, pero no se preocupe. Ya lo resolví —dijo enseñándole su chichón.

—¿No lo notó flaco?

—Ahora que lo menciona… A propósito, ¿no tendrá unas libras?

El mayordomo sacó un fajo de billetes y los dejó sobre la mesa. Luego salió a la calle, Katia lo esperaba en la acera.

—Parece que Coraje está haciendo de las suyas —afirmó.

BABE RUTH

El Mary Blue ancló lejos de la costa. Para llevar a Coraje hasta la orilla, bajaron un viejo bote por estribor junto a dos marineros que remaban silenciosos.

—Si encuentras al Duke Perro, puedes darle una bofetada de mi parte —dijo Viktoria, antes de despedirlo. La bruma no los dejaba ver más allá de un metro, apenas se vislumbraban unas borrosas lucecitas a lo lejos.

La escollera sur era una costa rocosa despoblada. Los remeros del *Mary Blue* lo obligaron a descender entre las rocas y Coraje se mojó los pies hasta las rodillas. El agua estaba helada.

Todavía no amanecía ni la bruma cedía. Entre las rocas filosas Coraje se abrió paso hasta una pequeña playa deshabitada. Miró atrás, ya no había rastros del bote ni los remeros. Se sacó los zapatos empapados. El frío no lo dejaba pensar. Trepó hasta la cima de la escollera con el afán de encontrar algo de civilización, pero apenas llegó a divisar unas luces lejanas. Para colmo comenzó a llover. Buscó refugio entre las rocas tiritando de frío.

Al cabo de unos minutos no sentía ni el dedo gordo del pie. Si no salía de allí, era hombre muerto. Coraje apretó los dientes. Si el desafortunado viaje a Hohenzollern no había sido suficiente como para frenar su determinación de seguir adelante, un pie congelado y un poco de frío no lo iban a detener.

Caminar fue la mejor decisión. El cuerpo comenzó a ganar temperatura y la lluvia cesó. Después de unos minutos de caminata estaba casi seco y se sentía mejor. No tenía la menor idea de dónde estaba. Suponía que Drakar lo estaría esperando. A media mañana divisó a un viajante que caminaba en sentido opuesto, se trataba de alguien grande y el andar le resultaba familiar. Cuando estuvo a menos de doscientos metros, lo reconoció.

—¡Drakar! —gritó.

—Te ves pésimo —se mofó el vikingo—. Lamento la demora. ¿Cómo estás?

—Helado.

—El amuleto, tonto. Puedes usarlo para encontrarme.

—Lo olvidé.

—Mejor, esos viajes astrales traen secuelas.

—¿Qué tipo de secuelas?

—Básicamente, locura, alucinaciones, dolor de cabeza y hasta podrías perder una extremidad.

—¿Dolor de tripas? —preguntó pensando que tal vez era eso lo que le estaba provocando los infartos intestinales.

—Mmm… no que yo sepa, pero podría.

—¿Dónde están Diciembre y Katia?

—Están a salvo, pronto nos reuniremos con ellos; la muchacha encontró al Profesor Novik, Diciembre se quedó con ellos, nos esperan en Londres, pero antes tenemos unos asuntos que resolver.

Se escuchó el sonido como de un motor a los lejos; una nube de tierra se acercaba a toda velocidad por el camino. Cuando los alcanzó se detuvo a un costado tapándolos en polvo. Se trataba de un automóvil negro. Tenía un letrero con la leyenda “Taxi” sobre el techo.

El chofer bajó la ventanilla, no parecía muy amistoso.

—¡Buenos días! —saludó el vikingo.

—Buenos para usted —contestó en un inglés cerrado.

—¿Se dirige a Edimburgo? —preguntó Drakar.

—¿Dónde más?

—¿Puede llevarnos?

—No estoy de turno.

Drakar sacó una moneda que parecía valiosa.

—No estoy de turno —repitió el hombre.

Coraje observó que dentro del taxi el hombre tenía una fotografía de un niño vestido de baseball.

—Baseball —dijo Coraje.

—Mi hijo es un fanático de los Gigantes de Nueva York.

Coraje sonrió y sacó de su morral una tarjeta de Babe Ruth.

—La tarjeta y la moneda.

—Trato hecho —se apresuró en contestar Coraje, con tal de no caminar.

Las ruedas se abombaron cuando Drakar se subió al automóvil. En pocos minutos corrían a buena velocidad por un camino terroso. Drakar estiró sus brazos y se echó a dormir. Coraje, en cambio, se perdió en el paisaje. Escocia tenía toda la paleta de verdes que un ser humano podía llegar a imaginar. La velocidad del automóvil generaba un efecto borroso, mezclando todos los verdes en un único verde de mil colores. Demasiado poético, ¿no? Va de nuevo. Subieron al taxi, las ruedas casi explotan. El vikingo bostezó mientras Coraje veía todo verde.

LAS BRUJAS DE BERWICK

El taxi los dejó en el centro de Edimburgo, se detuvieron frente a un pub a pedido de Drakar. Su informante le había enviado esa dirección para que se encontraran.

Se sentaron en una mesita sobre la vereda —Dos haggis, un whisky y un refresco para el americano —ordenó Drakar. Trajeron dos pasteles de carne, o algo parecido, un vaso de whisky y la popular soda escocesa, Irn-Bru sabor naranja.

Drakar miraba su reloj de mano, todavía faltaba un buen rato para que su informante llegara. Ordenó dos y tres bebidas más antes de levantarse para ir a orinar. Coraje se sentía a gusto. Los escoceses eran gente cálida y amable, el pub estaba repleto. Todos sonreían y bebían cuando una llamativa muchacha se sentó sin pedir permiso en su mesa.

—¿Americano? —dijo riendo.

—No —mintió Coraje mientras disimuladamente apretaba la manija de su morral con una mano y el paraguas con la otra.

—Americano —afirmó la muchacha y, tomando el vaso de whisky que había quedado sobre la mesa, lamió las últimas gotas.

—Está hip-confundida —dijo con la boca entrecerrada simulando un acento inglés poco creíble.

—¿Te enseño a quitar el hipo?

—No hip-gracias.

—Dicen que un buen susto es la mejor forma.

—No soy hip-americano.

—Si tú no eres americano —se burló—, yo no soy hip-bruja —dijo la muchacha abriendo los ojos rojos llenos de cólera.

Coraje se levantó en forma abrupta, mientras que el tonto de Drakar entraba al baño en el ruidoso pub.

Una mano lo tocó por detrás, se dio vuelta, pero no había nadie. De pronto, sintió que le metían un pedazo de tela húmedo en la boca, olía a alcohol y comenzó a marearse. Luego lo arrastraron hasta lo que parecía ser un automóvil. Forcejeó sin éxito, mientras su cuerpo se aflojaba, dejando caer el paraguas en la calle antes de perder el conocimiento.

Drakar salió del baño y fue a la barra por dos porrones de cerveza. Cuando llegó a la mesa vacía, se le borró la sonrisa de borracho, su informante lo había engañado.

Coraje recobró el conocimiento. Estaba en una habitación en alguna parte de Edimburgo, tenía los ojos tapados, veía negro entre manchas de luces que se movían sobre su cabeza. sus pies y manos estaban atados. Un grupo de mujeres discutían entusiasmadas a su alrededor.

—¿Cómo se atreve a haber venido hasta aquí?

—Mequetrefe.

—Niño insolente.

—Yo digo que lo matemos.

—Destripémoslo, mandemos sus pedacitos a Hohenzollern.

—¿Está en la lista, Geillis?

—No lo sé.

—Cortemos su lengua; mejor las orejas, las tiene grandes.

Las mujeres estallaron en carcajadas mientras dirimían qué hacer con el muchacho. —¿No deberíamos avisar a su abuela? —dijo una voz un poco más preocupada.

—Claro que no tonta, las Wiccas de Berwick no rendimos cuentas al Coven de Edimburgo.

LA LEONA

DE EDIMBURGO

Del otro lado de la ciudad, un cuervo aleteaba alterado entre los tejados. Se detuvo sobre una casa de piedra y se coló por una ventana apenas abierta. El cuervo comenzó a cambiar de forma y en unos pocos segundos se transformó en una esbelta señorita.

—Vas a llenar mi living de plumas —se quejó una mujer sin mover un músculo. Estaba sentada en un sofá, su rostro estaba endurecido, parecía no respirar. La luna la iluminó, estaba decrépita. Delante de ella había una bandeja con dos tazas, azúcar y una tetera hirviente.

—Dafne, pero qué horror. ¿Te viste al espejo? ¿Hace cuánto que no tomas tu Liquen?

—Hmm —contestó Kathleen Bulgen, alias Dafne, con amargura. Luego se llevó un extraño anillo a la boca. Con los dientes le quitó la piedra y dejó caer una gota desde el interior del anillo.

En un abrir y cerrar de ojos, su pelo cobró color, sus arrugas se encogieron, la espalda se le enderezó y hasta se le hincharon los pechos. La mujer que había ingresado por la ventana se arrodilló en señal de reverencia. Luego se puso de pie. —¿Vas a invitarme con una taza de té o no?

—Pensé que los cuervos solo comían gusanos.

—Mitad agua, mitad leche, media de azúcar —dijo la invitada y bebió un sorbo, echándose hacia atrás relajada.

—Me imagino que no has cruzado medio Edimburgo a medianoche para beber té con leche —afirmó la dueña de casa.

—¿Qué? ¿Acaso ya no se puede visitar a una vieja amiga cuando se la extraña?

—Vieja sí; amiga no.

—Cuando te cuente lo que esta tarde llegó a mis oídos, vamos a ser un poco más amigas.

—Si es acerca de Ana, prefiero no enterarme de los chismes.

—Tibio —respondió la invitada.

—La última wicca que vino a venderme información sobre Ana todavía está buscando sus ojos —la amenazó Dafne.

—¿Cómo lo quieres, rápido o lento? —preguntó la visitante con seguridad.

—Ya escupe el rumor, cuervo, o…

—Un vikingo apestoso, ¿Te suena?

—Drakar Semptor, guardián de Hohenzollern.

—Está aquí, en Edimburgo.

—Qué raro. ¿Dónde se esconde?

—Está emborrachándose en una taberna en Leeds y la calle 12, llegó hace algunas horas en taxi. ¿Puedes creerlo?

—¿Qué dicen las Leonas?

—Todavía no se deciden, algunas quieren hacerle una emboscada, otras son un poco más conservadoras, prefieren seguirle el rastro, creen que Drakar puede ayudarlas a dar con el paradero del Duke Perro.

—No hay motivo para atacarlo. Es mejor seguirlo. Si el Duke Perro realmente tiene el Diario de Maddam Thenesis lo mejor es vigilar a Drakar.

—Ese vikingo debe haber asesinado más de 300 wiccas —dijo la mujer estrige bebiendo el resto del té.

—Sí, pero ninguna escocesa.

—¿Es una recomendación oficial? —preguntó la estrige a gusto.

—¿Eso es lo que has venido a buscar, cuervo, una recomendación? ¿El rectorado no tiene voz propia?

—El Rectorado no está tan interesado en el vikingo, sino en su peculiar acompañante.

—¿Quién es? —preguntó Dafne, pero la estrige guardó silencio unos segundos creando un clima de suspenso perfecto.

—Es solo un niño —dijo haciéndose la distraída; había estado esperando ver la reacción de Dafne desde que había puesto una pluma sobre su casa.

Dafne escupió su té, como un elefante con trompa. No hicieron falta más aclaraciones.

—Voy para allá.

—Ya no está en el pub, las wiccas de Berwick lo tienen: 555, Murchison Street, si no te apuras, van a destriparlo.

—Imposible, Timotheo está en la lista.

—El niño fue removido de la lista.

Acto seguido la mujer estrige sonrió y en pocos segundos era un cuervo otra vez, se paró en la ventana y se echó a volar mimetizándose con la oscuridad.

Dafne apretó los dientes, debía actuar. En un, dos, tres, ya estaba frente al edificio del 555 en Murchison Street. Derribó la puerta solo con pensarlo. Caminó por un oscuro pasillo hasta un hall principal y allí estaba él.

—Quiten las manos del niño —les advirtió.

—Miren quien llegó —se burló una.

—No es tan niño, ya tiene un bigote —se rió otra colocando sus manos bajo su túnica.

—Voy a contar hasta 3 —sugirió Dafne y automáticamente fue rodeada por las cinco mujeres.

—¿No estás un poco vieja para esto? —advirtió otra.

—1.... 2....

— Vamos, no seas tonta, Dafne.

—3.

Todo duró pocos segundos, Dafne se vio envuelta en un aperreo hombro a hombro contra tres de las cinco brujas. Las otras dos se abstuvieron; enfrentarse con la exrectora del Club de Las Leonas de Edimburgo era poco estratégico.

La primera en caer desmayada fue Euphemia Maclean, seguida de Agnes Dugan, la tercera en postrarse de rodillas frente a la feroz leona fue Geillis Duncan. Las tres habían sido entrenadas bajo su supervisión, varias decenas de años atrás.

Dafne se tocó una costilla, tenía sangre, aunque rápidamente autosanó. Las tres brujas derrotadas se fueron incorporando para volver a la carga. Aunque esta vez Dafne fue menos benevolente, tomó a Agnes por detrás asfixiándola.

—Un paso en falso y le parto el cuello —las amenazó.

—Si lastimas a una de nosotras, el niño no saldrá con vida de esta habitación —la contraamenazaron.

—Tampoco ninguna de ustedes —dijo apretándole más el cuello, luego la soltó. —¿Acaso se volvieron locas? El niño está en la lista —

afirmó Dafne.

—Ya no lo está —le explicaron.

—Hasta donde yo sé, el niño está en la lista, punto final —reafirmó.

—La lista de los muertos —murmuró una de ellas.

Dafne era fuerte, y podía dar batalla a las tres, pero ya no era lo suficientemente rápida como para garantizar la seguridad de Coraje.

—Puedes llevarte al niño, solo estábamos jugando —dijo Geillis Duncan.

—¿A cambio de qué? —preguntó sabiendo que había un precio por pagar.

—Tu recomendación para la postulación de Euphemia, en la próxima asamblea.

—Ya no participo de asambleas.

—La próxima vez lo harás.

—Trato hecho —prometió cortando su muñeca dejando caer su sangre. Las otras hicieron lo mismo. Luego sus cicatrices autosanaron. Dafne soltó las ataduras en las manos de Coraje.

Lo primero que hizo el muchacho fue intentar quitarse el vendaje, pero ella lo detuvo. —Mejor no verles la cara —susurró.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Tu hada madrina.

Afuera estaba húmedo, el aire lo despabiló como una taza de café. La mujer alzó la mano y un taxi apareció como por arte de magia. Coraje pensó en escapar, no había dudas de que esa mujer era una bruja, pero no tenía muchas opciones.

—No tienes que venir si no quieres —sugirió leyendo su mente.

—¡El paraguas! —exclamó.

—¿Perdiste algo? —preguntó Dafne.

—Sí, el paraguas.

—Creo saber quién puede tenerlo, mañana vamos a recuperarlo, ahora necesitamos salir de aquí —le explicó y subieron al automóvil alejándose entre la neblina.

BOGART DE BOEHM

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí? —demandó Coraje en el automóvil.

—Mi nombre es Kathleen Bulgen, alias Dafne, soy tu tía abuela y no quiero nada de ti.

—¿Quiénes eran esas mujeres?

—Brujas.

—¿Y también usted?

—También.

Coraje estaba sorprendido, no tenía ningún registro de una tía abuela, aunque sabía perfectamente que su madre había migrado desde Escocia cuando era joven. Si bien las matemáticas tampoco eran su fuerte, las cuentas cerraban. El automóvil anduvo unos minutos, luego se detuvo ante una casita modesta con una puerta muy alta. La mujer golpeó dos veces con suavidad.

—¿Quién se atreve? —dijo una voz grave.

—Dafne.

—Solo conozco una Dafne y hace más de 15 años que no sale de su casa.

—Vamos, Bogart, abre la puerta.

—¿Estás sola?

—Sabes perfectamente que hay un muchacho parado junto a mí.

—¿Quién es? ¿Traes *Liquen* contigo?

—Si no abres la puerta de una vez…

Un hombre de aproximadamente un metro noventa los hizo pasar. No parecía muy feliz con la visita.

—Solo es por unas noches —explicó Dafne.

—Esto no es un hotel —se quejó Bogart. Su casa lucía un tanto recargada, había adornos y antigüedades en cada rincón. Sobre las paredes colgaban cientos de cuadros de todas las formas y tamaños a punto tal que ya no quedaba espacio libre en las paredes.

—No toquen nada —advirtió.

Antes de convertirse en un traficante, Bogart de Boehm había servido a la Guardia Prusiana en Hohenzollern. Harto del régimen militar, había desertado y negociado una amnistía a cambio de información clasificada. Básicamente, un traidor. Dafne había participado del acuerdo cuando aún era Rectora del Club de las Leonas de Edimburgo.

—¿Cuál es la historia de este? —se mofó el hombre al verlo entrar.

—Demasiado cuento para lo que queda de noche, necesitamos dos camas.

—Sus habitaciones están abajo.

Coraje se desplomó en un catre; un último pensamiento invadió su cerebro antes de caer dormido, tenía una tía abuela que cuidaba de él.

Antes de cerrar los ojos, sintió un puntazo en la boca del estómago, se apresuró en colocar las gotas debajo de la lengua, llevaba más de cincuenta días con esos dolores.

CHARLA DISPARATADA

Las mejores charlas suceden en los lugares menos pensados, como por ejemplo un ascensor, una panadería, o en una casita perdida en Edimburgo, de un comerciante desertor, entre un niño que no tiene la menor idea que hace allí y una tía abuela bruja.

Coraje se despertó con aroma a tostadas y huevos revueltos penetrando sus fosas nasales. Miró por la ventana, apenas estaba amaneciendo; la niebla escocesa bloqueaba la vista. Notó que sobre una silla habían dejado una toalla, jabón y un peine. Señal de que debía asearse.

El baño de huéspedes parecía en desuso. Se acercó a mirar las canillas: una decía “fría” y la otra “también”.

—Súper.

Coraje se duchó en 6 segundos.

Dafne y Bogart hablaban sobre el paradero del Duke Perro cuando lo vieron entrar cortaron su conversación abruptamente.

—Buenos días —sonrió—. El agua estaba helada.

—¿Queja o un comentario? —lo cruzó Bogart.

—Comentario.

> —Existen dos tipos de personas en el mundo: las que se quejan y las que tienen éxito.

—Bogart, eres un gigante quejoso —se burló Dafne—. Ven, acércate. Déjame ver ese rostro, igualito a su madre.

—Mi madre está muerta —replicó.

—Oh, no lo sabía. ¿Y de qué murió?

—No lo sé, no hablo con muertos —contestó.

—Si quieres, puedo enseñarte. Hablar con los muertos es divertido —contestó Dafne—. Aunque no creo que sea necesario. Ana está vivita y coleando; de hecho, está esperando una bebé.

—Esto es una charla o una discusión —acotó Bogart—, porque hay dos tipos de personas: las que conversan y las que discuten.

Dafne largó una carcajada. —Ay, Bogart, eres insoportable. Ahora vamos a lo importante: ¿qué diablos haces en Edimburgo, niño?

Coraje se limitó a levantar los hombros y luego se tragó dos tostadas más. Realmente no sabía qué hacía allí. El plan era ir a Londres para encontrarse con Diciembre y Katia.

—Bien, ¿vamos a recuperar ese paraguas o qué?

JEAN MACKENZIE

A media mañana, el mercado central de Edimburgo estaba colmado. Decenas de puestos ofrecían alimentos, frutas, adornos, ropas, vasijas y vino. Coraje jamás hubiera imaginado que su primera cacería de brujas sería en plena luz del día, mucho menos que se trataría de una tan bonita.

—Nunca te enamores de una bruja —sentenció luego de darle una serie de consejos sobre cómo sorprender a la joven aprendiz. El plan era el siguiente: primero Dafne se acercaría para pedirle información, luego él entraría en acción cuando le diera la señal.

Jean Mackenzie se paseaba sonriente por los pasadizos entre los puestos, robando bocadillos y baratijas que le llamaban la atención sin que nadie lo notara. Dafne se acercó y susurró una típica adivinanza al oído de la muchacha.

—Dos colas entran a una madriguera, salen seis.

—Es una prueba bastante tonta —se burló la chica.

—Adelante…

—Dos ratones entraron a una madriguera. Son una pareja. La ratona hembra dio a luz a 5 ratones que se comieron al ratón macho. Por eso salieron 6 colas: la de la madre ratona y las de sus 5 ratoncitos. Es un acertijo bastante viejo.

—Bien, Jean Mackenzie, ¿qué más sabes hacer además de responder acertijos?

—No te conozco —contestó la joven aprendiz y continuó caminando.

—Hmm, es extraño porque yo sí te conozco. Eres una de las nuevas aprendices del Club de Edimburgo. El cuerpo de la muchacha se tensó.

—Tranquila, no voy a hacerte daño. ¿Ya conseguiste una madrina para tu ceremonia de iniciación?

La muchacha giró la cabeza interesada.

—Apuesto a que la recomendación de una exrectora sería suficiente para conseguir lo que quisieras.

La muchacha titubeó, pero la presencia de Dafne era solemne.

—Antes una demostración —exigió desconfiada.

Dafne sacó un cuchillo debajo de su túnica y se hizo un corte profundo en el antebrazo que tardó apenas unos segundos en autosanarse.

Los ojos de la aprendiz se encendieron. Jean Mackenzie anhelaba convertirse en una Leona del Club de Edimburgo. La muchacha guio a Dafne hasta un callejón y con una patada derribó un tacho de basura descubriendo una puerta escondida. Entraron.

—Vas a necesitar un alias para la ceremonia, ¿Tienes algo en mente? —sonrió Dafne—. ¿Qué tal la palabra más horrorosa del mundo y el nombre más bonito?

—Wicked Maggie —respondió Mackenzie entregándole el paraguas.

—Tiene potencial —respondió.

Cinco minutos más tarde, Dafne salió. Llevaba el paraguas consigo. Se alejó unas cuadras hasta encontrarse con Coraje. El muchacho estaba agradecido. Aunque Coraje no lo decía, el paraguas era la forma de sostener a su padre.

—¿Cómo lo lograste? —preguntó agradecido.

—Hicimos un trato justo —sonrió. En ese instante, Coraje era embestido a máxima velocidad por una saeta rubia. Cuando levantó la vista solo alcanzó a ver la cabellera de la muchacha alejándose con el paraguas.

—¿Qué? —dijo indignado.

—No dije que iba a ser fácil.

Coraje se incorporó de un salto y explotó en velocidad detrás de la muchacha. Los zapatos le incomodaban y se los fue sacando a medida que corría.

La muchacha era rápida. Apenas llegaba a divisar su cabellera rubia a la distancia. Ella conocía la ciudad como la palma de su mano, mientras que Coraje parecía un turista. Decidió concentrarse en la melena amarilla. La ladrona se adentró en el mercado central intentando perderle. Coraje recibió todo tipo de insultos mientras tropezaba con la gente y los puestos ambulantes.

Cuando terminaron de atravesar el mercado, había acortado la distancia. Se dirigía calle abajo hasta una suerte de panteón abandonado con antiguas ruinas de edificaciones sajonas.

Coraje continuó la carrera ocultándose detrás de un automóvil que se dirigía en la misma dirección. La muchacha miró hacia atrás y creyó haberle perdido. Se detuvo a recuperar el aliento. Cuando levantó la vista, era demasiado tarde: Coraje le apuntaba al medio del cuerpo a toda velocidad.

Coraje envolvió a la ladrona en sus brazos y juntos rodaron al suelo, anteponiendo su espalda para amortiguar la caída. El muchacho sintió un raspón, seguido de un dolor en el hombro. Jean Mackenzie se levantó intacta y lo miró.

—Idiota —se burló.

Tomó el paraguas y se alejó corriendo mientras Coraje se levantaba hecho pedazos del suelo. Sin pensarlo, se lanzó detrás con mayor determinación. La próxima vez no tendría piedad.

Se adentraron a toda furia por las calles céntricas de la ciudad y casi fueron atropellados en un cruce de esquinas. Coraje le seguía el paso con firmeza. Estaba decidido a atraparla. Ella volteó un tacho de basura para entorpecer la carrera, pero nada parecía detenerlo.

Llegaron hasta una calle sin salida. Al final quedaba una reja que decía *No Trespassing*. La chica aceleró su carrera y saltó limpia la reja de más de dos metros de altura.

Coraje se detuvo. Esa maniobra estaba fuera de su alcance. La muchacha también frenó al otro lado de la reja festejando su victoria.

—Si te das por vencido, te devuelvo el paraguas —sonrió Jean Mackenzie.

Dafne sonrió al ver a Coraje entrar a la casita de Bogart con el paraguas. —Pobre muchacha, ¿qué le hiciste?

—La dejé ganar…

—Excelente forma de tratar a una dama. ¿Por qué no tomas una siesta? Debes estar agotado.

CÓMO MATAR A UNA WICCA

Deben ser más de cien los capítulos que tiré a la basura para poder publicar esta novela. Eran tantos los personajes, tantas las tramas paralelas, que debería haberle dedicado 30 horas por día durante diez años. Imposible para un padre de familia con tres hijos y cuentas que pagar. Pero este capítulo no lo pude borrar. En esta especial ocasión, quien relatará este capítulo no seré yo, sino Kathleen Bulgen, alias Dafne…

Mi hermana Úrsula era una rebelde sin causa. Esos genes se repiten una y otra vez en algunas familias. Úrsula se casó con un hombre acaudalado, un empresario francés, Renard, quien, como debe ser, jamás supo que Úrsula era una bruja.

Úrsula y su marido murieron envenenados en el cuarto de un hotel la misma semana en la que mil brujas murieron en todo el mundo de idéntica manera. ¿Coincidencia? Claro que no. Fue una maniobra desde la cúspide de Hohenzollern, más arriba que Sir Jules Le Blanc, promovida por la Dragonesa de Blanco, sus varones y Mathilda la Conversa.

Mathilda, actual mujer de Sir Jules Le Blanc, es la traidora más buscada del planeta. Se cree que colaboró desde adentro brindando información precisa sobre el tipo de veneno que debía utilizarse.

Verán, para matar a una wicca hay solo tres formas exitosas de conseguirlo: cortarnos la cabeza, atravesarnos el corazón o quemarnos en las llamas. Morir envenenadas era impensado.

Esto provocó caos entre todos los clubes del mundo, poniéndonos en un lugar de vulnerabilidad ante nuestros enemigos. El veneno en cuestión se llama *mandravila,* y basta un dardo o la punta de una espada contaminada para matar a una de nosotras. La *mandravila* se puede fundir con plomo y hasta es posible fabricar balas con ella.

Muy pocas brujas podían tener acceso a esa información. Por su formación y edad, más de 1873 años, Mathilda era una de las pocas que podía saberlo. Mathilda es una de las seis nómades originarias, una de las primeras hijas de Maddam Thenesis. En nuestra jerga, se hace llamar la Sombra. Es buscada por los siete mares. Su cabeza vale un barco en oro. Si pusiera un solo pie fuera de Hohenzollern estaría muerta.

Úrsula y su marido Renard tenían una joven hija. Ella tenía apenas 5 años cuando Úrsula y Renard fueron asesinados. Su nombre era Ana Wilson. Debo reconocer que convertirme en madre adoptiva a los 250 años no estaba en mis planes, pero mi sobrina era encantadora.

Ana no era una chica fácil. Tenía un temperamento terrible, así como también todas las cualidades para convertirse en una gran wicca. Cuando Ana tenía apenas 17 años, mi carrera estaba en auge. Estaba a punto de ser nombrada rectora del Club de Las Leonas.

Me hubiera gustado que Ana se quedara en Edimburgo, pero no había lugar para ella en nuestro coven. Había una larga lista de espera de aprendices y ella estaba comenzando a descarriarse. Si no era iniciada en algún club se podría echar a perder.

Fue entonces cuando surgió una oportunidad que no pude dejar pasar, una vieja amiga, la Secretaria del Club de Nueva York, Doris Bottinghoward, invitó a Ana a Manhattan para conocerla. Sorprendida ante las innatas habilidades de la muchacha, la tomaron de inmediato como aprendiz para el Club de Nueva York.

Ana era inquieta y apasionada. Nueva York la cautivó desde el primer minuto, la forma de vestir, la música, los edificios. Parecía hecha a medida para el nuevo mundo.

La prueba que Ana debía cumplir para convertirse en una bruja en el Club de Nueva York era infiltrarse en la vida de los Coraje, con el fin de obtener información sobre Hohenzollern. El blanco final era tu abuelo Hugo, sus vínculos con Sir Jules Le Blanc y el Diario de Maddam Thenesis. Se cree que el Diario de Maddam Thenesis tiene la clave para desterrar a todos los covens del planeta.

El problema sobrevino cuando Ana realmente se enamoró. El Club de Nueva York tardó bastante en enterarse de la traición, ellas creían que la muchacha estaba simulando una doble vida, todos lo creíamos. Ana se había infiltrado en el corazón de los Coraje, tenía acceso a la mansión, a la casa de campo donde se ocultaba Hugo, a todos los papeles de la familia, correspondencia, libros y conversaciones. Pero con el embarazo, Ana decidió abandonar el juego y dejó de cooperar con su coven.

De a poco fue obviando información en sus reportes, no obedecía a sus superiores, ni asistía a las reuniones. Se empezó a correr el rumor de que Ana había cambiado de bando y que estaba trabajando para Hohenzollern.

Hubo un juicio en Manhattan, yo misma estuve presente. Las rectoras del Club estaban ensañadas con castigar a Ana, a pesar de los intentos de mi buena amiga Doris Bottinghoward, Secretaria del Club de Nueva York, decidieron sentenciar a Ana a muerte. Yo misma ofrecí mi cabeza como garante por la vida de mi sobrina, pero mi voz no fue escuchada.

Finalmente, la Matriarca del Club de Nueva York, Algora Fredderick, se presentó en medio del juicio modificando la condena. Se acordó con los Coraje simular un entierro y desde entonces Ana ha sido rehén de Lord Morlocke con quien vive en Islandia. Morlocke es intocable, controla el negocio de la *mandravila*. Probablemente sea el hombre con mayor poder de la Tierra. Un simple mortal.

Hay algo más, pero Coraje no debe saberlo; el muchacho va a ayudarnos a capturar al Duke Perro y recuperar el Diario de Maddam Thenesis para poner al Club de Edimburgo en la cima otra vez; el secreto del dragón escondido será nuestro.

TLON, UKBAR,

ORBISTERTIUS

A la mañana siguiente Coraje se despertó con malestar. El dolor de estómago era brutal. Apenas llegó a colocarse unas gotas bajo la lengua antes de que empezaran las convulsiones.

Era hora de encontrar a Drakar; tomó el paraguas y el amuleto de madera que el vikingo le había obsequiado —Verschwinden —dijo y apareció en un pub mugroso. Drakar estaba tirado en el suelo desmayado de la curda.

—Muchacho —se alegró de verlo. Drakar tenía serios problemas con el alcohol. Coraje le entregó una nota con la dirección de la casa de Bogart.

—¿Acaso crees que soy tan irresponsable? Sé que estás con Dafne. Solo me estaba tomando un recreo. Dile al viejo Bogart que Drakar está en camino y que prepare las llaves —le ordenó. Coraje asintió y desapareció con su paraguas.

Una hora más tarde Drakar tocó el timbre en la casa de Bogart, estaba bien peinado y sin resaca. La capacidad del vikingo para recuperarse era impresionante.

—¿Hasta cuándo planean usar mi casa como club de amigos? —se quejó Bogart al verlo pasar. Ambos se conocían de épocas pasadas cuando Bogart solía defender los intereses de Hohenzollern. En lo que respecta a Dafne, sus pelos se erizaron solo de verlo entrar.

—Depende de ti, Bogart —comenzó Drakar—. ¿Vas a decirnos dónde están las llaves?

—¿De qué tipo de llaves estamos hablando? —contestó haciéndose el desentendido.

—*Tlon, Ukbar, Orbistertius* —exclamó Dafne.

—¿Alguna pista, Bogart? —preguntó Drakar.

—Ni la más remota idea —respondió rascándose la nariz.

—Hay solo dos formas de entrar en la fortaleza del Duke Perro, una es utilizando las 3 llaves, *Tlon, Ukbar y Orbistertius*, y la otra es a través de un *Draven* —dijo Dafne.

Bogart comenzó a rascarse las muñecas nervioso.

—Estuve haciendo algunas averiguaciones —dijo Drakar—. Resulta ser que en los últimos días un hombre con una descripción bastante similar a la tuya, Bogart, ha estado intentando adquirir un *Draven*.

—¿Qué es un *Draven*? —preguntó Coraje.

—Lo más parecido a un perro que puedas imaginarte —afirmó Bogart —. Y si es cierto que he estado buscando uno, ¿qué hay de malo en ello?

—¿Quién te lo encomendó, Bogart? —preguntó Dafne.

—No lo sé.

—¿Una bruja? —inquirió Dafne.

—La identidad de mis clientes es reservada.

—¿Para qué quieren las llaves?

—El Duke Perro se robó algo importante —dijo Drakar.

—¿Algo como qué?

—El Diario de Maddam Thenesis, escrito de puño y letra por ella —afirmó Dafne sin rodeos.

—Ahora entiendo por qué tantos interesados.

Bogart se puso de pie, sobre la pared del comedor había al menos unos 60 cuadros, descolgó uno diminuto y lo colocó sobre la mesa. Luego caminó hasta el living. Sobre la chimenea había otra docena de cuadros, seleccionó uno de ellos también extremadamente pequeño.

Los ordenó uno al lado del otro. —A veces la mejor forma de esconder algo es la más obvia. Con ustedes, Tlon y Ukbar.

—Falta una llave —dijo Drakar.

—El tercer cuadro está guardado en la sala de armas de Hohenzollern —confesó Bogart.

—Creo que esto es lo que buscan —los interrumpió Coraje sacando de su morral un cuadrito—. Papá me lo dio cuando fuimos a la sala de armas en Hohenzollern, Sir Jules Le Blanc nos había autorizado a ingresar.

—Mathilda lo planea todo —dijo Dafne—. Maldita malnacida.

Bogart colocó los 3 cuadritos sobre la mesa. En el primer cuadro había un dibujo de una llave colgada en una pared, un dóberman negro la custodiaba. En el segundo, la llave estaba apoyada sobre una mesa. Debajo de ella, un ovejero alemán no le quitaba la vista. En el tercero, la llave estaba colgada del collar de un gran danés que dormía sobre una alfombra.

—Las tres llaves para entrar a la fortaleza del Duke Perro, *Tlon, Ukbar y Orbistertius*. Las llaves fueron diseñadas por Sir George Louis, un experto cerrajero, el Duke Perro le encargó el trabajo en persona.

—Bien, es hora de conseguir esas llaves —afirmó Drakar mirando fijo a Coraje—. Es simple, tienes que usar el paraguas para robar las tres llaves y poder entrar a la fortaleza del Duke Perro.

—¿Tengo que meterme en un cuadro?

—¡En tres! Solamente tienes que imaginártelo, y viajar allí usando el paraguas, tu padre podía hacerlo con los ojos cerrados —lo desafió Drakar.

LAS TRES LLAVES

Coraje se detuvo a analizar el primer cuadro, era una habitación pequeña y húmeda. Había una ventana por la que se veía un árbol con un neumático colgando de una soga. En la habitación había un espejo de pie, dos viejas sillas y una alfombra rayada. Sobre una mesa había un plato con una suerte de sopa con vegetales de la que salía humo. Dos candelabros iluminaban tenuemente las paredes.

—Creo que lo tengo.

—¿De qué color es el collar que lleva el perro?

Coraje titubeó con un lento «ehhhh».

—Esto va a llevarnos más tiempo —se quejó Drakar.

—¿Qué? —preguntó el muchacho.

—Debes aprender la imagen de memoria, como si hubieras estado allí, no puedes perderte ningún detalle, ¿Viste los ratones y el bistec, el neumático en el árbol? ¿Y el silbato?

—¿Qué silbato?

—Créeme muchacho, que no es un silbato. Es el silbato —dijo Bogart abriendo los ojos grandes.

Coraje miró de nuevo, abajo a la derecha se veían tres ratones merodeando un jugoso pedazo de carne y sobre la pared, colgando de un clavo, había un piolín con un silbato.

—Puedo conseguirte cien mil libras por ese silbato —se entusiasmó Bogart.

—Solo debes traer la llave —le advirtió el vikingo.

Coraje cerró los ojos y comenzó a repasar el cuadro en su mente; pared, ventana, neumático, soga, mesa, sopa de verduras, humo, ratones, dóberman negro, collar marrón, mancha de humedad en el techo, candelabros tenues. —Verschwinden —dijo apretando el puño de su paraguas y apareció en la habitación. El dóberman se sorprendió y se abalanzó sobre Coraje. —Verschwinden —dijo y volvió a la casa de Bogart, trayendo accidentalmente al dóberman junto a él.

—No en mi sala de living —se quejó Bogart.

—El silbato —exclamó Bogart —¿Puedes traerlo?

Coraje tomó el paraguas y volvió a meterse en el cuadro, sin el perro guardián en la escena, los 3 ratones ya estaban masticando el pedazo de bistec. Tomó el silbato y regresó a la casa de Bogart otra vez. Para entonces el dóberman los tenía acorralados a los tres.

Coraje colocó el silbato en su boca, tenía sabor a tabaco y sopló. El dóberman se echó a dormir como un bebé, seguido de Drakar y Bogart. Solamente Dafne se mantuvo en pie.

—No funciona en mujeres ni niños, solo perros y hombres —le explicó.

—Vamos, hay que arreglar este desastre —sonrió Dafne—. Debes llevar el dóberman de regreso al cuadro y usar el silbato para tomar las otras dos llaves. No hay tiempo. El Club de Edimburgo sabe que estás aquí.

—Verschwinden —volvió a decir Coraje y regresó con las otras dos llaves.

Dafne tomaba té, sentada en el sofá. Drakar y Bogart empezaban a recuperar el conocimiento cuando golpearon a la puerta.

—Son ellas, vienen por Coraje.

Aún somnoliento, Bogart los guio hasta la cocina. Empujó el horno y levantó una tapa. Unas escaleras descendían en la oscuridad.

—La escalera llega hasta los viejos túneles de Edimburgo. Sigan las cruces marcadas en el suelo, desembocarán directamente en la estación del tren. Desde allí deben coger un boleto hacia el puerto de Oban y cruzar en el *ferry CalMac* hasta la isla de Mull. Para llegar a la fortaleza del Duke Perro deben usar la primera llave, la cual abre una puerta secreta en el Castillo Duarte, pregunten por Sir Héctor, él los guiará.

Golpearon a la puerta otra vez, Bogart corrió a atender. Se trataba de una mujer, seguida por dos escoltas.

—¿Dafne? Qué raro verte fuera de tu casa, te va a dar un resfrío.

—Apenas si podías atarte los cordones cuando te reclutamos. ¿No me presentas a tus guardaespaldas?

—¿Dónde están esas ratas? —demandó la wicca—. Registren la casa —ordenó.

Mientras tanto, Drakar y Coraje salían por una alcantarilla, directo a la estación de ferrocarriles. Una locomotora echaba vapor, mientras los pasajeros se apuraban en subir. Drakar compró dos boletos con destino Oban.

LA ISLA DE MULL

Coraje estaba incómodo, al igual que durante el viaje por la Selva Negra se veía envuelto en situaciones donde debía actuar por cuenta y orden de otro, o por instinto de supervivencia. Para alguien a quien le gustaba decidir qué hacer y cuándo, esto se tornaba irritante. Y para este narrador también, ¿Qué clase de protagonista se deja llevar de un capítulo a otro sin poder torcer el rumbo de las cosas? Solo alguien que está estudiando la situación.

Por la noche llegaron a la isla de Mull, ubicada en la costa oeste de Edimburgo, se hospedaron en el único albergue del pueblo de Tobermory con vista a la bahía. Desgraciadamente, el castillo Duarte estaba en proceso de reparación. Cualquier visita ajena al clan local no era recibida.

Por la mañana se sentaron a desayunar en un pub con vista al océano. Ordenaron comida. Coraje se alimentaba como un troglodita.

—¿Adónde va a parar toda esa comida? —se burló Drakar—. Cerveza —ordenó el vikingo—. ¿Qué? ¿Hay horario para beber?

—¿Qué esperamos para buscar a Sir Héctor?

—No podemos llegar a un poblado donde todos se conocen y empezar a hacer preguntas. Debemos ser cautelosos. Mientras tanto, disfruta el aire del mar —agregó bajando la voz—. Hay una sola cosa que debes tener presente para evitar problemas mientras estemos en Mull: evita mencionar a los Campbell y a los MacDonald; son mala palabra por aquí.

A Coraje se le ocurrió una pésima idea. Pidieron la cuenta y salieron a caminar. Se detuvieron frente a un negocio de ropa *The Tartan Mull*.

—No vendemos ropa a turistas —se adelantó el hombre en el mostrador.

—No somos turistas. Nuestros antepasados son escoceses y la madre de este muchachote también lo es.

—Inchequeable —contestó cruzando sus brazos el vendedor.

—Venimos desde Nueva York —soltó Coraje.

—Nueva York es escocesa —afirmó el hombre—. Todas las ciudades lo son; por definición, todo lo que el sol toca es escocés.

—¿Qué hay de Londres? —preguntó Coraje.

—Londres siempre está nublado —dijo el hombre escupiendo al suelo —. Será mejor que se retiren.

—Es una lástima. Sir Héctor nos recomendó que viniéramos aquí —mintió Drakar.

—¿Por qué no empezaron por ahí?

El hombre salió detrás del mostrador con una cinta y les tomó las medidas. Luego les pidió que esperaran y entró al depósito detrás del local donde guardaba los uniformes.

—No hay forma de que me ponga una pollera —susurró Coraje.

—No seas niña —se mofó Drakar.

Mientras les preparaban el pedido, Drakar se puso a husmear una libreta color azul con los datos de la clientela, que había quedado sobre el mostrador. Eran pocos los habitantes en la isla de Mull. Le tomó un instante dar con la hoja donde estaba la dirección de Sir Héctor, la arrancó y se la metió en la boca. El sastre volvió entusiasmado y prácticamente los obligó a probar los uniformes. Estaba extasiado con su trabajo.

—Guarde el cambio —dijo Drakar pagando la cuenta. El vikingo estaba encantado con su nuevo uniforme.

Salieron a la calle. Coraje estaba tentado. Si sus amigos en Old Tower School llegaran a enterarse, su reputación estaría perdida. Drakar se metió la mano hasta la garganta para sacar el papel babeado con la dirección de Sir Héctor y se lo enseñó.

—No voy a tocar eso.

—¿Desde cuándo tan delicado? —protestó el vikingo.

—¿Desde que uso pollera? —contestó y ambos rieron.

—Siente la brisa —contestó Drakar abriendo un poco las rodillas.

SIR HÉCTOR

Sir Héctor vivía en una colina desde donde se podían ver las costas de Mull con sus casitas de colores de un lado y el castillo Duarte del otro. Cuando llegaron estaba sentado en el pórtico, hamacándose en una silla mecedora. Tenía el pelo gris-blanco, bigote en punta y una mirada aguileña. Les llamó la atención que la casa era demasiado grande como para un solo hombre.

—Buenos días —lo saludaron.

El hombre levantó una ceja, sin mover ningún otro músculo de su rostro. —Un paso más y disparo —advirtió.

—Sir Héctor —dijo Drakar inclinando la cabeza.

—Ese acento no es de aquí. ¿De dónde sacaron esos disfraces? Es una ofensa grave usar uniforme del clan sin autorización.

—¿Podemos tener unas palabras? —insinuó Drakar levantando las manos en son de paz.

—Si vienen por la casa ya fue vendida.

—Venimos de parte de Bogart de Boehm.

Se sentaron en el pórtico. Sir Héctor entró a la casa y regresó con una bandeja con té. —Es todo lo que puedo ofrecerles.

—Vamos a ser lo más francos posible, Sir Héctor —lo interrumpió Drakar—. No tenemos mucho tiempo. Bogart dijo algo acerca de que usted podría guiarnos hasta el Castillo Duarte.

—Lo que queda de él —lo corrigió Sir Héctor—. Si vienen de parte de Bogart, asumo que traen las llaves.

Drakar afirmó con la cabeza.

—Se harán pasar por familiares. Procuren no decir nada. Ese horrible acento los delataría. Si nos cruzamos con Sir Lachlan, solo sonrían.

El castillo de Duarte era un emblema para los habitantes de la isla de Mull, las constantes embestidas de los clanes Campbell y Mac Donalds habían provocado la ruina visible del edificio, pero sus cimientos estaban intactos; había mucha expectativa puesta en la próxima restauración y el acceso era restringido por las obras.

La luna bañaba las paredes de piedra del castillo, cinco arqueros custodiaban desde las tres torres. Sir Héctor les pidió que aguardaran afuera. Unos minutos más tarde la puerta lateral del castillo se abrió.

Dos guardias *duardianos* los guiaron hasta el interior del castillo. Desde allí atravesaron varias salas. Luego los llevaron hasta una escalera descendente donde los guardias se detuvieron y solo ellos dos, seguidos por Sir Héctor, bajaron. Hacía frío y estaba húmedo.

—Allí está —dijo Sir Héctor iluminando una puerta de madera con su candelabro. Sobre ella, la leyenda *Tlon* se inscribía en acero fundido.

La puerta era de roble grueso. Tenía pesados herrajes y una cerradura en el medio. Del otro lado solo había una pared de piedra, como si alguien hubiera colocado una puerta arbitrariamente para burlarse de la esencia misma de las puertas.

—La llave — ordenó Sir Héctor.

Drakar introdujo la llave suavemente. Luego giró el cerrojo en sentido contrario a las agujas del reloj y la puerta se abrió. Del otro lado solo había pared. Drakar puso las manos sobre las piedras hasta dar con una pequeña ranura donde había una segunda cerradura oculta, e introdujo la llave otra vez. La pared se quebró y se abrió suavemente dejando ver un pasadizo oculto.

El camino al principio era angosto y descendente. Hacía calor y había tan poco oxígeno que las lámparas se extinguieron. Era como caminar a oscuras. Coraje tenía la sensación de que si bien estaban

bajando, se movían cuesta arriba; se veía una luz tenue al extremo del pasadizo.

El túnel conducía hasta un bosque, donde una muralla gruesa de piedra se levantaba. Rodearon la muralla unos kilómetros hasta llegar a una segunda puerta con la leyenda *Ukbar*.

Drakar introdujo la segunda llave y pasaron. Del otro lado un paisaje completamente diferente los esperaba.

—Es como estar en Versalles —dijo Sir Héctor. El pasto parecía un campo de golf, perfectamente cortado, con árboles impecables distribuidos simétricamente en el parque. En el centro había una pileta rectangular de unos trescientos metros de largo, a sus costados, en ambos lados se apostaban estatuas de perros. Al final de la pileta se podía vislumbrar la fortaleza del Duke Perro en todo su esplendor. Una construcción geométrica con adornos celtas.

Caminaron por el parque cautelosos. El lugar parecía abandonado. Se detuvieron en el pórtico de la enorme casa. Sobre la puerta principal se podía leer la leyenda *Orbistertius*.

A Coraje le pareció ver una figura extraña a través de una ventana, pero Drakar le ordenó que guardara silencio. El vikingo introdujo la tercera llave; lo habían logrado: estaban en la fortaleza del Duke Perro.

EMBOSCADA

La casa del Duke Perro era un gran cuadrado con habitaciones que daban a un patio interno. Lo primero que a Coraje le llamó la atención fue el espejo de proporciones monstruosas sobre la pared de la sala principal. Debía tener al menos veinte metros de largo por siete de alto.

La casa parecía vacía. Los zapatos retumbaban mientras la recorrían sus salones. Todo estaba demasiado tranquilo. Al cabo de una hora llegaron a la conclusión de que no había nadie más.

—¿Qué buscamos? —preguntó Sir Héctor.

—El Diario de…

—Nada —lo interrumpió Drakar.

Coraje entró a una sala donde había decenas de trofeos de animales embalsamados colgados de la pared, desde leones enteros y monos con colmillos feroces hasta un oso gris. El lugar parecía el museo de ciencias naturales en el Upper West de Manhattan. Sobre la pared también había armas empotradas con descripciones textuales de cómo y cuándo los animales habían sido cazados.

En la habitación había un mueble muy alto cubierto por una sábana. A Coraje se le estremeció la piel cuando la retiró. Se trataba de uno de esos deformes engendros que había visto en el escritorio de Sir Jules Le Blanc, en Hohenzollern.

Una biblioteca sin espacio para un libro más completaba la escena junto a un escritorio en desuso. Coraje sopló el polvo sobre un marco que guardaba una fotografía. Le sorprendió reconocer a su padre, mucho más joven, posando junto al Duke Perro con un cigarro en su boca. Había algo en el rostro del Duque Perro que le resultaba familiar. Coraje sacó la fotografía del marco en busca de alguna pista. Sobre el reverso decía: *“Para mi hermano mayor, James”. 11/08/1980*. Y la firma de Sir Benjhamin debajo.

No tenía recuerdos ni memoria claros de James, más que su voz en la casa de campo en Vermont jugando naipes con su padre. Coraje se refregó los ojos. ¡El Duke Perro era su tío James! ¿Por qué nadie se lo había dicho?

Metió la fotografía en su morral con cuidado entre dos páginas de un cuaderno para que no se arrugara; técnicamente no era un robo.

Entre tanto descubrimiento no se percató de los ladridos, seguidos de pasos pesados hasta que escuchó la voz de Drakar gritando: —¡Corre!

—¿Qué sucede? —preguntó mirando de lado a lado.

—Perros —le gritó Drakar.

Antes de pestañear tenía a dos perros negros gruñéndole. Drakar lo levantó de un brazo esquivando una mordida filosa. Corrieron hasta la sala principal de la fortaleza, donde se toparon con una jauría de más de cincuenta perros furiosos.

—¿Por qué no me dijeron que era mi tío? —protestó.

—¿El Duke Perro es tu tío? —preguntó Sir Héctor.

—Rápido, el silbato —ordenó Drakar.

Coraje metió la mano debajo de su camisa y sopló fuerte; inmediatamente los perros cayeron acostados al suelo en un profundo sueño, seguidos de Drakar, quien también sucumbió. Sin embargo, Sir Héctor se mantenía de pie. Coraje recordó las palabras de Dafne días atrás en casa de Bogart, cuando ella le había dicho que el silbato no funcionaba sobre brujas ni niños y que únicamente afectaba a perros y adultos.

—Lo siento —dijo Sir Héctor antes de transfigurarse en una hermosa mujer.

—Tú no eres Sir Héctor —la incriminó—. Tú eres…

—Dafne —contestó su tía abuela con solemnidad—. Lo siento. La mujer había tramado la emboscada. Dafne había logrado ganarle a todos los covens la carrera por descubrir la fortaleza del Duque Perro.

LORD ZARACEN

Unos minutos más tarde un séquito de 12 wiccas entraron en la fortaleza. Ataron a Coraje y registraron todo en busca del Duque Perro y de cualquier indicio del Diario de Maddam Thenesis.

Hacía décadas que Las Leonas del Club de Edimburgo querían dar con la fortaleza del Duke Perro. Coraje las escuchaba cómo se reían mientras daban vuelta la casa buscando evidencias. Jean Mackenzie se encontraba con ellas.

Respecto a Drakar, usaron un perfume para despertarlo y le ordenaron que cargara a todos los perros dormidos hasta los caniles y luego lo encerraron junto con ellos. Cuando la jauría despertara Drakar iba a estar jodidamente jodido.

Luego de una hora de revisar toda la construcción llegaron a la conclusión de que ni el Duque Perro ni el Diario de Maddam Thenesis estaban allí. El asunto seguía siendo un misterio: el misterio del Duque Perro.

—Quítenle el paraguas y el silbato —ordenó una de las wiccas.

Dafne se interpuso. No deseaba cargar con la muerte del hijo de Ana. Solo les permitió llevarse el paraguas. Respecto al silbato, intencionalmente lo colocó en la chaqueta del muchacho guiñándole un ojo antes de salir. Una vez solo, Coraje comenzó a moverse intentando sacarse las ataduras. Tenía que hacerlo antes de que los perros lo atacaran.

—Psssst —escuchó una voz ronca. Miró a todos lados, pero no había nadie.

—Psssst —volvió a oír.

La voz provenía de arriba. Miró al techo. Había un agujero que antes no estaba allí. Le sorprendió ver una “cosa” a través del hueco en el

entretecho, era una suerte de hombre muy peludo o un perro muy humano, que se asomaba. La cosa arrojó una soga y bajó.

—Hola —dijo acercando su hocico para olfatearlo. A Coraje le pareció que movía la cola, como perro.

—¿Puedes soltarme? —dijo estirando una mano.

La cosa peluda titubeó. Primero sacó el silbato del bolsillo de Coraje y se lo guardó para él. El silbato pertenecía a su amo, el Duque Perro, desde que este se había marchado, controlar a la jauría había sido imposible. Por ello Lord Zaracen se mantenía oculto en la fortaleza. Luego con sus dientes mordió las sogas y lo liberó.

—Lord Zaracen —encantado.

—Timotheo.

—Coraje —lo interrumpió—. Pude olerlo a kilómetros. Rápido, será mejor sacar a tu amigo del canil antes de que los perros se despierten.

—¿Dónde está el Duke Perro? —preguntó Drakar.

—No lo sé. Es un misterio. Deben irse de aquí —les advirtió—. Están llegando wiccas de todo Gran Bretaña. Puedo olerlas a kilómetros de distancia. Fueron muy tontos al abrir las tres puertas.

Respecto a Lord Zaracen, deben saber que es un ser salido de otro lugar, un lugar difícil de acceder llamado *Cassadonia* y que poco tiene que ver con esta historia. No hay mucho más que contar; es un ser de lo más astuto, un poco mentiroso, pero de buen corazón.

PLAN B

Drakar resolvió que era hora de aplicar el escenario B, viajar con Coraje solo ponía al muchacho en mayores apuros. El plan de Le Blanc había fracasado. Ni el Duque Perro ni el Diario de Maddam Thenesis estaban allí. El vikingo debía regresar a Hohenzollern a rendir cuentas de la misión fallida. Coraje seguiría viaje hasta Londres para reencontrarse con Diciembre y Katia. Fin de la aventura.

Drakar se marchó agazapado por donde habían venido. Coraje, en cambio, fue guiado a la salida trasera de la fortaleza. Desde allí, Lord Zaracen lo guio por los jardines traseros hasta llegar a una especie de escotilla desde donde se abría paso un túnel oscuro.

—Hasta aquí tengo permitido llegar. Debo volver. Si el Duke Perro regresa, se pondrá furioso cuando vea el desastre que las wiccas han dejado.

—Al finalizar el túnel llegarás a la superficie. Una vez fuera, estarás a medio día de caminata de Fort William, desde allí puedes coger un tren directo a Londres.

Coraje estrechó su mano y Lord Zaracen bajó la cabeza para que se la rascara como a un perro.

La fortaleza del Duke Perro estaba ubicada en una especie de triángulo de las Bermudas, su entrada y salida violaban las reglas físicas convencionales. Al cabo de medio día de caminar a oscuras, sin comprender si iba hacia abajo o hacia arriba, divisó un rayo de luz al final del túnel.

MISS GREENICH

El final del túnel desembocaba en la ladera de una montaña. Coraje salió por la grieta de una gran roca. Decidió que sería ventajoso marcar la roca con crayón en caso de que tuviera que regresar.

Vagando sin mucho sentido, comenzó el descenso por un fino sendero. Coraje no tenía la más mínima idea de dónde estaba, ni este narrador tampoco. Pero supongo, por los dichos de Lord Zaracen, que estaba cerca de Fort William. Las luces que se divisaban a lo lejos más tarde lo confirmarían.

Un granjero cuidaba unas ovejas unos metros más abajo. Cuando Coraje pasó a su lado y el hombre le ofreció conversación. El granjero le explicó que ese sendero que seguía desembocaba en un arroyo caudaloso y que sería peligroso cruzarlo. En cambio, le recomendó bordear la ladera de la montaña para llegar a Fort William por el este. El camino era apenas unas horas más largo, pero el destino más seguro. Coraje siguió las indicaciones, sin tener la menor idea de que la Señorita Greenich estaba haciendo de las suyas otra vez.

GEORGINA STORMBACK

Coraje caminaba confiado. La idea de Londres y reencontrarse con Diciembre eran sinónimos de comodidad. También extrañaba a Katia. Pero otra parte de él no estaba lista para regresar. Había pasado por muchas situaciones riesgosas a cambio de absolutamente nada.

A media mañana, vio una pequeña casa de piedra muy bien cuidada, con una amistosa chimenea humeante cuando su estómago empezó a quejarse. Pero esta vez sentía algo diferente. No solo el estómago le generaba punzadas, también le faltaba el aire. Revisó su morral y bebió de su gotero, pero esta vez no surtió efecto. Comenzó a transpirar frío y su cuerpo se aflojó, al punto tal que perdió el conocimiento y se desmayó.

Se despertó con algo que le lamía la cara, seguido de un ladrido de guardián, posiblemente un perro, sin embargo no vio a nadie más que a una mujer parada a su lado mirándolo. Debía tener aproximadamente unos 65 años, su piel era blanca y delicada, sus ojos eran dos océanos azules, llevaba el pelo corto blanco, bien peinado; su rostro transmitía serenidad.

—¡Arthur! —exclamó—. Vamos, ya deja de jugar. Lo siento, Arthur puede ser un poco desubicado, pero algo me dice que le caes bien. Mi nombre es Georgina Stormback.

—Creo que tengo algo para usted —dijo Coraje y ella lo invitó a pasar.

La mujer le preparó un emparedado y Coraje le entregó el sobre de cuero con las semillas que la Señorita Greenich le había encomendado.

Georgina Stormback no se sorprendió. La señorita Greenich era una cliente estable de su negocio. Georgina era una herbolaria; en su invernadero crecían las especies más exóticas que podían conseguirse en todo Gran Bretaña. Es por ello que recibía frecuentes

visitas de médicos, curanderos e incluso wiccas con pedidos muy específicos.

—¿Me permites revisarte? —le preguntó y el muchacho aceptó. Algo en ella le generaba confianza. —Mmm… es increíble que sigas en pie, si no hacemos algo, vas a llegar a Londres, pero con los pies hacia adelante.

—Solo dígame qué tengo.

—Tapeworm *devorantis in ómnibus*. Tienes una lombriz alojada en tu intestino, del tamaño de una serpiente, comiendo todo lo que entra en tu estómago.

Coraje miró su panza horrorizado y vio que algo se movía. No era la primera vez que lo sentía, pero jamás supuso que era una serpiente.

—¿Has sentido picazón? Ya sabes, en la parte por donde las cosas salen.

—Algo —contestó avergonzado.

—Es una señal de que ya no entra en tu cuerpo, podría salir por allí o por la boca, las he visto salir a través del ombligo en algunos cadáveres también.

Coraje miró a Georgina Stormback desesperado.

—La medicina que vienes tomando hace que la lombriz crezca despacio, pero no la detiene. El bicho se alimenta de todo lo que tú comes, cuando alcance un tamaño respetable, no habrá bocadillo que la detenga y seguirá alimentándose de lo que encuentre a su paso: tripas, órganos y cuando no encuentre más nada saldrá en busca de tus ojos. Eventualmente, la cosa te comerá vivo —sentenció la mujer.

—¡Hay que sacarla!

—Lo haremos, pero antes necesito una cosa.

—Le daré lo que sea.

—¿Sabes cómo atrapar una gaviota?

—¿Es una broma?

—Necesitamos una gaviota antes del atardecer.

INSTRUCCIONES PARA

ATRAPAR UNA GAVIOTA

—¿Cómo se supone que voy a atrapar una gaviota?

—Voy a anotarlo en un papel para que no lo olvides —dijo Georgina Stormback y tomando un lápiz escribió unas breves líneas.

—Vuelve con una antes del atardecer, la vamos a necesitar. Puedes llevarte mi bicicleta. Estamos apenas a 15 minutos del mar. No olvides llevar una jaula para aves y la pala.

Georgina le preparó un pan con sal y también unas semillas con un sabor horrible para que comiera. Las lombrices solitarias odian la sal y las semillas la mantendrán ocupada digiriendo un buen rato.

La bicicleta de Georgina Stormback tenía un banderín con los colores de la bandera inglesa y una pequeña patente con la leyenda: *God Save The Queen*. Con un par de pedaleadas largas, se deslizó colina abajo hasta la playa. El sonido de las olas, golpeteando contra la orilla lo llevó mentalmente a las playas de Nueva York, aunque el paisaje era brutalmente diferente: mar abierto.

Tomó las instrucciones de Georgina Stormback y las siguió al pie de la letra. Primero arrojó una buena cantidad de migas de pan, papas y algo de pescado frito a su alrededor; luego se puso a cavar. Las costas de Fort William tenían arena oscura y húmeda, no pudo hacerlo muy profundo porque el agua comenzó a emanar desde el fondo. Hacer un pozo en donde entrara todo su cuerpo le llevó hasta el mediodía. Finalmente, se fue tapando con arena hasta dejar solo su cabeza afuera, la cual cubrió con una lona.

La mayoría de las gaviotas estaban paradas sobre unas rocas, retozando al sol, a unos cien metros. Al cabo de media hora las aves comenzaron a entrar en confianza, caminando y picoteando trozos de comida a pocos metros de donde Coraje estaba enterrado.

Finalmente, una un poco distraída se acercó lo suficiente como para caer en la trampa. Coraje salió debajo de la arena como una momia que resucita en medio del desierto y atrapó al ave con las dos manos envolviéndola en la lona. La gaviota luchó unos segundos aleteando y picoteando, pero rápidamente se dio por vencida.

Coraje estaba orgulloso; las indicaciones de Georgina Stormback habían funcionado. Luego cargó el ave y la pasó a una jaula de alambre que había atado al asiento trasero de la bicicleta.

Empujó la bicicleta inglesa por la arena pesada y pedaleó en sentido inverso barranca arriba hasta llegar sin aliento de regreso a la casa. Georgina Stormback estaba cortando unas hierbas de su huerta cuando lo vio entrar tocando la campanilla de la bicicleta, con su flequillo volando. El muchacho sonreía orgulloso, con su trofeo enjaulado. Apoyó la bicicleta contra un árbol y le mostró la presa.

—Bien hecho. ¿Tienes hambre?

—De gigante.

—¡Excelente! —exclamó mientras podaba una flor y anotaba algo en un cuaderno.

—No vamos a comernos la gaviota, ¿cierto?

—Claro que no, ¡qué idea más retorcida!

Georgina le explicó que no podría volver a probar bocado hasta no terminar con el procedimiento completo.

—Si nos apuramos podemos terminar con todo esto antes del atardecer.

Coraje asintió y ella lo invitó a pasar. La casa olía fatal, Georgina se había pasado la mañana mezclando ingredientes en sus tubos de ensayo hasta lograr la fórmula esperada.

La mujer le solicitó que pasara a una habitación y que se recostara. Coraje apoyó la jaula con la gaviota que miraba intrigada sobre una

cómoda y se acostó. Georgina sacó unas sogas de un armario.

—Bien, ahora vamos a ver si realmente confías en mí —dijo.

Georgina sujetó con fuerza pies y manos a los extremos de la cama, luego trajo un líquido que olía horrible y se lo aplicó en la boca. Coraje quiso vomitar, pero tenía que tolerarlo.

Luego la mujer se sentó al costado de la cama y comenzó a tejer mientras tarareaba una canción.

—¿Qué esperamos? —preguntó.

—Que despierte.

—Pueden pasar semanas entre ataque y ataque —le explicó.

—Se despertará en cualquier momento, el cebo para aparearse las vuelve locas.

—¿Aparearse? —preguntó empezando a arrepentirse—. ¿Y qué hacemos cuando se despierte?

—Tendrá hambre, se moverá buscando alimento.

—Entonces…

—Hay dos métodos —le explicó Georgina—. No creo que quieras conocer mucho más.

—Prefiero saberlo.

—Bien, primero trataremos de sacarla por las buenas. ¿Alguna vez saliste de pesca? Podría ser por la boca o por el ano y, si la pesca no da resultado,, tendremos que abrirte el estómago antes de que ella lo haga. Coraje miró a su alrededor y notó que sobre una de las mesas había cuatro cuchillos diferentes y algunos artefactos quirúrgicos.

—No estoy seguro —confesó—. ¿Y la gaviota?

—Solo necesitaba un poco de espacio para prepararme, además, supuse que el ejercicio podría abrirles el apetito —dijo la mujer sonriendo.

—¿Abrirnos?

—A ti y a la lombriz.

Coraje comenzó a transpirar frío, dudando si no había cometido el peor error de su vida al aceptar el tratamiento. ¿Y si la mujer era una bruja y solo estaba jugando con él? Nadie tenía idea de su paradero. Nadie reclamaría jamás por su cuerpo.

Coraje sintió el primer retorcijón. Georgina se acercó y le levantó la remera. Algo se movía rápido en sus intestinos.

—Se está quejando.

Coraje se quejó también: primero un poco, luego más, hasta gritar de dolor.

Georgina Stormback lo miró con sus dos ojos azules pacíficos y le rogó que respirara profundo mientras con sus manos iba haciendo presión sobre su estómago, como si estuviera guiando a la cosa hacia su garganta.

—Debes permanecer tranquilo. Es posible que se abra paso mordiendo. Si cree que tus signos vitales están bajos, saldrá sin dar demasiada pelea. Vamos, sal de ahí, gusano —rogó Georgina, pero la lombriz parecía haberse detenido.

La mujer volvió a colocarle más cebo en la boca y la lombriz empezó a moverse en forma brusca otra vez. Coraje podía ver su panza revolviéndose, como si tuviera un niño tratando de salirse.

Gritó de dolor otra vez y le pareció ver a Georgina Stormback un tanto dubitativa. Luego la mujer tomó una tanza y colocó un trozo de carne con un anzuelo en el extremo.

Coraje sintió arcadas y se resistió.

—Debes tragar, es la única forma. ¡Es ahora! Debes tragarlo —le ordenó otra vez empujando el trozo de carne con sus dedos.

La tanza le raspaba la garganta y Coraje comenzó a toser como si fuera a ahogarse. Georgina Stormback sostenía la tanza con firmeza hasta que sintió el tirón. Le rogó que a partir de ese momento respirara solo por su nariz. Después comenzó a jalar despacio, mientras el muchacho empezaba a ponerse azul, verde, morado. Tenía bloqueadas todas las vías respiratorias debido a la lombriz.

Georgina jaló con más fuerza. La lombriz trataba de volver al estómago llevándose la carnada consigo. Si eso sucedía, no tendría más remedio que abrirle.

Jaló con paciencia una vez más, intentando no cortar la tanza. Coraje ya casi no respiraba, sus ojos se fueron hacia atrás junto con su lengua. De pronto, la Señora Stormback pudo ver por la boca la cabeza de la lombriz.

La cosa era más grande de lo que Georgina creía. Jaló un poco más y con una mano abrió la jaula donde estaba la gaviota, la cual no dudó en pararse sobre el pecho de Coraje mientras con su pico intentaba pescar la cabeza de la lombriz.

THE WHITE HORSE

Coraje se preguntó si así se sentía morir. Una voz dulce de una mujer que jamás había escuchado le contestó que sí. Era como si flotara por el espacio negro y oscuro y, al final, una luz más blanca lo esperaba. Pero no era una luz. Era un caballo blanco. Por su hocico salía un vapor que le mojaba el rostro. Junto al caballo estaba la espada del León de Hohenzollern.

Algo golpeó su pecho con fuerza. Se trataba de Georgina Stormback reanimando su corazón. Una gaviota lo observaba con cara de tonta, mientras intentaba meter su cabeza en su boca, dejando plumas en su garganta.

—Abre la boca grande. Es ahora.

Coraje hizo lo que ella dijo. Abrió la mandíbula dejando entrar casi media gaviota en su garganta, el ave se movía enloquecida y al cabo de unos segundos sacó su cabeza hacia fuera. Tenía la cola de la lombriz en su boca. Comenzó a jalar hacia atrás, mientras la cosa se resistía e intentaba meterse nuevamente por su garganta hasta que el ave logró sacarla por completo. La cosa debía medir casi dos metros.

Con una bocanada de aire, Coraje recobró el conocimiento; estaba temblando y completamente sudado. Llegó a mirar a tiempo la batalla: la gaviota cortó en pedazos a la lombriz y se la devoró como si fueran fideos.

La habitación era un asco. Había restos de sangre, saliva, pedazos de lombriz por todos lados. Tras un vaso de agua fría con un polvo que Georgina introdujo para curar su cuerpo por dentro, se recostó a descansar.

Se despertó unas horas más tarde con el aroma de algo exquisito llegando desde la cocina. Se levantó algo dolorido, pero de buen tinte. La pesadez que arrastraba desde hacía meses había desaparecido. Se sentía liviano otra vez y especialmente agradecido: Georgina Stormback le había salvado la vida.

OTRA VEZ

BULLIE ROCKS

La casa de Georgina Stormback estaba repleta de libros de herbolaria, plantas, semillas y rarezas del mundo vegetal. Su jardín, en el patio trasero, era lo más parecido al Edén.

Se trataba de una obra majestuosa de la naturaleza. El césped era de algodón. Había flores de todos los colores, formas y tamaños. Las macetas llevaban nombres de decenas de especies. El aroma era sublime, no había perfumes suficientes en el mundo para explicarlo.

Coraje se vio tentado a quedarse una larga estadía recuperando fuerzas antes de marchar a Londres, pero una noticia cambió sus planes. Georgina Stormback enterró las semillas que le había traído de parte de la Señora Greenich y escribió un nombre extraño sobre la maceta.

—Me pregunto de dónde las saca. —susurró mientras terminaba de tapar las semillas. Luego trajo una botella con un líquido y roció la maceta con un vaporizador. Coraje llegó a ver que las semillas brotaban al instante formando una suerte de capullo.

—¿Por casualidad no has visto a Sir Arthur? —le preguntó preocupada. Habían pasado dos días desde su llegada, pero en ningún momento había visto señales de su perro Arthur.

—Hay algo que no entiendo —dijo Coraje trayendo de nuevo a la Señora Greenich al foco de la conversación—. No estoy seguro de si sus intenciones eran ayudarme o simplemente me utilizó para traficar sus semillas de liquen hasta aquí.

—En ambos casos, ¿qué importa? La verdadera pregunta, jovencito, es quién sembró esa lombriz en tus intestinos. Por su tamaño, la debes haber incorporado varios meses atrás.

—¿Cómo se siembra una lombriz?

—Generalmente, comida alta en azúcares. El cacao es ideal para mantenerlas vivas cuando son pequeñitas. La persona que te las dio te quería muerto, sin lugar a dudas, pero quería que fuera lento y no dejar rastros.

Coraje trató de hacer memoria. Se concentró en lo ocurrido seis meses atrás. en Manhattan. Cualquiera podría haber introducido chocolate en su dieta, en las compras de Diciembre, en el colegio, en prácticamente cualquier confitería en Nueva York por donde hubiera pasado.

—Es imposible saberlo —protestó.

—Como sea, eres afortunado de que la Señorita Greenich te diera esas medicinas. Cualquier otro muchacho en tu lugar hubiera caído muerto al mes. En ese momento Coraje sostenía una regadera con agua que soltó al piso.

—Bullie Rocks —exclamó.

—¿Qué?

—Bullie Rocks. Es mi culpa.

—¿Qué sucede, niño? —preguntó la mujer preocupada al ver que Coraje se angustiaba cada vez más.

—Fue en Nueva York, unos meses atrás, mi amigo Bullie Rocks y yo viajábamos desde Manhattan a Brooklyn en busca de una estúpida pista para atrapar a un supuesto asesino que resultó ser un mero jugador de baseball, venido a menos —dijo sin pestañear.

—Fue en el vagón del tren. Comenzamos a platicar con una anciana. Al principio parecía inocente. Nos preguntó por nuestras madres y luego nos ofreció unos panecillos de chocolate. Mi amigo Bullie comió dos y yo, uno —recordó agarrándose el flequillo.

—Si esos panecillos tenían las lombrices, me temo que tu amigo está…

—Muerto —dijo y una lágrima furiosa brotó de uno de sus ojos.

—Tal vez solo tu bocado estaba contaminado —sugirió Georgina para tranquilizarlo.

—No lo creo. Desde aquel día, Bullie Rocks y yo comenzamos a faltar a la escuela por problemas similares. Necesito recuperar mi paraguas. ¿Puede ayudarme?

—Tal vez Sir Arthur pueda ayudar. Es bueno rastreando. Ven aquí, Arthur —dijo silbando. Coraje vio cómo entre las plantas algo comenzaba a moverse. Luego escuchó unas pisadas seguidas de un jadeo. —Eso es, buen chico —agregó Georgina.

Se escuchó un ladrido; Coraje miró a su alrededor. Le pareció que una cola golpeaba contra su pantalón y, bajando la mano, sintió una enorme cabeza peluda. Sin embargo, no podía ver al animal. Sir Arthur era invisible a los ojos de Coraje.

—No es posible.

—Dudas demasiado. Sir Arthur es un *Draven*. Puede guiarte adonde le indiques. Luego volverá hasta Fort William conmigo. Te lo presto una temporada. El perro ladró dos veces.

—Dice que le caes bien y creo que ya sabe dónde llevarte.

Georgina le preparó unos deliciosos emparedados que Coraje metió en su morral y salió sin mucha convicción detrás del perro.

SIR ARTHUR

Valiéndose de los ladridos y de plantas que se movían a su paso, Coraje siguió al animal invisible, —jamás pensé que iba a escribir una frase tan rara—, de regreso a las Highlands por donde había venido. Londres se volvía a alejar.

Al segundo día de merodear por las montañas, Sir Arthur encontró la grieta en la ladera de la montaña marcada con un crayón por donde Coraje había salido. El camino de regreso por el túnel fue más rápido, cuesta abajo. Además, desde que había expulsado a la lombriz de su cuerpo, el muchacho se sentía a cada paso más vigoroso. Fue así que en pocas horas logró llegar hasta el fondo del túnel de regreso a la fortaleza del Duke Perro.

Entraron por una puerta lateral. La casa estaba ordenada, Lord Zaracen se había estado ocupando de la limpieza, pero, como de costumbre,, estaba escondido.

Sir Arthur se mostraba inquieto buscando entusiasmado un rastro. El perro comenzó a ladrarle al hueco de la chimenea como si algo estuviera allí adentro. El polvo del hollín roció el lomo del animal y Coraje pudo ver por primera vez la silueta regordeta del perro con una amplia cola negra que movía de lado a lado como un plumero.

Se escuchó a alguien toser y luego unos pies peludos asomarse por el hueco de la chimenea. Sir Arthur comenzó a ladrar.

—Eres tú otra vez —dijo sacudiéndose el polvo.

—Sir Arthur me trajo hasta aquí.

—Qué maravilla, un *Draven*. Ya no se consiguen perros guardianes como esos. El Duke Perro pagaría una fortuna por él.

—No está a la venta.

—¿Ni por un paraguas? —lo desafió.

Ya les había contado que Lord Zaracen era un ser de noble corazón, pero con la astucia de un zorro. El muy pillo había intercambiado el paraguas de Coraje con un paraguas ordinario antes de que las Leonas de Edimburgo llegaran. Había estado a punto de dárselo a Coraje, pero le pareció que sería mejor retenerlo para negociar.

—El paraguas por la fortaleza —le ofreció—. El Duke Perro dijo que podía quedarme con todo, salvo que su sobrino lo reclamara para él.

—Puedes quedarte con todo, solo dame el paraguas.

—Primero debes firmar los papeles. Me esforcé en sacarte de aquí una vez, no puedo permitir que vuelvas cada vez que se te dé la gana, el Duke Perro lo dejó claro en su testamento: todo pasa a manos de Lord Zaracen, si el niño no regresa. Ningún sobrino pretencioso va a quitarme lo que me he ganado.

—Firmaré lo que sea, solo dámelo.

EL ESPEJO DE ARRITZ

Sir Arthur se sacudió todo el hollín del cuerpo y volvió a hacerse invisible. El perro estaba acelerado, ladraba y se movía de lado a lado. Coraje podía ver sus huellas negras de hollín en el suelo que se dirigían hacia el espejo gigantesco en la sala. El espejo le había llamado la atención la primera vez que ingresó en la fortaleza del Duke Perro. Sus medidas eran descomunales.

Coraje se asombró cuando vio a Sir Arthur en el reflejo. Era un labrador *retriever* negro, de cabeza grande y un poco pasado de peso. Su cola que no paraba de girar de lado a lado era larga y peluda. El manto negro tenía un aspecto feroz, pero una mirada de bueno.

—Vamos, esta sala es un desastre. No queremos causar más desorden —ordenó Lord Zaracen impaciente.

—Sir Arthur, ¿qué sucede?

—No sucede nada. Solo un estúpido perro ladrando en el espejo —afirmó Lord Zaracen rascándose la pera nervioso con la pata.

—No sabía que los *Dravens* se reflejaban en los espejos.

Sir Arthur comenzó a olfatear el espejo que ocupaba todo el ancho de la sala hasta que se detuvo justo en el medio. Luego, sin dudarlo, dio un salto y se metió dentro del espejo sin dejar rastro.

—¿Dónde se fue? —preguntó Coraje.

—Es un *Draven*, puede meterse en cualquier parte.

El joven Coraje se acercó al espejo siguiendo las huellas de hollín de Sir Arthur, tratando de encontrar por dónde se había escondido el animal.

—No toques ese espejo —le advirtió Lord Zaracen—. El Duke Perro me hizo jurar que nadie más pasaría —protestó.

Coraje apoyó las dos manos en el espejo e inmediatamente lo traspasó pasando a un bosque frondoso del otro lado. Lord Zaracen se lanzó detrás de él.

—¿Dónde estamos? —preguntó fascinado.

—No es seguro, niño. Debemos volver.

Se escuchó un rugido, como de un león.

Se volvió a escuchar un fuerte rugido.

—¿Qué fue eso?

—No quieres saberlo —aseguró Lord Zaracen rascándose la cabeza. Luego se oyó un cuerno de cacería, seguido de disparos.

—¿Qué fue eso? —insistió.

—El espejo está hecho con fragmentos del espejo de Arritz.

—Sigo sin entender.

—Solo debes saber que hay que salir de aquí.

—¿Y el paraguas?

—El Duke Perro lo tiene, lo robé a una de esas brujas para él.

Coraje escuchó el ladrido de Sir Arthur entre las plantas. Se alejó unos pasos tratando de ver entre los matorrales hasta descubrirlo, el perro por algún extraño motivo no era invisible del otro lado del espejo. Se mostraba despistado y desorientado.

—¡Tranquilo! —lo acarició en la frente. El perro movió la cola y luego se sentó como un cachorro. Se volvió a escuchar un rugido, seguido de disparos, gritos y corridas.

—¡Los papeles! Si regresas vas a tener que firmarlos —se despidió Lord Zaracen enfadado y volvió a atravesar el espejo de regreso a la fortaleza del Duke Perro.

EL MISTERIO

DEL DUKE PERRO

Guiados por el instinto de Sir Arthur, se adentraron en el frondoso bosque. A lo lejos volvió a escucharse ese terrorífico rugido, seguido de más gritos, ladridos y disparos. Luego, silencio absoluto.

Atento a todos sus sentidos, Sir Arthur caminaba adelante. El paisaje era mágico. Había árboles que subían hasta el cielo, hongos de todo tipo y flores que Coraje jamás había visto. Anduvieron a pie un buen rato hasta llegar a un claro. Escucharon pisadas pesadas y una respiración recargada acercándose. El aire podía cortarse con un cuchillo.

Se escondieron fuera del claro detrás de unos arbustos para espiar. Al principio a Coraje le pareció que se trataba de un león. Tenía una cabeza enorme, pero no llegaba a verlo con claridad. Si su vista no le fallaba, tenía una cola de reptil. Sir Arthur se mostraba inmóvil, incapaz de reaccionar.

De pronto, lo que parecía un enorme león comenzó a cambiar de forma para convertirse en una persona que caminaba en dos pies debajo de una túnica roja. Los pies eran los de una cabra. Entonces supo perfectamente de quién se trataba.

Coraje intentó escapar, pero al igual que Sir Arthur, ya estaba completamente paralizado. La mujer se quitó la capucha y rápidamente los descubrió con sus ojos de serpiente. Llevaba un pequeño cuaderno con tapa de cuero en sus monstruosas manos.

—*Kurras tras*[1] —murmuró sin separar los dientes.

Se escucharon ladridos y un disparo que la hirió. La mujer volvió a convertirse en bestia y se escapó con el libro en su boca.

Una jauría de no menos de doscientos perros apareció corriendo entre los bosques siguiendo desesperadamente al animal. Más atrás, montado en un caballo negro, un hombre vestido de smoking cabalgaba a máxima velocidad. Se detuvo abruptamente al verlos.

—¿Estás bien? —preguntó con rudeza. No tardó en reconocer el parentesco. —¿Qué diablos haces tú aquí? ¿Dónde está tu padre?

Coraje apenas podía mover la lengua; el hombre le ofreció un trago de aguardiente.

—James —balbuceó el muchacho.

—Ese fui hace demasiado tiempo. El hombre sacó un reloj de su chaleco. —Hay que apurarse.

—El viejo Rowley —dijo acariciando su caballo—. Él conoce el camino de vuelta. Debes salir de inmediato. Lord Zaracen tiene instrucciones de destruir el espejo. Si no te apuras, podrías quedar atrapado aquí para siempre.

—¿Y tú?

—No te preocupes por mí. ¿La viste? Es horriblemente hermosa —dijo orgulloso—. Esa cosa me robó el Diario de Maddam Thenesis. Debo recuperarlo —agregó dándole la mano con su guante de cuero. Sus dedos estaban helados. James había dejado de ser humano hacía demasiado tiempo.

El Duke Perro lo subió a su caballo con una fuerza extraordinaria y le dio un golpe en el lomo para que cabalgara. El caballo salió disparado de regreso hasta el espejo. Coraje descubrió que atada a la montura estaba su paraguas. Coraje todavía tenía el cuerpo un poco entumecido y le costaba hacer equilibrio sobre el animal. Sir Arthur lo seguía unos metros más atrás.

Llegó hasta el extremo del bosque donde estaba el espejo, se bajó torpemente del caballo y desató el paraguas. Luego Rowley lo abandonó volviendo con su amo. Coraje y Sir Arthur atravesaron el espejo de regreso a la sala. Lord Zaracen estaba al otro lado con los papeles listos para firmar.

—Los firmaré cuando haya terminado —dijo con un tono serio. Luego levantó el paraguas en el aire, cerró los ojos y pensó en el lugar en Manhattan que le generaba mayor felicidad, la casa en el número 16 en la calle 20, en el Gramercy Park.

—Verschwinden —dijo y desapareció.

---

1. Otra vez tú.

EL ENTIERRO

DE BULLIE ROCKS

En Manhattan ya era primavera, los brotes sobre la arboleda de la calle 20 en el Gramercy comenzaban a asomar. Por alguna razón, la primavera no era su temporada favorita. Una primavera había perdido a su madre.

—Joven Coraje —lo saludó una mujer en la calle —¿Dónde han estado? ¿Diciembre está de regreso?

—Señora Foster —la saludó sonriendo.

—Muchacho, pero qué flaco está, dígale a ese guapo mayordomo que lo alimente.

—Claro —sonrió incómodo.

—¿Va a llover? —preguntó la Señora Foster—. Llevas un paraguas —dijo señalándolo.

—Dicen que sí.

—Lo lamento tanto —dijo la Señora Foster y luego lo abrazó.

—Es solo lluvia —respondió Coraje sin entender de qué hablaba. Desde el Gramercy cogió el trolebús en dirección al Upper West, hacia la casa de Bullie Rocks.

La vivienda parecía abandonada, Coraje empujó la puerta y simplemente entró.

—¿Hola? ¿Señorita Rocks? —preguntó, pero nadie contestó.

Caminó cauteloso por la planta baja evitando tocar los adornos. Subió las escaleras, la habitación de Bullie Rocks estaba igual que

siempre. De pronto, sintió un escalofrío recorrer su nuca. Cuando giró, la Señorita Rocks sostenía una escopeta entre sus manos.

—Largo de aquí —gritó.

—Señorita Rocks, soy Timotheo, el amigo de Bullie.

—Tú —soltó con desprecio.

—¿Dónde está Bullie?

—¿Cómo te atreves? Mi William… —dijo y se quebró en llanto —descansa en paz en el cementerio de Woodlawn y, si no te largas, de aquí haremos un agujero a su lado para ti.

Coraje enmudeció, una amargura le llenó el pecho.

—Antes de partir, preguntó por ti todo el tiempo —le explicó la Señora Rocks.

—No es posible —dijo moviendo la cabeza y salió de la casa corriendo. Frenó el primer taxi y se dirigió al cementerio. Le tomó pocos minutos encontrar la lápida. Estaba prácticamente nueva. Sobre la piedra se leía la leyenda “William Rocks; RIP”, que estaba casi fresca.

—Verschwinden —escupió y desapareció.

EL ANILLO

Coraje apareció nuevamente en la sala del Duke Perro, Lord Zaracen caminaba impaciente.

—¿Dónde estabas? ¿Y el Duke Perro? ¿Estuviste con él? ¿Vas a firmar los papeles o qué? No queda mucho tiempo. Debo destruir el espejo antes de que esa cosa salga —agregó.

Coraje ni siquiera lo miró. Volvió a concentrarse. Debía llegar a Nueva York antes de que Bullie Rocks muriera. Sin embargo, no podía quitarse la imagen de la lápida sobre su tumba.

—Verschwinden —dijo y apareció nuevamente en el cementerio, esta vez fue durante el entierro de Bullie Rocks. La procesión era larga, todos los alumnos de Old Tower School estaban allí. Coraje se escondió detrás de un árbol para espiar cuando una mano lo tocó por detrás.

—¿Qué cosa fea tuviste que haber hecho para esconderte en un entierro? —dijo una voz femenina. Coraje se giró, la mujer llevaba una túnica negra.

—Momento —dijo la mujer—. No estás completamente aquí. Increíble, nunca había conocido a un viajero en persona. ¿Puedo? —dijo apoyando su mano sobre la cabeza del muchacho.

—Has estado en Hohenzollern. Llevas una pena en el corazón. Tu destino no está escrito. Conoces a Mathilda la conversa. Aún no has matado a nadie. Eres un buen chico. Amas a una muchacha. Eres terco. Y ese caballo blanco… Qué extraño.

—Suficiente —dijo Coraje quitando su mano.

—¿Crees que puedas presentármela? Necesito huir. Sé que ella recibe wiccas y las ayuda —dijo la mujer desesperada—. Van a matarme a mí también. Se arrodilló.

—¿De qué habla?

—De Mathilda, la conversa.

Coraje tomó conciencia de que, si estaba en el entierro de Bullie Rocks, entonces había retrocedido en la línea del tiempo y posiblemente todavía no había llegado hasta Hohenzollern. Si lograba enviarse un aviso a sí mismo podría alertar a Bullie Rocks antes de su muerte.

—¿Cómo se llama? —le preguntó.

—Mi nombre es Eunice Huntor.

—Venga a Hohenzollern. La ayudaremos. Pregunte por mí.

—¿Cómo sabré que no me estás engañando? —dijo la mujer.

—Es un trato. Dígame que nos vimos en el entierro de William Rocks, así sabré que es usted.

—No es suficiente, necesito algo que pueda probarlo, un objeto, por ejemplo —sugirió mirando el dedo de Coraje. El joven llevaba un anillo plateado con las iniciales W.R. desde que habían salido de Nueva York varias semanas atrás.

—Trato hecho —afirmó entregando el anillo—. Verschwinden —dijo después y desapareció.

LAS GOTAS

Apareció nuevamente en la sala principal de la fortaleza del Duke Perro.

—Hey —lo retó Lord Zaracen enojado—. ¿Qué estás haciendo? No puedes ir y venir de esa manera.

Coraje no podía ni escucharlo, estaba encolerizado. Por su culpa, su mejor amigo estaba muerto. Si no hubiera arrastrado a Bullie Rocks detrás de esa estúpida coartada, no se hubieran topado con esa bruja y Bullie jamás habría probado esas galletas envenenadas.

Apretó los dientes y recordó el momento como si lo volviera a vivir. Estaban en un vagón de tren. Una mujer con aspecto inofensivo se les había acercado con una conversación banal y galletas de chocolate. Bullie Rocks no había dudado en meterse dos en la boca.

Apretó el paraguas con su puño derecho —Verschwinden —dijo decidido y desapareció.

Apareció en un vagón de tren en movimiento. Bullie Rocks y él estaban sentados conversando. Detrás de ellos la mujer se disponía a ofrecerles el veneno que llevaría a Bullie Rocks a su muerte. Coraje se acercó y le dio un abrazo a su amigo como si fuera el último abrazo del mundo. Luego trató de evitar que comieran los pasteles envenenados mas no pudo hacerlo, su presencia era translúcida, como un fantasma. Comenzó a sentirse mareado, algo no estaba bien —Verschwinden —exclamó y desapareció.

Volvió a aparecer por tercera vez en la sala del Duke Perro, estaba agotado. Acababa de viajar tres veces en el tiempo sobre el océano Atlántico. La idea de salvar a Bullie Rocks era todo en lo que podía pensar.

Coraje pensó rápido. Tomó de su morral los dos goteros que le sobraban de medicina. Respiró profundo —Verschwinden —dijo por cuarta vez y desapareció.

Volvió a aparecer frente a la casa de Bullie Rocks. La tía Rosie abrió.

—Tú.

—Señorita Rosie —dijo entregándole la medicina—. En poco tiempo Bullie caerá enfermo. Este remedio detendrá el avance de los síntomas, pero va a tener que llevarlo a Gran Bretaña. En Escocia, en las afueras de Fort William, vive una mujer que puede salvarlo. Su nombre es Georgina Stormback. Si no lo hace, su sobrino va a morir dolorosamente. La mujer, que ante todos fingía ser ciega, abrió los ojos grandes.

—Gracias —gruñó tomando la medicina.

El brazo de Coraje comenzó a arder como un fuego que le consumía por dentro. Debía regresar. Algo no andaba bien.

—Verschwinden —dijo. Volvió a aparecer en la fortaleza del Duke Perro. Esta vez sí había logrado torcer el futuro. Bullie Rocks tenía una chance de vivir.

Coraje se sentía extraño; tardó unos segundos en darse cuenta de lo que había sucedido, hasta que se miró en el espejo de la sala: había perdido su brazo izquierdo, como si lo hubieran arrancado de cuajo desde el hombro.

Alterar el pasado puede provocar secuelas; Coraje había pagado la vida de Bullie Rocks con su propio brazo.

—Basta una mano para firmar los papeles —se escuchó la voz de Lord Zaracen antes de que Coraje se desmayara.

EN ALGÚN LUGAR EN ISLANDIA

—Encontramos un viajero —dijo la mujer, tenía las manos y pies vendados por la lepra.

—¿Es lo suficientemente fuerte? —preguntó Lord Morlocke.

—Acaba de retroceder en el tiempo, sin ningún entrenamiento.

—¿Cómo se llama?

—Timotheo Coraje —respondió la mujer y los orificios nasales de Lord Morlocke se abrieron como quien huele algo hediondo.

—Aunque dudo que pueda montar con un solo brazo —agregó.

—Es él, mátenlo —ordenó Lord Morlocke.

—¿Está seguro?

Lord Morlocke hizo una pausa. El muchacho podría ser de utilidad.

LONDRES

3 meses después del incidente del brazo

Los niños en la calle se quedaban boquiabiertos. Las madres les tapaban los ojos. Una parte de él se sentía discapacitada, y la otra, superhumana. Adaptarse a un brazo mecánico era tan difícil como que la gente se adaptara a verlo a él. Habían pasado 3 meses desde que había perdido su brazo humano y necesitaría muchos meses más para asimilarlo.

Los primeros días después de la larga operación, temía que el brazo se saliera de cuajo junto a su hombro, pero el Dr. Novik aseguraba que eso era imposible, a ninguno de los soldados utilizados durante los experimentos en los laboratorios de Lord Morlocke les había sucedido.

Coraje se sentó en un bar en *Circus Street* a esperar, mientras una mariposa se movía aleatoriamente sobre la panera. Una mano firme se apoyó sobre su hombro. —¿Cómo se siente, señor?

—No estoy seguro de querer regresar. Seré el fenómeno en Old Tower School. En Londres nadie me conoce.

—Lo será aquí también, además, si tenía planeado escabullirse de sus amigos, le tengo pésimas noticias, no me va a creer quiénes vinieron a visitarlo hasta aquí.

—No quiero ver a nadie.

—Katia también quiere verlo, señor. ¿Hasta cuándo piensa evitarla? —le preguntó el mayordomo.

—¿Qué se sabe de Bullie Rocks? —cambió de tema.

—¿Por qué no se lo pregunta usted mismo? —dijo Diciembre guiñándole un ojo.

Coraje giró la cabeza sobre su hombro y comenzó a mirar alrededor de la confitería. A primera vista le costó reconocerlo. Su tía Rosie lo acompañaba. Estaba escuálido, pero llevaba una sonrisa en su rostro. Se acercaron hasta su mesa, su tía gruñó algo inentendible y los dejó a solas. Diciembre se alejó detrás de ella.

—Vaya dolor de panza —soltó Bullie Rocks—. Pensé que nunca terminaría.

—Lo siento —contestó Coraje apenado.

—Estoy vivo, patas flacas —dijo con sus pupilas abrillantadas—. No tienes que disculparte. Mi tía me lo contó todo. De no haber sido por ti, ahora estaría seis pies bajo tierra. De hecho, a veces sueño con mi propio funeral como si realmente hubiera sucedido.

—Me alegra que estés bien —le contestó recordando la caravana en *Woodlawn Cemetery*.

—Creo que si vuelvo a ver otra gaviota voy a vomitar —dijo y ambos rieron.

Una placentera calma invadió el cuerpo de Coraje como una inyección de anestesia. Haber cruzado tierra y océano, haber atravesado el umbral del tiempo para llevar el mensaje a su tía, le había costado un brazo y Coraje hubiera dado los dos por su amigo. Afortunadamente, Bullie Rocks y su tía habían logrado dar con Georgina Stormback y al igual que a él, ella lo había salvado quitando esa maliciosa lombriz de sus tripas.

Coraje se levantó y lo abrazó. Bullie Rocks era lo más parecido a un hermano que había tenido.

—Vaya brazo —dijo con admiración al sentir el metal contra su espalda.

Como un acto reflejo Coraje ocultó su mano bajo la manga del sweater.

—Diciembre nos advirtió sobre la operación.

—Es extraño —le confesó—. A veces siento picazón y no hay dónde rascarse.

—Dudo que te dejen jugar en los Gigantes. Sería trampa —se burló Bullie Rocks.

Coraje tenía puesto el anillo plateado con las iniciales W.R, se lo quitó y lo devolvió.

—Siento haber citado a Katia ese día en Washington Square. Gigi Summers aún tiene arcadas cada vez que pasa por allí —dijo. Ambos rieron a carcajadas y se dieron un fiel abrazo.

Sussie South Hampton entró en el bar y le tomó la mano a Bullie Rocks. Más atrás, dos larguiruchos idénticos medio encorvados llegaron. Eran los gemelos Double Chuck. “Solo falta Katia”, pensó, hasta que una pelirroja de ojos azules abrió la puerta. Allí estaba ella, la chica más guapa de la cafetería. Coraje se quedó como un perro embobado con una salchicha mientras ella avanzaba hacia él.

Ella estaba más alta, más linda, más… todo. Coraje había estado esquivando a Katia por miedo a ser rechazado; dicen que todas las chicas quieren un novio de acero. Pero no uno con un brazo de acero de verdad.

Los gemelos Double Chuck no dejaban de hacerle preguntas sobre el brazo hasta que Katia aclaró la voz y se levantaron de la mesa dejándolos a solas.

—Lo siento —fue lo primero que pudo decir Coraje.

—Eres un tonto, hace semanas que necesito hablar contigo.

—No va a funcionar —se adelantó el muchacho.

—Ya lo sé —contestó Katia y sus palabras lo remolcaron como una ola. Una parte de Coraje tenía la esperanza de que ella luchara por su relación.

—Lo entiendo —respondió disimulando su resentimiento.

—No es por tu brazo. Debo volver con mi padre a Moscú.

EL MORRAL

Días después de perder el brazo

Según Lord Zaracen, Coraje estuvo dormido diez días. Su cuerpo había hecho un esfuerzo sobrenatural y necesitaba descansar.

Coraje no tenía recuerdos nítidos más que una mano peluda cambiando un paño húmedo sobre su frente para bajar la temperatura, mientras le daban un brebaje amargo para mantenerse hidratado.

La primera mañana que intentó bajarse de la cama se cayó al piso tratando de usar su inexistente brazo. Con el puño sano golpeó el espejo del baño. Manejarse con un brazo era frustrante. Desde limpiarse el trasero hasta pelar una manzana pasaron a ser tareas faraónicas. Sin embargo, no sentía dolor, el brazo había desaparecido y, salvo una pequeña cicatriz bajo el hombro, no había secuelas.

Lord Zaracen trataba de consentirlo contándole historias de ubicuos que habían perdido la cabeza haciendo viajes astrales como el que Coraje había realizado. Algunos que ni siquiera habían logrado volver.

Lord Zaracen estaba a gusto cuidándolo, después de todo era el sobrino del Duke Perro. Para él era una forma de conmemorar a su anterior amo, pero presentía que su presencia ponía en jaque su tranquilidad. Lord Zaracen deseaba convertirse en el heredero del Duke Perro y la mera existencia de Coraje atentaba contra sus planes.

Coraje, en cambio, se hubiera quedado a vivir allí para siempre. No tenía la más mínima motivación en volver a la vida normal sin su brazo, hasta que Lord Zaracen le enseñó algo.

—¿Aún no has abierto tu morral, muchacho?

Coraje miró al pie de la cama; el morral lo había acompañado desde Nueva York hasta Hohenzollern y de Hohenzollern hasta allí.

—¿Por qué habría de hacerlo? —respondió desganado—. Apenas podría seguir cargándolo con un solo brazo.

Lord Zaracen lanzó una mirada astuta levantando sus cejas. Con extrema pereza Coraje se arrastró hasta el morral. Allí estaban todas sus cosas: remedios para el dolor de estómago que ya no necesitaría, cantimplora, una camisa limpia, un pantalón, el silbato de Bullie Rocks, la foto de su padre junto al Duke Perro, la medalla por la carrera de Hohenzollern, un trozo de cabello de su caballo Pirata, el amuleto de Drakar, un reloj de mano, las llaves del Gramercy, fotos de todos sus amigos y de Katia, sus documentos de identidad y el colgante de hierro en forma de corazón con las fotos de sus padres.

Pero había algo más. En el fondo, entre sus calcetines, había un cuaderno con tapa de cuero. Lo abrió y no tuvo dudas de que lo que estaba ante sus ojos era, ni más ni menos, el Diario de Maddam Thenesis.

—Es un regalo del Duke Perro —dijo Lord Zaracen—. Él quería que lo tuvieras.

A pesar de sus modales de bestia peluda, Lord Zaracen era un erudito en letras antiguas; él ayudó a Coraje con la interpretación. El contenido del diario era revelador.

Coraje apretó el diario contra su pecho. Había logrado la encomienda que su padre le había encargado unos meses atrás, había encontrado el Diario de Maddam Thenesis y descubierto su más íntimo secreto, el secreto del dragón escondido. Por primera vez en su vida Coraje sabía lo que tenía que hacer y estaba dispuesto a sacrificarlo todo otra vez para lograrlo. Pero antes, tenía que hablar con su madre.

REYKJAVIC

1 año más tarde

Coraje se presentó en la casa de Lord Morlocke, ubicada en las afueras de Reykjavic, en Islandia, sin su paraguas. Llamó al gran portón y un hombre salió a su encuentro. Era Lord Morlocke. El hombre iba armado.

—Deseo ver a mi madre.

El hombre se acercó mirando en detalle el brazo mecánico del muchacho. —Es increíble lo que una partícula de liquen puede hacer para la ciencia. Ese brazo me costó una pequeña fortuna.

—Deseo ver a mi madre —insistió el muchacho.

—Sería muy vergonzoso para ambos. Créeme, es mejor así.

—No voy a irme sin verla.

Lord Morlocke lo invitó a pasar; la casa donde vivía se parecía más a un castillo que a una casa. Coraje se comía la comisura de los labios con sus dientes, la última vez que la había visto había sido en la quinta avenida. Él iba disfrazado de muchacho lobo.

Ana Wilson apareció en la sala, cargaba una bebé en brazos que lloraba en forma desquiciada.

—Mi marido dice que tienes algo importante que decirme.

Coraje la miró en los ojos y por un instante creyó que ella lo reconocía. La bebé se calmó al verlo.

—Parece que le caes bien. ¿En qué puedo ayudarte?

Lord Morlocke miraba la escena. Estaba dispuesto a matar con tal de conservar a Ana.

—No me reconoce, ¿cierto? —preguntó Coraje.

—Lo siento —mintió.

Coraje bajó la cabeza. —Creo que esto fue un error —dijo y se dio media vuelta—. Solo una pregunta: ¿qué es lo más importante?

Ana Wilson se acercó y susurró algo en su oído; eso era todo lo que el muchacho necesitaba escuchar. Coraje se despidió en forma educada. Su siguiente destino era Madrid.

SABER SOLTAR

El siguiente capítulo no lo voy a escribir yo. Lo va a contar el propio protagonista. Fue una decisión difícil. Estuvimos muchos años discutiendo esto con Coraje. Finalmente, resolvimos que este capítulo sería suyo.

Siempre supe que él tenía un rol más importante que el mío, así que es aquí donde me despido del lector. Espero que hayan disfrutado cada gramo de esta aventura. No tienen por qué saberlo, pero tomó más de 16 años escribirla. Originalmente tenía 7 tomos y miles de páginas. Pero tuvimos que cortar muchas partes; Coraje no quería esperar tantas páginas para lograr su cometido.

Tal vez algún día las terminemos de escribir todas. Tal vez no. Ahora es momento de pasarle la pluma a él, o mejor dicho, la espada.

GRAN FINAL

El frío empezaba a atravesar mis zapatos. Madrid en invierno es áspero, el sonido de los cascos de caballos que pasaban cerca me mantenía alerta. Después de 3 horas de espera, vi la señal: una linterna que se encendía y apagaba, indicando que el camino al Museo del Prado estaba liberado.

Me acerqué a la puerta de Murillo. Mi padre me estaba esperando en la entrada, lucía muy diferente a la última vez que lo había visto en Hohenzollern. De hecho, casi que no era él. Su aspecto era el de un joven de no más de 20 años. Sir Benjhamin había rejuvenecido y yo envejecido. Parecíamos casi de la misma edad.

—¿Estás seguro? —me preguntó.

—Es la única forma.

—No hay tiempo —dijo Vharis—. Están llegando gatas de todo Madrid. Vienen por ti.

—Yo las detendré —se escuchó una voz seguida de pesados golpes de hojalata.

—Drakar —lo abracé.

Vharis me guio con una antorcha. Subimos dos escaleras hasta llegar al salón donde guardaban el cuadro.

—Es repugnante —dijo el sangre fría dándome una helada palmada. Luego sacó un cuchillo filoso detrás de su chaleco. El ruido del acero cortó el aire. —Debería asesinarte.

—Sé que no lo harás —le contesté.

Luego levanté el paraguas y mirando al cuadro, susurré: —Verschwinden. Y simplemente desaparecí.

Aparecí al otro lado del retrato. Llevaba una capa roja y una corta armadura. Caminé por un sendero pedregoso hasta llegar a un gran lago. Un dragón se apostaba plácidamente en la orilla. La bestia abrió un ojo y supe que se trataba del susurrador. Se oyó un relincho de caballo acercarse. Era un corcel blanco que frenó delante de mí. Ya nos conocíamos. Era Maddam Thenesis, quien acudía a mí para terminar la misión.

—Solo necesito una espada —pensé moviendo mis labios y el paraguas se transformó en una filosa arma que sostenía firme con mi mano mecánica.

—Gracias —susurré—. Sin pensarlo, a toda furia, embestimos al dragón. El golpe fue quirúrgico, certero y letal.

EL SECRETO DEL

DRAGÓN ESCONDIDO

A la mañana siguiente, Coraje se levantó en su cama. Su brazo estaba de nuevo en su lugar y era un niño otra vez. Se escuchaban ruidos y risas en la planta baja de la pequeña mansión, ubicada en el número 16 de la calle 20, en el exclusivo barrio del Gramercy Park en Manhattan. Coraje bajó en pijama, con su remera rotosa favorita.

—Buen día —dijo Diciembre con una sonrisa picaresca.

El muchacho hizo una pausa, desde la puerta entreabierta de la cocina podía ver a su padre y a su madre quienes se reían a costa de su nueva hermana menor. Coraje lo había conseguido. Había recuperado lo más importante: la familia.

Dos cosas le prometí al lector en la primera línea de esta historia, una, que se iban a divertir, y la segunda, el secreto del dragón escondido, la acaban de descubrir.

EL DIARIO

DE MADDAM THENESIS

Hugo había sido un notable cazador de brujas, sin embargo jamás había asesinado a ninguna; solamente las atrapaba e intentaba corregirlas. Hugo había sido el responsable de convencer a Mathilda de abandonar la brujería y quien le recomendó exiliarse en Hohenzollern bajo el cuidado de su amigo, Sir Jules Le Blanc.

La historia que les voy a contar data de antes de que Benjhamin y su hermano James nacieran. De hecho, Hugo aún no se había unido en matrimonio con su esposa Sara. En ese entonces, Hugo peregrinaba por Asia Menor cuando fue capturado por un viejo Dragür, una suerte de vampiro mestizo, mitad humano, mitad sangre fría; básicamente, un sirviente. Los Dragüres necesitan alimentarse día por medio para sobrevivir. La mayoría suelen comer conejos, animalitos y cada tanto algún niño.

Hugo era un hombre tan particular que terminó entablando una amistad con su raptor y vivió con él durante un largo tiempo, extrayéndose sangre periódicamente para ayudarlo a sobrevivir.

Producto de su amistad acabó viviendo bajo su cautiverio en forma voluntaria durante cinco años. La relación entre ellos fue cobrando tal confianza que el Dragür lentamente le fue relatando sus memorias. El Dragür, mitad humano, mitad vampiro, era un descendiente de la Casa de Paris Moethe, debería tener unos cinco mil años en aquel entonces.

¿Qué tiene que ver esto con el diario? El Dragür fue confesando todos sus pecados a Hugo a modo de purgar sus pecados por todas

las atrocidades que había cometido durante su vida de vampiro. Finalmente, en agradecimiento por la paciente escucha y por la sangre que diariamente Hugo le suministraba, le obsequió el Diario de Maddam Thenesis.

¿Qué hacía un Dragür con ese diario? Cuando aún era muy joven, el Dragür había seguido un potente rastro de sangre, hasta llegar a una aldea en lo que hoy sería algo así como Ucrania oriental. Cuando llegó, todos estaban muertos. Se trataba de soldados mercenarios, desertores de la horda de los Hunos. Sus cráneos explotados estaban derrotados en el suelo. Lo único vivo que había en la aldea era una pequeña muchacha a quien el Dragür tomó como su protegida.

¿De dónde había salido la muchacha? Ella misma lo escribió en su diario. La niña se llamaba Hécate, vivía con su madre y sus hermanas en un pueblito en Ucrania. Su padre había sido un soldado, quien se había aprovechado de su madre en un ataque previo a la aldea.

Desde muy pequeña su madre ya notaba que Hécate tenía una fuerza interior inquebrantable, hablaba en lenguas que nadie le había enseñado y sabía hacer curaciones que no eran propias de su época. El consejero de la aldea se reunía largas horas con la niña escuchando sus enseñanzas. Lamentablemente, una mañana una horda de mercenarios atacó y saqueó con violencia. Los soldados quemaron las casas, se aprovecharon de las mujeres y luego asesinaron a todos, empezando por los más ancianos.

Menos a Hécate. La niña escapó con sus hermanas y su madre al bosque, pero fueron perseguidas por un grupo. Las alcanzaron, las ataron y luego las asesinaron. Hasta que llegó el turno de Hécate, estaban a punto de torturarla cuando la voz del susurrador, así lo describe ella en su diario, sonó en su cabeza.

“Solo tienes que desearlo”, le dijo la voz del susurrador. Acto seguido, los tres soldados cayeron al suelo, sus cabezas comenzaron a ponerse moradas y murieron dolorosamente. La muchacha regresó a la aldea y en unos pocos minutos la horda completa de mercenarios cayó muerta a sus pies. Fue allí donde el Dragür, atraído por tanta sangre, se presentó y la llevó con él para cuidarla.

¿Qué pasó con el Dragür y Hécate? Cuando la niña alcanzó la adolescencia fue imposible detenerla, su poder era incomparable, cambió su nombre, dejó de llamarse Hécate para comenzar a llamarse Maddam Thenesis. El Dragür recurrió a Paris Moethe, líder máximo de la Casa de los Dragüres e intentaron asesinar a la niña, mas fue imposible. Hécate se resistió y dio origen a las nómades, las primeras brujas que la acompañaron y protegieron durante mil años.

Maddam Thenesis y su séquito se convirtieron en una suerte de grupo de vengadoras que buscaban ajusticiar el maltrato social del hombre sobre la mujer. Tras las múltiples atrocidades que las nómades provocaron en su nombre, Maddam Thenesis decidió darle un giro a su misión y cambiar la estrategia, por una un poco más moderna y masiva. Le ordenó a sus seis seguidoras que formaran Covens en diferentes partes del mundo y les enseñó la fórmula del liquen para que lo usaran como herramienta de reclutamiento y el resto de la historia ya la conocen.

Nunca más se supo nada sobre Maddam Thenesis, ella dedicó el resto de su vida a rastrear los pasos del vil susurrador, hasta que finalmente lo descubrió. Su nombre era *Murmur*, el Conde del Infierno. Maddam Thenesis encontró a *Murmur* escondido como un cobarde dentro de un cuadro en forma de dragón.

Fue así que Hécate le dejó su diario íntimo a su cuidador, el Dragür, cuya última misión fue esconder a Maddam Thenesis en forma de caballo blanco, en el mismo cuadro que *Murmur*, para algún día ser liberada de su maldición. Para hacerlo, diseñaron un paraguas muy particular y el resto de la historia ya la conocen.

La verdad sobre el origen de Maddam Thenesis pone en jaque a todos los clubes de brujas de Oriente a Occidente. El Diario de Maddam Thenesis evidencia la violación de los principios básicos de la brujería escritos de puño y letra por ella misma. Según la ley de Hécate, ninguna mujer puede ser convertida en bruja en contra de su voluntad, mucho menos si es menor de edad.

Hécate sabía que algún día los Covens ya no serían necesarios, que la mujer finalmente ocuparía el lugar que le corresponde y guardó esa

maniobra para cerrar su obra, con su verdad revelada y la muerte del susurrador en forma de dragón, la razón de ser de los Covens simplemente tenía que desaparecer. Para lograrlo, solo necesitaba de un joven Coraje y un paciente lector. Ahora Hécate descansa en paz.

Hoy es 11 de agosto de 2026, estoy sentado en un bar bullicioso. Es mi cumpleaños. Hace 16 años que comencé a escribir esta historia, casualmente la misma edad del protagonista. Se abrió la puerta. Era Coraje quien una vez más venía a saludarme. Traía su paraguas aunque no llovía. Ordenó un café y me miró a los ojos.

—Es tiempo de publicar esta novela.

—Lo sé —respondí—, pero no creas que estás liberado, patas flacas. Esto recién empieza